

CLUB DE SEÑORAS

11655-50)

CONFERENCIAS

CASA ZAMORANO

 Y CAPERANO 

SANTIAGO — DE

CHILE — 1926



Primera serie de Conferencias
dadas en el Club de Señoras

TOMO I. AÑO 1925

Para la Biblioteca Nacional

Zamorano y Caperañ
Editores

Santiago, Noviembre 25 de 1935.-

9410



ES PROPIEDAD

IMPRENTA
CERVANTES

Agústinas 1354

— 1926 —

INTRODUCCIÓN

Con legítimo orgullo entregamos al público este libro que realiza una de las aspiraciones de esta Institución.

Sin embargo, no deja de entristecernos ver que en esta recopilación no han podido entrar las conferencias de años anteriores, las cuales, desde que se fundó el Club de Señoras, el año 1915, según el programa que se trazara, se han sucedido periódicamente en la tribuna de su Coliseo femenino. Conferencias sobre temas científicos, literarios, de interés social y positiva utilidad práctica, obras muchas dignas de quedar impresas, fruto de la mente o de la experiencia de personas ilustres, chilenos como extranjeros, muchos de ellos consagrados por la gloria y el renombre.

Así como da el sol vida a la simiente bajo la tierra, las ideas emanadas del cerebro lúcido, fecundo y genial dan nueva vida al pensamiento humano, impulso al sentir que dormita en un rincón del alma y dirigen los ideales del espíritu y de la mente; en consecuencia, grande es la obra de esta Institución, que, desde sus comienzos ha tratado de esparcir en su rededor las ideas y el pensamiento de los talentosos, de los pensadores, de los eruditos, de los preparados por la meditación y el estudio.

En la vida moderna, agitada de la mañana a la noche, el tiempo escasea para leer; los viajes, la oficina; los negocios;

la política; los trabajos, etc., mueven las horas de los días como un torbellino para los hombres. Las mujeres que no trabajan, también se ven alcanzadas de tiempo, el que no saben como dividir entre los cuidados domésticos, las obligaciones impuestas por el mundo, las conversaciones, los momentos dedicados al descanso, a comer o dormir, ¿dónde intercalar los minutos para leer?

Sin embargo, todo el mundo desea estar al corriente de las ideas que dirigen las orientaciones intelectuales y espirituales, y las mil cosas que ocupan el cerebro eminente de los pensadores del orbe son las conferencias las que divulgan estas ideas y entran fácilmente en el programa del vivir moderno.

Quien no tiene tiempo para leer un libro, puede dedicar unos minutos para oír descansadamente lo que le interesa saber, tema que, pulido, estudiado y condensado el conferencista explyta ante el público.

Avaluando justamente las conferencias, esperamos que el público las sepa apreciar, y que ellas lleven muy lejos envueltas en el eco de la idea o enseñanza que cada una encierra, la semilla de la ilustración y cultura que son el alimento del espíritu.

DELIA MATTE DE IZQUIERDO,
Presidenta.

BERTA LASTARRIA CAVERO,
Secretaria.

Santiago, 1925.

CONFERENCIAS DEL CLUB DE SEÑORAS

Damos a continuación los nombres de los conferencistas, y los títulos de sus conferencias, las cuales por motivos ajenos a nuestra voluntad no nos ha sido posible incluir en este volumen, siendo muchas de ellas trabajos que harían honor a la más afamada de las Revistas de Ciencias, Artes o Literatura.

CONFERENCIAS DADAS DURANTE EL AÑO 1925

El Excmo. señor Ministro de Bélgica, Don Héctor Charmanne inauguró las reuniones semanales del Club de Señoras con su conferencia "Recuerdos del Africa y de la India Inglesa", 26 Marzo 1925.

El señor Dr. Don Héctor Orrego P. habló sobre "El médico y la Sociedad" el 29 de Marzo.

Don Pedro Belisario Gálvez, sobre "La mujer en el trabajo". 27 de Mayo.

Don Luis Adán Molina, sobre "Hazañas y vida de Condell". 20 de Mayo.

El Almirante retirado, Don Javier Martín, dió una conferencia "Acción de los astros sobre la tierra". 14 de Mayo.

El Profesor don César de Luigi, dió una hermosa conferencia sobre Papini. 6 de Junio.

El Profesor de Parques y Jardines don Manuel Valenzuela, “Historia de los Jardines”. 10 de Junio.

El escritor Don Pedro Ignacio Gálvez, habló sobre Poetas de Colombia. 8 de Julio.

El insigne vate español señor don Francisco Villaespesa, dió una hermosísima conferencia “La Mujer”. 15 de Julio.

Don Misael Correa Pastene, “Un amor de la vejez de Chateaubriand”. 29 de Julio.

Don Alfonso Gahan, “Algo que no se ha dicho de la Mujer Chilena”. 26 de Agosto.

El señor don Enrique Blanchard Chessi, leyó un ameno estudio sobre los “Dieciochos de Antaño”. 16 de Setiembre.

El joven escritor don Eugenio Labarca, habló sobre “Literatura Uruguaya” el 23 de Setiembre.

El Excmo. señor don Laureano García Ortiz, Ministro de Colombia en el Brasil, dió una espléndida conferencia el 25 de Setiembre sobre “Mujeres de Antaño y Mujeres de Ogaño”.

Por falta de espacio no insertamos en esta lista todos los trabajos del año que con verdadero pesar no podemos entregar al público en este primer volumen de *Las Conferencias del Club de Señoras*.

También nos gustaría dar los nombres de los artistas y poetas que han cooperado gentilmente amenizando las veladas del Club de Señoras; mas, lo dejaremos para más tarde.

CONFERENCIA SOBRE GIACOMO PUCCINI

(Dictada por el Maestro Luigi Stefano Giarda, el día 13 de Mayo de 1925 en el Club de Señoras).

Señoras, señores:

Antes de ocuparme de Puccini, es indispensable que os dé a conocer el manejo de las grandes casas editoriales de música italianas.

Antiguamente no existían. Los compositores anteriores a Verdi escribían sus óperas por encargo de los empresarios, los cuales a su vez tenían la obligación de estrenar una ópera nueva en cada temporada teatral.

Existía en Milán una casa editorial fundada por Tito Ricordi, pero ella se limitaba a publicar, de acuerdo con el autor y el empresario, las reducciones de las óperas para canto y piano solo. Fué sólo después que Verdi dió sus primeras óperas que Ricordi ideó modificar el sistema existente y propuso que los compositores vendieran todos sus derechos al editor, el cual se comprometía a hacer representar sus obras, cuidando que ellas fueran puestas con el decoro que requerían. Y así sucedió. Sin embargo, una vez que el editor estuvo seguro del resultado de su negocio, pensó monopolizar toda la producción musical e ideó el modo más seguro para sacar de ella el máximo prove-

cho comercial. Observó que se necesitaban muchos gastos de *reclame* para dar a conocer un nuevo compositor y que por lo tanto, era menester que el público se interesase por las óperas de un solo nombre, siendo que una vez conocido y apreciado éste, no necesitaba ningún gasto más de publicidad. Entonces, aprovechando el entusiasmo que las primeras óperas de Verdi habían producido en el público, lo contrató para que escribiese sólo por la casa Ricordi y lo ayudó en sus primeros pasos, lo hizo conocer, influenció a fin de que sus óperas fueran dadas con buenos cantantes, primordial e indispensable condición de buen éxito, y se opuso por todos los medios al surgimiento de nuevos maestros. No le era difícil a Ricordi hacer esto, porque siendo él el único editor de música en Italia, y siendo que debían pasar por sus manos todas las óperas por estrenarse, él podía dar a conocer sólo las que le convenía. Y como dijimos, éstas fueron casi exclusivamente las de Verdi y las de los maestros que lo precedieron y que ya tenían una fama establecida, como ser: Bellini, Rossini, Donizetti y otros de menor importancia. En vano se intentó contrarrestar tal estado de cosas. Ricordi ya poseía un vastísimo repertorio, buenos capitales y tenía su astro: *Verdi*. Verdi, que escribía óperas tras óperas que eran recibidas con júbilo por todos los públicos. Verdi, el astro único, triunfador, que esparcía por el mundo los tesoros de su fácil, espontánea y melodiosa inspiración.

Una nueva casa editorial, fundada por una señora entusiasta por el arte, la Señora Giovannina Lucca, principió a ayudar a los jóvenes maestros, compró sus trabajos, los dió a conocer al público, representó por primera vez en Italia las óperas de Wagner, imprimiéndolas en una nítida y bella edición, pero su lucha duró poco tiempo: fué obligada más tarde a cerrar sus

puertas. ¡Ricordi triunfaba sobre ella! Otra casa editorial, la Casa Sonzogno, tentó ponerse también frente a Ricordi y tuvo por algún tiempo un cierto éxito. Este se debió sobre todo al haber abierto un concurso para una ópera de un acto en el que obtuvo el primer premio Mascagni con su *Cavallería rusticana*. Ricordi quedó perplejo. Parecía que Sonzogno podía eclipsar su potencia. Verdi ya era viejo—después de *Aída* no escribía más—necesitaba encontrar un maestro joven y de talento que oponer a Mascagni y lo encontró en Giacomo Puccini, el que fué el sucesor de Verdi, como maestro exclusivo de la casa. Y continuó con su sistema obstaculizando a todos a fin de que el nombre de Puccini se impusiera al público. Llegaba hasta a adquirir las óperas de aquellos compositores que podían por su talento oscurecer el de Puccini y las archivaba y no las representaba jamás. Así hizo, por ejemplo, con el malogrado maestro Catalani, las óperas del cual fueron dadas a conocer largamente sólo después de su muerte. Y ya que vemos instalado definitivamente a Puccini en la principal Casa editorial de Italia, hablemos de él largamente:

Lo conocí en 1881. Después de estudiar dos años en el Liceo musical de Venecia, fuí admitido en el Real Conservatorio de Milán, donde alcancé a estar un año como compañero de Puccini, yo niño de 13 años y él ya un joven que cumplía sus estudios de Composición.

Presentó en público como ensayo final, un Preludio sinfónico que gustó muchísimo. Yo tocaba el violoncelo en orquesta y recuerdo todavía su simpática fisonomía de hombre bondadoso, afable, bueno. Todos lo querían, lo estimaban y lo veían alejarse con verdadero sentimiento. Su carácter siempre tranquilo e igual lo conservó inalterado—no lo cambió después que los éxitos halagüenos de sus óperas lo elevaban a una esfera

de gloria—estaba siempre risueño, no despreciaba encontrarse con los que había dejado atrás y tenía siempre una palabra amistosa y dulce para todos. ¡Y esta bondad de carácter se trasluce también en toda su producción artística, en toda su melodía, serena, sencilla, inspirada, conmovedora!

Ningún maestro contemporáneo fué tan conocido como Giacomo Puccini. Como Verdi, su música llegó a ser verdaderamente popular, y ninguna como la suya fué tan del dominio del público.

Mascagni ha tenido un período de inmensos triunfos. Su *Cavallería rusticana* produjo una sensacional impresión en todos los públicos de todo el mundo; sin embargo, todas sus óperas posteriores no dejaron huellas profundas. A lo sumo obtuvieron un éxito momentáneo por ser escritas por el autor de *Cavallería*. Se obstinó en escribir sobre libretos privados de verdadero interés teatral, quiso cambiar estilo o elevarlo tal vez más de lo que sentía, y así sucedió que quedó siempre conocido sólo como el inspirador de la inolvidable *Cavallería*, un modelo de sinceridad, de inspiración, de dramaticidad y sobre todo de teatralidad que no tiene parangón alguno en los anales artísticos de la ópera.

Puccini, al contrario, no obtuvo al principio de su carrera el inmediato triunfo de su colega; sus óperas casi no gustaban en las primeras representaciones. Sin embargo, ellas fueron paulatinamente entrando en el gusto del público y quedaron definitivamente en el repertorio teatral como las más aplaudidas.

Principió Puccini su carrera casi junto con Mascagni. Había mandado al mismo concurso abierto por el editor Sonzogno su ópera *Le Villi* en el que Mascagni obtenía el primer premio por su *Cavallería*, pero “*Le Villi*” no fué considerada, porque así

declaró después el jurado, estaba la partitura tan mal escrita que no se podía examinar. Sea o no ésta la verdad, el hecho es que algunos amigos de Puccini, al conocer la obra, después del veredicto de la Comisión, y encontrándola tal vez superior en mérito a la de Mascagni, decidieron estrenarla en el teatro Dal Verme de Milán en la noche del 31 de Mayo de 1884.

Yo me encontré presente a la ejecución y puedo testimoniar que el éxito fué lleno y sincero. Todos reconocieron en Puccini un joven de un talento no común, y del que podrían esperarse obras de gran trascendencia y que podía ocupar un puesto de primer orden en el teatro italiano.

Ricordi, que como dije anteriormente, en aquel tiempo buscaba un joven compositor que pudiera tomar el puesto que dejaba Giuseppe Verdi como operista popular, creyó divisar en el talento primoroso de Puccini el *rara avis* deseado, e inmediatamente se lo conquistó.

“Le Villi” fué representada en otros teatros, pero ella no contenía los caracteres indispensables para alcanzar la popularidad. El argumento era de índole fantástica y en completo antagonismo con el sentimiento italiano. Cavallería probaba suficientemente que lo que se deseaba era poner en el teatro la verdad dramatizada—que los argumentos simbólicos y fantásticos eran sólo tolerados, pero lo que verdaderamente se admiraba era ver sobre las tablas el hombre en carne y hueso—el alma humana, con todos sus defectos y sus buenas cualidades, que se comprendía inmediatamente sin esfuerzo; en pocas palabras se exigía la realidad de la vida, la que nos rodea y de la que nos sentimos nosotros mismos actores y espectadores.

Siento no poder hacer, por falta de tiempo, un examen concienzudo y prolijo de la partitura de esta primera ópera de

Puccini, que yo considero uno de sus mejores trabajos. Es un artista sincero el que escribe, que todavía no se preocupa del efecto inmediato, que posee un alma sensible y que ya sabe realizar lo que siente.

La romanza de esta ópera que la Srta. Pellizzari va a ejecutar, prueba suficientemente la finura artística del autor.

Mientras tanto Puccini había escrito otra ópera sobre el libreto de Ferdinando Fontana, titulada "Edgard", que, estrenada en Abril de 1889 en la Scala de Milán, no obtuvo sino un suceso de estimación.

Fué entonces cuando Giulio Ricordi insistió cerca de Puccini para que escogiera un libreto en conformidad con el gusto del público y después de algún tiempo, en 1893, *Manon*, estrenado en Turín, probaba efectivamente que lo que el público quería era asistir a la representación de un argumento sumamente humano y basado sobre la vida vivida. Esta ópera señaló el primero de los triunfos del Maestro.

Todos saben que el argumento de *Manon* había sido ya musicado por Massenet y parecía un atrevimiento que un joven, al iniciar su carrera pensara en rivalizar con un artista ya consagrado. Esta osadía era tanto mayor si se consideraba que la ópera había ya tenido la consagración de todos los mejores ambientes artísticos. Sin embargo, Puccini salió airoso en su tentativa y su trabajo no desmereció en la comparación con el del maestro francés. Es cierto que *Manon de Massenet*, aún que conteniendo trozos de exquisita hechura, no está exenta de grandes defectos. Toda la parte bufa es antipática y trivial, el acto del juego es feo y privado de interés, aun con todos los cortes que se efectúan—en muchas partes la música decae muchísimo, y lo que salva la ópera, son los pocos trozos tan populares que contiene, como ser: la romanza del primer acto,

la del *picciol desco* y del *ensueño* del 2.º—la escena pasional de la seducción del 3.º y el final de la ópera, pero es de anotar que ella tiene ya muchos años de existencia y es natural que se noten las arrugas de su vejez, pero es justo reconocer que aun cuando en *Manon de Puccini* no se encuentren trozos tan finos como en la de Massenet, toda la ópera es vital—hay en ella una unión estrecha entre el drama y la música—la parte melódica es espontánea y expresiva, de estilo bien italiano y la armonía e instrumentación son bastante elevadas y elegantes.

Tres años más tarde, en el mismo teatro de Turin, el *Regio*, se daba la *Boheme* que en las primeras representaciones no obtuvo el beneplácito del público. Es de anotar que los críticos telegrafiaban a sus diarios, después de la primera representación, más o menos en estos términos: *Boheme de Puccini, estrenada esta noche, es una ópera equivocada*, es decir, ópera sin vida. Sin embargo, todos sabemos cómo poco a poco esta obra entró en todos los teatros y se hizo completamente popular, probando así que en ningún tiempo la crítica ha sido adivina.

Con *Boheme*, Puccini abandona el verdadero estilo nacional.

La escuela italiana se ha distinguido siempre de las otras por su vena melódica, por su pureza armónica y por realzar las dotes vocales de sus cantantes. Hubo épocas en que los compositores de otras naciones iban a Italia a estudiar la forma teatral que se había impuesto en todo el mundo; sin embargo, paulatinamente cada país se formó su estilo, en conformidad con su manera de sentir y su ética y de este modo tenemos hoy día el arte de carácter francés, alemán, ruso, etc.

El arte musical italiano, bien definido, refinado, elevado y en conformidad con el progreso alcanzado por la técnica moderna es aquel que encontramos en las últimas óperas de Verdi

y Catalani, y era de desear se siguiera la ruta de estos dos grandes maestros, a fin de no perder el sello del estilo nacional, pero Puccini reniega de este estilo, se deja seducir por el arte amanerado y elegante de la escuela francesa y así abandona la *melodía infinita*, para trazar frases breves, repetidas y matizadas con colores instrumentales diversos, recurre a efectos elegantes pero rebuscados, abandona las reglas estrictamente puristas de la armonía, abusa de las sucesiones de las *quintas paralelas* y de los *pedales* tan queridos de los maestros franceses, y acaricia todos los elementos que hasta entonces eran excluidos por el estilo italiano. En algunos momentos llega hasta el punto de no cuidar en absoluto de la elevación de su estilo y se acerca al de la opereta, pero, por suerte, cuando lo lírico del libreto lo requiere, cuando el sentimiento apasionado y las situaciones trágicas claman su derecho, ¡oh! entonces sí que el Maestro evoca el estilo primitivo y la melodía italiana, inspirada, profunda, sincera, fascinadora, brota de su cerebro y canta en el idioma patrio con toda la ternura que conmueve y estremece el corazón y el alma de la humanidad!

El Profesor Bassaure va a ejecutar el sugestivo trozo de Boheme: *Addio, vecchia zimarra*.

(Ejecución)

En Enero de 1900, también *Tosca*, la ópera tan querida del público de Santiago, es estrenada en Roma con un éxito muy problemático. Tal vez el público no estaba muy sereno en su juicio, siendo que se encontraba nervioso por el hecho que un delegado de policía, había anunciado al maestro Mugnone, que dirigía la representación, que había sospecha de que se quería lanzar una bomba en el teatro, pero es justo reconocer que esta ópera de Puccini es muy pobre musicalmente hablando.

y que lo que la salva es el argumento que es de una dramática espasmódica, que encadena la atención del grueso del público y algunas romanzas que llegaron a popularizarse completamente, como el: *Vissi d'arte, Lucean le stelle*, etc.

Cuatro años más tarde *Madama Butterfly* tenía un ruidoso fracaso en la *Scala* de Milán.

El público decía que Puccini había agotado su vena melódica y su inspiración, que los temas de *Butterfly* eran más o menos los mismos que habían servido para sus óperas anteriores y se entregó a protestar a silbidos, forzando maestro y editor a retirar la ópera del cartel. No fué sino tres meses más tarde cuando *Madama Butterfly* fué rehabilitada en el teatro Grande de Brescia. Es de anotar que a su aparición, esta ópera estaba escrita en dos largos actos, y, privada como estaba de movimiento escénico, no era de extrañarse que la atención del público se cansara. El Maestro la rehizo casi completamente, haciendo tesoro de todas las observaciones críticas que mereció a su estreno. Dividió el 2.º acto en dos y así vivificada pudo esta ópera seguir el camino triunfal de sus hermanas anteriores. En Italia *Madama Butterfly* es la ópera de Puccini menos representada, sin embargo ella contiene elementos vivificantes de verdadera novedad. El ambiente japonés está reflejado con evidencia, el dúo del primer acto es apasionado, lírico, insinuante. Hay escenas de gran valor artístico y dramático y la protagonista tiene un relieve sobresaliente. También la instrumentación de la ópera es importante y preludia ya la última manera de instrumentar de Puccini, que lo pone sin duda a este respecto entre los mejores maestros modernos.

La señorita Pellizzari nos cantará la conocida y tan apreciada romanza de esta ópera.

(Ejecución)

Después de *Madama Butterfly*, Puccini escribió para el teatro *Metropolitan* de New York la ópera *La fanciulla del West* que, como es notorio, obtuvo un franco éxito.

En este trabajo, Puccini, aún no abandonando del todo su estilo un poco amanerado, demostró dotes sobresalientes como instrumentador. Además la parte descriptiva y la psicología del ambiente es realizado de una manera original y en algunos puntos verdaderamente soberbia.

Contiene esta partitura páginas geniales y en el conjunto forma una obra digna de un talento superior.

Compuso después Puccini el *Trittico* que comprende tres óperas, cada una en un acto, de distintos caracteres y escritas para ser representadas en la misma noche.

La primera de estas óperas es *Tabarro*, un acto profundamente dramático. De esta dramaticidad áspera y fuerte que recuerda algo de la vehemencia verdiana.

La segunda ópera, *Suor Angelica*, al contrario, vuelve al estilo pucciniano de *Butterfly*, sin embargo la parte melódica es noble y el sentimiento apasionado ocupa un puesto preponderante en la breve y bien inspirada partitura.

De *Giovanni Schicchi*, la 3.^a ópera, hablaremos más adelante.

Ahora vamos a escuchar una interesante romanza de *Suor Angelica*.

(Ejecución)

Después de *Trittico*, Puccini estrenó una nueva ópera que no gustó y que fué definitivamente retirada por su autor. Es la *Rondine*.

Era esperado con ansiedad el último trabajo de Puccini *Turandot*. Desgraciadamente, la muerte del Gran Maestro dejó la ópera inconclusa. Se ha dicho que se encargó a Mascagni para completarla, pero no sabemos si el autor de Cavallería aceptará tan ingrata tarea. El temperamento de Mascagni es tan diverso del de Puccini que yo no comprendo cómo podrá adaptarse a imitar un estilo en completa discordancia con el suyo.

Y ahora permitidme un ligero estudio sobre la producción pucciniana.

¿La música de Puccini es verdaderamente tan importante que merezca un puesto señalado en la historia del arte?

Ante todo Puccini quiso escribir música exclusivamente teatral. El mismo lo confiesa. En una carta escrita a un amigo dice: "*La música? . . . Cosa inútil para mí, si no poseo un libreto para musicar. Tengo este gran defecto de escribirla sólo cuando mis títeres se mueven sobre la escena. Si fuera un sinjónico puro, engañaría mi tiempo. He nacido tantos años ya, y Dios santo me tocó con el dedo meñique y me dijo: "Escribe para el teatro. Fíjate bien; sólo para el teatro". Y seguí el supremo consejo.*

Ahora yo me pregunto: ¿La música teatral, entendida en su sentido exclusivista, es verdaderamente arte puro? . . . Yo creo que no. El dice más adelante: "*Existen leyes fijas para el*

teatro: interesar, sorprender, conmover... Cosas sencillas y caminos ignorados, esto debe ser el teatro moderno"...

Interesar, sorprender, conmover, pero por efectos teatrales, es decir, por efectos exteriores. El oropel escénico en el teatro es el primer eficiente para *interesar, sorprender, conmover*. Los efectos de luz, las posiciones dramáticas exageradas son sus coeficientes, pero esto no es todavía arte verdadero. Yo comprendo el teatro Wagneriano como emanación de arte, porque todas las artes concurren en iguales condiciones a formar un conjunto homogéneo, equilibrado, pero cuando este equilibrio no existe, el arte se aleja y no queda nada más que un efecto vacío que no es en absoluto arte. Y cuando un autor quiere sobre todo gustar al público, cuando su preocupación primordial es conseguir *interesar, sorprender y conmover*, ¿no reniega del verdadero arte que es por naturaleza esquivo de mostrarse al vulgo?

Las grandes obras maestras nunca fueron populares, porque se necesita una cierta preparación artística, una exquisita sensibilidad, un alma altamente superior para penetrar la esencia de estas obras.

Sin embargo, se me observará que el mismo Puccini declaró que no podría escribir música pura, pero entonces queda el hecho bien establecido que su música no es arte superior.

También Verdi, se me añadirá, tenía al respecto, las mismas ideas de Puccini, y precisamente por esto, sólo cuando abandona tales preocupaciones su producción se levanta a verdadera dignidad artística.

Y entonces ¿qué será de la música de Puccini? Quedará como emanación de un arte especial, de aquel arte brotado para fácilmente *interesar, sorprender y conmover*.

Se dice y se afirma que Puccini escribió en el estilo definido

como italiano. Yo niego en absoluto que esto sea verdad. Por cierto que sus primeras óperas (*Villi*, *Edgard* y *Manon*) son hechas con los procedimientos melódicos y armónicos italianos. Sin embargo, como dije anteriormente, con *Boheme* se aleja del purismo italiano y se inspira en la coquetería y superficialidad de la escuela francesa, característica que no abandonará jamás.

Donde Puccini se levanta y ocupa un puesto importante es en la instrumentación orquestal. Su paleta aquí es variadísima, llena de colores, interesantes y nuevos y hasta cuando hay pobreza de ideas, él sabe con su orquesta agradar e interesar al público y a los artistas.

La instrumentación de la "*Fanciulla del West*", por ejemplo, es verdaderamente genial!. Poderosa, fina, elegante, interesante siempre. Lo mismo en el *Trittico* y especialmente en aquella joya musical que se llama *Giovanni Schicchi*, donde cada instrumento parece un personaje que dice su razón con convencimiento y verdad.

¡Qué belleza la de este acto! ¡Esto es verdadero arte, arte tan elevado que levanta también a su autor a una esfera sublime! ¡Si toda la música de Puccini fuera escrita en este estilo, su autor no sería por cierto tan popular, pero seguramente ocuparía un puesto considerable en la historia de la Música! ¡Qué diferencia entre esta ópera y *Tosca*! En *Tosca* casi no hay música: el efecto está circunscrito al drama. En *Giovanni Schicchi* al contrario el efecto teatral es casi nulo y en cambio no hay una nota que no sea puesta con verdadero arte.

No sé cómo será la última ópera inconclusa de Puccini. Mientras trabajaba en ella, escribía a sus colaboradores Simoni y Adami: "*Espero que la melodía me ha de salir todavía fresca y que llegue al alma. Sin alma no existe música. Trabajo, pero*

tengo mucho todavía de qué escribir. Me espanto también pensando en los años que me pesan tanto—¡pero adelante y sin temor!”

En sus últimos momentos se atormentaba pensando que no podía llegar a concluir su ópera. Sus postreras palabras fueron: “*La ópera se representará incompleta y después saldrá alguien al proscenio que dirá al público: ¡En este punto el Maestro ha muerto!”*

Por las últimas noticias llegadas de Italia se sabe que sólo la instrumentación del dúo final es lo que falta para que la ópera sea completa y parece que ella se dará luego en el teatro de la *Scala*.

.....

Y ahora permitidme una consideración de grande importancia.

En todos los tiempos, al lado de un arte altamente superior, hemos visto surgir un arte popular.

En literatura, en arquitectura, en escultura, en música, etc., ha habido siempre una producción al alcance de todos, fácilmente comprensible y que ha tenido un éxito extraordinario: las novelas, los cuadritos de efectos, las romanzas, las óperas melódicas a base de gorgoritos humanos. Es extraño; a expensas de este arte inferior ha podido vivir el arte puro. Sin los retratos y los cuadros de ambiente, que dejan una ganancia segura, no habrían podido los pintores realizar sus mejores obras artísticas. Los grandes editores, se han sostenido siempre con las ventas de las novelas y con ellas pudieron publicar las grandes obras maestras de la literatura. El teatro se vió siempre lleno con las representaciones de las obras livianas, y ellas costearon la ejecución de las grandes producciones artísticas, que siempre o casi dejan un *déficit*.

Por estas razones debemos convenir que la ópera popular es indispensable para impedir que desaparezca el teatro. Es un error creer que el pueblo pueda interesarse y comprender el arte superior, siendo que no posee y no poseerá jamás la preparación especial y la sensibilidad refinada para llegar hasta él.

Y entonces, si reconocemos la utilidad de la ópera popular es justo también dar toda nuestra estimación a aquellos que saben escribirla con verdadero talento. Será tal vez una emanación de arte especial, pero es arte.

De todos modos, limitemos nuestro espíritu crítico y en estos momentos en que todos lloran la muerte de Puccini, y mandémosle también nosotros, nuestro tributo de admiración.

Lloremos en él al autor de tantas óperas que han hecho la delicia de tanta gente, que recordará siempre con emoción los nombres de *Manon*, de *Mimí*, de *Madama Butterfly*, de *Suor Angelica*, etc., y reconozcamos que su música fué como él: sincera y de una diamantina espontaneidad.



Para completar este pequeño estudio crítico, os haré conocer algunas opiniones autorizadas sobre Giacomo Puccini:

El crítico del *Figaro* de París dice: "...que si los poemas dramáticos felizmente escogidos y seguros de tener fortuna, sostenían y recomendaban sus óperas a los espectadores de todos los países, no se puede negar sus cualidades de compositor, el mérito real de algunas páginas, la belleza de ciertos felices oasis en su producción de poesía lírica".

El crítico de "*Comedia*" escribe que "...si su producción ha podido parecernos a veces en exceso, no podemos menos de

inclinarnos ante la fuerza radiosa de un hombre que había penetrado hasta el corazón mismo de todos los pueblos. Puccini poseía una vehemencia lírica singularísima. El era un compositor de raza. Ha trabajado continuamente por el público y no para la "élite". Tal fué a nuestros ojos el fondo de su "espléndida debilidad". La carrera de un músico que conquista así el mundo es toda luminosa. Si la Italia pierde con él una de sus energías más activas, su desaparición será cruelmente sentida por la masa popular".

La característica vocación teatral del talento de Puccini, es puesta en evidencia por el *Temps*, que anota: "... *Puccini no ha escrito sino para el teatro. Todas sus ideas musicales eran de teatro. Ellas tenían el ritmo, el movimiento, la facilidad cálida que busca el público en las salas de espectáculos. Se ha dicho que Puccini era el maestro de Italia. Se puede igualmente decir que él fué el Sardou de la música. Puccini fué a tal punto el hombre de las masas, que sus óperas se han difundido con una rapidez sin ejemplo, no sólo en todos los teatros donde se canta en italiano, sino también en todos los proscenios de Europa y de América".*

Sobre este estilo, con algunas reservas críticas de las óperas de Puccini, pero rindiendo homenaje al intérprete dulce y cálido del alma de las multitudes, son los comentarios del "*Echo de Paris*" y del "*Gaulois*", que también insisten sobre el refinado y seguro instinto teatral del maestro italiano, observando que lo que ha constituido el éxito de Puccini es que él tenía el culto de la melodía en el momento en que la música moderna considera este don como un delito.

El dolor de Viena ante la muerte de Puccini, que el año anterior había sido su huésped simpático y gozaba de una inmensa popularidad, fué profundo. Muchos diarios pidieron al maestro

Mascagni, que se encontraba allá, sus impresiones sobre la dolorosa desaparición: *“La muerte de Puccini, dijo Mascagni al Tag, es una gran pérdida para Italia y para el arte. No se me pida hoy de ilustrar sus óperas que han hecho popular e inmortal su nombre en todo el mundo civilizado. Llegará el momento en que podré hablar de él con afecto de hermano y fe de apóstol, pero no hoy, no en este momento de dolor, en el cual la triste noticia viene a golpear tan profundamente mi corazón. Hoy puedo decir que en su patria era adorado; puedo decir que como maestro obtuvo el consentimiento unánime del alma humana y como hombre no tuvo un enemigo; puedo decir que la muerte lo ha tronchado en el momento en que la Italia oficial le había decretado el supremo honor en signo de agradecimiento por la gloria con que iluminó a su país (se refiere al nombramiento de senador); puedo decir que el destino nos lo ha quitado mientras que con segura esperanza esperábamos con alegría y emoción sus nuevos cantos”*.

Todos los diarios europeos han dedicado a la memoria de Puccini elogios sinceros, y no concluiría nunca de citar todas las opiniones de los más notables críticos y maestros, todos concordes en reconocer el talento teatral de Giacomo Puccini. Pero la hora avanza y no quiero cansar demasiado al público que me está escuchando. Concluyo pensando que tal vez Puccini fué uno de los últimos melódicos, que no se dejó arrastrar completamente por las novedades, a veces anti-estéticas, de los innovadores actuales.

Dígase lo que se quiera, analícese fríamente, júzguese anatómica y científicamente cualquiera orientación artística, pero no se niegue el poder emocionante que sobre el público produce siempre una bella melodía, inspirada y libre de todo artificio armónico o polifónico.

¡Oh melodía! ¡manantial inagotable y fresco que derramas sobre todos tu influencia bienhechora!

¡Oh melodía! ¡tu naciste con la humanidad, y por esto tienes la fuerza de subyugar el alma y el poder de aliviar el dolor!

¡Oh melodía! ¡hay quienes, embebidos de ideas modernistas, quieren decretar tu muerte, y no piensan los insensatos que tu muerte puede arrastrar todo sentimiento de nobleza! ¡Tu estás en los labios de los niños, de los adultos y de los viejos, eres su lenguaje moral, y quieren arrebatar-te! . . . ¿Qué darán en cambio? . . . ¿El ritmo? . . . ¿El ruido? . . . ¿la disonancia? . . . ¡No, nadie lo aceptaría, porque el canto es vida, savia del espíritu y no podrá morir jamás!

¡Canta, canta oh pueblo! y si te destierran de los teatros, irás vagando bajo el cielo terso, compondrás tú mismo las nuevas melodías, y, nuevo menestrel del porvenir, no más restringido entre las paredes de un templo artístico, encontrarás tu nuevo templo: el espacio infinito, puro y sublime!

He dicho.

Luigi Stefano Giard

Santiago, 13 de Mayo de 1925.

CONFERENCIA SOBRE MADAME CURIE Y EL RADIO

(Del Profesor M. Jacques Bancelin)

La conferencia que el eminente profesor francés M. Bancelin, hizo el 1.º de este mes en el Club de Señoras interesó profundamente a la selecta concurrencia que llenaba la sala. Su extensión nos impide reproducirla íntegra, pero vamos a dar sus pasajes principales seguros de que interesará a nuestros lectores.

Después de un exordio en que M. Bancelin se excusó por hablar en francés y dió las gracias por el honor que se le hacía llamándolo a la tribuna del Club de Señoras, observó cuánto interés debía tener este asunto en ese Club sabiendo que el radio fué descubierto por Mlle. Marie Sklodowska mientras proseguía estudios científicos con su novio M. Curie, con quien poco después se casó. Es éste uno de los pocos casos en que el nombre de una mujer queda ligado a uno de los más grandes descubrimientos científicos de nuestro tiempo.

El señor Bancelin siguió diciendo:

DESCUBRIMIENTO DEL RADIO

Se puede hacer remontar el descubrimiento de la radioactividad a los estudios del físico francés Becquerel sobre la fluorescencia y la fosforescencia. Becquerel era hijo y nieto de sabios franceses cuyos estudios versaron principalmente sobre la electricidad, cuando esta ciencia era todavía nueva y muy poco avanzada. Su hijo, que es actualmente profesor en la Escuela Politécnica, ha continuado las tradiciones de la familia, pues sus estudios son sobre la luz y la electricidad. Becquerel estudiaba la fosforescencia, es decir la propiedad que poseen ciertos cuerpos de conservar la luz en la oscuridad, después de haber sido expuestos a una luz intensa del sol, o de una fuerte lámpara eléctrica. Con el fin de facilitar este estudio, en el caso de cuerpos poco fosforescentes, se servía de placas fotográficas que son más sensibles que la vista, y que permiten hacer experimentos de mayor duración. Tuvo la sorpresa de constatar que las sales de uranio impresionan débilmente la placa fotográfica, aun cuando no hayan estado expuestas a la luz durante varios años; y descubrió que esta propiedad no disminuía, con el tiempo; lo cual indicaba que aquella era una propiedad especial de las sales uranio, una propiedad enteramente nueva y bastante extraordinaria. Prosiguiendo el estudio de las sales de uranio, encontró que un cuerpo conductor aislado no podía quedarse electrizado si a su lado se encontraba un trozo de un compuesto de uranio. Los compuestos de uranio descargaban a la distancia los cuerpos electrizados.

Estas dos observaciones tan sencillas pero tan extraordinarias constituyen el origen de la radioactividad.

En esta época había en la escuela de física y química de Pa-

rís, un jefe llamado Curie, que trabajaba en un pequeño laboratorio instalado en una barraca de madera en uno de los patios de la Escuela. Yo no conocí ese laboratorio, pero he visto fotografías, que fueron tomadas antes de su demolición; el taller más miserable de un obrero electricista está mejor instalado que el laboratorio que tenía Curie. Y sin embargo, fué en ese pobre laboratorio donde se descubrió el radio. Es muy interesante constatar que los descubrimientos franceses que han trastornado las teorías científicas, han sido hechos en pobres laboratorios; Fresnel hizo sus primeros estudios sobre la luz cuando construía sus aparatos con corchos y con hojalata. Pasteur tenía instalado un laboratorio en el granero de un pequeño pabellón de la Escuela Normal, cuando hizo sus primeros descubrimientos.

Curie, aunque tenía el cargo de una cátedra de enseñanza que le tomaba mucho tiempo, trabajaba en su pequeño laboratorio. Los estudios eran sobre materias poco conocidas del gran público, pero si no han tenido la fama de los estudios de la radioactividad, no deben ser olvidados; esos estudios habrían bastado por sí solos para colocar a Curie entre los sabios cuyo nombre pasa a la posteridad. Curie se ocupaba de estudiar la propiedad de los cristales. Partiendo de la idea que es casi un secreto de La Palisse: "Las mismas causas producen los mismos efectos", pudo prever, entre otras propiedades, por medio de razonamientos delicados, que ciertos cristales desprendían electricidad cuando se les frotaba en ciertas direcciones. Basándose sobre esta propiedad, construyó un aparato que es de una aplicación corriente en todos los laboratorios de radioactividad y que es el cuarzo piezo eléctrico. Lo ayudaba en sus trabajos una de sus antiguas alumnas, Mlle. Sklodowska que acababa de terminar sus estudios en la Sorbona.

Ambos se sorprendieron de las propiedades notables de los compuestos de uranio, que acababan de ser descubiertas por Becquerel, y decidieron interrumpir los trabajos en curso para examinar los distintos minerales de uranio, de los cuales había una buena colección en los laboratorios de la Sorbonna. He oído contar hace poco tiempo a Mme. Curie que, cuando propuso a Curie hacer examinar los minerales de uranio, le dijo: “Puede haber algo interesante en estos minerales, esto no nos atrasará absolutamente en nuestros estudios pendientes y además este trabajo no nos ocupará más de una semana”. Pues bien, aquel trabajo que no debía durar más que una semana, fué origen del descubrimiento del radio, a cuyo estudio consagraron ambos su vida entera.

Examinaron los minerales de uranio que encontraron en las colecciones de mineralogía del laboratorio y del museo de historia natural, y tuvieron la sorpresa de constatar que uno de ellos, la pechblenda, tenía una acción más completa que el uranio puro sobre los cuerpos electrizados, aunque este mineral fuera bastante impuro. Por esta razón pensaron que al lado del uranio existía en la pechblenda otro cuerpo, probablemente en pequeña cantidad, que debía ser extraordinariamente activo. Trataron entonces de aislar ese cuerpo del cual suponían la existencia. Fué entonces cuando comenzó para ellos un trabajo considerable, tanto más cuanto nadie los ayudaba, y que el laboratorio no disponía de mucho crédito. Hicieron traer de Bohemia una gran cantidad de pechblenda, sobre la cual hicieron numerosos tratamientos químicos con el objeto de aislar aquel cuerpo tan activo. Para darnos cuenta de la dificultad y de la magnitud del trabajo emprendido, es preciso pensar que el único guía que tenían para la investigación del cuerpo del cual suponían la existencia,

era la acción que éste ejercía sobre los cuerpos electrizados. El químico que busca un cuerpo nuevo, es como el ciego que busca una casa en una ciudad desconocida. En el caso de la investigación del radio, la dificultad se aumentaba por la pequeñez de la cantidad de radio que contenía el mineral, y por el hecho que se encontraba mezclado a otros cuerpos que ejercían ellos también una acción sobre los cuerpos electrizados. En fin, al cabo de varios años de trabajo, después de muchos ensayos infructuosos, y después de haber tratado varias toneladas de mineral, consiguieron aislar algunos miligramos de un cuerpo nuevo, aproximadamente 10.000,000 de veces más activo que el uranio: era el radio.

Este descubrimiento fué anunciado a la Academia de Ciencias de París, en el mes de Julio de 1892.

El conferencista recordó en seguida el rápido desarrollo de las aplicaciones del radio en el mundo y los progresos de esta nueva ciencia de la radioactividad. Hizo notar el desinterés y modestia de los esposos Curie, que no quisieron reservarse su descubrimiento, sino que lo comunicaron al mundo entero dejando que otros hicieran grandes fortunas con su aplicación. M. Curie era ya conocido en el mundo y casi ignorado en Francia. Tardíamente se le nombró miembro de la Facultad de Ciencias, cargo que desempeñó poco tiempo, porque en 1904, a los 43 años de edad, murió en un accidente, atropellado por un camión en los malecones del Sena.

PROPIEDADES DEL RADIO

Sigue diciendo M. Bancelin:

“Digamos ahora algunas palabras sobre las propiedades

del radio. El radio es un metal cuyas propiedades químicas no tienen nada de notable, se parece al calcio. Las sales son blancas, y si os mostraran sin preveniros sal de radio, no creeríais que teníais delante una muestra de este cuerpo extraordinario.

Como el uranio, el radio impresiona la placa fotográfica, aún si esta placa está envuelta en papel y encerrada en su caja de cartón. El radio despide rayos capaces de atravesar los cuerpos opacos; quiere decir que despide rayos análogos a los rayos X, son los rayos gama. Sus rayos son visibles, puesto que una sal de radio es luminosa en la oscuridad. Una sal de radio es una lámpara perpetua, lo que no es el más notable de sus fenómenos.

Como el uranio, pero en un grado mucho mayor, descarga a la distancia los cuerpos electrizados; en efecto, despide rayos que hacen conductores a todos los cuerpos; al lado de un trozo de radio deja de existir el aislador eléctrico. Es imposible hacer experimentos precisos de electricidad en una pieza donde haya radio. Podríamos decir que si se aproxima un trozo de compuesto de radio a un cuerpo electrizado, éste se descarga instantáneamente. Para ponerse a cubierto de esta acción, se encierra el radio en un tubo de plomo muy grueso que detiene los rayos gama.

Pero lo que es más notable, es que los cuerpos que han permanecido algún tiempo al lado de un trozo de radio adquieren también la propiedad de descargar los cuerpos electrizados, y conservarán esta propiedad durante un tiempo más o menos largo. En un laboratorio donde se trabaje con el radio, es imposible hacer experimentos de electricidad sino después de tomar precauciones minuciosas. Mme. Curie que manipula diariamente los compuestos radioactivos, se ha vuelto ella mis-

ma radioactiva; y no pierde esta propiedad sino cuando toma algunas vacaciones durante las cuales no va a su laboratorio.

Ha sido preciso construir un laboratorio especial para Mme. Curie, lejos de los laboratorios de física, para evitar que el radio impida hacer los experimentos de electricidad en los otros laboratorios.

Esta notable propiedad del radio permite saber por donde ha pasado un trozo de radio, si se le ha llevado de un sitio a otro, puesto que deja rastros de su paso volviendo radioactivos los cuerpos cerca de los cuales ha estado. Se puede encontrar un trozo de radio por su rastro. Un día sucedió que se perdió en un hospital un tubo que contenía radio, y se pudo averiguar que el tubo había sido botado a la basura por un descuido, ensayando la acción de diversos objetos sobre un electrómetro; se pudo encontrar el carro que había transportado las basuras que contenían el tubo de radio, y llegar por fin al sitio donde habían sido botadas estas basuras y se pudo encontrar así el tubo de radio.

Los rayos de radio pueden hacer luminosas ciertas sustancias. Ustedes sabrán que se fabrican pinturas que son luminosas en la oscuridad; durante la guerra se servían de esas pinturas para la mira de los cañones, para pintar avisos visibles durante la noche. La pintura contiene una débil cantidad de radio, más o menos un milígramo por un kilo de pintura; se puede hacer de diversos colores, según la sustancia que se emplee; hay verde, azul, amarillo, violeta. Es un espectáculo curioso y extraño entrar durante la noche en un laboratorio de una de esas fábricas de pinturas luminosas; se ven sobre las repisas todos los frascos llenos de luces de colores variados.

Los rayos del radio son capaces de una acción todavía más intensa, como la de producir reacciones químicas; así se com-

prende el ligero olor que despiden las sales de radio: las sales huelen como el ozono, porque bajo la influencia de sus rayos el oxígeno se transforma en ozono. Este olor es el que se siente al lado de las grandes máquinas eléctricas en acción. Bajo la influencia de estos mismos rayos el vidrio toma color. Siempre se encierra el radio, que es un cuerpo muy precioso, en tubos de vidrio. Los tubos son de vidrio blanco, pero al cabo de algunos días se vuelven casi negros completamente a causa de la transformación química que se produce en el vidrio. Los frascos que contienen minerales de radio toman poco a poco un tinte violeta. Es posible que el color de ciertas piedras preciosas que se encuentran en la tierra, sea producido por la acción prolongada de la radiación del radio contenido en los terrenos vecinos.

LUZ, CALOR, ELECTRICIDAD

Se ha podido demostrar que los rayos emitidos por el radio son de tres clases. Unos, los rayos alfa, están cargados de electricidad positiva, están constituidos por átomos de helio lanzados en el espacio con una ligereza de 20,000 kilómetros por segundo (1), pero estos rayos pueden ser detenidos fácilmente; una hoja de papel no se deja atravesar por ellos; los átomos de helio son demasiado voluminosos y no tienen bastante fuerza para atravesar este obstáculo, y tienen un recorrido demasiado lento.

Los segundos, los rayos Beta, están constituidos por partículas de electricidad negativa, excesivamente pequeñas, mucho más pequeñas que los átomos, y lanzados con una ligereza tan grande, que puede exceder 200,000 kilómetros por segundo. Es decir, que podrían dar cinco veces la vuelta a la tierra en

un segundo. Estos rayos son análogos a los que se producen en los tubos que sirven para hacer los rayos X: son análogos a los que se producen en las lámparas que se usan en la telegrafía sin hilos. Como estas partículas son muy pequeñas, y lanzadas con gran ligereza, pueden atravesar hojas de papel, de cartón, de metal delgado, tal como las hojas de papel de plomo que sirven para envolver el chocolate.

Vemos, pues, que el radio produce electricidad sin que hagamos nada para esto.

En fin, el radio produce una tercera clase de rayos, el rayo Gama, análogo al rayo X, que atraviesa aún los cuerpos opacos como el metal y que impresiona fuertemente la placa fotográfica a través de una lámina de aluminio.

Además de emitir rayos, el radio despidе calor. Un gramo de radio despidе en un año más o menos, la misma cantidad de calor que producirían cien gramos de carbón prendido.

Todas estas propiedades, el despedir calor, producir luz, emanar electricidad, han trastornado completamente todas las opiniones que hasta ahora se tenían sobre la materia, porque parecían demostrar que es posible el movimiento perpetuo. Veremos, sin embargo, que se ha llegado a comprender la razón, y que debemos considerar todavía que el movimiento perpetuo es imposible. Es una quimera que los hombres han buscado durante mucho tiempo, y que algunos buscan todavía, pero que debe ser considerada como imposible de encontrar.

LA MAGIA DEL RADIO

Vemos, pues, que el radio, si pudiéramos tener una cantidad considerable, haría posible la realización de lo que nos contaban cuando éramos niños, en los cuentos de hadas. El secreto del

castillo de la Bella Durmiente del Bosque, consistía tal vez en la posesión del radio. Una cantidad considerable de radios permitiría calentarnos sin gastar carbón, alumbrarnos sin tener que pagar la corriente eléctrica, nos permitiría hacer mover los motores; pero todas estas ventajas no dejarían de tener sus peligros, pues los rayos de radio tienen una acción sumamente fuerte sobre el organismo. Si se pone la piel durante algunas horas en contacto con sales de radio, produce sobre la piel una quemadura que no sana, semejante a la que producen los rayos X, y sabéis que ya ha habido varios médicos que han sido víctimas de las quemaduras producidas por estos rayos.

Pero sucede con el radio como con todas las cosas dañinas; si se las emplea juiciosamente pueden causar bien. Actualmente se fundan grandes esperanzas en el empleo del radio para sanar el cáncer. Muchos hospitales tienen actualmente radio, o mesothorio para el tratamiento de las enfermedades.

Se cree con mucha razón que si se toman las aguas minerales en su origen, son mucho más activas que si se toman después de mucho tiempo, y es porque cuando salen, de la tierra son radioactivas, y que pierden en algunas semanas su radioactividad, lo cual disminuye su poder terapéutico. Esta es la verdadera razón de su eficacia, pero se les podría devolver su poder terapéutico haciéndolas radioactivas artificialmente por medio de una pequeña cantidad de radio.

Todas estas propiedades fundamentales del radio han sido descubiertas por Mme. Curie. Después de la muerte de Curie, Mme. Curie ha continuado el estudio de la radioactividad. Por otra parte, este estudio ha podido ser hecho en mejores condiciones que los estudios iniciales. Después que los trabajos

de M. y Mme. Curie eran conocidos en el mundo entero, fueron conocidos en Francia.”

Mme. Curie es ahora profesor de la Sorbona y la única mujer que en Francia ocupa una cátedra universitaria. Se le ha dado un magnífico laboratorio para que pueda tratar grandes cantidades de minerales a fin de extraerles el radio.

Como la cantidad que contienen los minerales es muy pequeña, el precio del radio es muy alto. Actualmente un gramo de radio vale cerca de medio millón de pesos. Para obtener un gramo hay que tratar cien mil kilos de mineral con procedimientos costosos. Los estudios de radioactividad se hacen empleando miligramos de radio. Cuando Mme. Curie fué a América, le obsequiaron en los Estados Unidos un gramo de radio y hoy debe tener en su laboratorio, más o menos, tres gramos.

Ayuda en sus estudios a su madre la señorita Irene Curie, mientras su hermana Eva se dedica a la carrera musical.

Mme. Curie tiene una pensión votada por el gobierno francés, de cuarenta mil francos anuales y es miembro de la Academia de Medicina.

M. Bancelin se extendió en seguida en una disertación científica del más alto valor sobre los oscuros problemas de la radioactividad para elevarse hasta algunas concepciones filosóficas que han debido ser modificadas con el descubrimiento del radio, como la unidad de la constitución de la materia, que sostenían los alquimistas y que hoy está experimentalmente probada. ;

Al terminar decía el conferencista:

“La materia parece estar compuesta únicamente de electricidad, pero, ¿qué es la electricidad? Este problema deberá ser abordado por las generaciones futuras. Para resolverlo será necesario hacer muchos esfuerzos; será preciso hacer muchos experimentos, y gastar mucha imaginación. Se necesita tal vez mucho tiempo, pero si las conquistas de la ciencia son lentas, son seguras, la ciencia tiene el mérito inmenso de no prometer nada y de dar algunas veces mucho”.

CHARLAS EN EL TEATRO DEL CLUB DE SEÑORAS

*(Conferencia del Excmo. Señor Ministro de Chile en España
Don Emilio Rodríguez Mendoza)*

No va a ser éste un trabajo detallado y retocado, sin huella alguna de esa santidad de la primera impresión. Va a ser apenas una charla con que dejar aquí, en este Centro tan especial, tan nuevo, y tan gentil de nuestra sociabilidad, un fragmento típico del paisaje conventual de Quito y de mi paso por el Pacífico Meridional.

El más querido, el más deseado de los temas suele ser el que, sea por esto o por aquello, no llega a tocarse y se escapa irónicamente cuando lo vamos a abordar. Corre el tiempo, no se escribe, pero, en cambio, se evoca con tanto más intensidad cuanta más distancia va interponiéndose entre el recuerdo y la vida que sigue rápidamente, cambiante y sorpresiva sin darnos tiempo que dedicar a lo que sigue alejándose melancólicamente y acaso creyéndose olvidado.

No, no he tenido tiempo para escribir reposadamente y rodeado por mis cachivaches; pero también es cierto que no me he resignado a alejarme de nuevo sin decir algo, aunque sea con la prisa confusa de la partida, sobre aquella ciudad desbordante de pasado y españolismo colonial.

Aquí estoy, pues, a charlar un rato, sin oratoria, como quien conversa en uno de los recibos íntimos de Club.

—Un día, nuestro Gobierno, estando yo en Bolivia, dispuso que pasara a Quito.

Descendí enfermo y emocionado de aquel altiplano desolado cuyo paisaje, en sus elementos esenciales, está constituido por el espectáculo de las montañas enormes que parecen más solitarias que en parte alguna del mundo, y los grupos de “llamas” que siguen sigilosamente juntas, con el cuello alzado por la inquietud. Se detienen a cada instante a escrutar la perspectiva y luego avanzan de nuevo.

Ahí en Bolivia sentí por primera vez la grave responsabilidad de salvar dignamente las relaciones de dos países que chocaron rudamente en otro tiempo, pero que se completan; que están distanciados, pero que forman una indestructible articulación económica, y que bien gobernados tienen todos los elementos necesarios para llegar a ser grandes organismos modernos.

A mi delicada misión en ese país, que siempre me atraerá con su paisaje anonadante de soledad, le debo el haber sentido la responsabilidad que suele tener un puesto diplomático.

En aquellos días, además, andaba la muerte buscando a quien llevarse de mi hogar, y como si esto fuera poco, en mi Legación se escuchaban los gritos de triunfo de una revolución reivindicacionista.

Sentir la vida, es decir, la responsabilidad inflexible de algo serio, equivale a acaparar experiencia, sentimiento, equidad, energía cubierta de calma hecha a fuerza de dominio de sí mismo. Es concluir la modelación íntima, profunda de la individualidad.

Mucho de eso se lo debo a Bolivia y por eso le adeudaré siempre un recuerdo justiciero e intenso, a pesar de las alternativas

de mi larga gestión con hombres impetuosos y vibrantes, cuyo talento y cuyo carácter tenía que confrontar a diario.

Del paisaje hosco y enigmático y llevando el ánimo flotando en las vaguedades apacibles o soñadoras de una convalecencia reciente, un día pasé al pequeño vapor nacional que iba a conducirnos al Ecuador.

Un barco nuestro, es, naturalmente, un pedazo de Chile, no sólo por la bandera que aletea gallardamente en sus mástiles, sino por su aspecto, su animación, sus exclamaciones peculiares. Se viaja en un pedazo de territorio oliente a cuanto bueno y oloroso produce nuestra tierra de gente comedora. Más que uno de esos barquitos que trafican por la costa, cargados como carretelas de mudanza, aquello parece un almacén de provisiones convertido en cuerno de la abundancia. Van hasta el mismo trópico a traer productos que perfuman toda la costa con su olor penetrante.

En las noches se oyen guitarras y resuenan cantos, evocación lejana de un Chile que va acabando, cantos que surgen en medio de la oscuridad, bajo las estrellas y los manotazos resonantes que da la hélice luchando con la noche y las olas.

Canta un bardo que no vemos, medio minero y medio “huaso”, que es una evocación del Chile apacible, payador y fandanguero de otros tiempos que, al irse, intentan la parodia irrisoria y sangrienta de reemplazar nuestros tipos netamente nacionales, con la caricatura grotesca del bolchevique de ocasión o de moda trágica.

Vamos al Norte, repito, y una mañana el barquito pintoresco, entra fresco y alegre a Antofagasta, horizontalmente tendida a los pies del murallón ceniciento, especie de entrada a la pampa cuajada de salitre destinado a que la tierra produzca más y, haya, por consiguiente menos hambre en el mundo.

Una cuadrilla de “rotos” de tórax de doble ancho, cargan silenciosamente sacos y más sacos de esa especie de azúcar granulada con que tonificar la pobre tierra empobrecida. De cuando en cuando, resuena estentóreamente la palabrota nacional; se percibe un mal gesto y de nuevo los sacos bajan rezongando de los “huinches” a la bodega que los ha de llevar a la opulenta fecundación floral de tierras lejanas.

Nunca he pasado por esa ciudad, modernizada y rica, pero desheredada de paisaje, sin pensar en lo que es y será: entrada y salida de países.

Hay una gran región que por claro mandado geográfico, es el Rinterland de Antofagasta. Los mapas son, primero, para orientarse geográficamente y, luego, para ayudar a meditar con hondura. No lo olvidemos, porque tras las indicaciones de la geografía económica, vienen inevitablemente los problemas que plantea el desarrollo propio y el de los demás.

El correr del tiempo, pienso, rara vez deja las cuestiones como eran en el pasado. Todo cambia y evoluciona sobre la base de sus orígenes y situación.

De Mollendo al Norte, uno se encuentra ante otra raza.

En efecto, ya no se escuchan las palabrotas de los cargadores de doble ancho; las fisonomías son menos duras y el lenguaje es más suave, más pulcro y mejor pronunciado; hay más lentitud, pero menos violencia, menos músculo, pero más urbanidad... Se me figura que todo el mundo en el Perú es muy bien educado y habla muy académicamente el idioma.

Comercialmente, la costa entera trasuda azúcar y aparece encopetada de sacos que traspiran miel al sol en medio de un ambiente ligeramente amarillento, del cual ha desaparecido la transparencia de nuestro paisaje.

Nuestro barquito bailarín fondea dos días en el Callao, y

aun cuando Lima es una de las ciudades más pletóricas de pasado virreinal, me decido a no desembarcar.

El Perú inspira una enorme curiosidad; pero la propaganda clamorosa y destemplada en que vive desde 1879 a hoy, no sólo no puede ser simpática, sino que le es perjudicial.

Lima, como es bien sabido, constituye un gran arsenal de los tiempos de la dominación española, es decir, de la colonia. Tuvo santos y santas, conquistadores, inquisidores, virreyes enamorados; corte, aventuras cortesanas, tajos y reveses; templos llenos de plata labrada y torres barrocas cuyas campanas distribuían místicamente el horario del diario vivir. Por ahí anduvo Francisco Pizarro, mesándose sus recias barbas de macho, como diría el señor Noel; más allá cayó de rodillas la santa coronada de rosas abiertas y palpitantes, como bocas juveniles que se besan.

Todo eso culmina con una figura inimitable, única, original que recoge con avaricia las perlas de anécdotas y consejas con que hacer el rico collar de sus "Leyendas"; me refiero a Ricardo Palma.

Pero no sólo leyendas de pasión, de muerte y beateríos dejó incrustado el pasado fastuoso en la peculiarísima mentalidad peruana: dejó algo más, algo atávico que intranquiliza a nuestro vecino e intranquiliza a los demás: la política virreinal que induce a la disputa con los países colindantes y en el fondo de la cual palpita intacto el atavismo secular de los días lejanos en que el virreinato llenaba preponderantemente una gran parte del mapa sub-ramericano.

¡Si se pudiera sepultar esa obsesión oculta, que ya ha causado tantos duelos y quebrantos!

¡Si, al fin, se reconocieran los hechos consumados! Pero no siendo esto así, prefiero quedarme tendido en una silla de mim-

bre, mirando desde el barco anclado la perspectiva dorada bajo un cielo de cascuela de concha de perla.

Cuando se aproxima la tarde, ese cielo parece un mantón bordado con claveles y jazmines para la querida del Virrey.

¡Qué hermosura de color! ¡Qué intensidad pictórica en los amatistas y los ópalos crepusculares! ¡Cómo no ha de existir, pues, en ese país una mezcla asombrosa y perenne de fantasía y optimismo bajo ese cielo de seda! Hundo la vista en el paisaje y en medio de ese vapor de oro de retablo colonial, percibo borrosamente las torres de Lima, y me siento emocionado, porque esa capital es un fragmento de nuestra propia historia. Sueño, como que la hora, el sitio, el ambiente modelando y deshaciendo visiones de arte y de pasado, incitan a dejar que la fantasía salga a volar libremente sobre la perspectiva limeña. . . Sueño y en ese paisaje de telón de teatro, me parece ver distintamente cómo avanzan los tercios que hace un siglo condujo San Martín desde una extremidad a otra del Continente, desde nuestro valle central a la gran ciudad femenina.

El "Palena" sigue, al fin, su ruta y un buen día, no sólo estamos en aguas ecuatorianas, sino que remontamos el Huayas en que el trópico vacía, camino del exterior, sus opulencias de Nabab.

Es un momento especialísimo ese en que se arriba al sitio mismo en que va a comenzar la misión confiada a nuestra discreción.

¡Y qué sorpresas reserva la suerte!

A los veinte años, yo escribía en una misma mesa con los Irarrázaval Zañartu, sosteniendo calurosamente en las columnas de "La Tarde" la conveniencia de estrechar más y más nuestra amistad con el Ecuador! A los cincuenta años y siendo

un hombre más o menos maduro, me tocaba ir a servir la misma política que había preconizado siendo un muchacho.

Llegué, pues, a guayaquil lleno de curiosidad y entusiasmo.

Iba mal de salud y desde ese momento, empecé a sentirme mejor.

Al desembarcar, uno cree encontrarse con palmeras y ruidos de selvas en pleno génesis, y junto con tomar un buen auto se empieza a pasar ante grandes edificios de fierro y cemento y a recorrer avenidas espléndidas al final de una de las cuales, la Nueve de Octubre, se eleva un monumentazo que, sin duda, es el más grande de la América del Sur.

Nada, pues, de palmeras, nada de cacatúaes: asfalto trinidad, cemento armado, gran comercio, mucha animación, música de fonola por todas partes y *affiches* de tonadilleras buenas mozas... El aspecto de una ciudad moderna, en una palabra, pero, eso sí, muchísimo calor.

Guayaquil está a dos días del Canal de Panamá, obra que, como quien no dice nada, abrió un nuevo camino al mundo, que tenía ahí una puerta cerrada a macha martillo. Se calculan, pues, fácilmente lo que esa ciudad, dada su situación, será en el futuro.

Y como el oro americano cuyo mapa geográfico destiladólares por todos los poros, cuando uno pregunta en Guayaquil quién hizo la salubridad, el atrevido ferrocarril a Quito, etc., le contestan echando una bocanada de rico cigarro esmeraldeño: pues los yanquis, quién había de ser!...

Un día, un día ya muy lejano y sobre el cual ha caído la corriente cargada de gérmenes de la vida, los dos Libertadores, Bolívar y San Martín, se encuentran en Guayaquil.

Venía uno del sur frío... Chacabuco, Maipo, el paso de Los Andes diseñado en el dorso mismo de la gran montaña.

El otro, impetuoso, quemado con llamarazos de volcán, Bolívar, era la exuberancia genial de la tierra en que había nacido y actuado en grande. Era un gran cerebral y un gran dinámico.

San Martín, era a su vez, una cumbre silenciosa, adusta, como los Andes de Uspallata.

Se encontraban dos cimas y entre ellos se abrió un abismo.

Eran dos libertadores frente a frente, o sea, la conjunción de dos esfinges animadas por pensamientos y mentalidades diversas.

Aquellos dos hombres superiores se encontraban, al fin, en lo más alto de su línea ascensional; pero, "no para aliarse sino para chocar, por no haber terreno para entenderse".

San Martín ante el anuncio de una próxima revolución en Lima, habla melancólicamente del término de su vida pública, de su expatriación, del retiro en silencio esperando la muerte.

El diálogo entre aquellos grandes espíritus, se hace solemne y trágico. Los dos astros reunidos en la misma línea del equinoccio van a alejarse para siempre: el uno ha terminado la admirable ascensión rectilínea de su línea vital; el otro va a plasmar hacia Junín y Ayacucho.

Es un momento esquilano el de aquel período abrupto y grande de la historia americana: Bolívar, es de nervio en tensión, vibra fácilmente, hecho una espada dentro de su uniforme orlado de laureles que ascienden hacia la cabeza enjuta y genial.

—General San Martín—dice—ni nosotros ni las generaciones que nos sucedan verán el brillo de las repúblicas que estamos fundando. La América está en crisálida... Habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes, y al fin

una nueva casta de todas las razas producirá la homogeneidad del pueblo.

Habla como un visionario y hunde en el porvenir la mirada aquilina que brota bajo sus cejas crispadas de escudriñador de lejanías.

En la noche del día de la entrevista, se da un baile a los libertadores, del cual se retira San Martín a las dos de la madrugada, sin más compañía que la de su asistente.

Bolívar, “extraordinariamente afable con las damas” se queda bailando hasta la madrugada. . .

Al día siguiente de hacer esta reminiscencia en mi pieza del hotel, ante cuyos balcones desfila una manifestación y toca una banda en honor de Chile, tomo el tren a Quito y en la tarde me encuentro de manos a boca con esa región de los volcanes ecuatoriales, que es única en el mundo.

Héteme, por fin, en Quito, edificado en un suelo suavemente ondulado y bajo un cielo siempre azul en la mañana y luego lívido, cuando estalla la tempestad fulminadora.

Momentáneamente libre a veces de visitas y protocolos y haciendo una misión que no encontré, de alto a bajo, sino facilidades y afectos, empiezo a prendarme de esa ciudad singular, que terminó por embrujarme con sus bellezas arcaicas, con su clima sin frío ni calor, con su ambiente, con sus poetas, con su historia y sus tragedias.

Metida en medio de las montañas, parecen ser dos las vibraciones, exaltadas y predominantes, de ese pedazo de España, plantado entre los Andes, al pie de un volcán: dos vibraciones, ambas pasionales: la sentimental y la política, comprendida a veces como lucha implacable.

Si, Quito constituye un pedazo de España.

San Ignacio, es un enorme block de piedra tallada y dorada,

en cuyas hornacinas estiran los santos tallados por Carpicada sus manos anatómicas, rezando una oración sin fin.

El Sagrario, estilo Renacimiento hispánico, tiene detalles deliciosos.

En San Agustín está intacta, evocando su hora gloriosa, la sala Capitular, en cuya sillería de cedro labrado a cuchillo, se reunió a deliberar la primera Junta patriótica; en la Merced hay fuentes de piedra, frailes vestidos de blanco y campanas que tocaron a rebato en la hora de la Libertad naciente.

San Francisco, mandado construir por Carlos V, avaro de sus ducados de oro, es todo él una obra de talla en que se combina extrañamente el estilo churrigueresco con el gracioso cuadrículado mozarabe!

Allí hay una custodia que cuando suele herirla el sol monacal, proyecta una zona verde a su alrededor.

En tiempo de frailes y pícaros, como diría Gangotena y Jijón, por ahí, si no oí mal, solía pasar escapado y en puntillas un fraile aficionado a noctambular.

—¿Hasta cuándo, padre Almeida?—le preguntó una vez el Santo Cristo.

—Hasta la vuelta—contestó el interpelado...

Templos y casonas blasonadas están llenas de muebles y telas coloniales y en los templos no hay materialmente más sitio para esa admirable escuela quiteña, que vió florecer a Gorivar y Miguel de Santiago, alternativamente murillescos y velazqueanos.

Poned alrededor de estos templos y esas mansiones medio museo, callejas que suben y bajan, retorcidas por las peculiaridades de una topografía especial.

He ahí el Quito admirable, tan grato y persistente en mis recuerdos de hombre errante.

No podría decir que es Toledo; pero sí que es algo único en América, algo lleno de luz y de mujeres, que al empezar el siglo pasado habría pintado Goya de mil amores y que ahora persiguiría Zuloaga.

No puedo olvidar tan luego, repito, el embrujo de esos claustros quiteños, el eco de sus campanas, la complicidad galante de sus callejas, el ritmo sugerente de sus fontanas, sus Cristos empotrados en los muros policromados, sus verjas de hierro forjado, el canto solemne de sus armonios, sus mendigos embutidos cuando cae la lluvia torrencial entre las columnas de piedra, sus mentideros y pretilos en que abejea todo el *sprit* maleante y travieso de la crónica o la invención diaria.

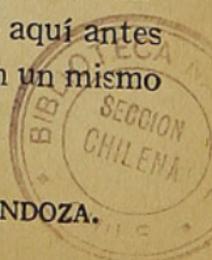
¿Qué hay, me pregunto ahora, en este amor irresistible de un hombre de hoy hacia el pasado?

Tal vez un temperamento de artista encendido por algunas gotas de sangre española.

Así me explico mi admiración por Quito, todo pasado, por más que la modernización esté avanzando tan rápidamente, que nos alarma con justicia a los que quisiéramos verlo tal como lo dejaron los siglos XVII y XVIII.

Marcada por el dolor de las tragedias de gloria, de pasión o de violentísima conmoción política, Quito es una ciudad de arte.

Allí desempeñé una misión gratisima que contó con la simpatía y hasta el afecto de todos y por eso he venido aquí antes de partir de nuevo, a juntar en este sitio amable y en un mismo adiós, los nombres de Chile y del Ecuador!



“ALGO PASADO DE MODA”

(Conferencia dada en el Club de Señoras por la señora María Mercedes Vial de Ugarte.)

Señoras, señores:

Os pido que tengáis para conmigo un poco de benevolencia, porque voy a disertar sobre un tema que difícilmente os puede interesar: sobre algo que oculta aquel que lo posee, por temor de atraer sobre sí el odio o el ridículo; algo cuyo nombre quizás desaparecerá del Diccionario de la lengua, porque según el sentir de muchos es un algo que ya no existe.

Quiero hablar de la aristocracia, aunque la hayamos repudiado tal vez por esa tendencia que nos lleva a imitar los gestos de otros países, sienten bien o sienten mal a nuestra fisonomía.

De la democracia, en cambio, se habla por todas partes.

Su nombre aparece en todos los periódicos.

Si se estudia un proyecto de ley; aunque se le crea oportuno y conveniente, nadie se atreve a presentarlo, si no sintetiza la idea democrática; los ideales, las aspiraciones de la democracia; y los hombres más aristócratas, cuando se presentan como candidatos a senadores o diputados, se llaman demócratas por temor a perder su elección.

¡El gobierno del pueblo por el pueblo! . . . Y esta frase mágica

se repite sin analizar tal vez lo que son los pueblos, lo que es nuestro pueblo, lo que han sido aquellos pueblos, donde ha habido gobierno democrático... la formación; la índole especial de cada uno de estos pueblos.

Así, la Suiza, por ejemplo, no ha podido ser imitada en toda la Europa; y mal podríamos copiarla nosotros.

Se dice que la democracia es la forma de gobierno de un pueblo progresista; y se recuerda que la república de Atenas, donde imperaba el régimen democrático, sobrepusió a todas las ciudades de la antigua Grecia en las artes y las letras.

A este respecto, Le Bon hace observaciones muy justas. "Las palabras, dice, tienen diferentes acepciones, según el lugar y la época en que fueron introducidas. Así la palabra democracia tiene un sentido completamente diferente en civilizaciones tan opuestas, como son las de aquellos pueblos donde existía la esclavitud; y la civilización moderna, en la que todos los hombres son libres".

Lo que se llamaba pueblo en Atenas, era la reunión de los hombres libres, que más o menos ricos, tenían mayor o menor número de esclavos, a quienes entregaban las faenas que hoy día ejecuta nuestro pueblo; pero a los que no se les concedía ningún derecho de hombre.

Los ciudadanos de Atenas, república más pequeña que cualquiera de nuestros departamentos, eran señores acaudalados, si se toman cuenta las necesidades de entonces, y que tenían sobrado tiempo para dedicarse a las artes y a las letras.

Ahora, con verdad podemos decir que no hay en Chile clases privilegiadas, aunque haya condiciones diferentes de fortuna y educación, porque la igualdad completa no puede existir en un pueblo libre, así es que no hay razón para este clamoreo en favor de la democracia.

Entre los muchos epítetos que se le da, uno de ellos es: *Democracia cristiana*.

Pues bien, señores, yo ahora, deseo hablar de la aristocracia cristiana, que es la que ha habido en Chile.

La aristocracia no debe confundirse con la oligarquía, que es el gobierno de unos pocos, ya sean los más ricos, los más buenos, o los más influyentes.

Podría decirse que la oligarquía es la verdadera antítesis de la verdadera y buena democracia, en la que todos pueden ejercer su influencia.

Aristocracia, en su sentido etimológico, es una palabra compuesta de las voces griegas *aristos* y *cratia* (poder), y significa el gobierno, y el predominio de los mejores y más buenos.

Spencer asegura que en la antigüedad existió este gobierno de los mejores y más buenos, y Juan Jacobo Rousseau nos dice que los pueblos antiguos elegían por jefe a aquel que por sus heroicos y grandes hechos se hacía digno de estar a la cabeza de los demás.

¡Qué hermoso es esto, señores, el gobierno de los mejores y más buenos!

Tal vez por este motivo en algunos pueblos antiguos, como en el Tibet, por ejemplo, se elegía a los sacerdotes como gobernantes del pueblo; pero no vemos esto en el pueblo de Dios; aunque el gobierno de Israel fuese puramente teocrático.

Moisés, el gran profeta, destinado por Jehová para guiar a su pueblo elegido, instituyó por inspiración divina el sacerdocio, consagrando Sumo Sacerdote a su hermano Aarón y destinando a la tribu de Leví para las funciones sacerdotales, a la cual Moisés también pertenecía; pero se exceptuó él y sus hijos, desligando así el poder sacerdotal del poder gubernativo.

A Moisés sucedieron en el gobierno de su pueblo los Jueces,

que eran o héroes o varones notables por su prudencia y su virtud.

Los pueblos se dejaban así guiar por los mejores y más buenos, en quienes depositaban su confianza, y puede decirse que la nobleza de la Edad Media tuvo su origen en los títulos y honores que para sí y sus descendientes se concedían a los hombres que se sacrificaban por sus conciudadanos.

Justa recompensa en verdad, y que habría sido en extremo moralizadora si de estos privilegios hubiesen disfrutado cuatro generaciones, que es el mayor tiempo que puede conservarse el recuerdo de los antepasados: así los hijos, de estos hijos habrían respetado el nombre de sus padres y abuelos y no habrían querido mancharlo con acciones villanas.

Pero los mayorazgos, que si es verdad tenían su razón de ser en los principados y pequeños reinos, parecen una injusticia irritante cuando era cuestión de pequeñas pertenencias o prerrogativas, que debían haber disfrutado todos los hijos, y no tan solo uno, para que se pudiese conservar toda la riqueza en una sola casa, de generación en generación. Esto sólo sirvió para formar pequeños tiranuelos, cuyas tropelías, gracias a Dios fueron contenidas por los gremios de artistas y obreros que prestaron tan grandes servicios en la Edad Media.

Y ahora que hablo de gremios, quiero apuntar aquí lo que dijimos más arriba respecto a la falsa interpretación que se da a ciertas palabras, cuando no se toma en cuenta la sociedad, ni la época en que fueron introducidas.

Pero estas cuestiones son por demás complejas, y yo no he venido aquí a tratar de la aristocracia en general, ni de la famosa cuestión social, sino de lo que entendemos por aristocracia en los países republicanos. De lo que hemos llamado la aristocracia chilena.

Pero, ¿ha habido aristocracia en Chile?

Sí, señores.

Llegaban frecuentemente a nuestra patria, segundones de familias nobles, que deseaban formar una fortuna propia, para no vivir a expensas del mayorazgo. Venían militares de graduación al mando de cuerpos de ejército a luchar con el pueblo más indómito de todos los conquistados por la Madre Patria.

Estos militares eran casi todos nobles. Y también venía gente de alcurnia a ocupar puestos de importancia... El gobierno de la provincia... La Tesorería de la Real Audiencia, etc.

Estas personas distinguidas se unían por los lazos de la amistad o del matrimonio y así se radicaban en nuestro país.

En Lima, como había virreinato y grandes riquezas, existía una aristocracia lujosa y un tanto afeminada.

En Chile, para hacer fortuna, se necesitaba del esfuerzo y del trabajo, así es que se formó una sociedad austera, tal vez debido en parte a que fueron vascos casi todos los primeros pobladores de Chile; y las mujeres de nuestra tierra se preciaban más de sus virtudes que de sus blasones y de sus riquezas.

Estas observaciones las hacían los extranjeros que pisaban nuestras playas. M. Gabriel Lefon de Lucy, en la relación que hace de sus viajes, dice refiriéndose a Chile: "En aquellas familias patriarcales se respiraba un ambiente de antigua hidalguía". Y en las Memorias de Mary Grant, la célebre escritora inglesa, a quien la casualidad obligó a desembarcar en tierras chilenas, se leen estas palabras: "Es como ingénita en la mujer chilena cierta distinción y decoro. Esto hace que la escasez de cultura intelectual no se haga tan desagradable como en Inglaterra, donde va acompañada de vulgaridad."

En esta aristocracia de nuestro país, se daba fácil acceso a toda persona de antecedentes honorables y de verdadero

mérito, aunque no tuviese títulos nobiliarios. En cambio se formaba block cerrado para los advenedizos, por ricos que fuesen.

El dinero no era entonces todopoderoso, como lo es hoy día. Tal vez por eso el ansia del dinero no arrastraba tan fácilmente al robo.

En resumen, era nuestra sociedad una reunión de familia: de fina y esmerada educación.

Las virtudes domésticas brillaban en casi todos los hogares y la caridad que hacían nuestras antepasadas nos sorprendiendo cuando estudiamos las obras que dejaron, siendo que no contaban con grandes medios de fortuna.

La señora era amada a tal punto de su servidumbre, que nadie ignora lo que aconteció, cuando se decretó la libertad de los esclavos.

Ninguno quería ser libre, porque temía perder el derecho a la protección de sus amos a quienes querían también como hijos de familia.

Y en esta sociedad respetable bajo todos conceptos, era donde el pueblo elegía sus mandatarios.

Se me dirá que lo que acabo de decir pone de manifiesto que en Chile había una clase privilegiada.

Vuelvo a repetir que desde que Chile es república, tan sólo hay aquí las desigualdades inherentes a todo pueblo libre.

¿Cómo se puede exigir que la fortuna de un hombre, que ha trabajado con tesón, para dejar a su familia en situación holgada pase a las manos de los hijos de un perezoso, que, como la cigarra cantó el verano?

¿Debemos acaso retribuir de igual manera al profesional inteligente y estudioso, que al incapaz?

¿Pueden tener igual lugar en sociedad los hijos de Cir'aco Contreras que los hijos de Arturo Prat?

Sublevarse contra estas desigualdades, equivaldría a que las feas tomasen cuenta a las hermosas, porque ellas les arrebatan los novios. A que las viejas nos declarásemos en huelga en contra de las jóvenes.

Claro está que las desigualdades engendran la envidia, vicio que Astete define con estas breves palabras: "El pesar del bien ajeno". Pero para apaciguar los odios que provienen de esta funesta pasión, sólo existe un remedio: la fe y la esperanza en una eterna dicha, superior a todo lo de aquí abajo.

¡Cuán crueles son los que le roban al desheredado de la fortuna esa fe, único consuelo de los desgraciados!

¡Son ellos los que precipitan al pueblo en el bolcheviquismo y la anarquía... Esa corriente que no arrastra a la igualdad, sino a echar abajo a los que están arriba para quedar encima.

Y es inútil querer detener esta corriente con leyes que igualen estas condiciones sociales, ni con fuertes contribuciones a los ricos.

Bien sabe ya el pueblo que no es a él a quien aprovechan estas reformas. Que el socialismo es lindo en teoría; pero que sus promesas no se ven realizadas jamás.

Los hechos históricos nos enseñan que el socialismo siempre degenera en despotismo o en anarquía, porque la igualdad de condiciones no se puede imponer. Y tan sólo lo ha podido realizar el amor y la caridad, y el amor no se impone por la fuerza.

Sólo han sido sociólogos de verdad aquellos que escucharon la voz del Maestro: "*Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, da el dinero a los pobres y sígueme*". Aquellos que se desposaron con la pobreza y siguieron las huellas de Jesús; pero el mundo no está poblado de santos.

Y dice el Evangelio que Jesús miró con honda tristeza al joven rico que le interrogaba, y no quiso desprenderse de sus riquezas, talvez porque temía que el apego a los bienes materiales lo llevase a no cumplir no tan sólo la perfección evangélica, sino tampoco la ley de caridad y amor sin cuyo cumplimiento no se puede entrar al cielo!...

Pero el papá Estado no viste el tosco sayal de la pobreza; y a los ciudadanos libres les molesta ese papá, cuando quiere entrometerse hasta en la cocina de su casa.

Esta intervención sólo sirve para matar los estímulos del trabajo y rebajar la personalidad del hombre.

Mal hacen también los que para apaciguar los odios de clase pretenden quitar los respetos que toda sociedad debe tener para con aquellos que le han dado ejemplos de civismo. Para con aquellas familias que supieron conservar las tradiciones de virtud que les legaron sus abuelos.

En la antigua Roma, cuyo gobierno era plutocrático, puesto que no podían ser senadores sino los más ricos, no se concedía el *Jus imaginum* sino a los descendientes de los servidores de la patria, fuesen patricios o plebeyos, que era el derecho de llevar los retratos de sus antepasados en las festividades públicas, y a éstos tan sólo se les daba el título de nobles.

Estos respetos, señores, hacen al hombre más hidalgo. A la mujer más delicada y señorial; y esta era la aristocracia que antes existía en nuestra tierra. Había respeto por esos antecedentes que ahora se desprecian, porque tan sólo se aprecia el dinero; y a tal punto fascina el oro, que miles de veces he visto arrastrarse tras la amistad de una familia rica, aunque no se saque de esta amistad más provecho que algunas humillaciones.

Si señoras, hemos evolucionado... Hemos caminado muy ligero, pero ¿hemos ganado?

Yo miro a mi alrededor, y al observar a nuestra sociedad, no la encuentro superior a la sociedad que conocí cuando era niña.

¿Acaso nada valen la noble entereza de los magistrados, el pudor de la mujer, la tranquila felicidad del hogar?

Se me dirá que antes también había escándalos. . . Que muchas señoras faltaban a sus deberes, eso sí que eran más hipócritas.

Entre el cinismo y la hipocresía, prefiero la hipocresía, porque denota al menos el respeto a la virtud. . . La vergüenza de ser mala.

El cinismo manifiesta la falta absoluta de sentido moral; y que una sociedad está bastante corrompida para que en ella levanten la cabeza los que deberían sentirse avergonzados.

Ahora, señoras, todas tienen la inocencia de Adán y al pudor se le llama malicia. . . A ese rubor que encendía las mejillas ante una mirada, una palabra de amor, y que era tal vez más seductor que los afeites que ocultan la transparencia de la tez.

Ahora se encuentran un tanto curci las maneras delicadas que nos enseñaron nuestras madres.

Modernismos que antes no se conocían, porque a las niñas no las educaban ni las institutrices, ni las profesoras de liceos. Podían las niñas ir a los colegios y tener profesores para hacer sus estudios; pero la formación del corazón de sus hijas no la entregaba la madre. No entregaba su cetro, varita de virtud que, juntamente con el respeto, hacía brotar las rosas del cariño.

No eran antes las niñas flores gallardas expuestas a las miradas de todos, sino botones apenas entreabiertos que era preciso ir a cortar de su rosal, para aspirar su fresco y delicado aroma.

No tenían esos conocimientos que se encuentran ahora tan indispensables para precaverse de los peligros.

Se defendían con el respeto que inspira la inocencia.

Las madres, sin despertar la más ligera sospecha, las apartaban de esos peligros, enseñándoles las reglas de la delicadeza. “Niña, no juegues con los muchachos porque son muy toscos... Baja la rodilla... así pareces una cigarrera, etc. Juntamente con el corazón y la mente de sus hijas, las iban modelando a su manera de ser, como plantas que ellas cultivaban con esmero.

Se dice que el hombre ha bajado de su nivel moral.

Tal vez le hace falta la mujer ángel que antes lo llevaba a las regiones de lo ideal.

Se me preguntará: “Cómo podían las señoras antiguas educar a sus hijas, cuando ellas eran ignorantes? No es lo mismo la educación que la ilustración, y yo creo más importante la educación, pero dudo mucho de que ahora sea la mujer más ilustrada que antes.

Es cierto que la ilustración femenina ha tomado mucho vuelo. Que al presente hay facilidades que antes no se encontraban para seguir cursos de estudios en toda clase de materias.

Pero, ¿se puede aprender sin darse el tiempo necesario para pensar en aquello que se estudia?

En el movimiento vertiginoso de la vida moderna, ¿qué muchacha no sale a todas horas de su casa? ¿Cómo podrá así leer o digerir lo que lee?

Ahora se estudian muchas cosas que antes no se estudiaban; pero ¿se aprenden bien?

Se estudia el latín, la filosofía, el inglés, el francés, el alemán, la música, la pintura, las ciencias naturales, la literatura...

No hay ramo del saber que no se estudie; pero todo se estudia a vapor; y así tiene que evaporarse del cerebro.

Antes se estudiaban pocas cosas; pero toda mujer culta estudiaba bien la historia y la religión, y se le formaba el criterio para que pudiera dirigir la mente de sus hijos.

Veo ante mis ojos la mesa de caoba, alrededor de la cual, en las noches del invierno, nos sentábamos a hacer labores, de mano, mientras mi madre, o alguna de nosotras leía en alta voz, ya fuese el Catecismo de Gaume, la Historia de la Iglesia, César Cantú, ó alguna novelita de esas que abren el espíritu a idealidades puras y hermosas!

Me parece escuchar las interrupciones, las preguntas que hacíamos sobre algunos puntos oscuros que mi madre sabía esclarecer; hasta que a la hora del té, llegaban mis hermanos trayendo de la calle las noticias del día, y después se tocaba el piano, se cantaba, se charlaba hasta las once o doce de la noche, sobre todo cuando aparecían en la sala amigos o amigas de confianza. . . Entre estos últimos, viene a mi memoria el recuerdo de dos viejecitos, cuya sabrosa charla nos encantaba a todas las muchachas. . . Don Pancho Marín y Don Clemente Fabres.

Pido perdones por haber hablado de mi propia casa. Al hacerlo, sólo he querido pintar a lo vivo lo que ocurría en toda casa donde había una madre regularmente ilustrada.

Así eran entonces los hogares en donde se formaba la mujer chilena.

Ahora el hogar es una palabra puramente literaria, como no existe tampoco esa sociabilidad sencilla y afable que no se precia del lujo, ni de las apariencias.

Recuerdo casas en las que no se desplegaba lujo alguno,

como la de las señoras Varas Marín, en donde yo, de pequeña, conocí a muchos personajes que han tenido gran figuración.

Al frente de la mía, una casa de bien modesta apariencia, la de la señora Josefa Irigoyen de Urcuyo, que con su hija Manuela reunían noche a noche una tertulia de ricos banqueros, diplomáticos, señoras de alta distinción, etc., sin que allí se ofreciesen vinitos ni se jugase al brigat, sino tan sólo sostenida por la buena conversación, salpicada con los chistes de misiá Chepita, que viejita y ciega, veía mejor que todos sus contertulios.

Eso sí que, al llegar al ancho zaguán, se percibía en el invierno, el aroma del zahumerio, y adentro nos calentábamos alrededor del brasero de bronce; y al venir la primavera se aspiraba el aroma de las flores; y aquella casa se vestía de verano, con cortinas blancas y petates, en vez de los cortinajes de lana y seda; y las alfombras de tripe, que se mandaban sacudir al río.

Había también casas de verdadero lujo, que bien podían competir con los palacios de hoy día; pero en esas casas, en esos palacios, se recibía con esa misma franqueza: esa amable sencillez, que es el distintivo de la nobleza.

En fin, no se estudiaba la manera de deslumbrar; de dar golpe, sino de agradar y de pasarlo bien.

Si ahora se tuviese la inocencia de pretender recibir en la forma de antes, una se expondría al ridículo; y no se encuentran casas donde ir a charlar y pasar un buen rato.

Yo confieso que cuando voy a visitar una amiga, para corresponder sus atenciones, tengo cuidado de advertirle, si es que la encuentro, que mi visita será corta, porque es evidente que si no ha salido es porque tiene algo urgente que vigilar en su propia casa.

¿Qué sería de las pobres señoras, mientras las niñas revolotean

con sus pololos, si la señora Delia Matte de Izquierdo no hubiera fundado este Club . . . Centro de cultura para la juventud; alimento y distracción para el espíritu y los tristes recuerdos?...

No se crea por lo dicho que encuentro censurable todo lo que acontece hoy día, y bueno todo lo pasado.

Hay que reconocer que es digna de encomio la valentía con que al presente la mujer lucha con la vida. Cómo ha conquistado la personalidad que antes le faltaba; porque era ridícula la necesidad que sentía de pedir para todo su protección al hombre. De no poder valerse por sí misma; y buscar el apoyo de su brazo hasta para entrar a tomar una copa de helados en una pastelería.

Resabios tal vez de la galantería y costumbres cortesanas.

También admiro a la mujer moderna, porque recogiendo la herencia que le legaron nuestras abuelas, . . . el amor patrio llevado hasta el heroísmo, ha sabido defender los santos ideales del hogar y la integridad de su fe.

En el hombre se nota en cambio cierta pusilanimidad, que desdice algún tanto de la entereza de aquellos ciudadanos austeros y probos, que al cimentar las bases de nuestra Constitución, supieron colocar a Chile a tal altura, que durante muchos años, ha sido en la América del Sur, ejemplo de estabilidad gubernativa.

¿Y este debilitamiento moral, a qué podemos atribuirlo?

¿Quién no conoce aquella respuesta de un congresal peruano, cuando se le hablaba de la supremacía que adquiriría Chile con la conquista de las salitreras? “No los envidio a los chilenos, dijo. Lo que nos corrompió a nosotros, también los corromperá a ellos”.

Sí, señoras, es la riqueza la que nos ha corrompido.

¡No hemos sabido ser país grande!

No es la democracia la que ahora todo lo gobierna, como suele decirse. Eso es música celestial, que los demagogos cantan a las multitudes, como lo dijo un célebre conferencista.

Es la plutocracia la que todo lo gobierna, que la democracia sabe entrar en tratos con ella.

Ha corrido el oro, y el ansia del oro se ha despertado.

El ansia de esos goces materiales que tan sólo se compran con el oro.

Por eso, los que no lo tienen quieren obtenerlo; aunque quede su honor hecho jirones. Y es natural, puesto que ven que aquellos que prefirieron la miseria a la pérdida de este honor, esos han sido excluidos del banquete de la vida. . . No pertenecen a la alta sociedad.

Aquella sociedad que tenía una sanción para las acciones villanas, ya no existe.

Sí, señoras, esos respetos por aquellas cosas que no se compran con el oro, hoy día sólo merecen la sonrisa del desprecio,

Y esos, respetos, señoras, como lo dije antes, hacían al hombre más hidalgo, a la mujer más digna y más virtuosa.

Es esa aristocracia. La preponderancia de los mejores y más buenos, la que yo querría para mi patria.

Esa patria a quien quiero con el apasionamiento con que me enseñaron a amarla. . . ¿Y cómo no ser así, si los cantos a sus héroes arrullaron mi infancia?

¡Esa patria a la que quisiera ver, como en los días de mi primera juventud, iluminada por la blanca estrella que luce en el cielo azul de su bandera, y que la guiaba al través de los mares. . .

¡Esa bandera de mi patria siempre victoriosa, que guardaba la fe de sus mayores; la historia legendaria de sus héroes. a virtud acrisolada de sus damas!

CONFERENCIA SOBRE APICULTURA

(Del señor John A. Wolffsohn)

“LA FIEBRE APÍCOLA”

(Leído por John A. Wolffsohn en el Club de Señoras, Santiago de Chile, el 24 de Julio, 1925).

La evolución, tan discutida en estos días en Estados Unidos, ha modificado la costumbre de los criminales de ocultar sus hazañas. Voy a dar un paso más hacia el Progreso. No me li-
mito a confesar las mías, sino que anuncio la que estoy por cometer.

He llegado aquí con el propósito deliberado de inocular al mayor número posible entre las que tendrán la paciencia de escucharme,—si es que las hay—un virus que produce una enfermedad. Se le considera incurable por los pocos que la han estudiado. Me refiero a la “fiebre apícola”.

¿Habrà tiempo para llamar el auxilio del señor Ministro de Previsión Social? Señores, espero cumplir mi obra, antes de dictarse el decreto-ley que me suprima.

Un amigo que nos ha hecho el honor de acompañarnos en esta ocasión, sin duda porque no se da cuenta de ser una de las

principales víctimas de la fiebre, hace pocos días, se recordó el caso de Víctor Hugo, a quien encontraron tomando café a los ochenta años de edad. Le preguntaron, si ignoraba que el café es un terrible veneno. “Sí, contestó, pero un veneno... muy lento”. Del mismo modo, mi disculpa será que los atacados por el mal que propago, tienen una vida, proverbialmente, muy larga. Sospecho que esto sucede, porque son consumidores asiduos del producto de sus colmenares, al extremo, que muchos entre ellos viven en la pobreza, por ser tan aficionados a la miel de abeja, que no pueden decidirse venderla.

Según las condiciones de los atacados por la infección, el principio de mi enfermedad se manifiesta de diferentes maneras. De preferencia, ataca a los que viven en el campo, o en la vecindad de los extremos límites urbanos.

La repentina aparición de algún enjambre de abejas en el jardín, no siempre en el de la víctima (en el caso mío, se colgó al otro lado del deslinde de mi quinta con la de mi vecino), despierta la codicia de algún miembro de la familia.

Paga su atrevimiento, en apoderarse de sus huéspedes, con algunas picaduras, más o menos dolorosas. Esconde a los ojos de sus compañeros de trabajo, quedándose en su casa, la extraña falta de simetría en sus facciones, consecuencia inevitable de esas picaduras. Cuando regresa, a los 3 ó 4 días, a sus faenas habituales, se le conoce la enfermedad de lejos. Habla a los que se interesan y mucho más a los desgraciados que no tienen interés alguno en el tema de abejas, de colmenas, de miel y cera, de rendimientos fabulosos, de su proyecto de mejorar el sistema de colmenas, que revolucionará la industria apícola. Total, de un ciudadano inofensivo, se pone insoportable para los que tienen la desgracia de conocerlo. No se limita a esto. Lee y estudia toda la literatura que puede

procurarse, en los idiomas que conoce y aún en los que no entiende. En esta relación, recuerdo lo que me contó un amigo que viajaba en Alemania, encontrándose en el tren con un conocido chileno. Le preguntó a este último cómo progresaba con sus estudios del difícil idioma. “Ya lo voy maliciando...”, le contestó su compatriota.

No siempre es necesaria la dolorosa experiencia a que me he referido, para contagiarse. Empleamos nuestros métodos indirectos: Celebramos Congresos, formamos Asociaciones, repartimos circulares, escribimos centenares de cartas, avisos y artículos de propaganda de toda clase. La prensa, con muy buen criterio, se rehusa a seguir publicando nuestra literatura—pues, escribimos Textos, Folletos y Tratados. Por nada logramos convencer a los mismos Ministros, a los Bancos... En este instante me viene la luminosa idea de abandonar este recinto para explicar al pobre Mr. Kemmerer, que la salvación de las finanzas del país depende, no de las medidas económicas que va a recetar, sino de que imponga a todo chileno la *obligación* de practicar la apicultura...

Por respeto a Uds. desisto de mi propósito, por más que con esto, temo hacerles un flaco servicio. Creo haber llegado al colmo del atrevimiento con invadir recintos como el que hoy me da hospitalidad, para propagar mi fiebre.

Me permitiré, como dirían los médicos, relatar algunos casos clínicos que caracterizan el modo, cómo esta fiebre ataca a las personas más diferentes. A unas señoritas de esta capital las obligó a instalar un pequeño colmenar en el techo de su residencia. Tuvieron la paciencia de atender sus dos colmenas, hasta el momento de sacar la primera cosecha de miel producida en pleno centro urbano. La falta de experiencia, no de ellas, sino del arquitecto que construyó la casa, puso un triste fin

a sus entusiasmos. El bárbaro había construído una chimenea de ventilación desde este mismo techo al baño de la familia. Las pobres abejas, atraídas sin duda por el olor de los jabones perfumados que se usaban, caían al baño. No siempre se ahogaban con rapidez suficiente. En vez del último suspiro, daban a veces el último flechazo a los descuidados que no las salvaban de la muerte. Mientras estos accidentes tocaban sólo a los miembros de la familia, se soportaron con resignación. Pero cuando principiaron a quejarse las visitas, aún no contagiadas con la fiebre, el padre de familia dictó un decreto-ley y se vendió la instalación, que se llevó a una parte menos central de Santiago.

A los más eruditos no es necesaria la presencia de las abejas mismas, ni siquiera de su apologista para tomar la infección. A un simple artículo de diario o de revista, lo acompañamos con rayos invisibles, a los cuales los sabios aún no han bautizado con ninguna letra del alfabeto latino o griego. El hombre de tendencias científicas se contagia con la sola lectura, como le sucedió a un amigo, gerente de una Compañía de Cable transoceánico que ha quitado muchas horas a mi trabajo con largas consultas sobre estos temas, antes de decidirse a fertilizar las flores del cerro que habitaba, por medio de obreros, tan trabajadoras, como cualquiera de sus paisanos italianos.

Otro estudioso, sacerdote este último, se contagió a causa de su amabilidad en tratar de ayudarme en las faenas del colmenar. El resultado fué satisfactorio y lo envidiaría el más codicioso de los despacheros connacionales de las abejas que se han radicado en esta parte de Chile. A los cuatro meses de hecha su instalación, cobró en miel, ya no el “cento por cento”, ambición de los comerciantes que raras veces llevan a la práctica, sino el “due cento por cento”.

Un ingeniero, hombre emprendedor de grandes negocios, se entusiasmó por una conversación en un paseo de a caballo. Al regreso, pensando en su nuevo proyecto de recién casado, de prolongar por toda la vida su luna de miel con la instalación de una colmena para el uso exclusivo de su novia, le costó conciliar el sueño. En la madrugada vino a buscar una colmena y su instalación le procuró un placer más vivo que el mejor teatro.

Ya al día siguiente, lo esperaron en su oficina sin resultado. A los llamados por teléfono contestaba que se encontraba sumamente ocupado. Su ocupación consistía en sentarse delante de su única familia de abejas. Por primera vez en su vida este joven trabajador gozaba más con ver trabajar a otros. Recién hace una semana su hermano me contó el triste desenlace de esta pasión adquirida de una manera tan repentina. Hace ya muchos años, en una tarde trágica, sus abejas “desconocieron a su señora”, como dirían los huasos y pasaron a otras manos, también por decreto-ley de la suprema autoridad de ese hogar.

No todas las infecciones tienen resultados tan rápidos. He visto ejemplos en que las enfermas—y se creía que las mujeres no tuviesen nuestra tan ponderada paciencia—han esperado meses para hacer sus instalaciones, han aprendido con todo método el manejo del colmenar, antes de instalar uno propio y han tenido resultados muy satisfactorios durante años, en premio de su constancia.

Otras han recorrido los alrededores en coche y de a caballo, buscando familias de abejas para aumentar, con su compra, las instalaciones principiadas. El personal de sus haciendas ha recibido premios por el denuncia de familias de abejas radicadas en los árboles del bosque o en grutas y cuevas. Con un trabajo desproporcionado al resultado se han llevado estas

familias al colmenar, pero cada expedición para buscarlas ha tenido el carácter de un verdadero "pic-nic", agregando al objeto de pasar un día en el campo, la diversión del verdadero "sport" en que se había transformado la industria apícola.

En una ocasión se recibió el aviso de una familia que estaba en venta a cierta distancia de las casas de la hacienda. Ya era tarde, pero la noche de plenilunio. El caballo más trotador del distrito fué puesto en un cochecito y, por falta de mayores preparativos se llevó una sábana, para envolver la colmena. Al llegar a la casita en cuya vecindad se encontraba la familia, se vió que la sábana traída en el coche no era más que la de un coche de guagua. No por esto desistió la valiente señora de su propósito. El cajón con abejas, en bastante mal estado, medio tapado con la sábana, fué cargado al coche y llegó a la casa a trote largo, adonde se alcanzó a sacar el caballo a tiempo para que no se tapara de abejas, como ya lo estaba el cochecito. Con la calma de un verdadero profesional, esta señora evitó el grave peligro en que se había encontrado.

En carretas, en camiones, en carretelas, en angarillas se han transportado centenares de familias en la hacienda de mi referencia sin un solo accidente.

Recuerdo en mi larga experiencia un solo caso en que la picadura de abeja haya producido un verdadero accidente. Fué el de un peón de muy buena voluntad y excepcionalmente inteligente. Ayudaba en los trabajos de un modo muy eficaz. Como no volviera después de haber llevado unos artículos que se necesitaban en otra parte, lo fuí a buscar, encontrándolo desmayado con la cabeza metida en el agua de un esterito. Se repuso al poco tiempo y me contó que había recibido una sola picadura en la frente y en seguida perdió el conocimiento. Desgraciadamente la industria perdió un excelente colmenero

a causa de una constitución física que convertirá en peligro el veneno de las abejas, que en general es inofensivo y hasta beneficioso para los que sufren de reumatismo.

No me propongo cansar a Uds. con la relación de centenares de casos de la enfermedad de que he hablado. Pasaré al objeto principal de esta velada. Se nos ofrece la ocasión rara de conocer en persona a uno de los principales apicultores de este país, que al mismo tiempo es uno de los primeros que se ha ocupado de la apicultura moderna en Chile.

El señor Juan S. Millán, a qu'en tendré el honor de presentar a Uds., es uno de los pocos sobrevivientes de un grupo de entusiastas apicultores que, allá por el año 1894 formaron, en las provincias de Malleco y Cautín, la "Sociedad de Apicultura de la Frontera". A pesar de las grandes dificultades para comunicarse unos con otros, por las distancias entre sus propiedades, alcanzaron a publicar una revista, titulada "Revista de Apicultura de la Frontera". Merece mención el primer Directorio de la Sociedad: Presidente, Don Alfredo Duffey; Vice-Presidente, don Esteban Carmine, quien nos visitó en Mayo para asistir, como lo hizo el mismo señor Millán, al Primer Congreso Chileno de Apicultura; y Secretario, don Juan Julio Mansoulet, eximio escritor. A causa de las mismas dificultades, esta publicación duró sólo hasta el año 1900, dejando nada más que el recuerdo de sus actividades, que se conserva, como reliquia y como ejemplo, en las bibliotecas de los que tenemos interés en los asuntos de apicultura. La mayoría de los socios y de los que contribuyeron a la revista con la relación de sus experiencias, fué de nacionalidad extranjera, suizos, franceses y suizos-alemanes.

Entre ellos, se destacó nuestro amigo, señor Millán, como el

único chileno, y fué tan entusiasta y tan competente en el ramo como el que más.

El señor Millán ha escrito un grueso volumen, todo un tratado de apicultura según los sistemas modernos, los que conoce mejor que muchos estudiosos del ramo en los últimos tiempos; y tiene el mérito adicional de ser un libro escrito, todo, con la base de sus largas experiencias prácticas personales.

El estilo del señor Millán es el de los autores de aquella época, que escribían con calma y reflexión, sin copiar a otros, como se usa con tanta frecuencia en estos días, cuando todo se hace con precipitación.

He tenido ocasión de leer una parte de este tratado, como también de un “Catecismo de Apicultura”, escrito por el mismo autor, el que, además, ha redactado unas cuantas conferencias para la enseñanza del ramo.

Tiene un capítulo largo, dedicado a la memoria de la Sociedad aludida y muchas sanas advertencias al Gobierno que, hasta nuestros días, no ha aprendido a ayudar a esta industria, como lo hizo el Gobierno belga al tiempo que escribía Millán.

Hasta ahora, le han faltado al autor los medios para publicar lo que ha escrito, a pesar de que su venta, seguramente, pagaría los gastos.

Sería una pérdida muy considerable para la literatura apícola y no solamente para la chilena, la que, sin embargo, sería la más perjudicada, si este trabajo de tanta paciencia y estudio, se perdiera para la humanidad. Es de esperar, que tengan éxito las gestiones que me propongo hacer, para que salga a la publicidad, mientras viva el autor y pueda dar la última mano a su trabajo, revisando las pruebas de impresión.

Más que octogenario, mi amigo lleva con resignación su “fiebre apícola”, ya crónica y que no lo deja un solo instante.

A pesar de sus años, en los que aventaja a todos los que vamos a escucharlo, algo tiene de poeta. . . y nos va a leer, con permiso de Uds., sus últimos versos, escritos a raíz del Primer Congreso Chileno de Apicultura, que hemos celebrado el 21 de Mayo de 1925.

Cedo la palabra a Don Juan Millán.

SALUDO DE PRESENTACIÓN

Mi primera palabra sea
Para este brillante auditorio;
Que se goza y se recrea
Sin formar ningún jolgorio,
Para aclarar su idea.

Mi efusivo saludo
Se lo doy de corazón,
Que no quiero quedar mudo
Por ser hombre de razón
Que debe ser concienzudo.

Por esto pido aquiescencia
Para poder recitar:
En su plácida presencia,
Que pueda con evidencia
Algún provecho sacar.

Cantos a las Abejas y su Miel

Cantemos, cantemos, sí. . .
El gran himno mundial,

Porque las abejas tienen
Henchido ya su panal.

Su panal operculado
Y pronta la miel está
En su más perfecto estado
Para la humanidad.

El Dios que nos dió la vida
Nos dió también a escoger:
¡De la amargura el acíbar
de dulzura la miel!

Nos la dió el Hacedor
Con sus dones de pureza;
Gocemos, el grato sabor
Como también su riqueza,
Que nos otorgó el Señor.

Quererlas es el deber
De todo consumidor,
Comamos, pues, de la miel
Que alivia todo dolor

Comamos, sí, y comamos
De la deliciosa miel,
Porque de ella comieron
Hasta el Angel Rafael.

Al principio las abejas
Tenían por Rey y Señor,

Herencia y costumbres viejas,
Se batían con ardor
Hasta quedar en parejas
Venciendo a su contendor.

Mas, al andar de los tiempos
Y con estudio mayor,
Disípanse las tinieblas
Y se conoció mejor,
Que el que mandaba era... ¡Reina!
Y no existía el Señor.

El que cuida sus abejas
Con ahinco y con tesón,
Ellas cariño le dejan
Clavado en el corazón.
Para que más la protejan.

La abeja en su estructura
No deja de trabajar,
Para saber dar cultura
Y poder recompensa.,
Tiene en su miel dulzura.

No hay en el mundo un licor
Que más agradable sea,
Pues que con él se recrea
El Rey y el Comendador
Y quien tiene su librea.

El sabor de la miel agrada

Cuando está en su sazón.
Por esto, y con razón
Ella se siente enfadada
Si roban su provisión.

El dulce aroma que deja
En los labios el maná,
No le iguala ni asemeja
Al que contiene la abeja
En su celda operculá...

Por eso es que el mundo todo
En su procreación se afana,
Para tener de algún modo,
En el día de mañana
Nombre propio y no apodo.

Todas trabajan unidas
Dentro de la real mansión;
Ponen a riesgo su vida
Si se llega la ocasión
Para preparar su huida.

La Reina de las abejas
Con su gran fecundidad,
Nos asombra y nos deja...
Pensando en la realidad
Que a una duda se asemeja.

Y acrecentando las luces
Del eximio apicultor,

Quien con su saber se luce
Y con sin igual vigor,
En un genio se traduce.

De la papilla y la parra
Toma también su ración,
El resto le toca a la larva
Hasta su terminación:
Y tápanla con la sarga
Que tiene el mismo cajón.

Tienen las abejas dñes
Que nadie podrá imitar
Por tener varias razones
Que las hacen conservar
Sus propias obligaciones.

Las nodrizas y cereras
Tienen dones y secretos:
Aun ellas producen cera
Y éstas cuadros muy perfectos.

Los zánganos y mieleras
Trabajan conjuntamente:
En flabelación afuera
Y adentro potencialmente.

La Reina en el interior
Pone sus ebúrneos huevos,
Que el sagaz apicultor,
Arregla y cambia de nuevo
¡Con cariño y con amor!

¡Qué dicha es tener apiario
En el ruzafa del fundo!...
Pues causa placer profundo
Al rico y al operario
Y... al que viaja por el mundo.

JUAN S. MILLAN.

Santiago, Julio de 1925.

LA INFLUENCIA DE LA MUJER EN LOS PROBLEMAS MODERNOS DE LA PATRIA

*(Conferencia dada el 23 — VII — 925 en el Club de Señoras,
por Agustín Benedicto P.)*

Señoras:

En verdad es audacia, señoras, que me presente a este alto Centro Social, donde si hoy vinieran las Gracias de la Mitología palidecerían de envidia, al encontrar tantas y tantas damas que las reemplazarían con ventaja y aún las superarían. Y sobre todo señoras, es audaz que venga a distraeros de vuestros asuntos agradables para hablaros de cosas áridas.

Es audacia, repito, porque es aquí donde siempre se ha rendido culto a Minerva y Apolo, porque aquí es donde han reinado las Musas y donde se ha escuchado a sus mejores cultores. Es aquí donde las virtuosas de la música han venido a arrancarle con el alma, a instrumentos sin vida, armonías divinas. Es aquí en este sitio donde siempre han dictado hermosas conferencias nuestros mejores literatos, y es desde este sitio donde se ha hecho oír la palabra chispeante, plena de gracia e ironía de la Emperatriz de nuestras letras: Iris, Doña Inés Echeverría el Larraín, la mejor paladín de las reivindicaciones femeninas; la lógica inflexible y la palabra convincente de Ro-

xane; la culta dicción de la señora Sotomayor de Concha, al palabra casi mística de Gabriela Mistral, el acento armonioso de Clary, y tantas otras damas que son honra de las letras y de las artes de mi patria.

Es por eso, señoras, vuelvo a repetir, que es audacia que un discípulo de Marte llegue hoy hasta vosotras, a distraeros de vuestros pensamientos y ocupaciones gratas para hablaros, sin adorno literario alguno, sin arte, de materias frías si bien es cierto que miran a la grandeza y al futuro de nuestra nación.

Mas, me ha animado a hacerlo, señoras, el amor a mi patria, a quien no sólo por obligación sino por convencimiento hondo débole afecto profundo, y porque además, visto el hábito de los que están obligados a rendirle culto en la más alta acepción de la palabra. Y también me he atrevido a venir hasta vosotras, porque sé de antemano que reina primordialmente entre mis compatriotas la benevolencia, rayo desprendido del sentimiento de la caridad, hija ésta del amor que vive siempre en el corazón de toda mujer.

Pero lo que más que nada me ha animado, es la gentileza y amabilidad exquisita de la distinguida Presidenta de este Club, y por ello voy a cumplir, previamente, con el deber más simpático del corazón, que es el de la gratitud. Ese sentimiento muéveme a rendirle a tan culta y gentil dama mi más alto homenaje de agradecimiento, por la ocasión que me proporciona hoy de honrarme hablando en este local, como también para aplaudir sin reservas la forma inteligente y hábil cómo ha dirigido los destinos de este Club, convirtiéndolo en el más alto Centro, no sólo de distinción y sociabilidad, sino también de alta cultura. Ha servido así, además, para dar a conocer el mérito y la capacidad sobresaliente de tanta dama, cuyas bellas cualidades sólo eran conocidas por el círculo de sus ínti-

mos, y ha servido ello, a la vez, para demostrar prácticamente ante todos la injusticia de todas las disposiciones legales, que quitan personalidad a la mujer, la creadora de personalidades. Este centro que ha sido foco de luz que la ha irradiado sobre todos los hogares y mentes femeninos, guiado con tanta sagacidad por un directorio femenino, es a la vez la mejor prueba de los altos dotes de tacto de la mujer, que ha tenido su más genuina representación y expresión en su presidenta, esa estrella de primera magnitud de nuestro mundo social, la señora Delia Matte de Izquierdo.

Señora: Vuestra obra grande no ha sido hecha con esos alardes y bombásticos artículos periodísticos con que las nulidades aparentan acción; no, esta obra como era de valer ha sido constante y callada, pues el mérito tiende siempre a ocultarse, la naturaleza así nos lo enseña: se oculta en el centro de la tierra el diamante y las piedras preciosas y en lo profundo de los mares, la perla!

Y hay algo más que hacer notar aquí. Así como vuestro distinguido esposo ha sido el creador y fomentador de una riqueza que será más grande que la del salitre (me refiero a la industria frutal), vos, señora, secundada por el Directorio de este Club y por vuestras dos distinguidas y gentiles hijas, habéis sido la iniciadora y fomentadora de la riqueza mayor que puede tener un país: la riqueza intelectual y espiritual de sus mujeres.

II

La guerra, que es a las Naciones lo que las enfermedades al hombre, seguirá imperando en el mundo, pese a los falsos o verdaderos utopistas del pacifismo, a la Liga de las Naciones y a las Conferencias de Desarme. Ella desaparecerá cuando

todos y cada uno de los hombres acepten los mismos principios de moral y justicia y los practiquen todos y cada uno con igual sinceridad e intensidad. Esto es irrealizable por la desigualdad de cerebros y corazones; por consiguiente, la guerra con su heterogéneo cortejo de horrores, matanzas, abnegaciones, destrucciones, actos de sublime heroísmo, devastaciones de pueblos y soberbias creaciones de la ciencia, seguirá agostando a la humanidad en su crecimiento vegetativo y sirviendo, a la vez, del más grande acicate al cerebro humano para realizar los mayores progresos científicos.

Sabemos todos que los seres vivos tienen en su organismo elementos de defensa para rechazar la invasión de microbios, portadores de infección. Así en el hombre, los glóbulos blancos de la sangre hacen tal papel. Cuando estos leucocitos, son más fuertes viven en un organismo robusto rechazan la invasión de microbios matando a éstos. Si por el contrario el organismo es débil, sus medios de defensa son igualmente débiles y, por consiguiente, los leucocitos son arrollados por los microbios y la enfermedad o infección se extiende por todo el cuerpo y causa la muerte del ser.

Si consideramos los Estados como seres vivos, es lógico que los supongamos dotados de medios de defensa para resistir la enfermedad que aflige a las naciones: la guerra. Los elementos de defensa del organismo-Estado son sus instituciones armadas: Ejército, Marina.

Si consideramos, también, desde el punto de vista jurídico que los Estados tienen derecho a vivir, ellos necesitan disponer de una fuerza para hacer respetar su derecho de vida, porque según lo afirma Rudolph Ihering, en su obra, el Combate y el Derecho, “toda clase de derecho, tanto como el de

un pueblo como el de un individuo, supone que quien lo posee está dispuesto a mantenerlo por la fuerza”.

Estas palabras están confirmadas por Jaynes Hill, quien en su obra, “el Estado Moderno y la Organización Internacional”, dice comentando la anterior frase: “De nada sirve gritar paz, paz, donde no hay justicia; y si existe, si no se dispone de fuerza para hacer respetar la justicia”.

Y en verdad, señoras, el “fin de la justicia es la paz; pero el medio de alcanzarla es la lucha. Pues, mientras la justicia sea el blanco de los ataques de la injusticia, la justicia no podrá abstenerse de luchar. Toda la justicia que existe en el mundo fué el resultado de una lucha, y toda regla importante del derecho ha sido arrancada a los que se oponían a ella”.

El mismo Jaynes Hill dice en otra parte de su obra citada. “Toda paz durable que reina o ha reinado en el mundo ha sido obtenida, gracias a una mejor organización y a una mejor dirección de las cualidades guerreras de la humanidad. La guerra, a pesar de sus horribles atrocidades, ha atraído siempre a las naturalezas fuertes y nobles, y, un gran número de hombres los más exentos de egoísmo y los más deseosos de ser útiles, han sido soldados. La guerra, llamando al hombre al sacrificio y al heroísmo, parece atar al individuo a una causa grande y muy superior a la rebusca de su bienestar individual y de su placer egoísta; ella le enseña a vivir para un objetivo que le es superior.

Williams James en su ensayo “La moral equivalente de guerra”, dice: “El instinto combativo es una facultad profundamente arraigada en el hombre y basta dirigirlo bien para justificar su presencia permanente en la raza humana”. Y, agrega Jaynes Hill: “fué un momento importante en la evolución de la humanidad cuando se organizó el instinto combativo en

vista de la protección de la tribu y fué liberado de las explosiones aisladas de violencia y brutalidad. Desde este momento el instinto combativo tomó un valor social bien definido. Cuando más tarde fué reglado y disciplinado en la persona de soldados ejercitados y fué tenido en reserva para ocasiones determinadas para la comunidad, el instinto combativo tomó una nueva dirección, altamente ventajosa. Y, finalmente, cuando esta fuerza organizada llegó a ser plenamente responsable hacia la autoridad civil, ella pudo ser empleada en mantener la paz y en favorecer el desarrollo del Estado Moderno”

Y termina Jaynes Hill diciendo: “La sola vía segura que lleva la justicia es la de la paz, y las solas garantías de justicia que han sido hasta aquí descubiertas o imaginadas por los hombres, son: de una parte, la fuerza organizada colocada bajo el control de la autoridad civil, y por otra parte el empeño general de respetar los principios de justicia sin que la fuerza sea empleada.

La fuerza de defensa de los Estados, como hemos dicho, son sus instituciones armadas: Marina y Ejército.

El Ejército está formado, en nuestros días, en la casi totalidad de los países, con un cuadro de profesionales, los Oficiales—ayudados por Sub-Oficiales—y por una masa de soldados, que son los ciudadanos que al cumplir la edad militar, 20 años, van al cuartel por mandato de la Ley a aprender a defender la patria. Este servicio obligatorio es una consecuencia del principio de Derecho Público aceptado por todas las naciones de que “corresponde por derecho y por deber a los ciudadanos de un país la defensa del suelo en que han nacido”.

Los ejércitos así formados—robustecedores del organismo nacional—puede decirse que tienden a hacer la guerra a la misma guerra.

En el cuartel se persigue desarrollar el máximun las facultades físicas, intelectuales y morales, como asimismo fortalecer el carácter del ciudadano soldado.

Con esta acción del Ejército, en todos y cada uno de los hombres, se aumenta la aptitud de la masa ciudadana, para producir más auge económico; se desarrolla la cultura y buenos sentimientos, se forma el carácter, se amalgaman las clases sociales en una común labor, dando origen así al desarrollo del espíritu de cooperación, base del Estado Moderno, sirviendo así de verdadero formador del alma de la juventud.

Esto ha hecho decir al eminente psicólogo Gustavo Le Bon, en su obra "Psicología de la Educación": Las universidades forman abogados, médicos, ingenieros, etc., sólo el Ejército forma hombres.

El Ejército para poder salvar con buen éxito las duras pruebas a que se ve sometido durante la guerra, necesita que su materia prima, el hombre, posea no sólo las condiciones de vigor físico para resistir privaciones, fatigas, inclemencias de la naturaleza, sino que principalmente posea altos dotes de moral, tenga un sentimiento elevado del honor y un alto concepto del amor patrio y de la misión que le toca desempeñar.

Sólo así podrá sobreponerse a las fatigas materiales; sólo así podrá dominar en el combate los terrores de la naturaleza humana; sólo así elevando su espíritu muy alto, por encima de la materia y desprendiéndose de su influencia podrá ser capaz de todas las abnegaciones, incluso el sacrificio de su propia vida; elevando su pensamiento y su espíritu tan alto podrán elevarse hasta el Olimpo de la inmortalidad.

Así procedieron entre nosotros: O'Higgins en el Roble y Rancagua; Prat, Serrano, Aldea y Riquelme y demás compañeros, en Iquique; Carrera Pinto y sus 76 subalternos mártires

en La Concepción y tantos más de que nuestras historia patria se enorgullece, los que con gestos de audaz bravura o de sublime heroísmo, dieron a la Patria renombre y días de inmarcesible gloria.

El hombre que se siente ligado a sus antepasados, que ama a su hogar y que ve dentro de él la perpetuación de su yo, tendrá siempre la justa ambición de que su recuerdo quede sin una mancha deshonrosa que lo oscurezca y haga borrar. Ese hombre trabajará siempre por la prosperidad de su hogar y, por consiguiente, por la de su Patria—generalización de aquél—y con ello procurará indirectamente el bien de la humanidad que es la Sociedad de todas las patrias. Ese hombre con ese valer desarrollará toda su personalidad en todas sus acciones y, por consiguiente, será un factor eficiente en las Instituciones Armadas, las que deben ser un compuesto de muchas personalidades que desarrollen cada una toda su actividad, haciéndola converger, tanto en la guerra como en la paz, a un solo y hermoso fin: la grandeza y prosperidad de la Patria.

Es por eso que los pueblos que han cultivado en gran escala el desarrollo físico y la moral de sus hijos, han llegado a un alto sitio entre las naciones.

El Japón, ese pueblo maravilloso que entre las brumas del Oriente se ha venido levantando como un espléndido “Sol Naciente” y que en su trayectoria de triunfos y progresos se encuentra en plena ascensión, nos da el mejor ejemplo de lo que valen el desarrollo de la cultura física junto con el de los factores morales. Sus éxitos contra China y Rusia, confirman mis palabras.

He querido hacer constar la necesidad que tiene el Ejército de que su personal cuente con una alta moral, con gran senti-

miento de amor patrio, moral y sentimiento que en primer lugar debe recibir el niño en el regazo de su madre y después en las escuelas, para acentuarlos finalmente en el cuartel.

III

La mujer, la eterna creadora de la vida, la eterna inspiradora de las más bellas creaciones del arte y de las más nobles actividades del hombre, no podía sustraerse a dejar de ejercer su bienhechora influencia en la parte más importante de la vida de un país, su defensa nacional. Ella en esta materia, no se ha limitado a un papel de mera influencia, sino que ha ido más lejos: ha actuado en forma directa y efectiva.

Esta actuación suya de salvación y de vida la encontramos en sentido figurado hasta en el fondo mismo de las religiones. Así, la religión católica nos presenta la bella creación de María, redimiendo y salvando al género humano de la influencia del espíritu del mal. Y en las narraciones bíblicas, encontramos la figura de Deb'orah, la juez de Israel, que a la cabeza de su pueblo vence a los enemigos. Y también hallamos la narración de la hermosa Judith, que seduce con sus encantos a Holofermes, el General de las tropas que sitiaba al pueblo judío, y mata a aquél durante su sueño, salvando así a su nación, de la destrucción y ruina. En las relaciones históricas, en la guerra de los persas y griegos, vemos a la reina Artemisa, ayudando personalmente a hundir galeras enemigas.

Y, del sinnúmero de mujeres que en todos los tiempos han actuado en forma decisiva en los destinos de la humanidad, ya desde un trono efectivo, ya desde el trono que en su corazón habíanles levantado los hombres de estado, o ya con su acción real; sólo enumeraremos algunas para no alargar esta conferencia.

Se nos presenta en el ocaso de la Edad Media y al alborear la Edad Moderna, la hermosa y virginal figura de Juana de Arco, la bella heroína francesa, bajo cuya influencia se libera la Francia del yugo enemigo, con el cual combatía desde hacía cien años. Más tarde vemos a María Teresa de Austria, inflamar de ardor bélico a los nobles magyares para que salvaran al Austria y su corona, de la potencia ofensiva de Federico II de Prusia.

Y en los tiempos napoleónicos, en España, cuando los franceses sitiaban a Zaragoza la heroica, cómo sobresalió en ardor patriótico y aliento de los combatientes la Condesa de Burita y sus amigas, que llegaron a formar compañía de mujeres que se lanzaban contra el enemigo.

Mas la que sobrepasó a todas ellas, fué aquella anónima mujer Agustina de Zaragoza, que con mano firme encendió la mecha de un cañón y barrió con todos los asaltantes.

Y, a principios del Siglo XIX, cuando después de romper la niebla de los prejuicios y trabas con que estaban ligadas las colonias a la Madre España, el fulgor de las ideas de la revolución francesa, llegó hasta el nuevo mundo de Colón, esas ideas de libertad y redención se hicieron carne en las entrañas de la virgen América, por obra y gracia del espíritu de amor al suelo en que habían nacido, de los hijos de esta tierra americana.

Y entonces, cuando de uno a otro confín de América aparecieron los iluminados, los libertadores, esos bienaventurados que tenían hambre y sed de justicia: Miranda y Bolívar, en Venezuela; Antonic Mariño en Colombia; los Hidalgo y Morelos en México, los Ante, Larrea y Montúfar en Ecuador; los Murillo en Bolivia; los Artigas en Uruguay; los Yegros en Paraguay y los Saavedra, Castelli y Moreno en Argentina; los José Antonio de Rojas, Marín, Martínez de Rozas, Argomedo,

Ovalle, Cienfuegos, Carrera y O'Higgins en Chile, fué la mujer la más decidida cooperadora de la obra de aquellos. Fueron ellas las que actuaron en todas formas, ya exaltaban con el premio de su amor a los tímidos, ya colaboraban llevando mensajes secretos; y, más de una, entre sonrisas, en medio de las ceremoniosas figuras de una contradanza o de un hábil movimiento de abanico, deslizó la noticia decisiva, el aviso salvador, la palabra de contraseña o el escrito que contenía instrucciones. Y por la patria ellas dieron todo: tranquilidad y hogar, y sacrificaron no sólo las risueñas ilusiones de su existencia primaveral, sino aún hasta su misma vida.

Y ahí tenemos esa gran pléyade de nobles mujeres colombianas que dieron su existencia por la causa de la Independencia, mostrando con ello el temple de su raza. Nombraré sólo una, la que los poetas han cantado más que todas, porque su vida se tronchó en flor; ella es esa virgen de dieciocho, años Policarpa Salavarrieta, que, a pesar de que la vida le sonreía y que el amor la iluminaba, prefirió morir fusilada por la espalda antes que delatar a sus amigos que trabajaban por la libertad.

Y en nuestro Chile, ¿no está acaso llena de nombres de las mujeres que trabajaron y se sacrificaron por nuestra emancipación? Esas mujeres que habían nacido como predestinadas para actuar así, porque tenían talento y hermosura poco comunes, pues, según dice un escritor nuestro, “se necesitaba de todo el encanto, de toda la fascinación que ellas ejercen en el espíritu del hombre para mantener vivo en aquel tiempo el heroísmo de la gran lucha y la firme resolución de vencer o morir”.

Así podemos nombrar a María Cotapos, la esposa de Don Juan José Carrera, dama tan bella al decir de la ilustre inglesa María Graham, que era como un sueño de esos que aparecen

en la fantasía del romance. Doña Javiera Carrera, que parecía una reina destronada, belleza de reina, ojos que centelleaban; ella que amaba la gloria y que habría deseado ser la mujer de un héroe, no habiéndolo conseguido a pesar de haberse casado dos veces, abandonó todo, aún su patria, para convertirse en el espíritu fuerte, guiador de la energía, de esos tres héroes, los hermanos Carrera, que tan lastimoso fin tuvieron. Ella fué la que bordó nuestra primera bandera; fué ella la que le dió su estandarte a la causa de la Independencia, la primera que se izó en el Palacio de Gobierno. Doña Luisa Recabarren de Marín, mujer sobresaliente por su cultura, que comunicaba a su esposo en Mendoza todas las noticias que le eran de interés para la causa de la revolución; y ella a su vez transmitía a los patriotas ocultos las noticias que de Mendoza le enviaban. Perseguida por el Presidente Español, Marcó del Pont, fué recluida en el Monasterio de las Agustinas, un mes antes de Chacabuco.

Doña Agueda Monasterio de Lattapiat—la mártir—ella la que en 1811, en el primer combate se lanzaba a la Plaza de Armas en medio de la refriega a buscar a su hijo. Esposa de un oficial francés, profesaba sus mismas ideas de libertad, y en su hogar modesto sirvió como pocas a la causa de la Independencia. Ella fué el órgano oficial, podría decirse, para comunicarse con el Ejército de los Andes y a ella y su hija de 15 años, se les confiaba las comisiones más importantes. Marcó la hizo vigilar y habiéndola sorprendido correspondencia de San Martín, la encerraron en húmeda prisión y se trató de martirizarla cruelmente.

Como no revelara secretos a pesar de las amenazas, se le notificó sería ahorcada y se hizo levantar la horca, advirtiéndole que antes de ejecutarla debería presenciar la corta de la

mano derecha de su hija Juana por haber escrito cartas. No alcanzó a consumarse tan atroz atentado, tal vez de temor al pueblo. La entregaron después a sus amigas, pero ya para morir, pues las torturas de la prisión habían minado hondamente su salud. Murió días antes de Chacabuco.

Doña Manuela Rozas, sobrina de Don Juan Martínez de Rozas, dió dinero y su actividad para la Independencia. Ella, en todas partes hablaba a favor de tan noble causa, tenía una gran entereza, pues no había misterio de sus ideas, ni se ocultaba para propagarlas. Conminada al respecto por la autoridad, dijo: “¿Intentáis castigarme porque amo a mi patria? Podéis hacer lo que queráis, pero jamás lograréis extinguir de mi corazón ese noble sentimiento. Sorprendida una vez en su casa de la Calle Catedral por San Bruno, leyendo una carta de los patriotas de Mendoza, se comió la carta y dijo a San Bruno: “Ahora podéis hacerme la autopsia”.

Doña María Cornelia Olivares—mujer joven, hermosa, predicaba por la independencia hasta en la plaza pública de su pueblo. “Hombres y mujeres, decía, deben tomar las armas: la libertad a todos beneficia; todos deben amarla y defenderla” La autoridad de Chillán la hizo rapar la cabeza y las cejas, y la expuso en la Plaza de Armas. Ella no chistó y cuando alguien quiso mofarse de ella, dijo: “La afrenta que se recibe por la patria, en vez de humillar, engrandece”. O’Higgins, por un Decreto la declaró Benemérita de la Patria.

¿Y a qué seguir enumerando a Doña Paula Jaraquemada, Mercedes Fontecilla, la abnegada esposa de José Miguel Carrera, Candelaria Soto Guzmán y esa mujer anónima del pueblo, que después de Maipú, al ver en el Callejón de Espejo que los españoles abandonaban un cañón y continuaban retirándose, a imitación de Agustina de Zaragoza, tomó un tizón

de su cocina, lo acercó al estopín y produjo el disparo que fué a herir la retaguardia española?

No deseo fatigaros más, con tantos nombres que dan muestra del temple de nuestras abuelas que engendraron esa generación que dió los días de más lustre para la patria.

No quiero silenciar también la conducta abnegada de esas mujeres que con el nombre de cantineras siguieron sufriendamente a nuestro Ejército en sus campañas exteriores y sirvieron al soldado de aliento en el combate y de alegría en el vivac y de enfermeras en las ambulancias.

Y en los tiempos actuales, durante la gran guerra, ¿no hemos visto todos el aporte valioso que la mujer llevó a la defensa nacional? Ya no se contentaron con transformarse en esas hadas blancas de la Cruz Roja, esas hadas que con la suavidad y magnetismo de sus manos alejan la fiebre y las ideas negras de la frente del enfermo, que con una sonrisa iluminan y embellecen la sala donde yace el pobre soldado desconocido y que con sólo su primaveral presencia parecen que hasta la muerte hicieran huir. No: la mujer no se contentó con esto; ella fué más lejos, ella exhortó el patriotismo en las calles y plazas en Londres y Washington; ella reemplazó al hombre en la mayoría de sus actividades: en los Bancos y Empresas Comerciales, en las Oficinas y Talleres. Ella empuñó el arado, y como en los tiempos primitivos, ella cosechó el grano que serviría de alimento al hombre. Aún más, ella con sus frágiles dedos fabricaron desde la ampolleta de cristal que contenía la inyección salvadora, hasta la cápsula explosiva del proyectil que habría de sembrar la muerte y la destrucción.

En el mes de Mayo de 1917 en EE. UU. se organizó una de las secciones del Consejo de Defensa Nacional para atender todo lo relacionado con la cooperación que pudiera prestar

la mujer. Este Comité organizó un Sub-Comité en cada Estado para la propaganda.

La actividad de la mujer giró alrededor de los siguientes puntos:

- a) Cooperación en los trabajos de la Cruz Roja.
- b) Cooperación en el problema de la alimentación.
- c) Conservación de la salud física y moral de los conscriptos próximos a acuartelarse.
- d) Preparar el empleo de las mujeres en reemplazo de hombres.
- e) Organización de Cursos de Instrucción para diversos fines.

¿Por qué hoy día la mujer tiene una parte tan activa en la defensa nacional? Ella tiene esa actuación especial por su mayor valer intelectual y moral, y por el desarrollo de su personalidad al abrirse el campo de sus actividades, y porque hoy día, señoras, cuando estalla una guerra, el país al poner en pie de guerra su Ejército y llamar sus reservas, hace entrar en actividad no sólo al Ejército del tiempo de paz y los reservistas; no, señoras, entra en actividad el organismo entero de la nación: sus hombres, las tradiciones y energía de la raza; su cultura, sus hombres de ciencia y sus laboratorios; los recursos financieros del Estado y la potencia económica de la nación, sus industrias, comercio y medios de comunicación. Es el organismo entero de la nación que hace culminar el movimiento de todos sus resortes para resistir con buen éxito esta prueba suprema de los Estados que se llama guerra y cuyo resultado es: ser o no ser.

La guerra de hoy no es de Ejércitos contra Ejércitos, es de nación contra nación. Para triunfar se necesita del concurso de todos, sin excepción, desde el niño que ayuda a sembrar,

el scout que sirve de mensajero, la mujer que empuña el arado, cuida enfermos, va al taller a fabricar vestuario, medicinas y municiones, el anciano que vigila túneles y puentes, el sabio en el laboratorio y el hombre que combate sobre y bajo del agua, sobre y debajo de la tierra, en el aire, con proyectiles explosivos, polvos mortíferos, líquidos inflamables o gases destructores. Todos hacen la guerra, todos son beligerantes. En la guerra del futuro no habrá distinción entre campos de batalla y ciudades desguarnecidas. Donde hay habitantes, hay defensores y atacantes, todos son colaboradores de la guerra y a todos hay que atacar y todos tienen que defenderse.

Así como en la vida, el hombre mejor dotado triunfa en la lucha por la existencia; así las naciones en su brega para asegurarse el éxito en la lucha por mantener su independencia, su personalidad y sus mercados que son su vida, triunfará la nación que tenga más fuerza moral, conserve más tradiciones honrosas, posea más cultura, más riqueza, raza más robusta y varonil, mayores industrias, más hombres de ciencia y mejores laboratorios y Ejércitos a cuya cabeza estén sus mejores intelectualidades, los de mayor carácter y más alta moral. Es decir, triunfará la nación más apta. Así es que hoy día, un país que se dedique de verdad a asegurar su defensa nacional, es un país que se dedica de lleno a progresar en todas las actividades de la vida de una nación: ciencia, industria, técnica, cultura, comercio y bienestar social, etc., etc.

IV

He hecho especial hincapié en el curso de esta ya larga conferencia sobre la parte moral del hombre. Ello es natural, la guerra la hacen los hombres y de ahí la influencia que tiene la

moral en el buen éxito de ella, pues según decía Napoleón, “en la guerra los factores morales con relación a los materiales están en la relación de 10 a 1”. Y aún que el gran conferencista Noel ayer no más dijera en sus conferencias que hoy no hay necesidad de valor en la guerra, porque todo es técnica, yo sostengo lo contrario, pues todos los progresos de la ciencia, todos los adelantos de la técnica, de que la ciencia de la guerra hace uso, porque es la única ciencia que necesita del concurso de todas las ciencias, no son sino para ser empleados por el hombre, para darle a este mayor potencialidad, en el ataque o en la defensa y, por consiguiente, queda siempre en pie como primer factor en la guerra, el hombre. Será su espíritu, su carácter, su energía, su sentimiento del honor el que lo haga llegar al máximo en su resistencia.

Pasemos ahora a examinar el estado actual de nuestra nación, en cuanto a la parte moral de nuestro pueblo.

Señoras: Todos hemos nacido oyendo hablar de las nobles cualidades de nuestros compatriotas. Ellos en el pasado, con su esfuerzo y ablandando los caliches con el sudor de su frente hicieron chilenos, antes que conquistarlos con las armas, los terrenos salitrales; ellos con su espíritu enérgico y emprendedor llegaron hasta California para traernos de allí el oro.

Su energía y patriotismo nos hizo vencer en toda guerra exterior y llenar de gloria la historia de Chile. Se conservaban con celoso culto las tradiciones y todos crecíamos rindiendo culto a ese pasado sin mancha.

Mas, esta situación no convenía a algún vecino y se necesitaba atacarnos, sin arriesgar los azares de una guerra o debilitarnos para el caso que ella llegara. Y, es así como hemos visto que ha cundido la acción nefasta de agitadores pagados, con toda seguridad con oro enemigo, ayudados por el naci-

miento de ese cáncer de la humanidad, el maximalismo. Así se ha tratado de carcomer la médula de esta raza dura como el hierro que guarda nuestra tierra en sus entrañas y fuerte como el roble de las selvas araucanas, pretendiendo arrancarle al pueblo y a la juventud estudiosa su mayor virtud: el patriotismo que se encuentra latente en sus corazones como la hirviente lava en el seno de nuestros volcanes.

Y es así cómo han conseguido que parte de nuestros obreros no ostentaran en sus manifestaciones públicas la enseña sacrosanta de la Patria, ese tricolor símbolo del honor y gloria, y en cambio llevaran a su frente trapos rojos que son signos del odio y de la destrucción. Parte de esos mismos obreros se han negado no hace tres años a cantar nuestro himno nacional, cuya letra ensalza el amor santo de la patria, la nobleza de nuestra raza, su virilidad y porvenir grandioso; canta la belleza de nuestro suelo, montañas y mar, canta a las artes y el trabajo, que dignifica y ennoblece, y, en vez de ese himno mil veces hermoso han cantado himnos extraños productos de cerebros enfermos que sólo incitan al odio destructor.

La falta de una buena instrucción, de diversiones sanas y baratas—no tenemos ni un jardín zoológico—la sordidez de sus habitaciones malsanas y mal olientes ha hecho acudir a nuestro pueblo a la taberna, a envilecerse, a debilitarse física y moralmente y a llegar al estado de miseria, aumentada ésta con la huelga permanente que los hábiles agitadores sabían mantener.

La falta de leyes enérgicas de sanidad moral de los extranjeros que llegan al país, la falta de vigilancia en las fronteras para impedir la entrada de elementos expulsados de otras naciones, ha convertido a Chile en una cloaca social y en el paraíso de los indeseables. Y este mal ha cundido aún más por nuestra

indiferencia general, debido a la indolencia característica de todos los habitantes de este país, a nuestra falta de previsión, a un demasiado optimismo sobre el patriotismo de nuestro pueblo, que no nos cuidamos de cultivar en ellos, y, finalmente, a un falso concepto que creo había en Chile sobre la libertad individual y libertad de expresar el pensamiento.

Sabemos que a todo el mundo le está garantizada la libertad de transitar por las calles y caminos de nuestras ciudades; pero, si mañana va por la calle un loco que pone en peligro la vida o la integridad personal de los transeuntes, nadie dirá que se atenta contra la libertad individual y se toma a ese loco y se interna en un manicomio para preservar a los demás de sus ataques.

Si mañana se permitiera que un enfermo de viruelas se instalara a vivir entre niños débiles, convalecientes o un tuberculoso en último grado estuviera con niños semejantes ¿no levantaría eso un grito de horror y de justa protesta? ¿Habría alguien que se atreviera a decir que se atentaba contra la libertad si se colocara a esos individuos en sitios en donde no pudieran esparcir el contagio de sus peligrosas enfermedades?

En el orden social y moral hay los mismos accidentes que en el físico. Las falsas y dañosas ideas del maximalismo, fracasadas ya en Rusia entre mares de sangre y llanto, no son sino una enfermedad moral infecciosa, más peligrosa que el cáncer y la viruela; y ¿cómo nosotros no hemos de mirar con horror que se haya dejado vivir a los agitadores, portadores de esa infección, en medio de esos niños débiles, anémicos, como son moral e intelectualmente los miembros de nuestro pueblo, faltos del alimento nutritivo o de la vacuna anti-variólica de la cultura?

¿No se comprende acaso, que esos seres, desheredados de

la fortuna, que sufren en carne viva los rigores de la miseria, sedientos de bienestar, han de creer que los falsos espejismos de igualdad absoluta, de repartos de riquezas, que muestran esos agitadores ante su vista, deben ser las fuentes de aguas cristalinas donde han de apagar su gran sed? ¿No se comprende que esos hombres faltos del guía de una ilustración sólida, de una educación que les haga amar su hogar y ver lo falso de las ideas que se le exponen, se pierden en el desierto de la vida, pobres nómades que no tienen más puntos de referencia que los brillantes mirajes que engañosamente le presentan esos explotadores de su desgracia y miserias?

El mal es grande y hondo en nuestro país. Un distinguido argentino, el señor Jacinto Mercado, miembro de la Junta de Gobierno de la Liga Patriótica Argentina, presentó en Mayo de 1924, al 5.º Congreso Nacionalista de Trabajadores, organizado por la Liga nombrada, un trabajo titulado “La cuestión obrera en Europa”; en él se dice: “Según los estudios más exactos, la Internacional Roja, cuenta en la actualidad con cuatro centrales: Rusia, Francia, Bulgaria y Chile”. Esta afirmación no era antojadiza. En 1925 hemos visto todos que el Gobierno Radical Socialista de Monsieur Henriot expulso más de 600 comunistas de Francia, y en estos días se piensa darles una gran batida; que en Bulgaria estallaron sangrientos sucesos y en Chile las manifestaciones han sido las siguientes:

a) Huelga de arrendatarios, a imitación de las que hicieron los judíos en 1908 en Nueva York y California; aquí con el agravante que persistieron en ella a pesar de la ley de la vivienda.

b) La huelga permanente y circulante como el jubileo, para agravar la situación económica del país, producir mayor miseria y así causar mayor descontento en el pueblo.

c) La manifestación comunista en Iquique, que se apoderaron de oficinas salitreras, matando a sus cuidadores, honrados hijos del pueblo, que obligaron al actual señor Ministro de Guerra a tomar la dolorosa medida de hacerlos reprimir con toda la energía que la gravedad del mal le exigía.

d) La propaganda que han hecho los maestros de escuelas que están obrando con el país como el cáncer en el individuo, roe las entrañas que lo alimenta.

La coincidencia de estos últimos sucesos con la presencia de una nave del Soviet en aguas uruguayas.

e) Y, finalmente, la prédica malsana, virulenta contra las autoridades, y el orden social actual, en los precisos momentos que se dictaba la legislación obrera social más avanzada del mundo. En los momentos que el Presidente de la República y los hombres más representativos estudiaban la forma de establecer en el país el mayor bienestar, esa agitación obrera sin causa que la justifique no puede obedecer sino al cumplimiento del plan maximalista, de mantener perenne el descontento.

La prédica comunista, ni las banderas rojas, volverán a mostrarse en público, el Ministro de la Guerra Coronel señor Carlos Ibáñez, con un espíritu patriótico que le honra y con un valor que revela un gran temple de alma, las ha proscrito, en esa magnífica circular al Cuerpo de Carabineros, que condena tales materias. Ella será el pedestal de su gloria. Y ha dictado esa circular serenamente, sin temor alguno, haciendo tal vez el sacrificio de su vida, porque sabía que aquélla iba contra los sin patria y sin ley.

Es hora de poder decir: No más falsos apóstoles de doctrinas perniciosas que hacen desgraciados a los mismos que las aceptan, porque ciegan en su corazón la fuente de los sentimientos positivos, creadores del amor, de ansias de trabajo, para dar

vida a los negativos, a la carcoma del odio, de la envidia y de la destrucción. Porque mienten los que dicen que pueda haber igualdad absoluta entre los individuos; la naturaleza nos enseña lo contrario, pues no hay dos cerros, dos árboles ni dos flores enteramente iguales; no hay más que una igualdad, la ante la majestad augusta de la ley, y esa, donde mejor pueden verla todos, es en esa institución que esos desgraciados combaten, el Ejército, donde ricos y pobres, intelectuales y analfabetos, ejecutan los mismos trabajos y movimientos ante la voz del superior que es la ley en ejercicio.

Mas, si la propaganda comunista no sigue haciéndose ostensiblemente, no dejará de hacerse subrepticia y solapadamente. El mal es hondo, ha tomado grandes proporciones. Y no podrá cambiarse la mentalidad de muchos de esos hombres ni con las nuevas leyes sociales. Gustavo Le Bon, dice en sus lecciones de la guerra de 1916, que “las transformaciones sociales no pueden hacerse a fuerza de leyes y decretos”. Continúa después Le Bon, “Ni aún los más hábiles gobiernos tuvieron en ningún tiempo, y ahora menos que nunca, el poder de establecer y determinar por sí solos la prosperidad de un país. Una nación no se transforma mediante leyes. Sus progresos son consecuencia de la evolución de las almas”.

El poderío de un pueblo depende de la duración y de la intensidad de sus fuerzas. Dentro de sí mismo y no fuera es donde encontrará las causas de su grandeza o de su decadencia.

La transformación de los pueblos es cuestión de evolución de las almas. Así dice Le Bon, y es por eso que hoy acudo yo ante lo más selecto de las mujeres de mi patria, ante las mujeres que forman esta concurrencia, ante este Directorio y socias de este Club, ante su digna señora Presidenta para pedirles su ayuda en transformar el alma de este pueblo. Sois vosotras,

mujeres, las formadoras de almas, sois vosotras las que podéis formar con vuestra acción altruista el gran dique que ha de contener la ola roja que nos invade, y echar las bases de una verdadera patria, grande, con todas las noblezas, abnegaciones que han adornado a toda la gran masa de idos, a todos esos muertos y muertas ilustres cuyos espíritus siguen actuando sobre nosotros. Yo os vengo a pedir vuestra ayuda y vuestra acción e iniciativa. No recurro a los hombres, porque los de mi patria están todos aún cegados por la politiquería que ha hundido al país, por esa política que no ha sido la del arte de gobernar, sino la de luchar encarnizadamente, como si no fueran hermanos, para apoderarse del poder, no para llevar arriba a los más aptos, sino a sus partidarios.

Yo me he recordado de la respuesta que diera Michelet una vez que se le preguntaba, qué era la mujer. La mujer, dijo, “La mujer es iniciativa”, y yo lo he visto bien que es iniciativa. Este Club, el camino que ha seguido, es la mejor prueba de que la mujer es iniciativa, e iniciativa feliz. Y cuántas actividades aquí en Chile no son obra de la mujer? El Patronato y la Protectora de la Infancia, La Liga contra la Tuberculosis, la Cruz Roja de las Mujeres de Chile, las Creches, la Beneficencia de Señoras, los Ajuares Infantiles, las Ollas Infantiles, la Protección al Trabajo de la Mujer, la Sociedad de Señoras de Tacna, admirable obra de caridad y chilenización, que contó con el entusiasta concurso de esa gran chilena la señora Laura Holley de Cisternas Peña, y esos viveros admirables de armonía social que se llaman Centros de Instrucción de Obreros, ¿no son obras exclusivas de la mujer de mi patria, con lo cual se han levantado el pedestal más grandioso, a su caridad, abnegación y altruismo inagotable?

Yo vengo a pedirlos que toméis a vuestro cargo la implanta-

ción de una Asociación semejante a la que existe en Argentina, donde se ha encarado en dicha forma la evolución del alma nacional.

A raíz de los sensibles sucesos de 1919, se creó allá una Liga Patriótica que encabezada por ese gran carácter y altruista ciudadano don Manuel Carlés, ha surgido como obra maravillosa. El es Presidente, y Vice Presidente de ella es el señor Zuberbühler, Presidente del Banco de la Nación. Tiene 15,000 Brigadas repartidas en todo el país. A la par de la institución de hombres, creció la de señoras y señoritas, cada una con órbita de acción bien marcada, y ellas han ido a buscar a la mujer al taller, a predicarle la buena nueva, o a enseñarle a amar a su Patria y aprender a leer. Ellas entendieron que formando el corazón de la mujer, el de la futura madre, formaban la verdadera alma de la Patria.

Voy a dar lectura a algunos párrafos sobre su obra y nombre de las principales directoras de la junta central que pertenecen a la más alta aristocracia del viejo Buenos Aires.

.....

Estos documentos los debo a la atención del señor Teniente Coronel Don Javier Palacios, hábil Adicto militar a la Embajada de Chile en Buenos Aires y también muy principalmente a la gentileza del señor Manuel Carlés, que entregó todos estos interesantes folletos para que me fueran enviados.

Hoy los pongo a disposición de este alto Centro Social para que si mi petición tuviera favorable acogida, pueda servir de guía en el desarrollo futuro que tendrá esta labor y pueda ser que la actuación abnegada de Uds. dé sonrojo o ánimos a los

muchos hombres sanos de mi país para que sigan paralelamente vuestra obra.

Y antes de terminar, permitidme que recuerde una vieja leyenda:

Se cuenta que cuando los dioses germanos habitaban el Walalla, él estaba lleno de Walkirias hermosísimas destinadas a servir de premio a los mortales que caían defendiendo el suelo germano. Vosotras que sois tan encantadoras como aquellas, imitadlas, no otorgando el tesoro de vuestra sonrisa, afecto o estimación a aquellos que so pretexto de intelectuales más por snobismo que por convencimiento trabajan contra lo más grande que hay: la Patria.

Y ahora, señoras, mis agradecimientos al Directorio de este Club y a su dignísima Presidenta y señorita Secretaria por haberme dado ocasión para esta conferencia.

Y a todas vosotras que habéis venido, mis agradecimientos y mi reconocimiento por vuestra enorme indulgencia para escucharme, a pesar del abuso que he hecho de vuestra atención con esta larga conferencia que termino diciéndoos:

En vuestras manos, señoras, encomiendo el alma y el espíritu de nuestra raza y de nuestra Patria, para que podáis formar un futuro digno de las bellas y gloriosas tradiciones que posee y que al recordarlas, me hace exclamar: Bienaventurados los pueblos que, como Chile, tienen hermosas tradiciones y saben conservarlas porque nunca, nunca morirán!



PANAMA Y CHILE: SUS VINCULACIONES PRESENTES Y FUTURAS

(*Conferencia del Excmo. señor Ministro de Panamá en Chile, Señor José Lefevre.*)

El porvenir de Chile.

Se ha hablado mucho en los últimos meses de un *Chile Nuevo* que significa, según algunos, cambio notable en el organismo nacional, encaminado a una sana renovación. Se dice, entre otras cosas, que se trata de la cristalización de nuevos rumbos, producto de condiciones especiales que son, a su vez, consecuencia del curso fatal de acontecimientos que se han hecho sentir, con fuerza, no sólo en la Patria de O'Higgins y de Caupolicán, sino ante la conciencia misma de la Humanidad.

No me toca a mí considerar, siquiera, temas de carácter estrictamente nacional. Corresponde a los chilenos estudiarlos y resolverlos. El cargo oficial de que estoy investido, me impide expresar opiniones sobre asuntos que, en forma alguna, tengan aspecto controversial para vosotros. Sin embargo, mi condición de conocido amigo de Chile, me permite referirme a ciertas

cuestiones de actualidad, sin apartarme de los convencionalismos protocolares, ni olvidar por un instante, mi condición de huésped vuestro.

Al decir que soy un amigo de Chile, no hago sino repetir lo que es sabido por todos. Lo que deseo manifestaros, en esta ocasión, es que soy también un convencido optimista del porvenir de vuestro país. Mi fe en el futuro de esta noble y vigorosa nación, es profunda y razonada: no es únicamente consecuencia de mi simpatía por esta hospitalaria República hermana. Mi optimismo proviene más bien del estudio y observación constante. Creo, como vosotros, en la "Estrella de Chile" y la considero al igual que la de los Reyes Magos: se oculta a ratos para salir en seguida más brillante, y sigue señalando a los chilenos la senda luminosa que deben recorrer.

No es el *Chile Nuevo* o el *Chile Viejo*, que para mí son uno solo, lo que constituye la base de mi optimismo. Miro a los dos refundidos en una sola entidad, y veo surgir a la nación que ha sido siempre orgullo de América, levantada en brazos de todos sus hijos, pues en ellos, principalmente, es en quienes tengo fe.

He vivido entre vosotros intensamente. Mejor dicho: he vivido *con vosotros*, durante una época decisiva de vuestra historia. He pasado en vuestro medio las situaciones más difíciles por que, tal vez, ha atravesado esta República desde los tiempos de la Reconquista. Por eso, al decir que he vivido con vosotros, quiero significar que he seguido de cerca las palpitations de vuestra alma nacional. Cierto es que he sentido, a veces, momentos de incertidumbre y, tal vez, de ansiedad; pero mi optimismo ha flotado siempre, y los momentos de duda han sido los menos, en proporción casi infinitesimal.

Permitidme que haga algunas reminiscencias, para reforzar

estas afirmaciones que acabo de hacer. Llegué a vuestra Patria en circunstancias no muy favorales para producir impresiones de exagerado optimismo. Hasta las ondas que traían a la nave que me conducía a vuestras playas, se agitaban violentas en Antofagasta, reciamente sacudidas por la última conmoción terrestre que desoló algunas poblaciones del Norte. Comencé a conocer a vuestro país, por sus costas áridas del Pacífico. Sin embargo, al acercarme a estas tierras, a bordo de un vapor mercante chileno, vi con bastante claridad el porvenir de esta nación. El barco en que venía y su tripulación, netamente nacional, me revelaron a este pueblo vigoroso y viril; y la misma Naturaleza, con su Cordillera de la Costa, que lo empuja hacia el mar, me lo presentaron en uno de sus principales aspectos. No pensé en Cochrane y Blanco Encalada. La visión que se presentaba a mi mente, luminosa y resplandeciente, fué la de O'Higgins. Lo veía desde el cerro de Valparaíso, como Balboa desde las serranías del Darién, contemplando en sublime éxtasis al Océano Pacífico. Escuchaba absorto sus palabras sublimes de vidente: "en esas cuatro tablas' está la suerte de la Patria". El prócer glorioso no vió, únicamente, las ventajas inmediatas y decisivas, que la supremacía naval significaba para la causa de la Independencia de Hispano América. Vió algo más que la influencia, que el triunfo de aquellas naves inmortales tendría en el resultado definitivo de la guerra. Comprendió que, tarde o temprano, surgiría de la escuadra chilena la marina mercante que llevaría el pabellón nacional, en misión de paz y de acercamiento comercial, tan lejos como aquella la llevara antaño en las sagradas conquistas de la libertad, y en la noble defensa de la Patria

Ya en 1923, en edición especial de un diario santiaguino,

para conmemorar la Fiesta Nacional, expresé en un artículo publicado entonces, mis impresiones sobre el futuro de Chile, muy semejantes a las que expreso ahora. Los acontecimientos posteriores a esa fecha, se han sucedido con rapidez que podría llamar cinematográfica; pero, lejos de haber debilitado mi convencimiento, han contribuído más bien a fortalecerlo. Los hechos que se presentan a mi vista retrospectiva, casi tres años después de mi llegada, me hacen sentir la misma certeza por vuestro futuro; y el porvenir de Chile se presenta ante mis ojos con igual o mayor claridad que antes.

Estudio los hechos en su propio origen, y saco deducciones basadas sobre los acontecimientos pasados, y del presente, que constituyen la vida misma de la Nación. Procedo fríamente, sin dejarme llevar de entusiasmos ni de simpatías, y encuentro que las leyes ineludibles de la Economía Política y las de la Filosofía de la Historia, señalan un puesto muy alto a Chile, dentro del armónico concierto americano. Ese es su verdadero destino: no es el de un Edipo perseguido por una fuerza ciega encarnizada contra él. Es más bien, el de un Predestinado que tiene que surgir, aunque momentáneamente sufra descensos aparentes.

Vinculaciones y semejanzas entre Chile y Panamá.

Naturalmente algunos se preguntarán qué puede moverme a tomar este interés por lo que se relaciona con Chile. La respuesta sería fácil tratándose de un auditorio como el que me escucha, compuesto en su mayoría de una feminidad tan delicada como selecta. Podría explicar mi actitud con sólo dos palabras: el afecto. Pero no es mi propósito vibrar la nota emotiva, si bien existe en mi alma, resultante de la conjunción

de dos seres representativos de los troncos raciales que les dieron vida: mi madre, hija neta de España, aunque nacida en América; y mi padre, oriundo de esa isla que tanto amara Víctor Hugo: Jersey.

No son, sin embargo, simples consideraciones de orden afectivo, ni siquiera de simpatía las que me hacen interesarme tanto por vuestro país y, hasta cierto punto, vislumbrar su porvenir. Es, como lo he dicho antes, la razón, el estudio—continuo y sereno—lo que me da esa confianza en su suerte futura. No es la “fé del carbonero”, como generalmente se dice. Es el resultado del análisis sobre el mismo terreno, con el cual he eliminado todo prejuicio. Antes de llegar a Chile ya lo conocía, si bien tenía sobre la nación chilena ciertas ideas erróneas, unas exageradamente favorables y otras, aunque muy pocas, tal vez injustificadas. Tampoco son mis conocidos lazos de amistad y de familia lo que me hace interesarme por vuestro país, casi como si fuera el mío. Me interesa, porque considero a Chile estrechamente ligado a mi Patria, más aún por el presente que por el pasado; y más todavía por el futuro que por el presente.

Me interesa Chile porque, a pesar de algunos contrastes visibles, tiene muchos puntos de semejanzas con el Istmo donde nació. El parecido los acerca: las diferencias los complementan. Mirad al mapa y os convenceréis.

Chile es una larga faja de tierra, que se extiende desde el trópico al estrecho de Magallanes. Panamá es una garganta estrecha, cuyo territorio tiene costas relativamente desproporcionadas como las vuestras, sobre el Océano Atlántico y sobre el Pacífico. Unid las costas panameñas, mentalmente, y colocadlas en línea continua y veréis, ante vuestros ojos, a otro

Chile, más pequeño y tropical, pero con muchos puntos de semejanza.

Chile es una nación esencialmente montañosa; Panamá también lo es. En nuestra Costa Atlántica la Cordillera arranca casi desde las orillas del mar, como sucede con vuestra Cordillera de la Costa. La diferencia principal, al respecto, consiste en que, en Chile, los Andes se remontan hasta el cielo, para darle nido a los cóndores. En Panamá, los Andes se agachan y se inclinan para abrir paso a los mares, para unir a los mundos.

Es por eso que os digo que hay que mirar el mapa y observarlo, para comprender los nexos geográficos y etnológicos que existen entre nuestros respectivos países, prescindiendo, por el momento, de mencionar los de carácter histórico, muy conocidos, que los vinculan desde el descubrimiento de nuestras tierras, hasta su conquista; y desde la epopeya de la Independencia americana, hasta hoy.

En este mismo recinto, a principios del mes de Julio último, un conocido intelectual y diplomático chileno, os dijo que “los mapas son, primero, para orientarse geográficamente y, luego, para ayudar a meditar hondo”. Yo he practicado ese sabio consejo. Contemplando el mapa, fué como vine a darme cuenta exacta de lo que es mi patria y, sobre todo, de lo que será. Cosa análoga me sucedió con Chile, sólo que aquí fueron sus propios contornos geográficos los que pude observar en sí mismos. Fué primero durante mi viaje de Panamá hasta Valparaíso, a bordo de una nave, casi caleterá, que tomé únicamente por que llevaba bandera chilena. Entonces tuve la satisfacción de ver muy cerca, casi juntos, nuestros pabellones, que tanto se semejan. El vuestro, orgulloso en la proa y otras partes del barco, recordando las notables proezas del “Imperial”, en las

luchas de hermanos, que por suerte ya no volverán a repetirse. El de mi Patria lucía hermoso, en el tope del mástil mayor de la nave, anunciando que llevaba a bordo un humilde pero entusiasta mensajero de amistad, de concordia y de fraternidad, que llegaba a vuestras playas acreditado no sólo con la representación oficial del Gobierno panameño, sino que representaba también al pueblo de mi Patria, que conocía mis ideas y sabía que interpretaría fielmente las de la mayoría de mis compatriotas.

El estudio que comencé a hacer, durante ese viaje, de vuestra geografía física, política y económica, comenzó a revelarme a vuestro país tal como es, y, especialmente, como será en un porvenir no muy remoto. El orador, a quien antes hice referencia, dijo también aquí mismo, que no debemos olvidar que “tras las indicaciones de la Geografía económica vienen los problemas que plantea el desarrollo propio y el de los demás”. Por eso pudo ese distinguido chileno comprender a mi Patria, en el momento decisivo de nuestra Historia. Por eso pudo penetrarse igualmente de su porvenir, en los albores del nacimiento de esa pequeña pero progresista República, que tanto significa para la América entera y, sobre todo, para la Gran Colombia que soñara Bolívar.

Fué esa Geografía Económica, a que se refería Rodríguez Mendoza en su conferencia ante el Club de Señoras, la que me hizo también comprender a Chile; y ya que menciono a vuestro Ministro ante los Gobiernos de la Madre Patria y de su hermana Portugal, no puedo pasar por alto que, en estos instantes, se encuentra en Panamá debido a circunstancias muy lamentables para todos los que lo conocemos a él y a su culta y espiritual esposa. Hago votos con todos sus amigos, por que

su permanencia en el Istmo resulte en beneficios positivos para la preciosa salud de su digna consorte.

Pues bien, esa misma Geografía Económica me sirve para ver el porvenir de Panamá junto con el de Chile, y en el futuro que se presenta a mi vista, contemplo a mi Patria como una proyección, si se quiere, de la vuestra. Como un mismo territorio o mejor dicho, como la continuación de una misma zona económica. Chile termina, geográficamente, donde comienza el Trópico pero, económicamente, se extiende mas allá de las regiones tropicales americanas. Allí se hallan sus verdaderos mercados del futuro. Su porvenir está en esas regiones. No me refiero a hegemonías de ningún orden, de las cuales a nadie se le ocurre hablar en estos tiempos. Hablo de intercambios, de corrientes comerciales y espirituales. Algo así como las corrientes de Humboldt y la del Golfo: la tórrida sirve para calentar las tierras frías; la otra para referscar las tierras calientes.

Me refiero a la necesidad que existe de dar a conocer los valores intelectuales del Sur en el Norte; y del Norte en el Sur. Hablo, también, de cambios de productos: uvas y duraznos, por piñas y bananos; trigo y harinas, por azúcar; papas y cebada por café; salitre por estaño y así por el estilo. Veo también, al mismo tiempo, como dije hace más de dos años en «El Diario Ilustrado» de Santiago, un puente flotante de naves chilenas, con capital inter-americano, que se extiende, como arco triunfal de paz y de progreso, entre Valparaíso y Panamá, y que al llegar al Istmo se transforma en centro grandioso de irradiaciones comerciales entre Chile y los países del Sur Pacífico, y los de Centro América y del Caribe.

Esta no es la visión de un soñador, ni un espejismo siquiera, hijo de la amistad y del afecto. Es la concepción, más o menos precisa, de una realidad no muy distante, si así lo queréis vo-

sotros mismos. En vuestras manos está su pronta realización. Las luchas ideológicas que se han hecho sentir en vuestro seno, no lo retardan, sino más bien lo aceleran. De ellas salen la verdad y la luz: siempre dejan algo. Son las luchas de otro orden las que sólo sirven para apartarnos de nuestro verdadero objetivo. La "Unión hace la fuerza", dice el lema del escudo de Bélgica, y por eso es grande esa nación, aunque pequeña en territorio. Ese es también el mote del Chile que yo vislumbro. Yo sólo veo hermanos en los chilenos; vosotros con mayor razón, veréis sin duda lo mismo.

Triunfar sobre nuestras pasiones, corregir nuestros defectos, nos enaltece. Triunfar sobre nuestros hermanos es contraproducente: no hay triunfo posible. Esas victorias serían, a lo sumo, de carácter pírrico, ya que no podría haber vencedor ni vencidos. Habría tal vez una víctima: la Patria Común. Esa Patria que, lejos de constreñirse con los vientos modernos que soplan, se extiende mas allá de las fronteras, y nos hace ver a los americanos, una patria cada día más grande, sin matar ni adormecer siquiera los sanos sentimientos del más intenso nacionalismo. Las ideas que mueven al mundo hoy, no son las de un internacionalismo amorfo: son simplemente humanitarias. Su Apóstol no es Lenine, sino Wilson. Su credo no es una humanidad dividida, sino una Humanidad mejor. Su fin es construir, no destruir. Su objetivo no es demoler lo que está muy alto, sino levantar lo que está muy bajo.

Esas ideas están impregnadas aquí en Chile. Las sienten todos: cada uno a su modo. No faltan hombres preparados en esta tierra: más bien abundan. No están en un solo grupo: los hay en cada uno de ellos. Yo he podido observarlos de cerca, en momentos difíciles: sois, en realidad, un gran pueblo.

Permitidme que os diga, al mismo tiempo y sin que ello im-

plique la menor lisonja: el porvenir de Chile está en vosotras, en la mujer chilena. Sois la base fundamental de su futura grandeza. En vosotras residen latentes y aun visibles, todas las fuerzas de vuestra raza. La potencialidad del magno resurgimiento está en vosotras. ¿Quién puede decir que el verdadero Chile Nuevo, el más grande de todos, no será hijo de vosotras, aun más que de los mismos hombres que han sido sus generadores? El tiempo lo dirá en un plazo no muy remoto.

Por mi parte, creo no equivocarme al vislumbrar que el resurgimiento nacional se deberá, en gran parte, a la acción de la mujer chilena que supo marcar, en este Club de Señoras, dirigido por su egregia Presidenta, un nuevo y luminoso jalón en la Historia de Chile. Habéis sabido predicar un nuevo Evangelio y practicarlo, sin apartaros por un instante del que predicó el divino Mártir del Calvario. Por eso la nación resurgida será hija vuestra, como lo fuera antaño de vuestras madres y abuelas, que tuvieron que triunfar entre bastidores, mientras que ahora vuestra labor se presenta a la luz del día. Será obra de todas: de la maestra y de la profesora; de la enfermera y de la higienista; de la escritora y de la artista; de la profesional y de la obrera; de la madre real y la del espíritu, casi siempre refundidas en una sola. Esto sucede no sólo en Chile, sino en todas partes: en mi país ya comienza a sentirse lo mismo, aunque no en forma tan acentuada como entre vosotros. El Cristo se llamaba no sólo Hijo de Dios, sino Hijo del Hombre, la Humanidad futura, hija también de Dios, será al mismo tiempo, Hija de la Mujer: la eterna civilizadora del hombre. Es por eso que os hablo de estas cosas.

Panamá: lo que es y lo que será.

En 1921, hablando ante la Asociación Nacional de Manufactureros de los Estados Unidos, dije en Nueva York que Panamá no formaba parte, geográficamente, de la América del Norte, ni de la del Sur, y ni aun de la América Central. Ante el asombro natural de mis oyentes, por semejante aserto, expliqué en seguida el aparente misterio. Panamá, dije, es el *Centro* de América.

Ya manifesté antes, que para convencerse de la importancia del Istmo, basta con mirar el mapa, y con mayor razón cabe decirlo, tratándose de una afirmación como la que hice en 1921. Debo advertir que esta idea sobre mi Patria, no es una creación de mi fantasía. Se me ocurrió como puede ocurrírsele a cualquier espíritu observador, que contemple la carta geográfica de nuestro hemisferio, pero ya mucho antes la había expresado en forma grandiosa, casi sublime, el homérico vidente americano: Simón Bolívar. El genio de la raza presintió lo que, con el transcurso del tiempo, estaba llamado a ser el Istmo de Panamá. Como siempre, se adelantó a su época al convocar el Primer Congreso Panamericano, que tuvo lugar en la ciudad de Panamá en Junio de 1826, fecha gloriosa cuyo Centenario celebrará mi Patria, en asocio de sus hermanas de América, el año entrante.

Dos días antes de la decisiva batalla de Ayacucho, el 7 de Diciembre, el Libertador se dirigía por medio de comunicaciones oficiales, de gran alcance y de mayor visual, a las naciones amigas, invitándolas para que se reuniesen en un Congreso de Plenipotenciarios, en Panamá. En su célebre mensaje, precursor del de Monroe, decía entre otras cosas:

“Si el mundo hubiera de elegir capital, el Istmo de Panamá parece el punto indicado para este augusto destino, colocado como está en el *Centro del Globo*, viendo por una parte al Asia y por la otra al Africa y a la Europa”.

Notaréis, en efecto, que Bolívar no consideraba a Panamá “el Centro de América”, como lo he llamado yo, sino que lo describía como “el Centro del Globo”.

No puedo resistir a la tentación de citar algunos párrafos más de la inmortal convocatoria, a que antes hice mención. El Gran Iluminado de Caracas, se adelantó en más de un siglo a sus contemporáneos, en ese precioso documento, en el cual decía:

“Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y en guerra sea el escudo de nuestro destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las Repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos Gobiernos. Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran Cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros Gobiernos, cuya influencia mantenga la unidad de sus principios y cuyo sólo nombre calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una Asamblea de Plenipotenciarios por cada una de nuestras Repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.”

Y más adelante agregaba Bolívar:

“El día en que nuestros Plenipotenciarios hagan canje de sus poderes, se fijará en la Historia de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro Derecho público y recuerde los aspectos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En ellos se encontrará el plan de las primeras alianzas que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo. *“Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá”*

Esas son las sublimes y proféticas palabras de aquel a quien las naciones de América proyectan levantar un digno monumento, en la misma ciudad señalada por él mismo, para servir como templo de nuestro “Derecho Público”: del Derecho Internacional Americano, como justamente lo denomina un distinguido jurista chileno, Doctor Alejandro Alvarez, trabajador incansable en el campo del más noble y sano americanismo.

Me refiero al Congreso de 1826 porque, como ya os he dicho, el año entrante se conmemorará debidamente el Centenario de esta magna fecha, en la ciudad de Panamá, en donde tuvo lugar. Además, no puedo hablar del Istmo sin referirme a Bolívar, que presintió su ineludible destino.

Herederos los panameños de las profecías del Libertador, al formar nuestra República tomamos por lema la frase genial de otro latino sobre la obra grandiosa que iniciara, después de haber inaugurado el Canal de Suez. Ferdinand de Lesseps es el autor del lema de nuestro escudo nacional: “Pro Mundi Beneficio”, “Por el Beneficio del Mundo.” No es posible concebir

un pensamiento más altruista. Ese es el ambiente que se respira en el Istmo, en medio de las crudas realidades de la vida; y ese es el camino que estamos dispuestos a recorrer.

Ya en otra ocasión hablé en este Salón y desde este mismo asiento, sobre la Historia de mi Patria. Me remonté a los tiempos del descubrimiento de las costas de Castilla del Oro por Colón y por Bastidas, hasta la Independencia de la Madre Patria en 1821. Como recordaréis, tal vez, este memorable acontecimiento mereció del Libertador, estos honrosos conceptos:

“El Acta de Independencia de Panamá es el monumento más glorioso que puede ofrecer a la Historia ninguna Provincia americana. Todo está allí consultado: Justicia, Generosidad, Política e Interés Nacional”.

Es fácil, pues, comprender por qué dije entonces que Bolívar y Vasco Núñez de Balboa son los dos genios tutelares de mi Patria. En ellos se encarnan el Descubrimiento del Océano Pacífico y la Libertad de la América Española: hechos trascendentales que contribuyen a hacer del Istmo panameño el Corinto de la América; y que gracias al Canal de Panamá—obra portentosa del empuje de un pueblo noble y colosal—se convertirá tal vez, con el tiempo, en ese Centro del Globo que soñara el Libertador.

No quiero extenderme sobre este tema porque esos ideales augustos y esas profecías sublimes, que voy viendo cumplirse, poco a poco, producen en mi ánimo indecible entusiasmo. Por eso os hablaré hoy sobre las condiciones actuales de mi Patria, en forma lo más breve posible, para no hacer demasiado larga esta franca y espontánea expansión, que os hago sobre mi país, sobre el vuestro y sobre el porvenir de ambas naciones.

Como ya dije en otra ocasión, la República de Panamá nació a la vida internacional, sin odios ni rencores. Es resultado, a la vez, de una necesidad inaplazable del progreso humano; y de un nacionalismo muy arraigado, que se funda en antecedentes históricos que alcanzan a época bastante remota, como os lo di a conocer en mi anterior conferencia.

En memorable discurso, pronunciado por nuestro actual Ministro en Francia e Inglaterra, doctor Belisario Porras, Presidente de la República de Panamá en dos ocasiones y uno de nuestros hombres públicos más ilustres, dijo que “Panamá fué colocada por el Creador precisamente en el Norte y el Sur, como si por medio de ella se debieran dar las manos los países que componen estas dos secciones del Continente.” Esta es la principal misión que le corresponde cumplir a mi Patria, sin abandonar los altos destinos que le vaticinara el Libertador. Hacia allá convergen los acontecimientos; y hacia esa meta se encaminan, instintivamente, nuestras actividades internacionales.

En el orden interno se avanza más y más cada día, si bien nos queda mucho por hacer; pero tenemos fundadas esperanzas de seguir progresando, pues comienza a existir entre nosotros verdadera cultura cívica. Ya la politiquería no lo absorbe todo. Hemos tenido elecciones presidenciales, en los últimos años, que podrían servir de enseñanza objetiva a otras naciones más viejas y avanzadas que la nuestra. Recientemente el candidato triunfante, nuestro actual Presidente don Rodolfo Chiari, nombró a su contendor en la campaña electoral pasada, Gobernador de una de las principales provincias de la República, en prueba de concordia y de armonía.

Nuestros diarios principales se ocupan, actualmente, de los problemas nacionales, regionales y hasta municipales de pre-

ferencia a los asuntos políticos de menor cuantía. El Presidente hace administración. Sólo en las épocas eleccionarias se agitan las pasiones partidaristas: el resto del tiempo sólo se ocupan de estas cosas, aquellos que no han evolucionado suficientemente y no se dan cuenta de los tiempos que corren, para adaptarse a ellos.

Las elecciones para Presidente de la República y Diputados a la Asamblea Nacional, tienen lugar conjuntamente, cada cuatro años. De allí, en parte, la tranquilidad política que reina en el país, la mayoría del tiempo.

Como ya os he dicho, mi Gobierno se preocupa principalmente por estrechar sus relaciones, de todo orden, con las Repúblicas hermanas de América. La misión que tengo consiste especialmente, en dar a conocer esos sentimientos. En decir, aquí en Chile, como en las otras naciones del Sur, que mi país aspira a que cada una de estas Repúblicas hermanas vea en la nuestra no un territorio extraño, sino la prolongación del propio terruño. Algo así como un Hogar Común Panamericano.

Nuestro afecto por la Madre Patria vive hondo entre nosotros. En Panamá se defiende, a capa y espada, el rico idioma de Cervantes. Se habla el castellano bastante bien y con pureza, de tal modo que, para una persona de mediana cultura, es casi un deshonor cometer una falta de ortografía. No por eso se descuida, individualmente, el estudio del inglés que toda persona educada habla con bastante facilidad, lo mismo que el francés. La influencia intelectual e ideológica de Francia, se hace sentir todavía en mi país, que recuerda agradecido a los nobles precursores del Canal de Panamá, a quienes ha levantado un simbólico monumento en la Plaza que lleva el nombre de Francia, como también se ha dado el nombre de De Lesseps, a uno de nuestros parques. Hay una plaza de Cervantes, la

más bella que tenemos, y en el centro se levanta gallarda la hermosa estatua del inmortal Manco de Lepanto. Cerca de allí se levantará algo verdaderamente grandioso: el Templo a Gorgas, mi noble amigo. El Médico de la Humanidad—pues el Higienista es el médico del futuro—recibirá de los panameños y de la Humanidad entera, un merecido tributo de admiración y de gratitud a esa alma grande y noble, que es un Santo laico, un Francisco de Asís de la ciencia aplicada que no está en pugna con ninguna religión sincera, como lo demuestra a cada rato el ilustre Arzobispo de Santiago.

Allí veis el Panamá de hoy y vislumbraréis el Panamá del futuro: una estatua colosal a Balboa; otra de Cervantes. Una Plaza a Francia y otra a De Lesseps. En el Atlántico una obra de arte genial que representa a Cristóbal Colón y a la América. Luego se erigirá un grandioso monumento a Simón Bolívar; y se fundará un Instituto de Medicina Tropical que llevará el nombre del General Civil y Civil General: William Crawford Gorgas. Allí, todos reunidos y todos unidos, simbolizan la Humanidad del futuro. En fin, ese es Panamá que despierta: ese es el Nuevo Mundo que surge.

Cerca está Balboa, la ciudad modelo de lo que deben ser las de los trópicos. Obra del genio constructivo de esa gran raza en formación, a la que se debe la obra más portentosa de los siglos. Cerca también está la histórica Panamá la Vieja, con su pintoresca e impresionante torre de su Catedral en ruinas, que cantara Villaespesa y ante la cual se sintiera emocionado Blasco Ibáñez, como Eugenio Noel, buenos y justicieros amigos de Panamá. De aquellas playas salieron Pizarro y Almagro a la Conquista del Perú y de Chile. Allí estuvo la Real Audiencia que se extendía, en jurisdicción, desde el Cabo Gracias a Dios en Honduras, hasta Chile, en el Pacífico, y las Provincias

del Plata en el Atlántico del Sur. En el medio de la destruída ciudad que fundara Pedrarias Dávila; y de la que lleva el nombre de su gloriosa víctima: Balboa, obra de un día, por decirlo así, y símbolo del espíritu práctico de un gran pueblo, se levanta modesta, pero airosa, la ciudad que fundara Fernández de Córdoba, nueva y vieja al mismo tiempo. Ella será el resumen de esas dos civilizaciones que simbolizan aquellas. Merece el respeto de una matrona, por su historia, pero siente al mismo tiempo, el empuje de la juventud, Por eso se ensancha: por eso crece y, en plazo no muy lejano, arrancará nuevas tierras al mar, construirá grandes almacenes de depósitos y muelles propios, que la conviertan en el centro de distribución del Continente, como lo fuera antaño nuestra histórica Portobelo, cuyas ferias anuales eran punto de reunión de los comerciantes de todas las colonias españolas de entonces. Las condiciones serán, sin embargo, muy distintas. Portobelo representaba el monopolio del Comercio de la América Hispana. Panamá representará, en cambio, la libertad de comerciar: las zonas libres, la ausencia de trabas y de impuestos retardarios de un mayor acercamiento comercial; y, ojalá que en medio de la nueva Alejandría del Comercio americano, plegue al cielo que surja también, la Alejandría intelectual y simbólica del espíritu colectivo de las Américas.

Sea esta ocasión de expresar, una vez más, mi profundo agradecimiento al simpático Club de Señoras por sus múltiples bondades y atenciones para con este sincero y entusiasta amigo de tan noble institución, que es orgullo de Chile y del Nuevo Mundo descubierto por Colón, gracias a la generosidad y a la intuición de una mujer: Isabel la Católica, Reina de Castilla y Madre de América.

Santiago, Agosto 5 de 1925.

EL PRIMER AGENTE DIPLOMATICO DE EE.UU
EN CHILE, JOEL ROBERTS POINSETT

(Conferencia por el Excmo. señor William Miller Collier, Embajador de EE. UU., en el Club de Señoras, 12 de Agosto de 1923.)

Señoras:

Apenas llegué a Chile hace cosa de cuatro años, me interesé vivamente por conocer la actuación del primer Agente Diplomático de los Estados Unidos en este país: Mr. Joel Roberts Poinsett.

Las instrucciones dadas a Poinsett por el Gobierno Federal tendían a investigar la situación política de las Provincias del Río de la Plata y de Chile, para determinar si, según los principios del derecho internacional, los Estados Unidos podrían reconocerlas como naciones independientes.

Por esa época, en Chile había estallado un movimiento que debía convertirse en esa lucha que se prolongó por tantos años, y que, al fin, resultó en el establecimiento de un nuevo estado soberano. Pero al tiempo de la llegada de Poinsett, el pro-

pósito de los que habían iniciado el movimiento no estaba claramente determinado; al principio la idea de separarse de España no encontraba en los autores de la revolución una firme manifestación; José Miguel Carrera, al frente del gobierno, fué quien primero dió un impulso a la independencia nacional, y Poinsett, republicano sincero, simpatizó con toda su alma con esta aspiración. De ahí que entre Poinsett y Carrera naciera una natural simpatía que se desarrolló en una intimidad que ha tenido pocos precedentes en los anales históricos. Poinsett fué el amigo y consejero íntimo de Carrera. En su juventud había hecho cursos militares en una de las más célebres academias de guerra del mundo. En Chile olvidó su posición diplomática que lo habría impedido intervenir en los asuntos internos del país, y se hizo partidario ardiente de la causa patriota. En los campos de batalla y en los consejos de gobierno se puso sin reservas al lado de Chile. Carrera en su Diario ha recordado con prolijidad de pormenores su actuación y lo ha llamado "*el mejor chileno*".

He tenido el placer de presentar a varias instituciones patrióticas y a varios regimientos retratos de Poinsett. En esas ocasiones he pronunciado discursos históricos resumiendo sus actividades militares y su participación en las primeras campañas de la independencia. Además, los historiadores chilenos han escrito largamente sobre estos sucesos, y por esta razón no volveré a insistir sobre este aspecto de la vida de Poinsett. Ni sería posible, en los justos límites de un discurso, hacer un relato completo de sus grandes actividades en la vida política del país.

Pero recientemente han llegado a mis manos muchos documentos, cartas y oficios, desconocidos hasta hoy, que se relacionan con Poinsett y Carrera.

Fué don Guillermo Feliú Cruz, Sub-Director del Museo Histórico Nacional, quien me ha llamado la atención sobre estos interesantes papeles; me invitó a colaborar con él para escribir un libro en el cual esperamos publicar estos manuscritos inéditos.

He pensado que Uds. tendrían interés si, desde esta tribuna, les hablo sobre algunos acontecimientos históricos a los cuales se refieren estos papeles, exhibiendo a Uds. algunos originales.

Tengo la esperanza de que si Uds. les conceden algún valor a estos documentos y al alto mérito que ellos representan, Uds. darán mucho crédito a la labor de su joven compatriota y colaborador mío, señor Feliú Cruz.

Poinsett llegó a Santiago, el 29 de Diciembre de 1811. Desde Buenos Aires se había dirigido a la Junta de Gobierno comunicándole su próximo arribo a la capital y la comisión que el gobierno de su patria le encargaba. La Junta le respondió el 30 de Diciembre en el oficio que va a leerse:

“En el primer día hábil después del primero, puede U.S. presentarse a la Junta del Reino en su Palacio; ésta tendrá honor de oír a U.S. a presencia (sic) de sus credenciales; y se le avisa en contestación a su oficio del 26 que acaba. Dios guarde a U.S. muchos años.—Santiago, 30 de Diciembre de 1811.—*José Miguel Carrera*.—Sôr. Cónsul General de los Estados Unidos, don José (sic) Rovers Poincette. (sic)”.

El documento original, firmado por Carrera por su propia mano está en mi poder y tengo placer en mostrárselo. Es interesante notar la expresión “Junta del Reino”. Hay que recordar que aun en esa fecha los chilenos no habían determinado declararse libres de España. También debe notarse que por error se llamó a Poinsett “José” en vez de “Joel”, y su apellido fué incorrectamente escrito.

Aunque Carrera esperaba recibir a Poinsett dentro de tres o cuatro días, la ceremonia hubo de aplazarse. Una discusión entre el Tribunal del Consulado y el fiscal Vial respecto a la validez de la comisión de Poinsett se prolongó casi dos meses; y sólo cuando el fiscal elevó una vista favorable pudo resolverse en definitiva el día en que sería recibido. Esa fecha se fijó para el 24 de Febrero de 1812. Carrera quiso dar a esta ceremonia toda la importancia que en realidad tenía.

“Habiéndose reunido la Junta en la sala de sus sesiones, escribe Samuel B. Johnston, acompañada del Cabildo de la capital y gran número de ciudadanos y militares, fué el Cónsul introducido a su presencia. . . Eran las 10 de la mañana; Carrera, anticipándose a Poinsett le dirigió la palabra en los siguientes términos: “Chile, Señor Cónsul, por su Gobierno y corporaciones reconoce en U.S. el Cónsul General de los Estados Unidos de Norte América. Esta potencia se lleva todas nuestras atenciones, y nuestra adhesión. Puede U. S. protestarla seguramente de nuestros sinceros sentimientos. Su comercio será atendido, y no saldrán de nosotros sin efecto las representaciones de U.S. que se dirigan a su prosperidad. Este es el sentimiento universal de este pueblo por quien he hablado a U.S.”

A lo que Poinsett respondió en castellano: “El Gobierno de los Estados Unidos me encargó esta misión cerca del Excelentísimo Gobierno de Chile, y para dar una prueba nada equívoca de su amistad y deseos de establecer con este reino unas relaciones comerciales recíprocamente ventajosas.

“Los Americanos del Norte miran generalmente con sumo interés los sucesos de estos países, y desean con ardor la prosperidad y felicidad de sus hermanos del Sur. Haré presente al Gobierno de los Estados Unidos los sentimientos amigables de

V. E.—y me felicito de haber sido el primero que tuvo el cargo honorífico de establecer relaciones entre dos naciones generosas que deben mirarse como amigas y aliadas naturales”

En su edición del 2 de Marzo de 1812. “*La Aurora de Chile*” comentando la recepción del Cónsul Americano, dijo: “Este día fué de gran complacencia para los verdaderos amantes del país, por el solemne recibimiento del señor Coronel Don Joel Roberts Poinsett, Cónsul General de los Estados Unidos de América Septentrional, nombrado por Jaime Madison, su actual Presidente, cerca del Gobierno superior de Chile. Asistieron todas las corporaciones, cuyo voto unánime había precedido”

Hay que recordar que los Estados Unidos fué el primer país que envió un diplomático a Chile, y además que Poinsett fué el primer enviado por los Estados Unidos a las colonias españolas, de América del Sur.

Como les he manifestado, casi dos meses transcurrieron después del despacho de la carta de Carrera comunicando a Poinsett que “en el primer día hábil después del primero” (de Enero de 1812) sería recibido en audiencia para presentar sus credenciales al gobierno.

Acabo de leer los discursos pronunciados en aquella ocasión memorable, y ahora deseo llamar la atención de Uds. a un documento sumamente interesante. Este es la primera redacción que dió Carrera al discurso con que recibió a Poinsett, y que evidentemente pensaba pronunciar en la recepción del Cónsul en los principios de Enero de 1812.

El documento original lo tengo aquí para mostrárselo a Uds. La primera redacción del discurso es idéntica con la versión que dió *La Aurora*, excepto dos frases que Carrera omitió

en el discurso efectivamente dicho más tarde en la ceremonia de recepción.

Después de la declaración: “Puede V.S. protestarla (a la república norteamericana) seguramente de nuestros sinceros sentimientos”, Carrera escribió las siguientes frases: “Ojalá fueran iguales nuestras circunstancias; en nada pensaríamos sino en uniformar nuestras ideas y aliarnos. La federación sería ventajosa, y nuestra República recibiría grande incremento e ilustración en las lecciones y sabio ejemplo de ese país en que habitan tantos hombres libres”.

El resto de la primera redacción es igual con las dos últimas frases del discurso de Carrera impreso en *La Aurora* y que he citado antes.

¿Por qué omitió Carrera estas frases que aparecen en la primera redacción? No lo sé; en esos dos meses que se prolongó —Enero y Febrero de 1812— la recepción de Poinsett, la situación política había cambiado, la idea de la separación absoluta de España había ganado terreno, y tal vez esto motivó la omisión. Posiblemente Carrera consideró esas expresiones en algún sentido incompatible con la dignidad de la futura Nación Soberana.

Poinsett designó como Vice-Cónsul a Mateo Arraldo Hoevel, nacido en Suecia, pero naturalizado en los Estados Unidos. El se había establecido en Chile en el año 1810 y antes de la llegada de Poinsett había ganado una buena situación en círculos comerciales y sociales. Hoevel iba a prestar al país un servicio que ha permitido el recuerdo de su nombre. El 24 de Noviembre de 1811 llegó a Valparaíso la fragata *Galloway* procedente de Nueva York y consignada a la orden de Hoevel. En ella venían, entre otras mercaderías, una imprenta con todos sus accesorios, y también tres tipógrafos americanos

llamados Guillermo H. Burbidge, Samuel Burr Johnston y Simón Garrison. El gobierno que había acordado la compra de una imprenta entró en tratos con Hoevel y la hizo trasladar a Santiago para que fuera establecida en la Universidad, donde se publicaría el primer periódico nacional, *La Aurora de Chile*, compuesto por los tres tipógrafos antes nombrados. *La Aurora* ha sido reproducida en facsímil y como supongo que Uds. la conozcan, no tengo para qué mostrársela. En la primera página de esa reproducción se ve una fotografía de la imprenta, que se halla hoy día en el Museo Histórico de Santiago.

Prontamente se persuadió Poinsett del estado revolucionario de Chile. Lo que al comienzo había sido una disputa de familias opulentas y una discusión de letrados, más o menos acalorada, se transformaba rápidamente en una verdadera contienda civil. Las soluciones de concordia, las transacciones que proponían los hombres timoratos y el afán de los juristas de ajustar el cambio de gobierno a las disposiciones legales, perdían terreno en la opinión ilustrada de los hombres que dirigían la revolución. Carrera, al frente del gobierno, había conseguido cambiar súbitamente el curso de la revolución; en unos cuantos meses había transformado violentamente todo el mecanismo institucional de la colonia; la administración interna recibió profundas modificaciones; la instrucción abandonaba sus viejos moldes; las finanzas conseguían una nueva organización; se dictaban medidas para proteger la industria, el comercio, la agricultura y la minería; las plazas del ejército se multiplicaban; se hablaba de la conveniencia de crear una bandera nacional; y hasta se pensaba en proclamar la independencia del reino. La revolución misma recibía una orientación doctrinaria; Camilo Henríquez, Irizarri, Salas, y Bernardo Vera y Pintado, la alimentaban desde las columnas de *La Aurora de Chile*

con los principios republicanos y democráticos de la revolución francesa y de la constitución americana. En esta modificación profunda los norte-americanos habían ejercido una influencia considerable. Un escritor realista, historiador de los primeros años de la revolución, Fray Melchor Martínez, ha escrito sobre esta propaganda una página curiosa: “Las Américas recibieron —dice— desde los primeros principios el sistema de la revolución francesa como el más análogo y conforme a sus deseos; pues este nuevo mundo cree que ya llegó al estado de pubertad, y puede muy bien regirse sin tutores ni apoyo que lo sostengan; cuyo concepto halagüeño, abrigado y fomentado en el seno de la América, hace algunos tiempos, ha recibido cuerpo y robustez últimamente en el ejemplo constante y manifiesto de los Estados Unidos que siendo una pequeña parte de su vasto cuerpo ha conseguido su independencia. Esta república que abrió la primera puerta a la libertad americana y rompió los lazos que la unían a Europa, se ofrece como modelo a todas estas dilatadas colonias, sirviendo como de levadura que, aunque en pequeña porción, fermenta y convierte en su gusto y naturaleza un cuerpo muy crecido de masa”.

Tal vez ustedes, señoras, no sepan en que la bandera nacional de Chile se alzó por la primera vez en el aniversario de la proclamación de la independencia de los Estados Unidos, 4 de Julio 1812. Poinsett quería celebrarlo con toda la fastuosidad posible, y consiguió del Gobierno el permiso necesario para que le fuese facilitado el palacio del Tribunal del Consulado, sitio en que se encuentra hoy la Biblioteca Nacional, Bandera esquina de Compañía, donde debía dar el sarao. “El Gobierno—dice *La Aurora de Chile*—tomó en la celebridad de este día todo el interés imaginable. Preparó los ánimos para este grande objeto, dando orden a todos los cuerpos mi-

litares y empleados de llevar la escarapela tricolor. El ramillete en que se veía cruzado el pabellón de los Estados Unidos con el estandarte tricolor, los brindis, las expresiones y alegría de todas las personas ilustres que asistieron al lucido ambigú, todo inspiraba ideas de libertad”. Entre los invitados se encontraba el General Carrera a quien Poinsett había convidado expresamente por la siguiente carta: “3 de Julio de 1812.— Apreciado amigo: Para el día 4 de los corrientes queda usted invitado al Palacio del Consulado para festejar la memorable emancipación de los Estados Unidos de la Bretaña. Cumpla en esta ocasión mi deber de invitar también al convite a la misía Merceditas (Doña Mercedes Fontecilla, la prometida de Carrera, más tarde su esposa) y personas que usted crea de interesante significación».

“La especial coincidencia de que en la misma fecha de la separación de mi patria de la Bretaña, se vaya a juntar con la creación de la Bandera Nacional, pone una curiosa significación al sarao de mañana en el que se verán entrelazados los símbolos de las dos patrias hermanas”.

Un himno escrito por Camilo Henríquez a la gloria de los héroes de Chile y de las otras colonias que entonces luchaban para ganar su independencia, fué cantado ese día en el banquete que Poinsett ofreció. Este mismo himno ha sido cantado en las recepciones en nuestra Embajada, este año, 1925, y también el año pasado, 1924. Habiendo sido publicado en los periódicos de Santiago, no voy a incorporarlo en el texto de este discurso. Pero voy a mencionar otra composición literaria de ese día glorioso, que es otra expresión del anhelo de los chilenos de obtener la independencia. Según *La Aurora de Chile*, número 22 de 9 de Julio de 1812, por la mañana del día 4,

circuló impresa, en Santiago, la siguiente octava, sin duda obra de Henríquez:

Vuelve el día feliz y esclarecido
 De nuestra libertad y nuestra gloria;
 El monstruo de opresión enfurecido
 Detesta de este día la memoria:
 El huye y la vileza lo ha seguido
 Que engaña con promesas de victoria;
 Y exclama la Virtud: Americanos
 Donde florecen héroes, no hay tiranos.

Este volante se perdió fácilmente. Ejemplares de él son rarísimos. Recientemente he tenido la buena suerte de obtener uno en perfecto estado de conservación. Tendré gran placer en mostrárselo a ustedes. Es una de las más antiguas producciones de la imprenta en Chile. Recuerden ustedes que la imprenta había sido introducida en el país menos de cinco meses antes.

En un espacio de tiempo realmente insignificante, el Cónsul de los Estados Unidos había conseguido singularizarse como un apasionado revolucionario. Desde luego, su natural simpatía, su inteligencia vivaz, sus principios liberales y su cultura muy superior, lo colocaron, por una parte, en contacto inmediato con los directores, por así decirlo, del movimiento revolucionario; y por otra, el interés que tomaba por la situación del reino y su amistad con Carrera, lo llevaron a procurarse una lisonjera posición. La Junta de Gobierno misma parecía complacerse con su presencia en los consejos de gobierno; pensaba acaso que su opinión en asuntos de la administración

prestigiaba, ante el Virrey del Perú, la revolución apoyada moralmente por el gobierno de los Estados Unidos, y con ese fin no escatimaba las situaciones de preferencia para el representante de la Unión Americana. Poinsett, cuyo carácter impetuoso y resuelto se avenía perfectamente para desempeñar estas funciones, no olvidaba tampoco corresponder sinceramente a estas muestras de confianza apoyando los principios liberales con un raro entusiasmo y participando en todas las resoluciones del gobierno. Llegó a convertirse así en consejero oficioso de la Junta, especialmente de Carrera, con quien entrelazó una fuerte y sólida amistad.

Creo que la mayoría de los que me honran hoy con su presencia, se sorprenderán al imponerse de que el primer proyecto de Constitución para el Gobierno de Chile como nación independiente fuera redactado por Poinsett.

Desde hacía algún tiempo el gobierno y un grupo de patriotas trataban de legalizar, por medio de una Constitución, el movimiento revolucionario y asegurar así el orden de las nuevas instituciones. Todo hace creer que Carrera comunicó a Poinsett el pensamiento del Gobierno y que más aún le pidió su concurso en el estudio de este proyecto. Efectivamente, según el Diario Militar de José Miguel Carrera, Poinsett reunió en su casa a don José Miguel Carrera, a el padre Camilo Henríquez, a don Francisco Antonio Pérez, don Jaime Zudañez, don Manuel de Salas, don Hipólito Villegas y don Francisco de la Lastra para estudiar las ideas fundamentales de la nueva Constitución. “Después de algunas noches—dice don José Miguel Carrera—que nos reunimos, presentaron la Constitución provisoria que debía darse al gobierno”. Pero Poinsett con su energía característica adelantándose a sus com-

pañeros de labor redactó solo, y sin ayuda de nadie un proyecto.

Mientras el Cónsul americano redactaba la constitución y la comisión, por su lado, estudiaba el mismo tema, se supo que el Diputado de la Junta de Buenos Aires antes la de Santiago, don Bernardo de Vera y Pintado, (que más tarde fué autor del himno nacional de Chile), en sus comunicaciones al gobierno de su patria, protestaba de la situación anómala en que se encontraba Chile sin una carta que fijase las atribuciones de sus gobernantes. Estas protestas, como debe suponerse, fueron prontamente conocidas en los círculos de Santiago, y el mismo Vera y Pintado no ocultó su desagrado por la tardanza con que se procedía a dictar el código fundamental. Poinsett, cuya actuación en estos hechos era manifiesta, se sintió afectado con estas declaraciones y pocos días después de haber redactado su proyecto escribió a Vera y Pintado la siguiente carta:

(Sin fecha)

Señor Bernardo V. Pintado. (sic)

Apreciadísimo amigo: fuertemente he quedado preocupado por su última comunicación al Gobierno de Buenos Aires respecto por la falta de una Acta Civil en el Reino. Precisamente he confeccionado un Código que mi Secretario ha sacado en limpio y que puse en las manos del Excmo. Señor de la Carrera para que la someta a la deliberación de la Excm. Junta. El acta es adecuada al país y al momento. Su principal fuerza la sostiene los principios republicanos con la sana apariencia de un gobierno todavía monárquico. La implantación de los principios republicanos de la causa del Reino no se conseguirán fácilmente cuando de por medio hay 300 años de infame despotismo. En el Reino sus principales personajes, los hombres de influencia, no pueden desprenderse de la majestad soberana

ni están aún en preparación para competir con un republica-
nismo verdadero. El señor Salas que leyó mi proyecto le hizo
alteraciones atinadas y me expresó que las avanzadas ideas
propuestas en él caerían mal en el país.

Yo deseo que Ud. vea el Código y lo medite e informe a
Buenos Aires que este mal de carecer de un Acta será pronto
remediado. Así la causa no sufrirá y es posible destruir la im-
presión que una sola familia, como lo creen en su país, se ha
adueñado del Reino. Dígame si podría Ud. ponerse al habla con
don José Miguel y pedirle mi Código para la imposición suya
de él.

En todo caso contrario me allano a facilitarle la copia mía
y espero de su buena amistad una pronta visita para tratar
del asunto.

Su amigo que B. S. M.—*Poinsett*.

Esta misma "copia limpia", hecha por el secretario de Poin-
sett, según la carta que acabo de leer, la tengo yo. Es de mi
propiedad y es un documento que aprecio muchísimo. Pero,
a mi juicio, es de tanto interés para los Chilenos que debe
quedar en el país, y la he ofrecido a la Biblioteca Nacional
que me ha honrado con aceptarla.

No obstante la falta de aceptación de este proyecto de
Poinsett, el documento tiene mucho interés histórico.

Mi colaborador, señor Feliú Cruz, ha escrito un artículo
que debe publicarse pronto en *La Revista Política y de Derecho
Internacional*, en el cual está incorporado el texto completo de
este proyecto. Por eso no los enfadaré a ustedes hoy con una lec-
tura completa. Pero vale la pena citar algunos artículos curiosos:

Hay que notar que Poinsett pensó establecer el sistema
federal parecido al de los Estados Unidos. El título de su
proyecto fué

CODIGO CONSTITUCIONAL DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DE CHILE.

Los puntos a los cuales voy a llamar su atención de ustedes son los siguientes:

Capítulo 1.º

Habr  un Congreso Nacional de las Provincias Unidas de Chile, investido de todos los poderes legislativos que concede este Código Constitucional. Lo compondrán las dos Salas de Consejeros y Senadores. Su tratamiento será de Majestad, y cada miembro el de Honorable.

Capítulo 2.º

Artículo 1.º La Sala de Consejeros la formarán dos Consejeros de cada Provincia Unida, y esta comisión durará por seis años. Distribuidos en dos órdenes, cesarán los del primero a los tres años, y al sexto los del segundo.

Capítulo 3.º

Artículo 1.º Los Senadores deben haber cumplido 34 años de edad; 8  dem al menos de las Provincias Unidas, y serán vecinos de la provincia electora. Permanecerán un sólo bienio en esta comisión.

Capítulo 4.º

Artículo 1.º Una ley fijará la compensación anual, que han

de percibir del Erario Nacional los Consejeros y Senadores. (Este artículo puede relacionarse con las discusiones de una época reciente, respecto a la Dieta Parlamentaria.)

“Todo Consejero, y Senador durante su comisión, queda absolutamente inhibido de obtener oficio, creado o por crear, de las Provincias Unidas; ni ninguno, que sirviere oficio de provecho o confianza en las mismas Provincias, podrá ser miembro de alguna de las Salas, excepto si renuncia para siempre el predicho oficio”.

Capítulo 5.º

Artículo 1.º A los Consejeros corresponde exclusivamente promover cualesquiera establecimientos, leyes o reformas benéficas para las Provincias Unidas en todos los ramos políticos, civiles, militares y eclesiásticos, [en cuanto éstos últimos conciernan a la Soberanía Temporal de las mismas Provincias; pero esta Sala dirigirá sus proyectos o planes a la de Senadores. Cualquiera reforma por lo relativo a esta Constitución la propondrá el Gran Jefe al Congreso Nacional, o en su falta la Provincia, o Provincias unidas que reclamen.

Artículo 2.º La Sala de Consejeros tendrá tratamiento de Excelencia, y sus miembros como en el Congreso Nacional. Todo Consejero, antes de posesionarse, jurará ante sus Presidente y Secretario el fiel desempeño de su comisión, sumo sigilo en los negocios, la exacta observancia del Código Constitucional y leyes de las Provincias Unidas”.

Entre los numerosos capítulos que se relacionan, naturalmente, al organismo de gobierno y a los poderes respectivos del Jefe de Estado y del Congreso, se halla un capítulo que cu-

riosamente se refiere a las cuestiones de protocolo y etiqueta en ocasiones de fiesta.

Capítulo 8.º

“Artículo 1.º El Congreso Nacional, en las festividades de (aquí, dice el proyecto que debe recordarse fué escrito antes de la proclamación definitiva de la independencia,— aquí se pondrán los días de la instalación del primer gobierno, y el en que se proclame la independencia absoluta) tomará el puesto preeminente, asistiendo de traje negro y espada. El Gran Jefe (*así se intitulaba el Jefe de Estado*) y su Lugar Teniente (*un oficial elegido para ser suplente del Gran Jefe*) ocuparán la derecha e izquierda del Presidente en turno del mismo Congreso Nacional, no debiendo concurrir a otras fiestas o funciones.

Artículo 2.º Para las demás festividades concurrirán el Gran Jefe, o su Lugar Teniente, llevando por derecha e izquierda a los Presidentes en turno de las Salas de Consejeros y Senadores, caso de hallarse en ejercicio. Si acaso el Congreso Nacional hubiese abierto sus sesiones (ordinarias o extraordinarias), suplirán un Consejero, y un Senador, guardando el orden prescrito.

El artículo sobre el Jefe de Estado es como sigue:

Capítulo 10.

“Artículo 1.º El Gran Jefe de las Provincias Unidas será investido del Poder Ejecutivo, en cuyo empleo permanecerá 4 años. Ha de elegirse un Lugar Teniente, y para igual período;

pero el Congreso Nacional expedirá convocatoria y resolverá el tiempo de elegir los electores y el día para sufragar, que será uno mismo para todas las Provincias Unidas.

Artículo 2.º Por muerte o remoción del Gran Jefe sucede interinamente en este oficio el Lugar Teniente. Ambos tendrán tratamiento de *Serenísimo*”.

El juramento es de especial interés, sobre todo recordando que Poinsett fué disidente.

El artículo 5.º declara: “Antes de posesionarse y de ejercer estos oficios (Gran Jefe, y Lugar Teniente), jurarán uno en pos de otro ante el Presidente en turno del, y en el, mismo Congreso Nacional en la forma siguiente: “¿Juras por los Santos Evangelios y esta señal de la cruz + defender, conservar y proteger la religión católica, apostólica, romana; desempeñar fiel y exactamente el Oficio de Gran Jefe (o Lugar Teniente), y no contravenir al Código Constitucional, y demás Leyes, que también conservarás y defenderás y protegerás?”

El sistema de gobierno fué presidencial y el proyecto dice con respecto a las acusaciones contra El Gran Jefe y Lugar Teniente, en el Artículo 9.º: “Pueden ser removidos por acusación y convicción de cohecho, traición, y otros altos crímenes. Estas acusaciones se propondrán ante el Congreso Nacional, guardando las fórmulas del artículo 3.º, capítulo 4.º”

Según el capítulo 12.º, artículo 1.º, “El Poder Judicial de las Provincias Unidas quedará investido en una Suprema Corte y en las inferiores Alzadas Provinciales. Los Jueces de la Suprema y de las Provinciales permanecerán en sus puestos durante su correglada conducta, y serán remunerados por una compensación pecuniaria”.

Poinsett se halagó con la esperanza de que su proyecto de Constitución sería aceptado por la comisión encargada de su estudio. Pero ella, sin pronunciarse definitivamente sobre este proyecto, creyó más conveniente dejarlo de mano y entrar a considerar el que la propia comisión confeccionase. Así se hizo. En nuevas reuniones en la misma casa del Cónsul se siguió tratando del asunto y sólo el 22 de Octubre devolvió ésta al gobierno el texto definitivo de la Constitución. Sin embargo, una parte de los principios básicos del proyecto de Poinsett fué incorporado en el Reglamento de 1812, especialmente en el punto que tiene relación con el *habeas corpus* o seguridad individual.

En medio de los contratiempos a que dió lugar la resistencia del elemento realista, la Junta de Gobierno comenzó nuevamente sus tareas, reformando e innovando la administración pública según las ideas y principios modernos del derecho administrativo. Manifestó especial interés por fomentar en el país el cultivo del algodón. Por un decreto de fecha 12 de Noviembre de 1812, recomendaba a las autoridades de los distritos, contrajesen todas sus actividades a estimular el cultivo del algodón. “Hay repetidas experiencias—decía en su comunicación—de que ese suelo lo produce de excelente calidad, y usted hará el más importante servicio a la humanidad y a la patria dando de qué vivir a la parte más numerosa y necesitada de la sociedad, fomentando esa labor”. Esta iniciativa era la obra de don Manuel de Salas, acariciada largos años atrás y que la negligencia del gobierno colonial no había querido atenderla con interés. En el mismo decreto se declaraba libre de todo derecho el algodón de producción nacional y establecía primas para los productores chilenos. Desgraciadamente, el proyecto de la Junta estaba destinado a fracasar: diferencias de clima

y de condiciones propias para esta planta, hacían imposible su cultivo en el país. Sin embargo, el Cónsul Poinsett manifestó un extraordinario interés por el desarrollo de esta industria pensando acaso que ella podría ser la base de una constante inmigración de americanos. La siguiente carta a Carrera (hasta ahora inédita) da testimonio de sus propósitos:

“8 de Noviembre de 1812.—Apreciable amigo: Tomo nota por los papeles públicos que su bondad ha hecho llegar hasta este modesto servidor, de los interesantes proyectos que la Excma. Junta pretende iniciar en defensa de la industria del Reino. El cultivo del algodón que en mi país ha alcanzado un lisonjero desarrollo por la protección del gobierno federal, puede legítimamente establecerse en el Reino, en ciertas regiones, donde el temperamento favoreciera su crecimiento e ingenio produciendo una industria de considerable riqueza pública. Sería también un medio de atraer la atención del mundo a los productos del Reino dando a conocerlo para que aquí llegasen súbditos de otras naciones radicándolos por su saber y virtudes. En el mismo sentido los compatriotas míos tendrían un agrado marcado por intervenir en el crecimiento de la industria del lino, del tabaco y betarraga. Al ofrecerles facilidades y cebo para su explotación se fortifica el interés, y ciudadano honrado comprendería su utilidad social en un país rico y grande como lo es el pueblo de Ud.

Con esta misma fecha tengo escrita para mi gobierno un memorial en que le doy cuenta de los interesantes movimientos de Ud. y de la Junta en el bien de ayudar la industria chilena y sólo aguardo la dictación del decreto para proceder a su envío. En mi memorial pido al gobierno federal anuncie a los industriales americanos la relevante labor de la Junta. Besa su mano. —Sôr. de la Carrera”. *El Cónsul Poinsett.*

Ese mismo interés por los negocios públicos se desprende siempre de la correspondencia de Poinsett. En su papel de representante de los Estados Unidos constantemente parece dispuesto no sólo a secundar los propósitos del gobierno sino a ayudarlos con ese entusiasmo y actividad que domina hasta sus actos más insignificantes. En su deseo de establecer verdaderas relaciones entre los Estados de la Unión y el gobierno de Chile, su afán principal es intensificar los intercambios comerciales y fomentar la inmigración. Así se le ve cuando don Antonio José de Irisarri funda la sociedad de Amigos del País, de la cual es nombrado socio, escribirle una carta en la que estas sus preocupaciones vuelven a repetirlas con el mismo acento de convicción que en otra de sus comunicaciones: después en sus sesiones—sólo conocemos fragmentos de ellas—es siempre el primero en promover acuerdos relativos a la industria y al comercio, a la minería y a la agricultura. Con relación a la Sociedad de Amigos del País, he quí la carta, publicada por primera vez, que da a conocer sus ideas:

Sôr. Antonio José de Irisarri.—Señor de mi aprecio: Su atenta invitación de ayer para concurrir a su casa a tratar de la Sociedad de los Amigos del País, me encontró fuera de la ciudad y me apresuro a pedirle mil perdones por una descortesía involuntaria.

Sabe Ud. con cuánta alegría he visto su idea y la especial satisfacción que me causan sus muchos afanes para dar forma a una intención tan provechosa. El país, necesita, es cierto, de un club donde se extiendan los principios de la Causa. En mi patria estas asociaciones de carácter público llenan, junto con los papeles públicos, una obra de verdadero republicanismo. Yo estoy listo a asociarme a su Sociedad sobre todo por lo que concierne al deseo del fomento industrial y agrícola

del país. Es para mí de interés inexcusable ya que mis mejores sentimientos son atraer compatriotas que hagan la prosperidad del Reino con sus industrias de toda clase.

Sírvase Ud., pues, mi apreciable amigo, contarme entre los cooperadores de esa Sociedad y mande al que b. s. m., como su mejor amigo. — *J. R. Poinsett*".

La noticia de una próxima guerra de Inglaterra con los Estados Unidos, produjo en Poinsett una impresión desconsoladora. Desde ese instante sólo pensó en retornar a su patria; sus arrostos de patriotismo le llevaron a pensar en dirigirse a Buenos Aires para tomar allí el primer buque y alistarse en el ejército de su país. Pero en las angustias de su patriotismo en esos instantes, preocupabale también vivamente la suerte que corrían las gestiones sobre compra de armamento que por su intermedio la Junta de Gobierno había encargado a los Estados Unidos. Según se desprende de su correspondencia, envió allí todos los recursos de sus influencias personales para que el cargamento fuese despachado antes de la declaración de guerra. Poinsett no comprendía entonces que la falta de crédito del nuevo gobierno de Chile iba a impedir se realizaran las transacciones convenidas; por el contrario, creía que la intervención suya y el prestigio de la Junta bastaban para llevar a buen término el negocio. De su buena fé es testimonio la carta que va a leerse:

"Señor José Miguel de la Carrera.—Amable amigo: los papeles del Gobierno de mi patria me denuncian los temores de una nueva guerra con Inglaterra.

Las causas son las que en ocasiones pasadas expresé a Ud. teniendo ahora la desgracia de ver confirmados mis lamentables pronósticos.

Mi lamento es mayor aún el contemplar el incumplimiento

que ya se dice de las transacciones del comercio de Estados Unidos con el Gobierno de este Reino. Pero nada puede sobreponerse a los dolorosos designios de esta contienda. Mi apreciable Hullet (comerciante en armas y municiones en los Estados Unidos) se mantiene firme en sus deseos de confirmar el éxito de sus negocios en Chile y aun cuando teme las restricciones del gobierno federal por lo que se refiere al embarque de material de guerra, sostiene poder acometer la empresa. Se anuncia que la señal de restricción será dada en breve. Ojalá pueda realizar su embarque. Espero a mi apreciable amigo, después de la oración, en la casa de este su admirador”.

—Sôr. J. Miguel de la Carrera. *El diputado Poinsett*.

Hay otra carta de mucho más interés todavía; en ella expone Poinsett algunas ideas sobre la protección a las industrias en los Estados Unidos. Parece que este punto fué discutido en la Sociedad de Amigos del País en una de sus sesiones, para buscar algún medio de elevar la postrada situación de la industria nacional. Don Agustín Vial Santelices, que pertenecía a ella, solicitó del Cónsul algunas explicaciones que aclarasen las ideas generales de los miembros de la institución, y Poinsett entonces le escribió la siguiente carta:

“Señor Agustín Vial Santelices.—Señor de mi aprecio: Tengo, señor, viva satisfacción en ofrecer a Ud. algunas ideas de la protección que el Gobierno de los Estados Unidos dispensa a las industrias nacionales, por lo que Ud. tanto interés ha manifestado poseer.

Una de las mayores ventajas que la separación de mi país de la Gran Bretaña ha conseguido, ha sido evidentemente el establecimiento del libre comercio que concluyó para siempre con los infames monopolios. El próspero desarrollo comercial y marítimo de los Estados Unidos tiene su base muy principal

en esta sabia medida; ello ha permitido el libre juego de las transacciones mercantiles con otros países civilizados y una mejor ayuda en la venta de los productos de mi patria. Pero, señor, estas transacciones tienen un límite y reparo oportuno: los productos americanos que pueden producirse no aceptan la competencia de otros países. El lisonjero crecimiento de la fabricación de paños, por ejemplo, ha logrado producirse por un mayor impuesto prohibitivo para los de fabricación inglesa. El paño nacional es consumido por la población americana y en raras ocasiones se consigue que un ciudadano con verdadero amor republicano compre este producto a las casas importadoras.

El mismo sistema se observa en la fabricación de la loza, menos alambre, acero y otros productos.

Así puede Ud. conseguir, señor, que las industrias nuevas ocupen primeramente la plaza comercial en que se desarrollan, que encuentren un apoyo en los ciudadanos y que el gobierno imponga fuertes contribuciones prohibitivas para la introducción de las mismas industrias extranjeras en el país que trata de producirlas con materiales propios que rinde la naturaleza.

En mi país estas ideas se han logrado imponer a consecuencia de las asociaciones que trabajan para alcanzar del gobierno la dictación de las medidas que pueden llegar a asegurar la producción nacional. Veo con placer que aquí en Santiago se quiere perseguir lo mismo; la Sociedad de Amigos puede influir convenientemente en el Gobierno lo mismo que en Estados Unidos.

.....
(*Falta el pliego cuarto. La carta concluye así.*)

Por estas ideas que aseguran en mi país la existencia de una benéfica libertad y de un verdadero republicanismo, Ud.,

señor, estará en condiciones de pensar el lisonjero porvenir de mi patria y lo mucho que, los países hermanos de la Sud-América que quieren romper las cadenas con España, deben esperar de Estados Unidos”.

No estaba equivocado en sus temores de una nueva guerra entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. En Junio de 1812 había estallado, y el gobierno de la Unión, con el propósito de proteger el comercio de los americanos en las aguas del Pacífico que se dedicaban a la caza de ballenas, resolvió enviar una fragata que resguardara sus intereses continuamente amenazados por los buques ingleses armados en corso y por los corsarios que con bandera española salían del Callao. La Essex, tal era el nombre de esa fragata, salió del Delaware el 27 de Octubre de 1812 y después de haber doblado el Cabo de Hornos y recorrido los mares australes, llegó a Valparaíso el 15 de Marzo de 1813. Estaba armada de 32 cañones y tenía 319 hombres de tripulación. Su comandante fué el capitán David Jorge Porter, marino de una rara intrepidez y uno de los más grandes héroes navales de su patria.

La presencia de la Essex en Valparaíso produjo entre los patriotas chilenos extraordinarias muestras de júbilo, y tuvo la importancia de un acontecimiento político. Poinsett se encargó de darle ese carácter inmediatamente que el gobierno, por el siguiente oficio, le comunicó su arribo:

“Este Gobierno recibe con sumo gusto el aviso de la llegada de la Fragata Anglo-Americana la Essex al Puerto de Valparaíso para proteger el comercio de su Nación, y ya se dan las órdenes para prestarle los auxilios que necesite.

“Las presas que haga legítimamente y como de su propiedad, podrá venderlas donde guste; nuestros Puertos como neutrales, no pueden negarse, ni a los Buques de los Estados Uni-

dos, ni a los que entran en guerra con ellos; en todo se observará religiosamente el derecho de gentes, y las reglas establecidas en esta materia. Contando con lo demás, US. y el Pueblo que representa, con las más sincera fraternidad.

N. S. gda. a US. muchos años.—Santiago, 18 de Marzo de 1813.—*José Miguel de Carrera*.—*José Santiago Portales*.—*Pedro José Prado Jaraquemada*.

Sôr. Hn. Joel Roberts Poinsett, Cónsul de los Estados Unidos.”

Tengo el placer de mostrarles este interesante documento.

El gobernador don Francisco de la Lastra, recibió orden de la Junta de festejar pomposamente a Porter y a la oficialidad de la Essex. El Cónsul en compañía de don Luis Carrera y del vice Cónsul Hoevel se trasladaron a Valparaíso, a presentar al comandante de la fragata, en nombre del gobierno de Chile, sus parabienes y felicitaciones.

En Santiago, entre tanto, cuando se supo su arribo, las campanas fueron echadas al vuelo en demostración de alegría; y *La Aurora*, en su edición de 18 de Marzo con grandes letras anunció su llegada.

Después de una permanencia de 8 días en Valparaíso salió la Essex del puerto para dar comienzo a un atrevido crucero que llenaría de gloria a su capitán y que hizo mucho por la causa de los patriotas chilenos, interceptando el envío de armas y abastecimientos del Perú realista a Chile, e impidiendo también que la guarnición española sitiada en Montevideo fuera auxiliada.

Habiendo regresado a Valparaíso nuevamente, después de un año, el 15 de Febrero de 1814, la Essex fué derrotada en desigual combate con dos buques de guerra de Gran Bretaña de fuerza preponderante. En la lucha los vencidos demostraron una

grandeza de alma que ha hecho registrar sus nombres en letras de oro en la lista de los héroes de la marina de los Estados Unidos.

Sería interesante relatar a Uds. detalladamente otras andanzas de Poinsett en Chile. Más, la brevedad del tiempo no lo permite. Poinsett permaneció en Chile hasta el 28 de Abril de 1814. Siempre fué leal a los Carreras, especialmente a Don José Miguel. En un momento difícil para la marcha de la revolución, cuando agrias disensiones dividían a la familia de estos caudillos, Poinsett no fué indiferente a esos sucesos; impresionado por el tono de las amenazas de don Juan José, recurrió a su influencia de amigo, y consiguió la reconciliación de ambos, evitando así el desprestigio de la causa de los patriotas, y que talvez, al haber continuado los odios, los habría privado de la victoria en su lucha para alcanzar la independencia.

El último acto de la vida pública de Poinsett en Chile, fué un rasgo generoso que realza su carácter. Después del sitio de Chillán y cuando José Miguel Carrera se vió obligado a entregar el mando a O'Higgins, don Luis y don José Miguel, fueron apresados en Penco por las autoridades realistas. Prisioneros de los españoles que veían en ellos el alma de la revolución que había prendido, sus vidas peligraban. Poinsett escribió entonces a O'Higgins pidiéndole interpusiera sus oficios y suplicándole consiguiera con su influencia poner en libertad a sus amigos, ya por el prestigio de la revolución misma, ya por tratarse del General que había dirigido el primer ejército independiente.

Y convendrá advertir que Poinsett mismo, después de la campaña de Chillán, como consejero y amigo de Carrera, había perdido una gran parte de su influencia. Sus relaciones con

la Junta de Gobierno y los amigos de ella, eran difíciles y tirantes. Algo desilusionado y muy entristecido por la indiferencia con que se miraba su caritativa petición, pidió permiso al gobierno para retirarse al campo.

Se encuentra en mi poder el original de la contestación de la Junta de Gobierno a la insinuación de Poinsett, que dice así, y que voy a tener la satisfacción de mostrarsela:

“No tiene este Gobierno embarazo que oponer a la resolución de V.S. para retirarse al campo con el fin de reponer su quebrantada salud, y sólo desea que V.S. lo logre con toda prontitud y perfección.

Dios guarde a V.S. muchos años.

Sala de la Junta, Octubre 13 de 1813.

*José Migl. Infante.—Agustín de Eyzaguirre.—José Ign.º
Cienfuegos.*

Sr. Cónsul de los Estados Unidos.

Sin embargo, otros acontecimientos apresuraron su partida mucho antes de lo que debía esperarse. La guerra entre los Estados Unidos e Inglaterra había estallado nuevamente y queriendo Poinsett prestar sus servicios en su patria, salió de Santiago con destino a Buenos Aires, embarcándose allí con rumbo a su país. Allí llegó, en vísperas de la paz.

En Estados Unidos, Poinsett fué siempre amigo de Chile y conservó de Carrera un grato recuerdo. Años más tarde cuando don José Miguel fué a los Estados de la Unión para comprar buques de guerra, municiones y armas para libertar a su patria del dominio español, Poinsett, sin duda, deseó apoyarlo. Sin embargo, su situación financiera no le permitió ayudar a su amigo como hubiera querido. No obstante, merced a sus

empeñosas gestiones en Filadelfia consiguió y obtuvo para su antiguo amigo que la casa armadora Davey y Didier se encargara de equipar la escuadrilla de Carrera.

Por otra parte, Poinsett comprendía que la escisión entre los chilenos entonces no permitían conseguir el apoyo del gobierno de los Estados Unidos y de los astilleros americanos para realizar empresas que, según todas las probabilidades humanas, eran sumamente dudosas.

Cualquiera que sea la opinión que merezca la conducta de Poinsett como diplomático extranjero al intervenir en los asuntos internos del país en el cual se hallaba acreditado, no se puede negar que sus servicios, sus sacrificios, su entusiasmo y simpatía y su gran fe en la causa de los patriotas, lo hacen benemérito de Chile, cuyo nombre los chilenos pronunciarán siempre con gratitud y respeto.

He dicho.

LA FORMACION DEL ESPIRITU DE LA RAZA

(Conferencia del Canciller de la Legación de España, Señor Don Lorenzo Serra y Torres.)

(Presentación del autor hecha por don Eugenio Labarca)

El distinguido señor don Lorenzo Serra y Torres, Canciller de la Legación de España, me ha pedido le presente a Uds. Y yo, que en un principio vacilé para hacerlo, en fuerza de que estimé inmerecido el honor que se me hacía y que llegué a aconsejar el señor Serra que buscara padrino de mayores merecimientos y de más fuste que yo, comprendí luego que en la amable actitud del señor Serra no dejaba de haber su poco de astucia, y accedí. La astucia consiste en ésto: bien sabía el conferencista que si le presentaba yo, no corría él el riesgo, tan difícil de salvar en veces, de que la cabeza fuera más grande que el cuerpo, de que el prólogo fuera de mayor interés que la obra misma, como suele acontecer toda vez que Benavente, Unamuno, Juan Agustín Barriga, el doctor Orrego Luco propician o apadrinan obras en las cuales el Prefacio se alza cien codos sobre el libro del autor novato, en cuyo honor lan-

zan, es cierto, las notabilidades todas las campanas al vuelo; pero de lo que sólo resulta un toque de gloria más para el padrino ilustre, mientras pasa a la sombra el ahijado agradecido. Por lo demás, tal vez se habrá pensado el señor Serra: “entre dos personalidades que nos conocemos tanto de nombre y de vista, entre el Club de Señoras y yo, el hecho de la presentación es una mera fórmula y tanto da que provenga ella de un Académico como de Eugenio Labarca. La gracia es ser presentados. . .”

Y, en efecto, señoras, la cosa está hecha. Presento a Uds. al señor Lorenzo Serra y Torres, Canciller de la Legación de España, hombre de estudio, de buen gusto, de palabra fácil y amena, y dotado por sobre todo, por sobre diplomático y erudito, de una condición preciosa para quienes le oigamos: está animado el señor Serra, del más puro amor y del más noble entusiasmo por su patria, España, y por sus hijas; por Chile más que por ninguna, que ha pasado a ser la segunda patria del señor Serra y la tierra de su corazón, si así pudiera decirse, desde el momento en que en Chile sintió alzarse la llama espiritual de sus más bellos sentimientos para envolver en ella a la gentil criatura que comparte con el señor Serra sus altos ideales y que acaso ha determinado la atmósfera optimista, risueña y amable, de que ha sabido dotar a su conferencia de hoy el señor Serra.

Es, pues, este bello esfuerzo del conferencista, un triunfo para la mujer chilena, en general: en realidad, creo que si el señor Serra no hubiera dado en Chile con la clave de su espíritu, no hubiera ideado en Chile una conferencia en que lo razonable, lo noble, lo puro, lo sano, son todo el adorno de su disertación, que no por estar hecha a base de estas fuentes clásicas, deja de ser moderna. Por el contrario; lo es, pero ajena a ex-

centricidades, a rebuscamientos y a audacias, a que tan propensos somos de llamar en nuestra ayuda aquellos que no sabemos explotar lo límpido de la vida, acaso porque no sabemos verla límpida. Si el decir de Amiel el paisaje es un estado de alma, con cuánta mayor razón lo será una página de literatura como la del señor Serra, despejada como un paisaje andino y cabrilleante de colorines y embalsamada de aromas, como un paisaje andaluz.

No se crea por esto que la charla del señor Serra es amable de principio a fin, no. Tiene franqueza para juzgar a España y para juzgarnos. Nos encuentra distanciados, dentro de lo relativo, y quiere llevarnos a unirnos con la comprensión común de altos valores espirituales españoles modernos: los Quintero, Benavente, Cavestany, Ricardo León. Tiende el señor Serra este puente espiritual que ya muchos hemos cruzado y que cruzaremos una vez más con agrado mayor, porque acaso de las palabras hábiles del conferencista desprenderemos una mejor comprensión de cada autor estudiado. Une así el señor Serra a sus labores diarias de tan buen provecho en la Legación Española, su labor literaria. Comprende él aunque no lo diga por modestia, que una y otra labor se complementan. Sabe él, seguramente, que México, tan discutido y tan calumniado en momentos difíciles, deshizo las telarañas de su sol visto de lejos, enviando hacia todos los puntos del mundo hombres como Nervo, González Martínez, Alfonso Reyes, Urbina, capaces de suscribir con palabra y con pluma el rasgo dejado a veces descrito únicamente en el aire por el espadín del diplomático.

Como buen diplomático y escritor agudo, dice el señor Serra algunas verdades que no alcanzan a mortificar, cosa no rara en un español, peritos como han sido siempre en franquezas y gallardías dichas del modo más caballerosco, pertenézcase

al rango social o espiritual a que se pertenezca. Sabido es lo que cuenta Merimée en el relato de sus Viajes por España: dice que *Tempranito*, un bandolero romántico y famoso, que atajaba diligencias para sustraer cuanto llevaban consigo los viajeros, era especialista en despojar de alhajas a las damas. Se acercaba a ellas tiernamente, les cogía la mano y les decía: dedos tan primorosos no necesitan ir cubiertos por diamantes, y les hacía deslizar hasta su mano lentamente los anillos de gran precio; brazos esculturales como éstos, no deben ir ceñidos ni mortificados por brazaletes, y hacía llegar a sus bolsillos las pulseras de las linajudas viajeras españolas... La Víctima casi se lo agradecía.

Y si ésto hacía *Tempranito*, bandolero como era, de qué modo más fino no nos dirá el señor Serra cuanto quiera decirnos, con lo alto de su cargo y lo caballeroso de su persona. Oigámosle, pues, atentamente.



LA FORMACION DEL ESPIRITU DE LA RAZA

*(Conferencia del Canciller de la Legación de España, Señor Don
Lorenzo Serra y Torres)*

Señoras y señores:

En verdad, no sé si debo empezar por disculpar mi audacia, bien por agradecer a mi distinguida amiga, la inteligente y activa secretaria de esta Honorable Institución, sus amables insistencias para que ocupase esta ilustre Tribuna a la que tanto brillo y realce han dado las distinguidas personalidades que la han ocupado en estos últimos tiempos.

Por otra parte, creo también, que la amistad que me profesa mi noble amigo don Eugenio Labarca, a quien todos conocéis por sus indiscutibles méritos, le ha hecho sufrir un espejismo, es decir, que las dotes envidiables de que él está poseído, sus buenos ojos las han colocado en mí, cuando en realidad, si algo de bueno tengo, es, sólo una muy buena voluntad, un gran cariño intenso y verdadero a ese Chile querido, y un entusiasmo

tesonero y leal por la causa Hispano-Americana. Sin embargo, no por eso dejó de agradecer los amables conceptos que me ha dedicado, así como agradezco vuestra honrosa asistencia a este acto. Gracias, pues, a todos, y gracias muy rendidas, especialmente al Honorable Directorio del "Club de Señoras", por la deferencia que ha tenido al elegirme para que venga a unirme en esta Tribuna, verdadero Ateneo, del cual parten torrentes de luz que ilumina a las inteligencias y enciende los corazones ávidos de ciencia y de amor.

Quiera Dios que de mi mal dispuesto discurso quede algo que sirva para compenetrarnos más y más de los grandes sentimientos que deben ser el Norte de todos los hijos de España, los hijos de antaño y los de hogaño; los que un día se cobijaron en su maternal regazo y hoy viven independientes y los que todavía de ella recibimos sus amantes solicitudes.

El tema que os voy a proponer, en sí, nada de nuevo tiene, pero quizá de su atento estudio logremos darnos cuenta de algunas enseñanzas que para muchos de los que aquí están presentes habrán pasado por alto.

Trataremos "*De las características psicológicas de algunos autores contemporáneos españoles y su influencia en la formación del espíritu de la Raza*", y de su estudio, me permitiré llegar a ciertas conclusiones de sentido práctico, pues entiendo que sería una deplorable pérdida de tiempo, ocuparnos sólo ideológicamente, teóricamente, de asuntos que pueden deleitar nuestro espíritu, si ellos no traen aparejado un resultado que signifique un progreso para la realización efectiva de nuestros grandes ideales de Fraternidad y de Amor.

Os hablaré de autores no ignorados por vosotros y de sus obras más conocidas, porque así, con mayor acierto podremos seguir los derroteros que han de conducirnos hasta el descu

brimiento del secreto resorte que anima sus inteligencias y las guía a través de sus obras, las que, llevan un sello tan característico y personal, que si de sus tomos se dispersaran las hojas en el espacio, con unas pocas líneas que pudieran encontrarse y leerse, fácil sería decir con seguridad a qué autor pertenecen.

Muchas y extensas Conferencias se necesitarían para que, otra persona de más valer que el que os habla pudiese tratar, aún suscintamente, de las características de los más destacados escritores contemporáneos; por dicha de las hispanas letras ellos son muy numerosos, y tan sólo al correr de la imaginación aparecen los nombres conocidos de: *Armando Palacio Valdés*, *Ramón del Valle Inclán*, *Eugenio D'ors*, *Azorín*, *Pío Baroja*, *Ramiro de Meztu*, *Ramón Pérez de Ayala*, *Gregorio Martínez Sierra* y otros muchos, y si a la parte reservada al plantel femenino nos referimos, después de un cariñoso recuerdo para la ya extinta la ilustre Condesa de Pardo Bazán, síguenla como digna Corte de honor *Concepción Arenal*, *Concha Espina*, *Carmen de Burgos*, conocida con el seudónimo de "Colombine", y entre otras varias sobre sale también la conocidísima campeona del Hispano-Americanismo Doña *Blanca de los Ríos de Lampérez*.

A propósito he dejado de mencionar a los que hoy vamos a seguir, no en detalle, sino a manera de "picaflor", libando la miel de alguna que otra de sus composiciones, y he escogido a *Ricardo León*, a *Benavente*, a los *Hermanos Alvarez Quintero* y a *Juan Antonio Cavestany*, porque en ellos me parece ver sintetizada la labor que todos los escritores, que tal nombre merezcan, deben desarrollar, y es la de formar el espíritu de sus lectores y oyentes, inculcándoles, grabándoles indeleblemente el espíritu de la Raza a que pertenecen.

Es Misión muy alta y noble la del escritor, ya que bajo las figuras de la retórica y con relatos más o menos imaginarios, deja siempre huella en el ánimo de quienes se nutren de las doctrinas que se desprenden de sus escritos; y el más alto patriotismo que pueda demostrar un escritor, es, moldear las almas del pueblo según el modelo perfecto que la Historia, voz sublime y autorizadísima de la Tradición, nos muestra a través de las vicisitudes y las luchas de las Naciones.

Así es, como considero, no sólo un defecto, sino ridículo por ejemplo que un escritor inglés pretenda escribir una Obra para los Ingleses, imitándo las características de los escritores y del pueblo español; ridículo será y contraproducente, que un escritor Francés, en la misma forma, quiera formar el espíritu de sus compatriotas con el espíritu en que viven piensan y sienten los pueblos Germánicos o los hijos de España, y así sucesivamente podríamos ir diciendo de los demás países; todo lo cual demuestra que es seguir por mal camino, el vestirse con trajes y adornos exóticos, máxime cuando en el arcano de las letras patrias se cuenta con el manantial más fecundo y sabroso que desearse pueda...

Permitidme, pues, que entre de lleno en nuestro Tema, y que pruebe las aseveraciones que acabo de hacer, empezando por los Poetas... ¡Cómo no sentirse poeta, señores; (a las Damas no me dirijo, porque no son jueces en esta materia), cómo no sentirse poeta, digo, cuando uno tiene la dicha como nosotros, de encontrarse en este simpático recinto, que, cual pensil encantado, parece que hoy en él se han dado cita las hermosuras más deleitebles del género de las flores, que nosotros llamamos... *mujer*...

La poesía, sea en prosa sea en verso, no está reñida con la Filosofía y con la naturalidad; al contrario, para ser verdadero

poeta, según el concepto de nuestros tiempos, creo yo, hay que ser Filósofo y escribir con naturalidad, en forma tal, que cuando se lean o escuchen las producciones que uno haya escrito, le suenen las palabras y comprenda las ideas, como se sienten en el lenguaje íntimo y familiar, hasta tal punto, que uno pueda hacerse esta reflexión: “esto es lo mismo que he sentido yo muchas veces en el fondo de mi corazón”. Logrado este objetivo, puede decirse que el escritor ha triunfado.

Podrá tener sus clasificaciones y géneros escolásticos la poesía, pero la verdadera es, la que *se comprende*, es, la que *se siente*. Sin pretender fijar Cátedra ni nueva Escuela, entiendo yo interpretar el sentir de muchos, por no decir de la mayoría de los cultores de las letras, si digo que se prefiere por ejemplo, que al Sol, aun en poseía, se le llame Sol, y no “Rubicundo Febo”, u otro apelativo semejante.

No se trata de excluir la imagen, el tropo, o la metáfora, que son, por decirlo así, las mejores armas del poeta y del escritor; sino lo que quiero significar con ello, es, que más poeta y mejor poeta, será aquel que sabe identificarse en el hablar y en el sentir del pueblo, que aquellos que de cerca o de lejos siguen los pasos de aquella deplorable escuela española, que por suerte hoy está de capa caída, y que se llama Gongorismo. Y si vamos a hacer una selección de estos escritores que hablan y sienten como el pueblo, los mejores serán los que más cerca de su vida y de su Tradición están.

Hermanos Alvarez Quintero.

Creadores verdaderos, mejor dicho, Fotógrafos fieles y sinceros (permitidme esta comparación), de la parte más pintoresca de España por sus usos y costumbres, son los Hnos.

Alvarez Quintero. Lejos de ellos lo exótico, siempre la pura cepa, para nada necesitan el socorro de vocablos extranjeros; acuden al manantial del alma popular, rico venero de los más nobles, de los más santos, de los más altos sentimientos de l pueblo Andaluz. Hablarán del Amor, y para nada necesitan acudir al artificio de pornografías y asuntos eróticos, de los que tanto uso hacen los autores de otros países; hablarán de las manifestaciones de la Naturaleza y sólo emplearán el lenguaje y las comparaciones familiares a todos, y, ¡sin embargo!... a qué alturas elevan el espíritu y cómo uno se siente extraño a aquella naturalidad tan sencilla, tan íntima, que parece sino que brotan las expresiones de nuestro propio corazón...

¿Quereis oír los deseos de todo enamorado, expresados en versos sencillos y populares, y que, abarcando la pícara agudeza de pensamientos ocultos, sin embargo al decir mucho, parece que no dicen nada? Ved si no os parece oír el lenguaje mismo del “rotito chileno” cuya agudeza para las comparaciones es algo sorprendente, en esta copla de: “Amores y Amoríos”.

“Por tu cara rebonita
te he comparao mi amó
a la primera estreyita
que zale ar ponerze er zó.

o bien analicemos esta otra en la que domina la “sal y pimienta”, y que pareciendo no dice nada de extraordinario, en realidad, dice el loco deseo de quien quiere mucho:

¡Quién tuviera la suerte
que tiene la luz,
que se apaga y se queda
donde duermes tú...

Y si estas expresiones son cortas y no lo suficientemente vehementes, si quereis que os hagan ver la graduación de cuantos locos deseos siente el alma enamorada, y a la vez sentir gráfica y realmente la fuerza del amor, ahí va una muestra de los anhelos todos del pecho que guarda tales sentimientos:

“Quisiera ser, el aire que amoroso
se mezcla en tus suspiros y en tu aliento;
Quisiera ser, la luz de tu aposento,
de todas tus miradas codiciosos.
Quisiera ser, el eco misterioso
que recoge su música a tu acento;
y tu imán para todo movimiento
y tu tranquilo lecho de reposo.
Quisiera ser el alma de tu vida
y tu sangre por tus venas extendida
para ser todo en tu ser y en tu belleza.
Y por verme feliz, y a ti dichosa
devolviendo a tu cuerpo la pureza,
quisiera ser el Dios, que te hizo hermosa...

Aquí la poesía se sublima, se eleva a regiones en las que sólo se presente lo inmaterial, no basta ser corazón rendido, lleno de la imagen del ser amado, no basta mostrarse celoso y envidioso del aire, de la luz, y aún de la misma sangre que corre a través de las venas del ser adorado, los anhelos suben, suben

cada vez más hasta los límites de lo divino, de lo infinito, de lo imposible, pero son anhelos que explican y que muestran lo entrañablemente que se quiere:

“Y por verme feliz y a ti dichosa
devolviendo a tu cuerpo la pureza
quisiera ser el Dios que te hizo hermosa...”

Si de ternura llena de amores se trata, y a la vez cantar un himno a los encantos que Dios dotó a la Naturaleza; si se quiere sacar una lección del peligro que corre la percedera hermosura de los seres y de las cosas, si se quiere analizar el fondo filosófico de que hablábamos hace poco, contenido en la poesía, recordad aquellas conocidísimas y preciosas estrofas de la ya citada Obra “Amores y Amoríos”:

“Era un jardín sonriente—
era una tranquila fuente
de cristal;
era, a su borde asomada,
una rosa inmaculada
de un rosal.
Era un viejo jardinero,
que cuidaba con esmero
del verjel
y era la rosa un tesoro,
de más quilates que el oro
para él, etc., etc.

Ya veis, señoras y señores, que nos encontramos navegando en plena región de la poesía, pero, de cada una de las estrofas

que contienen las producciones de estos autores, queda algo más que unas imágenes pintorescas y resonantes en el espíritu, quedan grabadas máximas que en forma deleitable para el oído nos dan una norma y una guía para nuestra vida moral.

Sigamos como el “picaflor” libando estas mieles, y lleguemos, por escala ascendente, a penetrar un poco más en el espíritu humano; nos encontramos ante el autor psicológico por excelencia, y que todos vosotros conoceis, me refiero a

Don Jacinto Benavente.

¿A qué clasificarlo entre los poetas, me diréis vosotros? y yo responderé: Si bien es cierto que el genial autor de “Los Intereses Creados”, es especialista en escribir obras en prosa, no por eso deja de mostrar su alma profundamente sensible, su alma poética y sentimental, en la que se unen las emociones de anciano y de niño. Cada una de sus obras, es el estudio de uno de los distintivos del espíritu humano. El, pone en práctica en toda su extensión, el lema que los moralistas antiguos encerraron en esta fórmula: “*Castigat ridendo mores*” (entre risas y burlas corrige los malos hábitos y costumbres); pero, como la moral en si es muy árida, y como la repetición monótona de máximas, llega a fatigar al espíritu más bien dispuesto y sumiso, este maestro del espíritu, ese conocedor de los más íntimos repliegues del humano corazón, sabe que a éste le habrá de gustar la melodía poética, y al lado de un *polichinela*, calculador y prosaico, especie de Sancho Panza, coloca a Silvia y a Leandro, idealistas de alma Quijotesca, que sólo siguen los impulsos de su juvenil corazón, y en una escena llena de encanto poético, entre el susurro misterioso de la noche y al ritmo melodioso de grata armonía, suenan con mayor dulzura y sua-

vidad estos versos que respiran ternura sin igual, y que con precisión admirable, el autor ha bautizado con el sugestivo título de *El Reino de las Almas*.

Repitámoslos:

“La Noche amorosa, sobre los amantes
tiende de su velo el dosel nupcial;
la noche ha prendido sus claros diamantes
en el terciopelo de un cielo estival.
El jardín, en sombras, no tiene colores,
y es en el misterio de la oscuridad,
susurro el follaje, aroma las flores
y amor, un deseo dulce de llorar.
La voz que suspira, y la voz que canta
y la voz que dice palabras de amor,
impiedad parecen en la noche santa,
como una blasfemia entre una oración.
¡Alma del silencio, que yo reverencio,
tiene tu silencio la inefable voz,
de los que murieron amando en silencio,
de los que vivieron muriendo de amor;
de los que en la vida, por amarnos mucho
quizá no supieron su amor expresar.
¿No es tu voz, acaso, que en la noche escucho,
y cuando amor, dice, dice: Eternidad...?
¡Madre de mi alma, ¿no es luz de tus ojos
la luz de esa estrella, que cual una lágrima
de amor infinito, en la noche tiembla?

¡Dila a la que hoy amo, que yo no amé nunca
más que a tí en la tierra.
y desde que has muerto, solo me ha besado
la luz de esa estrella...

Inútil me parece insistir ante vosotros para que observeis la naturalidad de expresión y a la par su belleza sublime. En lenguaje común, Benavente, durante los instantes que dura la recitación de estos versos, mantiene el espíritu dentro de la melodiosa gama de las más altas inspiraciones, y lo deja dispuesto para soportar de nuevo otra tanda de áridas reflexion morales.

Toda la trama admirable de esta jocosa y a la par profunda Tesis, tan humana y tan real de que: "*para salir adelante con todo, mejor que crear afectos, es crear intereses*" vése iluminada con un fulgor que descansa el espíritu abatido y fatigado ante tan verídica y amarga realidad de que, en la práctica de la vida, más se estiman en este mundo los intereses que los afectos—aparecen, digo—junto con ello, como rayo de luz que ilumina y alegra el corazón, los simpáticos personajes de Leandro y Silvia, hija del Materialista Polichinela, y que en nada se parece a su progenitor.—*Los Intereses Creados* triunfan, pero sobre la base de un amor, puro, sencillo y desinteresado. Escuchemos las últimas palabras que el autor dirige a su público, con el fin de que éste no se lleve una falsa idea del triunfo de Crispín, para que no se crea que este triunfo es puramente material, sino que el idealismo, tiene su gran parte en ello, y ha dejado sentir en su desarrollo una marcada influencia.

"Y en ella visteis (en la obra que acaba de representarse), como en las farsas de la vida, que a estos muñecos, como a los humanos, muévenlos cordillillos groseros, que son los intereses,

las pasioncillas, los engaños, y todas las miserias de su condición, tiran unos de sus pies y los llevan a tristes andanzas: tiran otros de sus manos que trabajan con pena, luchan con rabia, hurtan con astucia, matan con violencia. Pero entre todos ellos, desciende a veces del cielo al corazón un hilo sutil, como tejido con luz de sol y con luz de luna (fijaos bien en estas últimas frases) el hilo del amor, que a los humanos como a estos muñecos, que semejan humanos, los hace parecer divinos y trae a nuestra frente resplandores de aurora y pone alas en nuestro corazón, y nos dice que no es todo farsa en la farsa, que hay algo divino en nuestra vida, que es verdad y es eterno y no puede acabar cuando la farsa acaba”.

Ahí teneis, señoras y señores, la mágica de la trama Benaventina puesta al descubierto. Las bajas pasiones, los instintos perversos, los vaivenes de la fortuna con sus alzas y bajas, los planes tenebrosos de nuestros enemigos y las emboscadas de los viles y cobardes, podrán hacernos sentir profunda pena y desapego a esta vida que nos cuesta mil torturas; nada importa todo ello cuando nuestro espíritu no está materializado y cuando en nuestro corazón arde la llama pura de los nobles afectos y con esa fuerza interna, con ese cariño o amor, con ese ideal sublime, seguros estamos de lograr la victoria. En estas circunstancias,—nos enseña Benavente—todo espíritu optimista, todo espíritu que sea verdadero espíritu pero no materia, convencido en la fe de estos ideales, aplicará los comentarios de Crispín al contemplar coronada por el éxito su obra de intriga amorosa, en la que las armas del espíritu han vencido los cálculos prosáicos y los intereses. Esta vez triunfarán los *intereses creados*, pero son los intereses del corazón los que llevan la ventaja. Y en cualquier oportunidad exclamará:

“Noche, poesía, locuras de amantes,
todo ha de servirnos en esta ocasión,
el triunfo es seguro; valor y, adelante
¿Quién ha de vencernos, si es nuestro el *Amor!*...

Don Juan Antonio Cavestany.

¿Quereis, ahora ir más allá; no contentaros con rozar solamente la superficie del alma humana; quereis, además de escuchar la voz de la naturaleza y la voz del corazón; queréis oír la voz profunda y solemne de la conciencia, pero en forma tal que aparezcan retratados vuestros propios sentimientos, en las horas, por unos raras, por otros, repetidas, de lealtad consigo mismo y de examen interno? Sigamos a Don Antonio Cavestany, en su composición titulada: *La Catedral*. Es la lucha de la fe, la lucha de las creencias, que se esfuerzan en salir de los idealismos platónicos y de las figuras imaginarias de la niñez. Es la fe de un creyente, que no se siente el mismo de otros tiempos, y, a la vista del Monumento, de la Iglesia Catedral en cuyo recinto escuchó las primeras enseñanzas y balbuceó las primeras plegarias, al penetrar en ella, tras largos años de lucha y de desengaños, no parece reconocerla, no sabe ver en aquella Catedral el encanto y poesía que los ojos de niño contemplaron un día:

“Mi vieja Catedral—mi templo Santo,
¿eres la misma donde en otros días
entraba yo, con inefable encanto?
¿Eres aquella, imán de mi cariño,
la que amorosa y tierna recogía
mis plegarias de niño?”

pregunta él; y a continuación, haciendo un recuento de las impresiones que su corazón y su inteligencia sentían, dice:

“No debes serlo. Aquella
aún vista de los años tras el velo
recuerda el corazón que era más bella,
¡que hablaba más del cielo.
Una impresión extraña de ventura,
al penetrar en ella,
me inundaba de paz y de dulzura.
Con inconsciencia loca,
unidas a las preces,
brotaban las sonrisas de mi boca
(Para llegar al cielo más de prisa
la oración de los niños, muchas veces
se vale de las alas de la risa)
Hoy, al pisar de nuevo tus umbrales
me dán la sensación de tu grandeza
como entonces, tus arcos ojivales,
pero, me oprime el alma la tristeza.
Busco en vano el placer y la alegría
que en otros tiempos pródiga me diste,
y te encuentro opaca, lúgubre, sombría,
¡Mi vieja Catedral, ¿por qué estás triste?

y entonces, considera todo cuanto se le presenta a la vista, reconoce los objetos, que otras sensaciones extrañas le procuran, y todo ello, lo hace, con frases sencillas, sin figuras ni efectos teatrales; solo lo natural, lo terriblemente natural. La voz de la Conciencia y del dolor, en un momento de suprema franqueza, en el que, el fondo religioso que en todo humano cora-

zón se alberga, aparece puro y simple, y ¡quizá aparecen así, porque no tiene testigos a quienes fingir cobarde incredulidad...

No puedo resistirme a la tentación de recitaros todo este proceso de psicología, porque me parece tan real, tan sencillo y a la vez tan sublime en sus expresiones y sentimientos, que después de esta última prueba, no tendré gran necesidad de insistir para convenceros de la realidad de mi Tesis.

Sigamos, pues, escuchando este diálogo:

«Mi vieja Catedral, por qué estás triste?
¿tienes algo, tal vez, que no tuvieras?
Tus naves anchurosas, tus ojivas gallardas y severas,
tus bóvedas grandiosas,—son las mismas,
conservan su hermosura.
¡Oraciones, de piedra, fervorosas
que emprenden el camino de la altura...
..... etc.,

Creo, Señoras y Señores, que estoy probando mi Tesis con estos altísimos ejemplos, y que reconoceréis conmigo, que estas mal presentadas muestras de algunos escritores españoles contemporáneos, os demostrarán que ellos están convencidísimos de su alta Misión espiritual, y que su fondo, su estilo, y su forma no desmienten, sino que afirman altamente el espíritu de la Raza a que pertenecen.

Pero, ¿cuál es el espíritu de la Raza Hispana?

En el «Prontuario de la Historia de España y de la Civilización Española», de Don Félix Sánchez Casado, (Págs. 2 y 3), obra que me sirvió de texto en los estudios de mi niñez, se encuentran en sus primeras páginas, algunas líneas que siempre

he recordado con veneración, y que os voy a leer, pues ellas son el compendio, la definición, por decirlo así, del carácter de la Raza Hispana:

«CARÁCTER DEL PUEBLO ESPAÑOL: *Tres* son los caracteres del pueblo español que aparecen en el curso de nuestra historia, constituyendo su fisonomía especial y el resorte de todos sus grandes acontecimientos: *El Sentimiento Religioso*, sin el cual España hubiera dejado de ser Nación, como la Siria, el Egipto y la Berbería; *El Amor a la Patria*, por cuya independenciam pelearon nuestros antepasados, dos siglos, contra los Romanos, uno contra los Godos, y ocho contra los Arabes; y, en fin, *la Monarquía*, que nos ha dado caudillos en la guerra, sabios que se adelantaron a su siglo, políticos consumados, insignes favorecedores de las artes y de las letras, ínclitos legisladores y Santos en fin, cuyas virtudes y abnegación veneramos en los altares. *Guzmán el Bueno*, sacrificando a su hijo en aras de la *Patria*, por no faltar al *Juramento* prestado al *Rey* de defender a Tarifa, podría ser el emblema del carácter Nacional.

CARÁCTER DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.—El patrimonio y la unidad Moral del pueblo español en su historia, lo constituyen su indomable perseverancia, junta con la *unidad de lengua* y de religión, un *valor* que llega hasta la temeridad, la *fe en Dios* y la desconfianza en los hombres, propias de los pueblos que han sufrido mucho, y *la paciencia* humilde, legado que unas generaciones transmiten a otras, esperando mejores días. España es el genio de la resistencia, siempre conquistada y siempre protestando contra la Conquista; no habiendo pueblo alguno que haya rechazado con mayor constancia al Extranjero...».

Chile heredó mucho de España, y se precia orgulloso de no

haber desperdiciado la herencia que la Madre Patria le legó; oid pues lo que acabo de leerlos. «El patrimonio etc., (página anterior) CARÁCTER DE LA HISTORIA DE ESPAÑA»). Decidme, Señoras y Señores, si al leer estas líneas y querer aplicarlas a Chile, no acuden a vuestra mente aquellos versos inmortales que el poeta guerrero Don Alonso de Ercilla dejó estampados como definición gloriosa de la Raza Araucana:

«Chile, fértil provincia, señalada en la región antártica
famosa
de remotas regiones respetada, por fuerte, principal y poderosa.
la gente que produce, es tan granada, tan soberbia, gallarda y
belicosa
que no ha sido por Rey jamás regida, ni a extranjero dominio
sometida...»

Este Retrato gráfico y vivo, nos dice una vez más las afinidades que existen entre Chile y los demás países de América con España. ¡No en vano durante los años épicos de la Conquista dió la sangre generosa de sus hijos, para que, junto con su fe y su idioma formaran el más rico y envidiado patrimonio de estos pueblos...

No es la fuerza Material la que hace que España tenga una mayor influencia que las demás Naciones en estos países, es la voz de la sangre, es la fuerza espiritual.

Lo que vence siempre, efectivamente, aunque en los principios parezca lo contrario, no es la fuerza de la materia, es, siempre, la fuerza del espíritu.

La Materia, por si sola, embrutece, aunque aparentemente proporcione galas y brillo, pero, para dignificar nuestras acciones y nuestra vida física, tenemos el espíritu, del que brotan

los pensamientos que subliman y embellecen, los sentimientos que labran el porvenir y la felicidad de los individuos y de los pueblos. El poder material, no puede por sí solo dar el completo bienestar a los pueblos. y cuando se pone en pugna este poder con el del espíritu este último aparece siempre vencedor al transcurrir de los tiempos.

El poder Material de los Romanos venció a los Griegos pero éstos, absorbieron y vencieron por las armas de su inteligencia y de su cultura a los que solo en la fuerza de sus armas confiaron; la Historia, bastante elocuentemente nos dice, como los vencedores en los Campos de Batalla, despertaron del sueño de sus victorias, pensando como los Griegos y obrando como los Griegos, que eran sus vencidos y esclavos. Y lo que pasó a los Romanos, es un hecho psicológico que se realiza en todos los pueblos, en todas las Razas y en todas las edades.

Las Repúblicas Hispano-Americanas, tienen un sello característico en su alma, que las distingue de los demás Estados del Continente que no son de un mismo origen, y es, porque así como al contemplar las bellezas incomparables que ostenta el mundo de la creación, en todas ellas existe un sello tal de grandiosidad y de perfección, que todo espíritu que esté libre de preconceptos, se ve obligado a exclamar: AHÍ ESTÁ LA MANO DE DIOS: del mismo modo—cualquier inteligencia que sea capaz de juzgar sin prejuicios y con equidad, al estudiar los íntimos repliegues del alma de estas Repúblicas, al comprobar sus grandes virtudes y sus envidiables defectos, debe también exclamar: DE TODO CUANTO VEO Y OBSERVO UNA SOLA VERDAD PUEDO DECIR: AHÍ ESTÁ LA HUELLA DE ESPAÑA. . .

Este es el gran poder avasallador del espíritu. ¡Qué importa tener colocado en los altos minaretes de las fortalezas la ban-

dera del pueblo vencedor; nada quiere decir, que ondule caprichosa por cima de la ciudad, si aquellos sacudimientos se oyen como blasfemias que lanza al viento el pendón que la domina...

Los vencedores por la fuerza, por el oro, por la política de dominación solapada, por el plomo del cañón, por el redoblar del tambor, podrán poseer aquella tierra, pero será como el Buitre al pajarillo, que siente las garras que le oprimen, como el León a la presa que devora y... esto, no es poseer, esto es APRISIONAR, esto es SUBYUGAR. Los antiguos moradores, cuando se den cuenta que son víctimas de la opresión, amasarán sus odios, mezclarán el rencor con las amarguras de sus nuevas cadenas, para arrojarlas como una chispa cargada de odios sobre la frente maldita de los que profanaron el suelo de su querida Patria.

Y la gran razón de ello es, que la fuerza material pudo imponerse en el terreno físico de la Patria, pero no en el terreno espiritual del corazón...

El corazón, Señoras y Señores... ¡Cosa grande y sobremanera complicada! Está siempre en movimiento, sube con sus aspiraciones como las aves, hasta las alturas, baja con sus afectos hasta lo invisible; llama con sus anhelos cuanto se le retira, desea con vivas ansias lo que no encuentra; registra los dilatados horizontes de sus grandes ambiciones pretendiendo descubrir algún objeto nuevo o alguna flor lozana para poderle dedicar las caricias más preciadas de sus inagotables ternuras y sentimientos. El corazón, siente ardores que le consumen, deseos indefinidos como enigmas, inquietudes que teme sin que pueda llegar a dominarlas, y de la misma manera que los ríos salen burbujeando de la tierra y arrojan constantemente

una masa de agua siempre renovada, así salen de nuestros corazones borbotones de constantes deseos, que saltan, llaman, suben, esperan o se destruyen los unos a los otros cuando no encuentran fácil corriente en el ímpetu de su salida. En el corazón, Señoras y Señores; soplan con insistencia vientos que animan las pasiones; en él comienzan a despertarse los intentos que nos mueven a obrar según el interés de los afectos; en él germina la fuerza que tiene el poder para llevarnos a la corrupción o levantarnos a los esplendores de la victoria. Es el corazón la sede de nuestros más caros afectos y en él quedan depositados todos cuantos gratos recuerdos tenemos de beneficios recibidos y de amores engendrados. Es el corazón el relicario sagrado en el que se albergan los más altos amores a DIOS, a la PATRIA y al HOGAR, y es en el corazón en fin, en donde en aras de estos amores se forjan los mártires y los héroes.

Por esto es, como os decía hace poco, que la fuerza de la política solapada, la fuerza del oro, o la fuerza de la materia y del plomo del cañón podrán lograr someter por la fuerza, y por un tiempo, a un pueblo, pero solo el amor lo convertirá en esclavo feliz y absoluto, cuando se posea el terreno del corazón. Por ese motivo es, que yo tengo una firme esperanza, en el porvenir de los pueblos de nuestra Raza. La gran Raza Hispánica, formada en el yunque del trabajo y de la guerra, de las artes y de las letras, debe buscar su más íntima unión, si quiere la verdadera felicidad, si anhela el verdadero progreso, para que este progreso y felicidad se queden en casa y no vayan a parar en manos extrañas. Muchas Naciones de este Continente andan dispersas como satélites errantes, que fuerzas extrañas quieren hacer desviar de su verdadero curso; pero, existe una ley de gravitación, que tarde o temprano ha de hacerlas entrar en su órbita

de atracción, hasta hacerlas formar un solo y compacto núcleo de esplendor, hasta que atraídas por las fuerzas naturales de la gratitud del idioma y de la sangre, se mezclen y se confundan con ese astro rey que se llama: EL CORAZÓN DE ESPAÑA...

RICARDO LEÓN

Pero, no quiero dejar sentadas estas afirmaciones, sin presentaros un testimonio que las confirme ampliamente. Entremos a estudiar, aunque sea brevemente, la obra grandiosa de regeneración literaria y patriótica en que está empeñado Ricardo León.

Para comprender el alcance de sus insistencias, sobre un mismo asunto y las repeticiones de argumentos y doctrinas en cada una de sus obras, es preciso conocer la situación en que se encuentra una parte de la intelectualidad española (no la más selecta, por suerte), y que sufre de los males de la época, es decir, de la crisis religiosa-social, que aqueja hoy día a todas las naciones civilizadas. Es preciso conocer uno de los primeros defectos, que es el caso original que se presenta entre una parte de los españoles de la Península, que cuando disponen de algún dinero y tiempo para procurarse el placer de un viaje, se dirigen directamente a París, Londres, Berlín, convencidos que al regresar a la Patria, podrán darse aires de importancia y contar maravillas que su imaginación más que sus propios ojos han contemplado en el extranjero. Pero si a estos se les pregunta ¿Ha visitado Ud. las Ciudades de Madrid, Barcelona, Bilbao; contempló el soberbio Monumento de «El Escorial»; conoce los encantadores cármenes de Granada y Sevilla, visitó las joyas de arquitectura de Burgos, Poblet y Santas Creus, etc. etc., ha estado en los hermosísimos y casi

únicos parajes de las Islas Baleares? y así sucesivamente, contestarán que NO. Y así se explica como ignorantes de los tesoros que posee su Patria, pretendan al regresar a ella introducir bellezas excéntricas y llamativas, que lejos de contribuir a hermosear la parte artística de España, cubren soberbias y magníficas obras con la careta grotesca de un adorno extranjero... Y lo que ocurre en este terreno, también pasa en el literario y en el Científico. En una palabra; la falta absoluta de estima veneración y respeto a la Tradición, lleva a muchos por derroteros, que, lejos de servirles para ser útiles a su Patria, condúcenles a su destrucción y envilecimiento.

Y Ricardo León, fiel al espíritu de la Raza, puestos los ojos en lo que España fué y en lo que deberá ser, se convierte en paladín admirable de la voz de la Tradición, no de esa Tradición que se queda estancada, como las aguas pantanosas que sólo producen la corrupción y la muerte, no de aquella Tradición que odia a todo lo moderno, sino de esta Tradición, ilustrada y vigorosa, que, nutriéndose siempre de los altos principios fundamentales que dieron personalidad a la Patria, se mantiene enlazada con el glorioso pasado y con el presente mirando hacia el porvenir, para seguir luchando y avanzando por la senda gloriosa del progreso.

Sigámosle en su proceso: Entre los muchos Tesoros de que está dotada la Raza Hispana, hay uno singularísimo, y que, sin embargo han habido personas, quienes guiadas por un exagerado proselitismo o cegadas por torpe envidia o falta de conocimientos han pretendido relegar y no dar importancia: es la lengua Española. Para ellos, y para todos los hijos de España que no saben cual es su valor, Ricardo León hablará así de nuestro Idioma:..... «EL IDIOMA ESPAÑOL»

EL IDIOMA ESPAÑOL

«Si por el idioma se nos juzga ¿Qué pueblo habrá moderno de más aguda sensibilidad? Dicen que es lengua de bronce, y claro que lo es; bronce viejo de cañones, de campanas y clarines en los arrebatos de la guerra, en los arranques de la pasión y de la gloria, en los trances crudos de la embriaguez heroica y de terror; pero de plata derretida en el blando desfallecer de los deleites, un panal sabrosísimo de miel para decir halagos y finuras; un rumor de besos y batir de alas, un deshacerse el cielo en rayos de oro cuando pasa el Amor...

¡Pío y sensible corazón de España! Como al pie de las cunas igual que al pie de los altares y en las floridas y amorosas rejas, en los surcos agrestes, en el hogar y en el camino y hasta en los hierros de la prisión, hasta en los campos de batalla sabes cantar, fiero triste o mimoso, declarando siempre como sabes sentir! ¡Musa conmovedora y familiar de las ternizas populares rimas infantiles nanas y villancicos, tonadillas y saetas, coplas de romerías y rondallas; numen inspirador de romanceros y cancioneros alma de la jota viril, de la sardana valiente de la muñeira y del zortzico, dulcísima alborada; pueblo sentimental de cuyo pecho brotaron la misteriosa y punzante malagueña, la retozona seguidilla, la murciana fogosa, el alalá soñador, la carcelera gemebunda, la cadenciosa praviana, las alegrías y los fandangos campesinos!

¡Aires apasionados y graciosos de nuestras regiones, melancolías y nostalgias, requiebros y arrullos, cantos de amor y soledad, ayes de suavísima tristeza, relinchos de gozo y de victoria, rondas, serenatas, coplas nacidas de nó se sabe de quien, para vivir de boca en boca, de alma en alma, sin olvi-

díarse nunca! ¡Sois lo más puro, la más honda poesía, la poesía natural, sin artificios ni dobleces; el sentimiento puro tal como sube del corazón a los labios; la voz sin nombre ni dueño, que aun cuando brota de un personal sentir, viene, como la lengua misma, a ser de todos, por la virtud de su propia sinceridad! Pues! como dijo Ruiz Aguilera:

Canción que del alma sale— es pájaro que no muere
volando de rama en rama — Dios manda que viva siempre”

Si el amor al idioma Patrio es algo ingénito en los corazones bien nacidos, no menos lo es el amor al terruño, a ese rinconcito de la Patria grande, que para unos se llamará Santiago, para otros Talca, para otros Madrid, para otros Burgos y, cosa rara... siempre para cada cual le parece que es el rincón más hermoso de la tierra, sobre todo cuando las distancias y los años nos tienen separados de él...

Ricardo León, sabe, que este recuerdo de la tierruca, a veces, causa milagros, y encendiendo nuevos ardores en espíritus olvidadizos o desviados y abatidos, los impulsa a que vayan a unir sus amores en el altar de la Patria común, para engrandecerla y dignificarla.

Ved, como en una de sus mejores Obras «EL AMOR DE LOS AMORES (pág. 39) canta un himno de gloria a la tierra Castellana...

Huelgan comentarios a estas hermosas páginas llenas de patriótico entusiasmo, notemos tan solo, con qué arte maestro Ricardo León, entre las páginas de movida Novela, sabe siempre repetir las ideas que llevan deleite al espíritu, fuego en el corazón y enseñanza profunda para la inteligencia; en una

palabra, moldea el espíritu según el modelo insigne que nos legaron los antepasados que forjaron nuestra Raza.

Y así, como tiene frases amorosas, tiernos arrullos, para cantar las bellezas y grandezas de las bases fundamentales de los pueblos,—la tierra, la religión y el idioma—, de igual modo, sabe también fustigar con lengua de acero, que deja perpetuo estigma, a aquellos insensatos que reniegan de sus blasones pretendiendo crear extraños y exóticos hábitos y costumbres en el Hogar Santo en donde se generaron 20 naciones que son gloria de la civilización actual.

«CASTA DE HIDALGOS», Obra notabilísima, en la que parece que Ricardo León ha depositado toda la esencia de su gran patriotismo e intenso amor a la Tradición, nos dice de una manera admirable, entre páginas en las que campea el delicioso estilo clásico del romance castellano y las poéticas descripciones de la naturaleza, del amor, y de las artes, lo que vale en su esencia la Tradición de nuestra Raza, y, el autor, presentándonos a Jesús de Ceballos, protagonista de la obra, intelectual que sufre la crisis de la época, pero con alma de «Casta de Hidalgos», y al vehemente noble y parlachín Don Rodrigo (página 118) nos dice, por boca de este último, con frases llenas de vehemencia, cual es la labor desquiciadora que están haciendo aquellos que no quieren nutrirse del manantial puro y fecundo que sus antepasados les legaron, en sus obras, en sus vidas y en sus hechos. . . .

Omito la lectura de algunas citas que tenía preparadas de esta obra fundamental y hermosísima, en bien de la brevedad de ésta ya pesada charla, pero me permito recomendaros su lectura, que seguramente ha de deleitar a vuestras selectas inteligencias.

No olvidemos, Señoras y señores, que estamos analizando la psicología de la formación de las inteligencias de los lectores, según las características primordiales de una Raza, y, si esto lo tenemos presente, no nos ha de extrañar la insistencia con que Ricardo León repite a través de cada una de sus obras los sentimientos que deben animar a los que son hijos de la «Casta de Hidalgos».

Y para que en una Obra, meramente didáctica, pudiera el lector presentar y contestarse las objeciones que el casi exagerado amor a los pasado de Ricardo León, pueden provocar, para ello, este autor, en una obra, desprovista de las galas de la imaginación y de la literatura; la obra titulada: «LA ESCUELA DE LOS SOFISTAS», presenta en todo su extensión el valor y alcance que tienen todos los argumentos en favor de la Tesis que defiende.

A trueque de hacerme pesado, permitidme, que por unos momentos más abuse de vuestra atención para cerrar con lo que yo considero, como broches de oro, esta mal hilvanada Conferencia.

La Tradición, en los pueblos, no nos dice: admiradme, sino que con voz sonora y pujante nos dice IMITADME... Y ved de qué manera el autor nos lo dice: No le basta señalar los males, da también los remedios, y con alta elocuencia, nos enseña los rumbos que debemos seguir si queremos leal y verdaderamente llegar a la completa formación de nuestro espíritu Racial. (Página 262).

Y con los ojos puestos en estos retoños, del árbol glorioso de la Raza Hispana, Ricardo León, nos excita a pensar en las responsabilidades morales que impone la maternidad de los

pueblos; vedlo con qué cariño y amor, se expresa de estos pueblos hermanos. . . (Página 269).

Voy a terminar, pero no lo haré, sin antes haceros un fraternal llamado para que os apliquéis a vosotros mismos las enseñanzas que hemos sacado del estudio superficial de estos autores españoles contemporáneos, que de una manera tan práctica contribuyen a que perdure el *verdadero*, no el *postizo* y *advenedizo* espíritu de la Raza Hispana.

La gracia, el donaire, la chispa y la sal del carácter andaluz, (del cual Chile tiene el 90% por no decir el 100%), los tenemos en autores como los Hermanos Alvarez Quintero. El estudio profundo del espíritu humano, en lenguaje castizo, sin «parches» de extranjerismos, lo encontramos en autores de la talla de Benavente; y aquel espíritu monacal, noble y valiente de aquellos Caballeros Castellanos que no separaron jamás la Cruz de la espada, está sintetizado en autores como Cavestany, por no citaros al que hemos podido admirar de cerca en sus hermosas y españolísimas composiciones de Fco. Villaespesa que profesan altamente el verdadero espíritu religioso que hizo de España la Nación de mayor influencia moral, en los anales de Humanidad.

Y si hago estas reflexiones, Señoras y Señores, las hago convencido de que, puesto que estamos, por decirlo así, en familia, puedo abrogarme el derecho de hacer notar que algunos de los defectos de que adolece España, también los tienen estos pueblos que ella engendró.

El 95% de los viajeros, turistas, literatos, artistas o Científicos Hispano Americanos que van a Europa, al igual que los Españoles de la Península, acuden a todos los países extranjeros en busca de novedades y sensaciones extraordinarias, pero no

tienen ni tiempo ni interés para ir a conocer aunque sea de paso el hogar de sus progenitores, y así se explica que desconociendo todavía los Hispano-Americanos, a España, creyéndola incapaz de poderles suministrar nuevos conocimientos que sirvan para el adelanto de su Patria, regresan después con novedades, que podrán muy bien ser tales, pero que, aplicadas a una mentalidad, a un idioma, a unas costumbres y a un modo de ser *que es español a pesar de todos los pesares*, resulta que en vez de embellecer el espíritu nacional, sea en el orden que sea solo logran deformarlo, convirtiéndolo a veces en grotesca caricatura.

A pesar de los años transcurridos, ni España, ni sus hijas de América, se conocen tal cual son, y por esto es, que el primer paso que debemos dar al pretender el progreso de los pueblos de Raza Hispana, es, conocerse más íntimamente, es, leerse y conocerse mutuamente, en sus literatos, en sus filósofos, en sus hombres de Ciencia, en sus pedagogos y en todos los ramos del humano saber; es estudiarse más en el terreno artístico, y a la par que, nutrirse del espíritu común, que el Gobierno y el pueblo orienten sus esfuerzos para conocer y estimar también los elementos esenciales, de la Industria y del Comercio, que son las fuentes de riqueza complemento necesario para que la fuerza espiritual contribuya al bienestar completo de las Naciones.

Estos ideales presiden a la magnífica y maternal labor en que está empeñado el actual Gobierno Español, una de cuyas principales manifestaciones es la próxima Exposición Hispano-Americana de Sevilla, y la creación de la Universidad Mayor Hispano-Americana, dedicada especialmente a la juventud de estas Repúblicas, en la misma ciudad de la luz y del aroma.

Estos esfuerzos, no deben dejarse solo a las Cancillerías,

estos esfuerzos deben nacer y partir del terreno privado y particular, deben después traducirse del individuo a la familia, de la familia a las amistades, de las amistades a la Agrupación política o social, y una vez la Colectividad en masa esté dominada por esta mentalidad hispana, entonces, así como el árbol deja caer a su tiempo la fruta sazónada y madura, los Gobiernos se verán obligados a apoyar y se sentirán secundados por esta corriente verdadera no de discursos ni retóricas, sino de realidades de fraternidad sincera Hispano-Americana. Una vez más, cuando España conocida, reine en el corazón de sus Hijos Americanos, entonces reinará espiritualmente en América, y cuando España entera, llena de orgullo maternal conozca realmente no poética y platónicamente las riquezas fabulosas, de energías y de ciencia que atesoran estos países en los que sembró su Religión su sangre y su ciencia, entonces, Señoras y Señores, podremos experimentar lo que significa el poder avasallador de la estrecha unión espiritual de los pueblos de un mismo origen; entonces, se repetirá en toda su magnitud y esplendor, aquel milagro histórico que solo la Raza Hispana ha podido realizar, cuando Dios agradecido a la labor heroica y gloriosa en sus luchas seculares por la civilización y la fe, mantuvo el sol cautivo en su corona, como un ósculo de amor que depositaba cariñoso sobre la frente augusta de la Madre España...

No es una visión de un hijo amoroso de España la que aparece ante mis ojos, es también visión de los hijos de este Chile querido, que por medio de la lira sonora de uno de sus vates insignes, pronuncia estos férvidos acentos:

Y allá arriba, en la bóveda del cielo,
con el cuello extendido hacia la España,

una águila real detiene el vuelo,
y bajo el sol, que con su luz la baña,
abre sus regias alas triunfadoras
desde las altas cúspides andinas
hasta el pie de las olas bramadoras,
para cubrir las tierras Colombinas
y, como madre que su prole abraza,
juntar los hijos de la sangre Ibera
EN LA UNIÓN SACROSANTA DE LA RAZA.

He dicho.

Poesías inéditas

(Del Recital de Don José Miguel Latorre M., dado el 27 de Agosto. 1925).

TRIBUTO

Para mí todas las mujeres son reinas!
Las rubias, de algún bello país cerca del sol;
las pálidas, princesas del reino de la Luna;
las morenas son reinas del reino del Amor!...

Todas llevan un sello de realeza en la frente,
en los ojos inquietos y en los labios en flor,
en las manos liliales, en la curva del cuerpo... ,
y hasta en los pies que ritman una suave canción!

Todas tienen un algo de lejanas quimeras,
del misterioso encanto de las aguas del mar...
(De seguro en la música de un lenguaje ignorado,
mar y mujer han de rimar!...).

Para mí todas las mujeres son reinas!
Para todas la ofrenda de mi humilde canción!
Recíbidla piadosas, Oh! princesitas bellas,
Reinas de los lejanos países de Ilusión!!... .

JOSÉ MIGUEL LATORRE M.

MAÑANITA DE SOL

Mañanita de sol,
como ríes afuera con tu risa de oro!
En los caminos blancos hay aroma de flores
y en los caminos tristes, murmullo de canción...
Oh, mañanita alegre, mañanita dorada
de las suaves mañanas que acaricia el recuerdo!... .

He despertado niño
y olvidando mis ansias,
la tristeza y el tedio
de mis horas sombrías,
tengo un deseo loco de salir a vagar!... .
Mi madre, como otrora, me ha besado en la frente,
«Levántate» me ha dicho, «que el sol te espera afuera
para que vayan juntos a jugar!...».

Oh! mañanita alegre,
mañanita dorada,
con aroma de flores
y canción de campanas,

no me llames afuera,
porque si el sol me espera
y la canción me llama,
el sol lo tengo adentro!...
y siento las campanas
repicar en el alma!...

Y al salir, tengo miedo
que algún ser egoísta
me robe todo el oro
de esta mañana mía!!...

JOSÉ MIGUEL LATORRE M.

OLAVO BILAC

Charla en el Club de Señoras, con aviso previo de que no es un trabajo iterario, pero únicamente algunos versos traducidos sin preocupaciones de rima y de métrica.

Por el Capitán de Fragata, Américo de Azevedo Márquez, Attaché Naval de la Embajada del Brasil.

Siempre que veo aparecer, en la tribuna, el enigmático conferencista, trayendo el fatídico y celebrísimo rollo de papel, sufro anticipadamente los tormentos de lo que Uds. llaman—«lata»—y me pregunto, en angustiado soliloquio, si la lectura va a demorar mucho, y pocas han sido las veces que he encontrado el tiempo corto.

¿Cuántas veces, vosotros que aquí estáis, no habréis pasado por el mismo interminable tormento, de soportar con evangélica paciencia, ese terrible transe, de horas que podían haber sido empleadas en forma más grata? Será, con una pequeña variación, el caso de ahora, consistiendo ella en la substitución de horas por minutos, que bien pueden tener la duración de

siglos, según vuestras disposiciones, vuestros nervios y vuestra paciencia. Solo, en el tranquilo aislamiento en que vivo, calculé el tiempo de esta mi sencilla charla, y, de buena fe os digo, que no alcancé a media hora, que, disculpada mi pobre dicción, no os será muy larga, considerando que leeré en ella, versos de Olavo Bilac, uno de los más primorosos Parnasianos de la Musa Brasileira.

De él, se puede decir que fué siempre un enemigo del gongorismo afectado, y de ese futurismo cúbico que va inutilizando las Artes, deformando la escultura, estropeando la poesía y borrando la pintura.

Lírico, pero de un lirismo natural, sin la geremiada ya tristona y monótona de los poetas llorones, que hacen vibrar enfermizas liras, cuyos acordes causan tedio y enervan.

Se dice, entre nosotros que fué el poeta de las estrellas, sus amigas. Fueron ellas las eternas confidentes de sus alegrías y pesares, de sus ímpetus y vacilaciones.

Nació Olavo Braz Martins dos Guimaraes Bilac, en Río de Janeiro. Estudió Medicina hasta el cuarto año y cambiando este estudio por el de Derecho, se fué a São Paulo, y regresando a Río, se dedicó a las letras, afirmando gloriosa reputación.

En un concurso abierto por uno de los grandes órganos de la Imprenta Brasileira, fué elegido—Príncipe—de nuestros poetas.

Miembro de la Academia, conociendo bien los maestros de la enseñanza pública, escribió varias obras de carácter didáctico.

Dejó inédito un Diccionario Analógico.

Murió a los 47 años, vibrando de ardor patriótico, en un movimiento de exaltada propaganda en pro de la educación cívica y moral de nuestro pueblo.

Era, también, un notable orador, de palabra fácil e imaginación ardiente. Escribió nuestra—Oración a la Bandera—verdadero himno entonado a la Patria Brasileira, ensalzando la belleza de la tierra en que nacimos y los colores de nuestro pabellón que se armonizan en una de las más felices combinaciones.

El verde, símbolo de la esperanza ¡Amarillo, oro de las entrañas de esa tierra tan querida donde nacimos! Azul, color del maravilloso firmamento Sur-Americano y la inocencia de ese Blanco, Vía Láctea de paz, donde escribimos el lema que traduce nuestras justas aspiraciones: Orden y Progreso.

La escribió en una prosa amena y poética en que refleja la suavidad de su lira sentimental, y al repetir esa misma oración, nuestro corazón es todo ternura, todo mansedumbre hacia la paz, y mirando con desconfianza hacia la guerra!

Vivió para el Brasil, patria que fué su cuna y su tumba, y sus últimos versos los dedicó a nuestra tierra, cantando su música, su lengua, y no toméis a mal que me deje emocionarse por tan nostálgicas evocaciones.

Estrenóse con un libro que tenía un título sencillo; POESÍAS, pero, luego al abrir las primeras hojas, el lector tiene la impresión nítida de que está delante de un verdadero Poeta, autor de versos magistrales y que bien sabe hacer vibrar la lira.

Frecuentemente, Señoras mías, encontramos versos impecables en la métrica, de rimas perfectas, pero que nos dan la impresión que han sido mecánicamente hechos y que su autor, no obstante el talento, no nació poeta.

Es que el hombre nace poeta, como nace escultor, pintor, músico y hasta sastre, como nació Mr. Pool en Inglaterra.

Yo?... yo?... Yo siento haber venido al mundo traductor—traidor en algunos minutos, cuando desvirtúo, sin quererlo, el

mérito de Bilac, y aún más; estropeo el bello castellano que implacablemente voy a asesinar con vuestro generoso permiso.

No creáis NUNCA, que una traducción sea mejor que el original, principalmente en la poesía, donde la exigencia de la rima, en la generalidad de los casos, daña la belleza del verso, y, casi siempre, adultera y traiciona el pensamiento del autor.

Como una feliz excepción a esa regla general, os diré, solamente, del beso de Cyrano—«le point rose qu'on met sur l'I du verbe aimer»—, la letra que Rostand poetizó en aquél adorable diálogo del cual Christian era el eco, bajo las ventanas de Roxane.

Carlos Portocarrero, uno de los buenos poetas brasileiros contemporáneos, en una traducción de ese poema, en la imposibilidad de decir que el beso era el punto color rosa que se colocaba en la I del verbo amar, que entre nosotros no se escribe con esa letra, usando de una feliz imagen, dijo:—«el punto color rosa que se coloca sobre la I del labio que se adora»—y dado el íntimo consorcio entre el beso y el labio de la mujer amada, aunque traicionando las palabras del autor, no ha sido infeliz. No es ese el caso del traductor-traidor que ahora os habla, y para atenuar mi feo crimen, he decidido leer algunos versos de Bilac, en portugués.

Es cierto que he traducido algunos, que no tendrán el encanto del original. Lo hice pensando que aunque perjudicados en la forma y en el sentido, serían mejor comprendidos por vosotros, dada la diferencia que hay entre nuestros idiomas.

Es verdaderamente lamentable que nuestro intercambio intelectual sea tan pobre que haga que nuestros hombres de letras sean casi desconocidos en Chile!

Es que formamos en el Continente la única nacionalidad donde no se habla castellano, pero eso no impide que en el

Brasil, sepamos apreciar, debidamente, aquellos que ilustraron las letras de Cervantes.

Comprobando lo que os digo, me acuerdo, ahora, de un momento feliz de mi infancia;—«de mi infancia querida que los años no traen más»—como decía Cazemiro de Abreu, poeta lírico brasileiro.

Era el día de una fiesta escolar y en el improvisado escenario, me veo recitando Campoamor:—«escribidme una carta, Señor Cura»—... y esto os podrá dar una idea, de lo mucho que apreciamos las letras castellanas, con las cuales trabajamos conocimiento en los bancos de la escuela primaria. En lo que respecta a vuestra poesía, tenemos por ella una gran admiración, y los poetas chilenos no nos son desconocidos.

Ni podría ser de otra forma, en una tierra donde a los 18 años todos los muchachos versifican. En esa edad, es común el devaneo poético entre nosotros, bajo distintas modalidades: versos magníficos, buenos, regulares, malos, pésimos, y hasta intragables, como los hice yo, cuando era Guardia Marina.

A propósito: una terrible encrucijada en que me encontré, cuando necesitando hacer un acróstico a una polola austriaca, no sabía como empezar el último verso, que debía principiar por la letra K, y a mi atribulada imaginación solo venían palabras exóticas, como: kiosko, kermesse y cosas parecidas y de esta situación se aprovechaban los Oficiales del buque para hacer una tremenda broma y se divertían a costa mía.

Me acuerdo, perfectamente, que cada uno de ellos, sin salir de su especialidad y su función a bordo, proponía una palabra cómica: kilómetro, decía el Oficial de Derrota; kilo, kerozene, el Contador; kermes mineral y kysto, gritaba el Doctor, y hasta un Ingeniero, que vivía cerca del Jardín Zoológico, se metía a chistoso proponiendo kangurú y kolynsky.

En la noche, ya en mi camarote, listo para acostarme, veo llegar a nuestro Mayordomo, que me dice radiante:—«Mi Guardia Marina, me permite? He encontrado la palabra que Ud necesita».—Caí de las nubes, como se dice entre nosotros, y solo volví a la realidad, cuando él, con inmensa seriedad, me dijo:—«Kananga del Japón. Es una esencia muy suave. Yo compré un frasco en una peluquería de turco por \$ 2.50».

Debía ser detestable, a juzgar por el precio, pero eso no impidió que terminara mi complicado acróstico, escribiendo en el final:

Kananga del Japón, tu hálito desprende.

Y mandé los versos a la austriaca. Dos meses después, ella se casaba con un alemán, que no hacía versos abominables, pero, en compensación, fabricaba una cerveza deliciosa, y tenía dos o tres millones de pesos!

Cosas de la vida, de quien habiendo nacido marino, quiso ser poeta, por fuerza. Vuelvo, ahora, a mi primer rumbo, para abrir, al acaso, el libro de Bilac, y a mis ojos se presenta el soneto—«Oir estrellas»—y en estos versos el Poeta, nos dice que con ellas conversa.

Siento que la traducción no exprese, como convendría, el pensamiento del autor, gravado en una forma tan delicada y hermosa, en la lengua portuguesa.

«Vaya» (diréis) «oir estrellas! Cierta
La razón perdiste» Y mientras tanto,
Yo para oirlas, siempre me despierto,
Y asomo a las ventanas, con espanto...

Y conversamos largo tiempo. El manto
De la Vía Láctea, como un palio abierto
Brilla, y de mañana, sollozando, en llanto,
Las busco aún por el azul desierto!

Diréis ahora: «Trastornado amigo!
¿Qué conversas con ellas? ¿Qué sentido
Tiene lo que dicen, cuando están contigo?»

Y os diré: «Amad para entenderlas!
Pues sólo el que ama, es que tiene oído,
Capaz de oír y de entender estrellas»!

Y no se diga que son esas divagaciones poéticas!

¿Cuántas veces, vosotras que me escucháis, en el dulce recogimiento de vuestros más gratos recuerdos, habréis alzado vuestros ojos, dulces y aterciopelados hacia el firmamento, donde ellas brillan y mandado para el azul desconocido, vuestras confidencias, llevadas por la brisa en amoroso susurro, y en la más risueña de las contemplaciones, vuestra alma apasionada, en un éxtasis feliz? . . .

Sí! Tenía razón el Poeta, cuando nos decía:

«Amae para entendel-as!
Pois só quem ama, pode ter ouvido
Capaz de ouvir e de entender estrelas»!

Con una gran dificultad tropecé cuando escogí los versos para esta mi modesta palestra, y ello se explica, fácilmente, dada la riqueza del manantial.

El libro de Bilac, que tengo en mi poder, es un rico estuche de valiosas rimas.

Al lado de «—Oír estrellas—» y en la misma página:

Soñé que me esperabas, y soñando
Salí ansioso, y, sin querer, corría,
Y TODO al ver mi paso apresurado,
Supo luego que a verte yo partía.

Y TODO de ti me habló! TODO! Escuchando
Mis pasos en las ramas que crujían,
De las avecitas el alegre bando:
—«Ve más de prisa; vuela»—me decían.

Dijo la luna: «Espera! Yo te sigo;
Quiero, también, besar los labios de ella!»
Y dijo el aroma:—«¡Ve que voy contigo!»—

Y llegué, y al llegar, dijo una estrella:
«—¡Qué feliz eres! ¡Qué feliz, amigo!
Que tan de cerca, vas a oirla y verla!»—

Aún es el mismo cantor de las estrellas en esos versos donde una de ellas aparece como una rival simpática, envidiando al vate.

En otra hoja, en un sencillo soneto, nos describe los artificios de la mujer amada, que trata de retenerlo, con engaños, olvidada que más y más aumenta los sufrimientos del Poeta.

Voy a decirlo, en una traducción donde no he observado rigurosamente, la rima, dejando ese trabajo para aquellos que mejor que yo conocen vuestro lindo idioma.

De otras sé que se muestran menos frías,
Amando menos de lo que amar pareces.
Usan todas de lágrimas y preces;
Tú, de acerbás risadas e ironías.

De modo tal, mi atención desvías.
Con tal pericia mi engaño téjēs,
Que si en el hielo el corazón tuviesēs,
Cierto, querida, más ardor tendrías.

Te miro; y ciega a mi mirar te haces...
Te hablo;—y con qué ardor la voz levanto!
En vano... te finjes sorda a tantas frases...

Sorda! y ni oyes mis amargos ayes!

Ciega! y no ves ese dolor que traes
Al otro antiguo, y que me duele tanto!

Para ella son aún su más tiernas estancias y cuando en torno a Bilac llovían alabanzas por la publicación sensacional de sus maravillosos versos, él, en su modestia, escribía un soneto, cuyos tercetos finales demuestran la delicadeza de sus sentimientos, ambicionando sólo, en recompensa, una mirada de la mujer amada.

¡Ay de mí! si de lágrimas inútiles
Estos versos bañara, ambicionando
De necias gentes los aplausos fútiles.

Y estoy contento, si un mirar me dieres.
Los hice sólo, y sólo en tí pensando,
La más linda de todas las mujeres!...

Después de abrir el libro del pasado, recuerda todas aquellas que una huella en su existencia dejaron, y tiene siempre el pensamiento vuelto para esa misma—«de mirar tan lleno de luz tan viva y que abrasara tanto»;

Aún hoy el libro del pasado abriendo,
Me acuerdo y sufro con el recuerdo de ellas;
Las veo ahora, de mi hogar partiendo,
Estas cantando, sollozando aquellas.

Unas con el mirar santo, teniendo
Celestes ojos y divinas huellas.
Otras de labio de coral, y riendo,
Desnudo el seno, lúbricas y bellas! . . .

Todas hermosas, como tú, llegaron,
Partieron, y al partir junto a mi seno
Todo el veneno del amor dejaron!

Pero, ninguna tuvo tu encanto,
Ni ojos tuvo de mirar tan lleno
De luz tan viva, y que abrasara tanto!



Ahora, Señoras mías. una interrupción en esta despiadada
afrenta al castellano, y os convido a hacer un pequeño esfuerzo.

Voy a decir, en portugués—«Abyssus»—donde BÍlac aso-
cia en bellisimas rimas, la belleza de la mujer a su perfidia
traidora, cuando besa y mata, comparándola a un abismo,
que al viajero, fatigado, se presenta en el medio del camino,
con la fause tapizada de rosas. El, incauto avanza, y de re-
pente, fáltale el suelo a los piés; retrocede y corre; vacila y
grita; lucha y se ensangrienta, y rueda, y cae; se despedaza
y muere!

Bella e traidora !Beijas e assassina!
Quem te vê, não ten forças que te opponha:
Ama—te. e dorme no teu seio, e sonha
E, quando accorda, accorda feito em ruinas...

Seduzes, e convidas, e fascinas,
Como o abysmo que, perfido, a medonha
Fauce aprézenta, florida e rizonha,
Tapetada de rozas e boninas!

O viajor, vendo as flores, fatigado
Foge ao sol, e, deixando a estrada poenta,
Avanza incauto... Subito, esbroado

Falta-lhe o solo aos pés: recúa e corre,
Vacilla e grita, lurta e se ensangrenta,
E rola, e tomba, e se espedaça, e morre!...

“Destierro”, donde el vate nos cuenta toda su amargura, cuando tiene la certeza de que ya no es amado y se separa de su primer amor, primer nido de su delirio, y se despide de aquel cuerpo adorado, que compara a un valle, donde se durmió en medio del camino de la vida. Y va a partir, en busca de otro amor, que le ha de amargar tanto, como el pan que se come en el destierro, entre extraños, amasado en hiel y empapado en llanto.

DESTERRO

Ja me não amas? Basta! Irei, triste e exilado
Do meu primeiro amor para outro amor, sozinho...

Adeus, carne cheiroza! Adeus, primeiro ninho
Do meu delirio! Adeus, bello corpo adorado!

En ti, como n'um valle, adormeci deitado,
No meu sonho de amor, en meio do caminho...
Beijo-te inda uma vez, n'um último carinho,
Como quem vae sahir da patria desterrado...

Adeus, corpo gentil, patria do meu dezejo!
Berzo em que se emplumou o meu primeiro idyllo,
Terra em que floresceu o meu primeiro beijo!

Adeus! Esse outro amor, ha de amargarme tanto
Como o pão que se come, entre extranhos, no exilio
Amassado com fel e embebido de pranto...

Ahora "Paloma y Chacal": Un contraste de esa misma naturaleza que nos propina simultáneamente, el bálsamo y el veneno, mezclado lágrimas y sonrisas, cunas y tumbas! Y siempre la misma contradicción! Pájaros cantando sobre las sepulturas! Flores flotando sobre viscosas aguas; la tristeza al lado de la alegría, y es en ese mismo seno de la naturaleza donde nace la noche y donde nace el día!

O'Natureza! O'Máe piedoza e pura!
O'cruel, implacavel assassina!
Máo que o veneno e o balsamo propina
E aos sorrizos as lagrimas mistura!

Pois o berço, onde a bocca pequenina
Abre o infante a sorrir, e a miniatura,

A vaga imagen de uma sepultura,
O germen vivo de uma atroz ruina?

Sempre o mesmo contraste! Passaros cantando
Sobre tumulos... flores sobre a face
De ascosas agoas putridas boiando!...

Anda a tristeza ao lado da alegría!...
E esse teu seio, de onde a noite nace,
E'o mesmo seio de onde nace o dia!...

“Vinha de Naboth” Naboth, judío que el Rey israelita Achab mandó matar para apoderarse de su viña. Imagen de la cual se sirve el poeta para maldecir la pasión que le domina, y que él compara a una senda iluminada por el Sol, abierta en el seno de una selva oscura. Vive, así, dentro de una horrible pesadilla; loco, oyendo por todas partes su voz y viendo por do quier el color de sus cabellos. Y no reposará, jamás, en el valle de su pecho!..

Nunca te poseeré, bella y envidiada viña!
O' viña de Naboth que tanto ambiciono!
O'alma que procuro y nunca serás mía!

Vinha de Naboth

Maldito aquelle dia, em que abriste em nmeu seio,
Cruel, esta paixáo, como ampla e illuminada,
Uma claraira
Uma clareira verde, aberta ao Sol, no meio
Da espessa escuridñiao de una selva cerrada!

Ah! Trez vezes maldito o amor que me avassala,
E me obriga avivar dentro de um pesadelo,
Louco! Por toda a parte ouvindo a tua fala,
Vendo por toda a parte a cor do teu cabelo!

Do teu collo no valle embalsamado e puro
Nunca descançarei, como num paraizo,
Sob a tenda aromal desse cabelo escuro,
Olhando o teu olhar, sorrindo ao teu sorriso!

Desvairas-me a razão; tiras-me a calma e o sommo!
Nunca te possuirei, bella e invejada vinha!
O'vinha de Naboth, que tanto ambiciono!
Oh! alma que procuro e nunca serás minha!

“A Cilada”. La Celada que nos arman la sombra, el silencio y el perfume. Las aves que enmudecen, el candor de las flores, en una tarde tibia que nos incendia los sentidos, con secretos filtros perturbadores. Las manos que se unen, las bocas que se buscan, el espíritu perdido... los besos... y la complicidad de la sombra, del silencio y del perfume.

O perfume, o silencio, a sombra... Os ninhos
Emudecem... E temos, sonhadores,
A humildade das hervas nos caminhos
E uma inocencia de anjos entre as flores.

Mas ha na tarde norma, ignotos vinhos,
Secretos filtros, perfidos vapores,
Amavios, feiticos e carinhos,
Molles, quebrados e perturbadores...

E, de repente, o incendio dos sentidos:
As mãos frías, tacteando na enciendade,
As boccas que se buscan num queixume.

E o corpo, o sangue, o espirito perdidos,
E a febre, e os beijos... e a cumplicidade
Da sombra, do silencio e do perfume...

No quiero, por más tiempo, cansar vuestra atención, forzándoos a comprender este idioma que dicen se parece tanto al vuestro.

No! Hay diferencias tan grandes que muchas veces la plancha es inevitable.

Una vez más crucifico el castellano, leyendo "Beso Eterno", la manifestación más viva de un lirismo tropical, aunque el calificativo os parezca paradójico.

Son diez estancias, de las cuales diré, apenas unas dos o tres, para daros idea una de las ansias del Poeta, cuando nos dice:

Quiero un beso sin fin, y sólo para mí!
Que dure la vida entera, y en él me sienta preso!
Hiérveme la sangre! Cálrame con tu beso!

Bésame así!

El oído cierra al rumor
Del mundo, y bésame, querida!
Vive sólo para mí! sólo para mi vida!

Sólo para mi amor!

Fuera repose en paz
Serena y calma la naturaleza,
O se debata en las tormentas presa,

Bésame más!

Y mientras sienta el calor
De tu cuerpo y aspire su fragancia,
Unamos nuestras bocas, con esa misma ansia,
Con el mismo ardiente amor!

Besémonos, que el mar
Nuestros besos oyendo, en pasmo se levante!
Y cante el Sol, y el ave en el Cielo cante,
Y cante sin cesar!
Y llena de fulgor,
Cante la amplitud y cante la floresta!
Y la naturaleza cante en delirante fiesta!
Cante! Cante este amor!

* * *

Y termina:
Quiero un beso sin fin y sólo para mí!
Que dure la vida entera, y en él me sienta preso!
Hiérveme la sangre. Cálrame con tu beso!
Bésame así!
El oído cierra al rumor
Del mundo y bésame querida!
Vive sólo para m sólo para mi vida!
Sólo para mi amor!

“Nel mezzo del camino” un soneto único en su género.
Es una historia sencilla de un encuentro y de una separación
donde él nos cuenta su pesar, cuando ella se aleja indiferente.

Llegué. Llegaste Venías [fatigada

Y triste y fatigado yo venía
Tenías el alma de ensueños bien poblada,
Y el alma de ensueños poblada yo tenía...

Y largo tiempo aguardamos en la estrada
De la vida: muchos años en la mía
Tuve tu mano, y la vista deslumbrada
Por la luz que tus ojos desprendía.

Y hoy te alejas de nuevo. En la partida
Ni el llanto tus ojos humedece,
Indiferente a nuestra despedida!

Y yo, solitario, en un dolor supremo
Veo tu bulto que desaparece,
En la extrema curva del camino extremo.

VITA NUOVA

Cuando el Poeta vuelve a su primer amor.:

* * *

Si al mismo goce antiguo me convidas,
Con esos mismos ojos abrasados,
Mata el recuerdo de las horas idas,
Horas en que vivimos apartados!

No me hables de lágrimas perdidas,

Ni tampoco de besos disipados!
Hay en una vida humana, cien mil vidas!
Cabén en un corazón, cien mil pecados!

Te amo! La fiebre que pensabas muerta,
Revive! Olvida mi pasado, loca!
¿Qué importa la vida que pasó? ¿Qué importa?

Si aún te amo después de amores tantos,
Y aún tengo en mis ojos y en mi boca,
Nuevas fuentes de besos, y de llantos?

Ahora os pido un poco de atención para los maravillosos
Tercetos, por algunos considerados los mejores versos de Bilac:

Noche, aún, cuando ella me pedía
Con cariñosos besos que me fuera,
Yo, llorando, y apenado le decía:

“—Espera, al menos, que despunte el día.
Tu alcoba, es alegre como un himno...
Y qué tristeza y oscuridad hay fuera!

Cómo puedo partir? ¿Cuál mi destino?
Mezclando el frío de mi pobre pecho,
A la niebla que hay por el camino?

Oyes? ¡El viento! Un temporal deshecho!
No me arrojes al frío y tempestad!
No me alejes del valle de tu lecho!

Moriré de aflicción y de “saudade”!
Espera hasta que el día resplandezca,
Calíentame con tu ardiente mocedad!

Sobre tu pecho, deja mi cabeza
Reposar como ha poco reposaba!...
Espera un poco, deja que amanezca”!
Ella abría los brazos! Y me quedaba,

Y en la mañana, cuando ella me pedía
Que de su albo cuerpo me apartase,
Yo con los ojos en lágrimas decía:

“—No puede ser! No vez el Sol que nace?
La aurora en fuego y sangre el Cielo corta!
Y quien me viese, que de tí diría?!

Ah! no me digas que eso poco importa!
Qué pensarían, al verme apresurado,
Tan temprano saliendo de tu puerta?!

Viéndome exhausto, pálido, cansado,
Casi sin vida, la energía muerta,
Por tus besos ardientes perfumados?!...

El amor, querida, no excluye el pudor...
Espera hasta que el sol desaparezca,
Besa mi boca y calma mi ardor!

Sobre tu pecho, deja mi cabeza
Reposar, como ha poco reposaba!

Espera un poco ¡Deja que amanezca"!
Ella abría los brazos. Y me quedaba...

Dulces cadenas que hacían que el poeta tergiversara esperando que anocheciera cuando era día, y que aclarase cuando era noche, sin valor para desprenderse de la más feliz de las prisiones.

Hay en estos tercetos impecables, tanto en la forma como en la rima, a la par de un delicado materialismo, el encanto de ese pudor de que el poeta se sirve, como argumento convincente, para decirnos que el amor, de él no prescinde.

Al leer estos versos nos preguntamos, llenos de curiosidad: ¿quién fué la amada de Bilac?

Nadie consiguió, jamás, develar el misterio que con él bajó a la tumba, ni conoció aquella que le inspiró una pasión tan viva y llena de alternativas para su amante corazón!

En un lindo soneto, su nombre tiene el encanto y la armonía del nombre patrio, y al oírlo pronunciar por bocas extrañas, el poeta canta, diciéndonos:

Lejos de ti, si escucho, por ventura,
Tu nombre, que una boca indiferente
Entre otros nombres de mujer murmura,
Sube el llanto a mis ojos prontamente...

Tal, aquel, que mísero la tortura
Sufre de un amargo destierro, y tristemente
La lengua de su país, tan suave y pura,
Hablada escucha por extraña gente...

Porque tu nombre, es para mí, ahora,

El nombre de una tierra idolatrada
Cuya—«saudade»—ardiente me devora;

Y oirlo, es ver la eterna primavera,
La luz eterna de mi Patria amada,
Donde, entre flores, tu amor me espera.

Hay en el libro de Bilac repetidas alusiones a la palabra “*Saudade*”, ese sentimiento dulce y amargo, que en otros idiomas no encontramos equivalente. Por ese motivo me abstuve de traducirla.

No es la dulce añoranza de la nostalgia castellana, ni el home sick de los ingleses, ni tampoco el souvenir de los franceses.

Saudade! palabra que apenas suena a nuestro oído, despierta en el corazón una mezcla de esperanzas y suspiros. *Saudade*; en la sencilla definición de nuestro folklore:

“*Saudade*” esta palavra
Aquelle que a inventou,
Quando saudade escrevia,
Com certeza que chorou.

Y no tentaré definiciones. Mejor que yo os dirá vuestro corazón, lejos de ese querido Chile y de vuestros padres, madres, hermanos y prometidos. *Saudade*, ya la siento con el recuerdo de mi próxima partida, viendo desaparecer esa imponente y majestuosa Cordillera, donde el Sol alegre de la Primavera, pone reflejos de plata, y resplandores en las cumbres cubiertas de nieve!

“*In extremis*”, que Bertha Singermann recitó con su dicción extraordinaria. La agonía del poeta cuando se despide de la

existencia en un día de Primavera, de un Sol brillante, viendo palpitar en los ojos de la mujer amada, toda la delicia de la vida!

Nunca morir así! Nunca morir en un día
Así! De un Sol así! Tú, desgreñada y fría,
Fría! Puestos en los míos míos, tus ojos nublados,
Y apretando en los tuyos, mis dedos helados. . .
Y un día así! De un Sol así! Y así, la esfera
Toda azul, en la pompa de un fin de Primavera!
Alas ebrias de luz, cortando el firmamento!
Aves cantando! En flor la tierra toda! El viento
Deshojando las rosas, doblando la enramada! . . .
Y aquí dentro, el silencio! . . . Y un poco más, la Nada!
Y entre nosotros dos, implacable y fuerte,
Alejándome de ti, cada vez más, la Muerte!
Yo, con el frío en el corazón, sediento
De ti, hasta en el horror del último aliento!
Tú, viendo retorcerse, tan amargamente,
La boca que besaba esa tu boca ardiente,
La boca que fué tuya! Y yo muriendo, y muriendo!
Viéndote, y viendo el Sol, y viendo el Cielo, y viendo
Tan bello palpitar en tus ojos, querida,
El placer de la Vida! El placer de la Vida!

Hasta ahora habéis oído versos en castellano o en portugués precedidos éstos de una explicación sucinta. No terminaré, sin deciros otros en nuestra lengua natal, dejando a vuestra imaginación el trabajo de penetrar en el sentido de ellos.

CANÇÃO

Dá-ma as petalas de rosa
Dessa bocca pequenina:
Vem com teu rizo, formoza!
Vem com teu beijo, divina!

Transforma num paraizo
O inferno do meu dezejo...
Formoza, vem com teu rizo!
Divina, vem com teu neijo!

Oh! Tu, que tornas radioza
Minh'alma, que a dor domina,
Só com teu rizo, formoza,
Só com teu beijo, divina!

Tenho frío, e não divizo
Luz, na treva em que me vejo:
Dá-me o claráo do teu rizo!
Dá-me o fogo do teu beijo!

MILAGRO

Depois de tantos ⁷annos, frente a frente,
Um encontro... O fantasma do meu sonho!
E, de cabellos brancos, mudamente,
Quedamos fríos, num olhar tristonho.

Velhos! . . . Mas, quando, ancioso, de repente,
Nas suas mãos as minhas palmas ponho,
Resurge a nossa Primavera, ardiente,
Na terra em bençãos, sob um sol risonho!

Felizes, num prestígio, estremecemos;
Deliramos, na luz que nos invade
Dos redivivos extases supremos;

E fulgimos volvendo a mocidade,
Aureolados dos beijos que tivemos,
No divino milagre da Saudade.

Os amores da aranha.

Com o velludo do ventre a palpiptar hirsuto
E os oito olhos de braza, ardendo em febre estranha,
Vede-a: chega ao portal do intrincado reducto,
E na gloria nupcial do Sol se aquece e banha.

Moscas! podeis revoar, sem medo, a sua sanha:
Molle e tonta de amor, pendente o palpo astuto,
E recolhido o anzól da mandibula, a aranha
Ancioza espera e attráe o amante de un minuto . . .

E eil-o corre, eil-o acode a festa e á morte! Um hymno
Curto e louco, um momento abala e inflamma o fausto
Do aranhol de ouro e seda . . . E o aguilhão assassino

Da espoza, satisfeita, abate o noivo exausto,
Que cáe, sentindo a un tempo-invejavel destino!
A tortura do espasmo e o gozo do holocausto!

Termino, ahora, con “La alborada del Amor”, natural siendo que, habiendo estropeado, crucificado y asesinado el castellano, lo entierre, ahora, en despedida.

Un horror grande y mudo, un silencio profundo
En el día del Pecado, amortajaba el Mundo!
Y Adán, viendo la puerta del Edén cerrada
Y Eva, ya de fuera, llorando desolada,
Dijo:—llégate bien junto a mí; ven conmigo, mi amor!
Y a mi carne que arde, entrega esa tu carne en flor!
Contra mi pecho, aprieta tu seno atribulado,
Y aprende a amar el Amor, renovando el Pecado!
Yo bendigo tu crimen, y mi alma de hinojos,
Beberá con placer, el llanto de tus ojos!

Ves? *Todo* ya nos repele, y a toda la Creación
Sacude el mismo horror, la misma indignación!
La cólera de Dios, es terrible y funesta,
Quema como un tifón de fuego la floresta!
La tierra, es un volcán; se desbordan los ríos!
Palpitan las estrellas, con negros calofríos!
Ruge encrespado el Mar! Plomizo está el Cielo!
Vamos! Qué importa Dios? Desata como un velo
Sobre el cuerpo desnudo, tu cabello!—En llamas
Arda la Tierra toda! Te laceren las ramas!
Y el Sol te abraze el cuerpo! Te hieran los espinos!
Surjan fieras, rugiendo en todos los caminos!
Y, viéndote sangrar, de las zarzas a través,
Se enrosquen en el suelo, las sierpes a tus pies!
¿Qué importa?! El amor, botón apenas entreabierto,
Ilumina el destierro, y perfuma el desierto!

Te amo, y soy feliz, porque del Edén partido,
Llevo—*todo*—llevando tu cuerpo tan querido!
Quede alrededor de ti la Tierra aniquilada!
Todo renacerá cantando a tu mirada!
Todo! Mar y Cielo! Florestas y montañas!
Porque la Vida Eterna, ya arde en tus entrañas!
Rosas, brotarán de tu boca, si cantares!
Ríos correrán de tus ojos, sí llorares!
Y, si justo a tu cuerpo, encantador, desnudo,
Todo muriese! sería a *todo* mudo!
Ahora, eres Mujer. Ahora, que pecaste!
Ah! Bendigo el momento en que me revelaste
Ese pecado, que el mismo Amor redime;
Porque, libre de Dios, libertado y sublime!
Hombre quedo en la Tierra! y al Edén digo adiós,
Tierra mejor que el Cielo! Hombre mayor que Dios!

Tal fué nuestro querido Bilac, robado tan temprano a las letras brasileñas.

Su único libro de poesías, con ese mismo sencillo título, contiene ciento setenta y tantos sonetos y distintos poemas. Entre éstos merecen especial mención, la Tentación de Xenocrates, el Juicio de Phrynea, Delenda Carthago, y El Cazador de Esmeraldas, episodio éste de nuestra epopeya "bandeirante".

Nada más os diré, y lamento, sinceramente, que mi pobre charla y mi horrible dicción, os hayan dado una idea tan incompleta de los méritos del poeta.

No la he podido hacer mejor! Pocas veces el hombre nace Marino-literato, y las excepciones como Pierre Loti, no se encuentran fácilmente. Es bien pobre mi trabajo, pero lo hice

como un homenaje a la Mujer chilena, y haciendo más las palabras de Bilac, también, ahora, os digo:

Y estoy contento, si un mirar me dieres.
Lo hice sólo, y sólo en ti pensando,
La más linda de todas las mujeres!

Y harta razón tenía el *Príncipe de Gales*.
Santiago, Septiembre 30 de 1925.

EL ORIENTE MISTERIOSO

LAS GRANDES CIVILIZACIONES PREHISTÓRICAS

(Conferencia de Don Arturo Ossandón de la Peña dada en el Club de Señoras)

El lejano Oriente! Hé aquí una frase cabalística que evoca de instantáneo en la memoria panoramas deslumbrantes, selvas de lujurioso verdor y lagos inmóviles en los cuales el loto y los menúfares dicen al viento de la tarde el secreto de su génesis.

Por asociación de ideas imprecisas, pensamos desde pronto en extrañas leyendas de fakires; en nababes coronados de perdrerías y en bayaderas que plasman ritualismos exóticos con sus caderas de una elasticidad ofidiana. Con Pierre Loti, con Edmundo de Amicis y hasta con ese ogro genial: Blasco Ibañez, nos atiborramos de ensueño y de espejismos semi-velados por la bruma de las lejanías, en esos relatos hiperbólicos sobre razas y países de costumbres y modalidades tan diversas de las nuestras. Mas, cabe preguntarse: En el ansia de investigaciones que es la tónica de la civilización siglo XX, ¿habremos

de contentarnos únicamente con mirajes fantásticos que tienen la inconsistencia de lo frívolo, o precisamos una introspección a fondo en los anales de aquellas regiones prodigiosas, cuna de la humana estirpe?

La respuesta no es dudosa; y ya desde los comienzos del siglo XIX, la frase del gran Leopardi: *Tornate all'antico*, marcaba interrogaciones punzantes en el ánimo de los estudiosos; y toda una legión de buscadores de la Verdad histórica, emprendían viajes al Oriente asiático, movidos de impulsos generosos, para traernos el Verbo de Vida multimilenario, escondido tras sus mitos, saturados de ciencia y de misterio.

Burnsen, Burnouff, William Jones, Lassen; Colebroo'ke; el ilustre jesuíta Dubois; ese francés maravilloso; Luis Jaccollot, el inglés Jorge Carpentier; Max Müller, el sanscritista más erudito que posea la Europa; los dos hermanos Champollion, Amelinean Mâsperó; y el sabio español Cascales y Muñoz, para no citar más nombres, recorrieron la India, Indo-China, Persia, Mesopotamia, Palestina y el Egipto, como abejas afanosas, y *succionaron* ¡este es el vocablo más adecuado! de esas sempiternas fuentes de la sabiduría antigua, ricos elíxires del sagrado soma, guardados en los santuarios venerandos de esos remotos pueblos.

Como por obra de mágico tirso, todo un pasado esplendoroso, imponente, fascinante, ha resurgido a la vista de estas épocas, desde los sagrarios de los templos iniciáticos o desde las ruinas majestuosas que la Arqueología está desde hace cincuenta años exhibiendo a las miradas atónitas de nuestro Hemisferio. Es la Esfinje que se decide a hablar. Es Isis que levanta una punta de su Velo; y permite vislumbrar los claros radiosos que otrora alumbraron esas cavernas del Misterio Eterno. Y ello tenía que suceder.

Los países de Occidente arrancan como fundamento básico de su altisonante cultura, la civilización greco-romana.

Para nosotros, los arquetipos suntuosos de las Artes, las Ciencias, las Letras y la Filosofía, son necesariamente griegos o romanos; y no queremos saber nada de más antiguo.

Hay gentes que no aceptarían remontar en sus búsquedas más allá de la civilización ejea, tildando despectivamente de fábula o fantasía, cuanto retroceda a más luengas centurias.

Los matemáticos reconocen como sus genios tutelares a Pitágoras y Euclides; los escultores, a Fidias y Praxiteles; los pictóricos, no quieren más Numen que Apeles; los Músicos, invocan a Apolo y Orfeo; los poetas, adoran en Homero, Hesiodo, Píndaro y Anacreonte; los filósofos, tienen por maestros únicos a Aristóteles, Epitecto, Zenón o Epicuro, según su tendencia; los médicos reconocen como trinidad genitora de su ciencia a Esculapio, Hipócrates, y Galeno; y en la biblioteca de todo hombre que se precia de ilustrado jamás faltan, siquiera a título de vanidad satisfecha, las tragedias de Eschyl y Sófocles, las comedias de Aristófanes, y los recitados cronológicos de Heródoto o Jenofonte.

Muy bien, pero siempre queda en pie la formidable pregunta: y los griegos ¿de quiénes aprendieron esos tesoros del saber humano? ¿Quiénes fueron sus Maestros; y dónde y cuándo recibieron los helenos las nociones culturales que han inmortalizado su recuerdo en las páginas de la Historia Universal?

He aquí un cuestionario interesante porque al decir del Filósofo de Samos: *Ex nihilo nihil fit!* ¡Nada puede salir de la Nada! El conferencista, apoyado en los trabajos de una docena de insignes orientalistas, y con el aporte de un criterio analítico, eminentemente racionalista, intentará patentizar las fi-

liaciones étnicas; y el ancestralismo moral, intelectual y científico, de la luminosa civilización greco-romana.

Cuando yo os habré demostrado, texto en mano, que Homero, el rapsoda jónico, fué sacerdote de un templo tirio en Fenicia; y que su “Iliada”, no es más que un reflejo pálido del “Ramayana”, del brahman Valmiky; y que la “Odisea”, es un extracto de los cantos épicos del fenicio Sanchoniathon; que las fábulas de Esopo, son un plagio palmario de las del hindú Pilpay; cuando os demuestre que Solón y Thales de Mileto; Pitágoras, Platón, Empédocles y Megástenes, aprendieron en los colegios sacerdotales de Saís, Menfis, Tebas y Heliópolis, aquellos postulados de ciencia, filosofía, arte sociológico, religión y jurisprudencia, asombro de la Posteridad; en el instante que os compruebe que la ciencia médica de Asklepiades y de Hipócrates fué importada del Egipto; cuyos therapeutas habían escrito tratados de Anatomía y hasta de Histología, seis mil años antes que la Grecia Miceana naciera a la Vida Orgánica de las Naciones libres, entonces ese innato sentimiento de justicia, inherentes a las almas bien dispuestas, hará que vosotros todos recapituléis con atención las aseveraciones documentadas que os hará este preopinante.

Y vuestro asombro alcanzará el grado superlativo cuando el que habla al fulgor de la Analogía y con el valer de la ciencia etimológica, atestigüe que la Mitología, o mejor dicho: la Teogonía de los antiguos helenos, es un trasunto fiel e inconfundible de la gran Religión-Sabiduría emergida de las *Adytias*, o Arcas Santas, de la India, el Irán, la Judea y la Samotracia. Para afirmar este teorema, establezcamos eslabonamientos o puntos de contacto entre las potentes civilizaciones denominadas “Pre-Históricas”, es a saber, al margen de las crono-

logías tenidas en Occidente en concepto de fidedignas; y las del ciclo evolutivo tracio-griego.

Por razones de etnología, y hasta etnográficas, invertiremos el orden de precedencia, hablando primeramente de la Tracia, la Fenicia y la Judea, pueblos que por su vecindad han debido lanzar sus primeras oleadas emigratorias sobre las costas Aqueas o de la Jonia.

Dice Eduardo Schuré, en su monumental obra, que la Tracia constituyó un país maravilloso allá por los siglos 35, o 36 antes de la Era Cristiana. Era una región privilegiada; de clima dulce; con un suelo feraz y una fauna y una flora espléndidas.

De localizar bien la Acadia mitopeica de los soñadores griegos, habría que ubicarla en Tracia. En esta comarca de promisión, surgió unos dos mil años A. J. C., el divino Orfeo, fundador de una de las más elevadas religiones que haya conocido la Humanidad pretérita.

Pues bien, la Etimología nos demuestra la procedencia fenicia de ambos: el pueblo y su héroe, Tracia, en griego: Thrakia, viene del fenicio *Bakhiwa*, que significa: Visión; el espacio etéreo o firmamento.

Orfeo, en griego, Ar-Pha, es en fenicio *Aur-Rophae*, de *Aur*, la luz, y *Rophae*, curación; o sea, *Aquel que cura por la luz*.

El nombre de Apolo, en griego: Apollon, el Dios central de la Cosmogonia Orfica, deriva también del fenicio: *Ap-Olen*, con igual acepción exegetica: Ser supremo. La misma voz Poesía, en griego: *Poiesis*, es del fenicio Phoe-lenguaje, discurso; y del prefijo, Is o Ish, que designa a la Divinidad, en casi todas las lenguas ario-semíticas. El vocablo fenicio Phohe-Ish; lengua de los Dioses, es el molde primario del nombre *Poesía*, actual. Pero, hay mejor todavía.

Los insignes poetas tracios, Thammyris, Linos y Amphión,

escribieron alegóricamente, en ritmo eumólpico, verdaderos tratados sobre Liturgia Sagrada, Artes y Ciencias que dieron el molde para muchas de las premisas éticas o filosóficas incorporadas más tarde a los códigos helénicos.

Se llamaban *cantos eumólpicos*, en aquellos tiempos, ciertas melodías de ritmo isocrónico que semejan mucho a los *mantrams* de los hindús. De todo lo anterior podemos colegir vínculos estrechos de afinidad mental y hasta de consanguinidad racial, entre los fenicios y los habitantes del territorio aqueo o jónico, sirviendo de nexo de unión esa tierra Prometida: la Tracia. En cuanto a los puntos de contacto de los antiguos griegos con los israelitas del tiempo de los Jueces, son, así mismo, harto sugerentes.

La similitud fonética de los modismos o voces destinados a individualizar la Seidad Suprema, las jerarquías espirituales, las ceremonias litúrgicas; las cosas del culto divino, etc., son idénticas en Israel y en Grecia.

Pruebas al canto: Leemos en Plutarco que las Bacantes, es a saber: sacerdotisas consagradas a Baco, danzaban en las fiestas délficas alrededor de la efigie de Zeus-Pitri, esto es, Júpiter; y le invocaban gritando: *Evohé! Evohé!*

Pues bien, esta invocación no es más que la adaptación al griego antiguo de la gran palabra del ritual mosaico: IEVE; que se pronuncia HE-VAU-HE, o lo que es lo mismo: JEHOVAH. Contundente: ¿Verdad?

Otro testimonio: En el santuario de Delfos se reverenciaba al Hacedor bajo el nombre de Dionysos, o IAGCOS. Entonces, notaremos que IAGCOS, es una refundición del vocablo hebreo IAO-ELOTH, el ángel mensajero del Eterno que aparece a Moisés en los flancos de las serranías del Horeb. Otra atestación: La Fiesta de los Tabernáculos, o de las cosechas, se verificaba

entre los judíos, al 7.º día del 7.º mes de Ethanim. En Grecia, las fiestas en homenaje a Demeter, la augusta Madre Naturaleza, acontecía en el 7.º día del 7.º mes de Boeldremión. ¿Por qué esta paridad de fechas? Los Izzarins o Levitas, oraban y se purificaban con abluciones, a la salida del sol, usaban vestiduras de lino blanco; practicaban la Ley del silencio; ayunaban, y regía entre ellos la comunidad de bienes materiales; los Epoptoi, o sacerdotes de los Misterios eleusinos, hacían otro tanto. ¿No revela esto una común organización canónica?

Prosigamos. El emparentamiento de Grecia con su soberbio vecino: el Egipto, sale del dominio de lo conjetural para caer en la probanza objetiva. Todos conocemos la historia del Laberinto de Creta, construido por Dédalo; cuyo nombre viene del griego *Labrys*, hacha de doble filo, que era uno de los atributos del poder de Júpiter Olímpico.

Pues bien, este Laberinto fué copiado del original egipcio, erigido a orillas del Lago Moeris, en la desembocadura del Nilo; y construido por el Faraón Amasis, 2,000 años A. J. C.

Se llamaba el “Laberinto de los Doce Señores”, y sobre el particular cedamos la palabra a Heródoto, el historiógrafo heleno que visitó sus ruinas poco después de la caída de Psanético, 600 años A. J. C. El Laberinto—dice Heródoto—constaba de tres mil cámaras, mitad subterráneas, mitad a ras del suelo”. Yo mismo pasé por estas últimas, y pude examinarlas a mi placer. Vi y examiné con mis propios ojos las cámaras superiores y pude convencerme de que aventajaban en mérito a toda otra construcción humana. Los corredores a través de los edificios y las intrincadas revueltas entre los patios despertaron en mí, admiración infinita, según pasaba del patio a la Cámaras; y de éstas a las columnatas; y de las columnatas a

otros cuerpos de edificios que daban a nuevas cámaras y patios. El techo era todo de piedra, así como las paredes; y unos y otros aparecían decorados con figuras primorosamente esculpidas. Los patios estaban circuídos de claustros con columnatas de piedra blanca, de muy delicada escultura. En un ángulo de este Laberinto se alzaba una pirámide de 220 pies de altura, con figuras colosales talladas en su mole a la que se entraba por un amplio corredor subterráneo”, etc. Creo innecesario mayores argumentaciones, después de esto. Si los griegos, copiaban de Egipto estas maravillas, es lógico deducir que copiarían, así mismo otras producciones de la estupenda civilización del Egipto faraónico, con tanta mayor razón cuanto ya dijimos que muchos de sus prohombres se instruyeron en Tebas, Filoé, Memfis y Luxor.

En cuanto a las conexiones de la inmensa cultura ario-brahmánica con la Grecia Miceana, no las podemos escudriñar con la deseable amplitud, dada la índole breve de nuestra conversación, pero haremos resaltar una circunstancia que provocará sorpresas en el auditorio.

La mayoría de los nombres sagrados o hagiográficos del gnosticismo griego; los patronímicos de los grandes héroes reales o mitológicos; y hasta las denominaciones geográficas, son meras transformaciones o desinencias del sánscrito, el idioma misterioso de los arios. He aquí algunas comparaciones o cotejos.

Júpiter, viene de *Zeus-Piri*; el Dios Absoluto hindú; Hércules, de *Hara-kala*, personaje fabuloso de Kabir. Teseo, es *Taha-Saha*, compañero del Dios Siva- Ariadna, es en sánscrito *Ari-Ana*, seducida por un rival; Perseo, es *Para Saha*, que significa socorrido a tiempo. Orestes es *O-Racksa-Ta*; perseguido por maleficios; Pilades, es *Pula-da*; el que consuela amistosa-

mente. Pallas, es *Palla-sa*, la prudencia que protege a los seres; Minerva, es *Manarva*, que sostiene a los fuertes. Bellona es *Balla-na*, así mismo, diosa de la guerra. Marte es *Mri*, que da la muerte. Helenos, es *Hela-na*, guerreros adoradores de la Luna. Pitágoras, es *Pitar-gurú*; maestro supremo, jefe iniciador. Anaxágoras, es *Ananda gurú*, maestro espiritual. Protagoras es *Prata-gurú*, que sobresale en las ciencias. Tirrinos o tirrenos, es *Tyra-na*; guerreros rápidos. Prometeus, es *Pramathia*; el que enciende el fuego. Atenea es *A-tana-da*, que hace voto de castidad, etc.

Podríase multiplicar los ejemplos, pero temo cansar vuestra atención.

¿Qué podemos inducir de lo relacionado?

Que, evidentemente, la India transmitió a los helenos su portentosa sabiduría, conjuntamente con los mitos, o verdades superiores disfrazadas en alegorías, metáforas y emblemas o símbolos consentido oculto, de un mitaficismo apenas, comprensible para las mentalidades occidentales. (Pausa)

Recapitulando las interferencias enunciadas, cabría escalar los ciclos progresivos del Mundo Oriental prehistórico, en esta forma:

Civilización aria, fundada por Rama, 18,000 años antes de nuestra Era.

Este superhombre, salido de las llanuras de la Escitia, encarna el predominio de la raza blanca en el centro del Asia, por medio de la conquista. Rama funda una religión-sabiduría jamás superada hasta hoy, y echa las bases de una sociedad de pueblos que mantienen entre sí vinculaciones raciales, políticas y religiosas, concrecionadas y firmes.

Rama y los suyos edifican en Adyavarta, o sea, el actual Hindostán, inmensas urbes, tales como Ayodhya y Hastuí

nasapura, pobladas por millones de moradores, y culminan su misión legando a la Posteridad el acervo más portentoso de leyes morales y sociales, de origen humano.

Viene, en seguida, el majestuoso Krishna, que floreció hace 14 mil años, más o menos, y que reforma la antigua legislación védica, y funda un vasto Estado teocrático, con el brahmanismo monacal, a su frente.

En su tiempo grandes colonias de arios toman posesión del territorio vecino de los Zendas y los iranianos, llevando las luces fulgurantes de su genio creador a esas regiones.

Aparece en seguida en el escenario de los siglos, el primer Zor-Aster o Zoroastro (hubo 26 magnos instructores del mismo nominativo); y erige la religión mazdeista-caldea, en las márgenes del Irán.

Elam y Persépolis; Nínive y Babilonia son muestras patentes del genio civilizador ario-caldeo, tronco del asirio-fenicio.

Este ciclo de la Evolución Universal extiende sus antenas por toda el Asia Menor, y por el Sur, hasta los confines de la Arabia actual.

Toca su turno al Egipto. No se sabe de dónde y cómo levanta allí su testa formidable, un gran ser espiritual: Hermes o Toth, reverenciado como un Dios después de su desaparición, hace de esto 10 ó 12 mil años.

Hermes da al antiguo país de Al-Chemi, cuyo es el nombre primitivo de esas comarcas legendarias, una organización sólida hasta lo incommovible. Somete a su poderío a todos los pueblos limítrofes desde el Mar Rojo a la Etropia y el Sudán Oriental, y dota a su nación de elementos culturales que arrancan gritos de estupor a la Posteridad.

La cosmogonía, la astronomía; la química, las matemáticas,

la medicina, la arquitectura, las artes plásticas, alcanzan en Egipto una perfección que nos deja estupefactos o envidiosos. Hermes parte con rumbo desconocido cuando ya ha cimentado su creación sobre pilares perdurables; y vienen 31 dinastías de grandes reyes que siguen por esta ruta hasta alcanzar la cúspide

No os extrañe, señoras y señores, que en este esquema microscópico de los tiempos idos, dé, para fijar la existencia de las remotas civilizaciones asiáticas, guarismos asustantes. Después que el alemán Ebers descifró las inscripciones de la piedra meteórica hallada bajo las ruinas de Damietta, no cabe hesitación alguna al asignar a la 1.^a dinastía, encabezada por el Rey Menes, o Manés, 10 mil años de antigüedad.

Léanse los libros de Maeterlink y Hartmann y se obtendrá confirmación de lo dicho, con lujo de atestaciones.

Reanudando la disertación, resta ocuparnos de las civilizaciones fenicia-israelita.

La primera cuenta 7 mil años de edad; y debe su desarrollo al coloso científico: Onkeles, astrónomo caldeo, dotado de tanta sapiencia como virtudes de gobernante.

La segunda al profeta de los profetas, cuyo nombre es Hosar-Síph, que concibió el proyecto de reunir en una sola, nueva y vigorosa nacionalidad, a las tribus de Ibrims, o hebreos que gemían como esclavos del Faraón Ramsés II, y a los pastores nómades que vagaban a lo largo de las costas del Mar Rojo. He nombrado a Moisés, que tomó este patronímico tras de su visión en el Sinaí. No he de detenerme en patentizar los lazos que unieron a fenicios e israelitas con los ejipcios, asirios y caldeos, porque ello sería ofender vuestra cultura.

Basta decir que Moisés, 3 mil años antes J. C. hizo de Israel una de las naciones más homogéneas y admirables del orbe

antiguo, y le cabe la gloria imperecedora de haber predicado el monoteísmo; o sea, adoración de un solo y único Supremo Hacedor del Universo. Con lo dicho, el conferencista cree dejar patentizada la efectividad de la existencia de una serie de civilizaciones sin solución de continuidad, que tienen en punto de partida en el alto Indostán, con el iniciado Rama, gran hierofante del culto solar escita, y transmitidas por etapas sucesivas a las comarcas adyacentes, desde las márgenes del Ganjes y el Indus, hasta las del Nilo y el Jordán, haciendo previamente jornadas estacionarias a lo largo de los legendarios Eufrates y Tigris. Luego: nuevos eslabones quedan engarzados a esa cadena primera por la obra de los hombres y los acontecimientos.

Grecia, Roma, Francia, Germania y demás pléyade de astros constelados en Occidente, y para que os interpenetréis a conciencia del grado de adelantamiento moral e intelectual de aquellos remotos pueblos orientales, he de sostener con firmeza, exenta de petulancia, que, acaso sin saberlo, las naciones europeas continúan organizándose con arreglo a las leyes brahmánicas del Manú, en vigencia en la India hace cien siglos. En cuanto al esplendor material de la India, Caldea, Asiria, Egipto y Grecia prehistórica, permítaseme citar este puñado de maravillas; mencionando quienes las han visto. ¡Atención, benévolos oyentes!

Mr. Vincent, que viajó por las Indias asiáticas, narra lo que sigue:

Vi el templo de Nagkon Watt, en el actual Cambodge, y el de Taj-Mahal, en Agra, India Inglesa. Las ruinas del celebrísimo templo de Nagkon Watt, están en Siam-Rapp. Se llega a él por una calzada de 725 pies de longitud, pavimentada con baldosas de fina porcelana en colores. A ambos lados,

se ostentan seis enormes grifos de piedra, hipostílicos, de majestuoso aspecto y flanquean esta calzada lagos artificiales de cinco millas de extensión.

Las murallas exteriores abarcan una milla cuadrada de superficie. Hay portales exteriores hermosísimos con esculturas de dioses, dragones alados, etc. Toda la inmensa construcción es de sillería, *sin liga ni cementos*, y las piedras se ajustan matemáticamente quedando como encajadas unas en otras. Se alza en el interior un gran cuadrilongo central de 796 pies de largo, por 588 de ancho; y en cada ángulo, una pagoda de 150 pies de alto; presididas por una más elevada, céntrica, de 250 pies.

A uno y otro lado del pórtico existen galerías de comunicación, con doble fila de columnas monolíticas talladas y esculpidas.

El techo está abovedado, y se destacan en él, y en los muros, incontables relieves *que contienen la epopeya del Ramayana*. Existe “un milagro de estática” en este monumento, pues las bóvedas del templo no reconocen en sus arcos clave alguna arquitectónica. ¿Qué decís a esto, señores ingenieros del siglo XX?

Otro ilustre visitante, el arqueólogo Morihot, agrega por su parte: “Hay seis mil columnas y más de cien mil bajos relieves en tan insuperable monumento del arte oriental”.

En cuanto al templo brahmánico de Taj-Mahal, lo mejor que debemos hacer es referirnos a la opinión del arzobispo Heber, que lo visitó, calificándolo como la “novena maravilla del Mundo”. Lo apoda muy acertadamente de *grandioso poema de mármol*. Si hubiera de reproducir las impresiones y encomios de los que han visitado los centenares de templos, pagodas, santuarios, pirámides, esfinges, obeliscos y otros

prodigios artísticos que cubren el suelo hindostánico, habría para hablar largo y tendido.

Los hipogeos o hipostilos de Gharipuri, Ellora, Elefanta, Badrinath, Kanary y Oodepur; las pirámides de Tamjor y de Tranwacore; la infinidad de monumentos emblemáticos estátuas y bustos cuajados de mármoles, bronce, granito; jaspe, ónix y alabastro; las grutas subterráneas de Karly, laminadas de oro y plata; las efigies de Brahma o el Budha, tachonadas de piedras preciosas, etc., darían tema para narraciones extensísimas. En la imposibilidad de efectuarlo, me limito a recomendaros la lectura de las obras de Gustavo Le Bon, Luis Jaccolliot y Mario Roso de Luma, que describen estas maravillas con toques magistrales.

En la antigua Persia, anotamos, asimismo, cosas dignas de recordación.

Ebactana, capital de los Medos, estaba defendida por siete murallas circulares sucesivas; cuya altura aumentaba del exterior al interior. Talladas y pulidas convenientemente, las piedras de estos muros eran de colores armonizados astrológicamente con los espectros radiantes de los siete planetas conocidos en ese entonces.

El Palacio Real ostentaba el techo de plata; los artesonados de las salas regias, forrados en oro; y a la media noche, multitud de lámparas a nafta, con un agregado especial, emulaban los rayos del sol. Cuando aún quedaban en pie los vestigios de la última cosmópolis asiria, Babilonia, se observaban los contornos de la muralla, de sesenta millas de circuito; y ochenta pies de altura, que protegía la inmensa ciudad; muy superior en extensión al actual Londres.

Aún quedan visibles escombros del famoso observatorio o Torre de Belo; y rastros de los célebres jardines colgantes,

cuya creación inmortalizó a Semíramis. También han sido localizados por los arqueólogos las máquinas elevadoras de las aguas del Eufrates y los acueductos y represas del lago artificial construído para almacenar los torrentes descendidos de las montañas de Armenia.

Pero lo más admirable, es sin duda, el túnel construído bajo del lecho del río, como una salida subterránea para operaciones estratégicas.

Gracias a los pacientes trabajos del ilustre asiriólogo Jorge Carpentier, asesorado por el profesor von Hillprecht, han sido descubiertas en el sitio en que otrora estuvo Persépolis, las ruinas enterradas bajo la arena de una gigantesca urbe, a la que se asigna una antigüedad de 10 mil años. Además, una pujante misión científica francesa, halló en las ruinas de Elam, antiquísima ciudad caldea, una larga y preciosa inscripción cuneiforme que refiere la existencia de un Monarca llamado Mamishtisuh, que floreció 7 mil años antes de la Era Cristiana, fundando un poderoso imperio durante el cual las artes y las ciencias fueron asombrosas. En cuanto al arte pictórico en la India, me remito al siguiente caso: El abate Huc describe una pintura que se conserva en un monasterio lamaista del Thibet, calificándola de “prodigio entre los prodigios” Es una tela que representa un paisaje de luna; y en que la reproducción de este astro tiene el mismo aspecto y sigue los movimientos y fases del natural; con tan sorprendente exactitud, que luego de salir, brilla, empalidece tras alguna nube, se pone; y en suma, es la más fiel pantalla terrestre del curso de Selene por el cielo. Como es de suponer, el abate Huc comprobó a satisfacción que no había supercherías ni mecanismo secreto alguno tras el paisaje. Análogas pinturas hay en Agra, y hasta en el

Japón. No hago comentarios sobre tan sorprendente hecho, y paso a ocuparme de las maravillas egipcias.

Mr. Morgan, sabio americano, Director del Departamento de Investigaciones egipcias en New York, descubrió la tumba del Rey An-Ab-Ra, de la XII dinastía, 3,500 A. J. C. Era de una magnificencia tan deslumbrante como la de Tut-Ank-Annon, hallada hace apenas tres años, y contenía innumerables brillantes grabados en su periferia con el sello del soberano; y gran cantidad de joyas y artefactos de oro puro, trabajados con tal arte y maestría, que no hay orfebre ni joyero en todo el Orbe actual que pudiera hacer otro tanto.

El francés Amelineau halló en 1875 cerca de Abydos, una estatua erigida a Inesfera; primer rey de la IV dinastía; y numerosas obras escultóricas en bronce o cristal de roca o alabastro.

Otro explorador halló en Negada, entre Tebas y Abydos, estatuas de bronce y figuras en piedra de talla colosal; el todo exquisitamente tallado y labrado, con rara perfección.

En cuanto a producciones pictóricas, nada sobrepaja a los frescos exhibidos en los hipostilos de los templos de Karnak y de Luxor, que conservan viva hasta hoy su rica tonalidad. Es un secreto de la química egipcia perdido para siempre. Los vasos y ornamentos y dibujos de la necrópolis Ammon-Enoph I son el original de donde los griegos, cretenses y etruscos, copiaron sus modelos. En cuanto a templos y santuarios, nada hay comparable por su imponentia y majestad a los de Isambul, en la Baja Nubia, abiertos en la roca viva. Allí se alzan estatuas sedentes de setenta pies de alto, labradas en el granito porfídico.

El torso de la efigie de Ramses II en Tebas, mide sesenta pies de contorno y sus proporciones anatómicas son de una

correlación irreprochable. Acerca de los templos de Filoé, Abu-Simbal, Edfu, Denderah y Karnack, dice el insigne Carpenter: “Estas hermosas y estupendas construcciones; estos gigantescos templos y pirámides, admiran hondamente por su magnificencia y tamaño.

“Es estupenda su fábrica arquitectónica, pues las piedras están sobrepuestas con tal pasmosa precisión geométrica que no dejan intersticios ni aun para la hoja de un cuchillo”.

Champollion, el mayor, al hablar del suntuosísimo templo de Karnack, sostiene que es tan extraordinariamente elevado y amplio, que bajo su cúpula central, cabría cómodamente, sin tocar el ábside, la Catedral de Notre Dame de París. Finalmente, diré que el Dr. Richardson, al describir el templo de Denderah, afirma “que las figuras femeninas están labradas con arte tan delicado y perfecto, que únicamente les falta el don de la palabra, talmente es dulce y expresiva la belleza del rostro.

PRESENTACION HECHA POR LA STA. BERTA
LASTARRIA C. DE LA CONFERENCISTA
MME. MARCELLE LAPPICQUE

Señores, señoras:

Con legítimo orgullo presento a Uds. a la ilustre dama, quien desde la ciudad de la luz, del centro de las ciencias y del arte llega hasta nosotras trayéndonos un destello de la eficiente labor femenina en un campo que hasta ahora parecía vedado a la mujer, las *ciencias*. Ella nos hará ver la ancha senda que se abre a las actividades intelectuales de todas las mujeres del mundo.

Mme. Marcelle Lappicque, pertenece al grupo, orgullo de nuestro sexo, donde se destaca la figura de Mme Curie. Ella es hija de Severiano de Heredia, quien fué Presidente del Consejo Municipal de París y Ministro de Estado, y es sobrina del poeta José María de Heredia, el clásico autor de los Trofeos, los sonetos cincelados en bronce y oro.

Madame Lappicque ha guiado con segura mano su imaginación femenina y su talento, por los escabrosos campos de la investigación, del estudio y de la ciencia, dándose tiempo,

sin embargo, para dedicarse al arte: es una eximia concertista.

Se recibió de Doctora en ciencias el año 1905; antes habían sido premiados por La Academia sus estudios sobre el sistema nervioso; trabaja desde 1903 con su esposo y algunos discípulos en el Laboratorio de Fisiología de la Sorbonne.

Sus trabajos han sido publicados en las principales revistas científicas. Siento no disponer de tiempo suficiente para hacer una detallada narración de sus viajes; sus exploraciones en el Canadá y en la India, donde acompañó a su esposo a los montes de Aumali, cuando éste hizo los estudios antropológicos sobre los Negritas.

Mme. Lappicque hizo también una ascensión en globo hasta 3,600 m. para estudiar el aire de las alturas.

Posee, la ilustre dama que nos honra con su presencia, el temperamento del perfecto altruista, temperamento del sabio, el gran idealista que por descifrar un misterio, aliviar a la humanidad de un mal, darle un destello de luz o un impulso a la civilización se olvida de sí mismo y dedica su vida toda a ese mundo, a esa humanidad que generalmente pasa a su lado sin comprender al ser superior que se le sacrifica por darle felicidad, bienestar y salud.

Esta dama eminente es quien nos honra esta tarde con su palabra.

LA MUJER EN LAS CIENCIAS

Conferencia de Mme. Marcelle Lappicque

LA MUJER FRANCESA Y EL TRABAJO CIENTÍFICO

Señora Presidenta, Señores, Señoras:

Quiero desde luego agradecer a vuestra distinguida y empeñosa Secretaria General por sus expresiones muy elogiosas que ha pronunciado; doy también mis agradecimientos al Club de Señoras por el gran honor que me ha hecho al pedirme que tome aquí la palabra; en este centro donde he tenido la ocasión de oír conferencias tan interesantes y documentadas por voces mucho más autorizadas que la mía.

Si yo he cedido al deseo de vuestra Secretaria General, es porque yo no he podido resistir al placer de decirles algunas palabras sobre un tema que me llega al corazón; la contribución reciente, que aporta en la actualidad, en Francia, la mujer, al trabajo científico en nuestros laboratorios.

No me hago la ilusión de creer que yo les diga muchas novedades sobre los cambios que se han producido al respecto,

en nuestra vieja Sorbona: he podido notar hasta qué punto la sociedad chilena está al corriente de nuestro desarrollo literario, artístico y científico; lo que ha sido para mí un gran placer de ver cómo os interesáis en todo lo que le toca a nuestra civilización. Pero yo insistiré sobre todo en lo que pasa en el Laboratorio de Fisiología de la Sorbona bajo el punto de vista del trabajo científico efectuado por las mujeres, porque tengo todos los días bajo mis ojos las pruebas de su actividad.

Desde luego, ¿cómo se reclutan las jóvenes que piden ser inscritas en un laboratorio científico de la Sorbona para llevar a cabo trabajos de investigación?

Tienen que sobreponerse a un gran número de dificultades, porque los directores de laboratorio no admiten, generalmente, sino ayudantes que tengan por lo menos el diploma de licenciado. Desde luego es necesario para seguir los cursos de la Sorbona, que preparan para ese examen, tener el bachillerato de la enseñanza secundaria. Pero lo inaudito es que los cursos que se siguen en los liceos de niñas terminan con la obtención de un diploma de fin de estudios secundarios que no abre las puertas de la enseñanza superior. No debemos olvidar que en la época cuando fueron fundados los liceos de niñas en Francia, hace más o menos 40 años, se estaba muy lejos de suponer que un buen número de mujeres tendrían deseos de dar exámenes tan completos, y los miembros de la enseñanza pensaron que sería mucho mejor para las jóvenes, desarrollarse en la enseñanza literaria y restringir la enseñanza científica: seguir una enseñanza más superficial y menos profunda, de modo que la mujer tuviese «luces de todo», como decía nuestro gran cómico Molière. Esperamos que en poco tiempo más se harán modificaciones en los programas, de modo que, las jóvenes no estén obligadas a tomar lecciones privadas para llegar a la

preparación del examen del famoso «bachot». Esa pérdida de tiempo y de dinero les será muy pronto economizada.

A mi regreso en Francia, diré cuán adelantado está Chile sobre nosotros a este respecto; he quedado entusiasmada al saber que en vuestros liceos la enseñanza es gratuita y que a las niñas se les prepara para someterse al examen del bachillerato como en el liceo de hombres. Desde hace tiempo nuestros amigos luchan en Francia, para obtener que la enseñanza secundaria sea dada gratuitamente, de modo que las clases poco afortunadas puedan enviar también al liceo sus hijos. Además, en nuestro país, con muy raras excepciones, el número de becas que se conceden a los niños sin fortuna es muy reducido; se puede decir que la cultura es la herencia de una clase privilegiada. Temo que pase un buen número de años antes que obtengamos esa gran reforma: «la enseñanza secundaria gratuita». Pero actualmente las jóvenes que desean seguir los cursos de la enseñanza superior tienen que vencer un doble obstáculo: como lo decía antes, pasar el «bachot», el bachillerato, y después obtener de sus padres la autorización para continuar sus estudios. Esta autorización tan difícil de obtener hace una veintena de años, se da ahora cada vez más. Como lo sabéis, después de la guerra la joven en Francia se ha emancipado mucho; en todas las clases sociales ella ha deseado ser de utilidad para su país durante la guerra. Las jóvenes del pueblo haciéndose obreras en las fábricas de municiones, aún llegando a ser porta-equipajes en las estaciones; las aldeanas dirigiendo el arado en los campos; las jóvenes de la burguesía, queriendo también ser útiles, unas se hacen enfermeras y otras que tenían diplomas no temieron reemplazar a los preceptores o profesores movilizados; otras se ponen al frente de casas de comercio, en vez del marido o del padre movilizado. En general,

las mujeres llenaron sus puestos en mucho mejor forma que lo que se creyó: su energía venció su debilidad. Pero ellas tomaron el gusto a la independencia y el desprecio por la obediencia pasiva. Por otro lado los padres, mirando el futuro con menos confianza, se dijeron que si sus hijas obtuvieren diplomas de la enseñanza superior, estarían mejor armadas para conducirse en la vida y formarse una situación en el caso de no contraer matrimonio. Por desgracia, perdimos tantos hombres, segados a la flor de la edad, durante la guerra que el número de niñas ha llegado a ser mucho más considerable que el de los jóvenes: fatalmente un cierto número de ellas quedará consagrado al celibato. Verdaderamente no se encuentra más que en las familias reaccionarias padres que no se dejan arrancar su autorización necesaria por sus hijas.

Hace ya más de 25 años cuando principié mis estudios superiores, éramos exactamente tres niñas entre más de cien hombres que seguíamos los cursos para la licenciatura de ciencias naturales; mis dos compañeras eran ya profesoras en los establecimientos del Estado que deseaban tener ese diploma para mejorar su situación.

¡Hoy día, qué cambio! El número de niñas es de más o menos un tercio del de los hombres en nuestros cursos de Biología; ellas son tan numerosas en la Facultad de Medicina, y ya comienzan a invadir las salas de los cursos de la Facultad de Derecho.

Bajo el punto de vista de los exámenes, llegan ellas en buenos rangos; el año pasado en el examen de entrada de la Escuela de Chartes son las mujeres que se atribuyeron los primeros lugares; en los exámenes de licenciatura de la Sorbona en general, ellas tienen mejores notas que los hombres; en los exámenes de

internos para los hospitales también son ellas las que tienen buenos sitios.

Pero, señoras, no estemos muy orgullosas de esos éxitos; es evidente que en este momento son nada más que las mujeres con un sincero deseo de trabajo que siguen los cursos, mientras que entre los jóvenes en general son los padres que desean ver trabajar a sus hijos. En fin, hay tentaciones en el «Quartier Latin» a las que les es bien difícil a los estudiantes resistir; por esa razón están «handicapper» frente a sus compañeras, las que prosiguen sus estudios más regularmente.

Luego la joven provista de su examen de licenciado nos llega al laboratorio con un conjunto de conocimientos por lo menos igual al de los hombres. Es el momento en que ella va a ponerse a hacer investigaciones en vista de una tesis para el doctorado en ciencias, examen necesario para obtener una cátedra en la enseñanza superior.

Las mujeres no tienen todavía la ambición de ser nombradas profesoras en la enseñanza superior, pero ellas encuentran con justa razón que el fin que se proponen es muy interesante. En efecto, se necesita haber hecho un pequeño descubrimiento para que la tesis sea admitida en discusión. Es eso la diferencia entre la tesis del Doctorado en Ciencias y la del de Medicina, para que el que basta pasar con éxito los numerosos exámenes de fin de año y de reunir para dicha tesis un cierto número de observaciones tomadas de los pacientes.

Las niñas se encuentran esta vez en el laboratorio con una selección de jóvenes que tienen el mismo amor por la ciencia y que prosiguen sus exámenes con encarnizamiento.

Debo a la verdad decir que por término medio el resultado del esfuerzo del trabajo femenino es menos original que el del de sus camaradas, pero sin embargo es más pacienzudo, más

continuado; y para un profesor que se ha trazado vías de investigación son colaboradoras preciosas.

Si os parece bien, con el fin de no persistir en vaguedades, deseo indicaros algunos trabajos a los que se entrega un cierto número de niñas y de mujeres jóvenes que se han inscrito en el Laboratorio de Fisiología General de la Sorbona que dirige mi marido. También os daré algo de sus biografía.

Principio con las casadas, con camaradas científicos. Nuestro ejemplo ha sido seguido, solamente en dicho Laboratorio hay cuatro parejas que trabajan en colaboración.

La pareja más antigua, después de la nuestra, es la de los Chauchart. Madame Chauchard es Doctor en Medicina y Doctor en Ciencias desde hace algunos años. Es madre de un niño de unos doce años, quien al salir del liceo viene a hacer sus deberes en la sala del laboratorio donde trabajan sus padres. La madre aún continuando sus experiencias de ese modo puede vigilar el trabajo de su hijo. Mme. Chauchard ha enviado un cierto número de trabajos muy interesantes, a la Sociedad de Biología y a la Academia de Ciencias, sobre el funcionamiento nervioso, sobre la excitabilidad especialísima que presentan los nervios secretantes. Es ella, verdaderamente, una «virtuosa» en el arte operatorio.

Su desinterés es completo; ella y su marido pasan el día en el laboratorio en lugar de hacerse una clientela médica; su sola felicidad es la de tener éxito en alguna experiencia.

El año pasado la Universidad les propuso una situación brillantísima en la enseñanza del Brasil. Según recuerdo, al cabo de algunos años de estada, su vida quedaba asegurada por el resto de sus días. Ellos rehusaron porque era necesario abandonar el Laboratorio, no volver para encontrar la clave del enigma que se le presenta a todo experimentador.

Otra pareja muy simpática es la de dos doctores en Medicina. La señorita de Saint Firmin siendo Licenciado en Ciencias contrajo matrimonio con su camarada de estudios Liacre y continuaron sus estudios en común. La ambición en este momento de Madame Liacre es la de alcanzar a rendir, como su marido, la tesis del Doctorado de Ciencias. Ya tiene datos interesantes sobre las modificaciones operadas por los reactivos empleados en la histología en la estructura del protoplasma vegetal, pero su trabajo es interrumpido de continuo; tiene cuatro hijos de los que dos han estado seriamente enfermos el año pasado.

Ha llevado a su casa un microscopio y materiales de estudio y esperamos que con la mejoría de sus hijos ella podrá rendir su tesis el próximo año.

Otra pareja, de la que voy a hablar, es la más joven del Laboratorio, se llama Soille. El marido, hijo de un general, es preparador agregado al Laboratorio, pero también tiene obligación de trabajar en otro establecimiento. De hecho es su joven esposa, también estudiante de medicina, la que hace las preparaciones de histología y unas preciosas fotografías microscópicas. Ella tiene un nene que todavía es de pecho, y se lo hace llevar al Laboratorio a medio día para alimentarlo. Es gracias a ella que su marido ha podido presentar algunos trabajos en los centros científicos.

Podéis así ver que en un laboratorio solamente, hay cuatro parejas dedicadas al trabajo científico.

Asimismo voy a presentaros algunas jóvenes casadas dedicadas a las investigaciones biológicas, que son alumnas de mi marido.

Desde luego, una joven muy simpática, Madame Bouty; hija de M. Koenigs, profesor de Mecánica en la Sorbona y

miembro de la Academia de Ciencias. Ella ha obtenido rendir una tesis para el Doctorado de Ciencias, que ha sido una contribución importante en el funcionamiento de los nervios vaso-motores; nervios que dominan la contracción o la dilatación de los vasos donde circula la sangre. Se cita a menudo su trabajo, que sirve de punto de partida a las investigaciones actuales. Ella contrajo matrimonio con un hijo de un colega de su padre y le da consejos preciosos a su marido para la ejecución de aparatos de física. También es una excelente madre de familia, tiene tres hermosos niños que educa con inteligencia y firmeza. Cuando tiene un instante de libertad viene inmediatamente a reconfortarse, como dice ella, en la atmósfera del Laboratorio.

Tenemos también en el Laboratorio dos jóvenes que se casaron el año pasado antes de rendir sus tesis para el Doctorado de Ciencias. Cada una de ellas ha tenido un nene en su primer año de matrimonio y lo que no les ha impedido de venir frecuentemente al Laboratorio. La mayor, Mademoiselle Giry, hija del antiguo profesor de la Escuela de Chartes, ha principiado un trabajo sobre el estudio de los reflejos y sobre las modificaciones operadas por algunos venenos; como la morfina; sobre la excitabilidad de los reflejos. Se casó con un ingeniero de la Escuela Politécnica, y creo que este año vamos a tener otra pareja más en el Laboratorio. Los conocimientos matemáticos de M. Mazoué, así se llama el recién casado, van a ser de gran utilidad para su esposa para comprender algunos problemas arduos de la teoría de la excitabilidad eléctrica de los nervios.

La más joven de las casadas tiene 22 años y se ha especializado en el estudio del famoso PH; este nuevo método que le parece poco aceptable a los químicos de la antigua escuela y revela la menor presencia de acidules o de alcalinidad en las

substancias. Esta joven que ha puesto al corriente del problema a numerosos operadores científicos es la señorita Kergomard, sobrina de M. Steeg, antiguo Gobernador General de Algeria y nuestro Ministro actual de Justicia. Ya ha publicado ella dos memorias sobre las variaciones del fósforo en algunas algas. Y últimamente, antes de nuestra salida para Chile, y dos días antes de dar a luz un hijo, no temió el venir al Laboratorio y *trabajar todo un día* empleando dos métodos para verificar una cifra del dosaje del yodo en una alga; porque no correspondía a la encontrada por otra de sus camaradas.

Trataremos ahora de las jóvenes sclteras, que han sido hasta el presente refractarias al matrimonio y que desean consagrarse toda su vida al trabajo científico. Una de ellas es Mademoiselle Delepaulles, que perdió a su prometido durante la guerra; ella no había hecho estudios especiales para dedicarse a la investigación científica, pero ante la gran desgracia sufrida y deseando permanecerle fiel a su memoria, se decidió a trabajar toda su vida en dilucidar algunos problemas científicos. Dió pruebas de una gran energía comenzando a preparar su hachillerato a la edad de 25 años, continuó en seguida los cursos de la Sorbona; rindiendo el año pasado el examen de Licenciado en Ciencias. Ha comenzado a hacer investigaciones, que la entusiasman, teniendo en vista una tesis para el Doctorado. Es muy anticipado el predecir si ella hará o no buenos trabajos científicos, pero en todo caso ella ha encontrado un objetivo en su vida. Cincuenta atrás se habría recluído en algún convento, hoy se encierra en el laboratorio y trataré más adelante de demostraros que la vida allí es más alegre.

Tenemos también en el Laboratorio dos mujeres que han hecho votos de celibato. Son dos hermanas, de las que la más joven ha rendido brillantemente un gran número de exámenes, ocu-

pando el primer lugar en la Licenciatura y redacta en este momento una tesis para el Doctorado de Ciencias sobre un tema extremadamente delicado, para el que necesita matemáticas superiores y se refiere a leyes físicas de la excitación eléctrica. Su hermana mayor se contenta con ayudarla en su trabajo, porque en gran número de experiencias de fisiología no se puede operar solo. La gran razón de su amor al celibato es que ellas se quieren mucho mutuamente y no quieren separarse.

Tengo que presentaros también algunas figuras interesantes de jóvenes que tienen de 23 a 25 años, las señoritas Emerique y Dumont, las dos no pueden ser física y moralmente más encantadoras, que trabajan asiduamente para presentar sus tesis. La una se ha ocupado de los problemas de imbibición de los tejidos y de la determinación del valor alimenticio de la enulina, sustancia extraída del topinambú; la otra se ocupa de la fisiología vegetal y de la crioscopía. La señorita Emerique es una joven completamente a la moderna y horroriza a sus padres con sus teorías. Ultimamente se le propuso un empleo de química, muy bien pagado, en un laboratorio y ella había aceptado con entusiasmo, encantada de bastarse a sí misma. Pero sus padres, que tienen una gruesa fortuna, no quisieron que su hija tuviese un empleo; y mi pobrecita Lisa Emerique ha llegado con los ojos enrojecidos al Laboratorio el día de la decisión de sus padres.

Otras dos jóvenes que desde hace algunos años son mis colaboradoras, la más joven de ellas es Mademoiselle Nattan Larrier, hija de un gran abogado parisiense y sobrina de un Profesor del Colegio de Francia, se ha ocupado muy activamente de investigar el valor alimenticio de algunos productos y de varias algas, sus trabajos han sido el tema de numerosas

memorias; también se ha ocupado de la acción de la adrenalina sobre la rapidez de la excitabilidad muscular y nerviosa; y muy pronto, sin dificultad, llegará a preparar una buena tesis para el Doctorado. La otra es Mademoiselle Veil, bordeando los 30 años y que ya tiene 9 años conmigo, hizo hace 4 años una tesis para Doctorado de Ciencias muy notable sobre la conducción de la excitación en el corazón, ha estudiado también las condiciones en las que se produce la aritmia cardiaca cuando se administra un cierto número de venenos como la atropina, el curare, etc. En fin, actualmente trabaja en determinar la velocidad del influjo nervioso en un cierto número de invertebrados para compararlo con el que conocemos en los vertebrados. A ella le agrada mucho trabajar a «cuatro manos», como dice, refiriéndose al trabajo en colaboración. Es una bella inteligencia y una joven muy seductora, y espero que uno de estos días ella se encuentre con el marido de sus sueños.

La enumeración de todas las alumnas del Laboratorio no se ha terminado, tenemos algunas jóvenes que han rendido hace poco su examen de Licenciados y que comienzan sus investigaciones científicas; un cierto número no tiene las aptitudes necesarias para dedicarse a la ciencia y al cabo de algunos meses de esfuerzos los directores de laboratorio o los jefes de trabajo las disuaden de continuar. Pero como lo habéis visto, la mayoría puede hacer y hace trabajo científico.

Hoy día que las nuevas condiciones económicas orientan a los jóvenes hacia las ciencias aplicadas, hacia las industrias más remunerativas; es precioso para los laboratorios de ciencias puras de tener este nuevo contingente.

Un cierto número de niñas o jóvenes casadas, ya con su tesis de Doctoras de Ciencias, han sido nombradas preparadoras en

los laboratorios, y últimamente, al lado de Madame Curie, sobre la que el señor Profesor Bancelin ha expuesto luminosamente su labor en una conferencia en este Club, otra mujer, Madame Ramart, acaba de ser nombrada Maestra de conferencias de Química.

He quedado gratamente sorprendida al ver que en Chile el Profesor de Anatomía Patológica Doctor Croizet tiene tres colaboradoras, de las que una Doctor en Medicina dirige un servicio.

Pasando por el Brasil el colega de mi marido Doctor Ozorio de Almeida, profesor de Fisiología en la Universidad de Río Janeiro, nos presentó a su hermana con la que trabaja en colaboración desde hace algunos años.

En fin, en Argentina el Doctor Roffo tenía una ayuda preciosa en su esposa que también era Doctor en Medicina. La conocimos personalmente porque vino con su marido a pasar un invierno en Francia y ambos venían a trabajar en el Laboratorio de la Sorbona. Pudimos admirar la bondad y la bella inteligencia de la señora de Roffo y quedamos penosamente impresionados con la noticia de su muerte prematura. Ella ha legado casi toda su fortuna para agrandar el Instituto del Cáncer de Buenos Aires que dirige el Doctor Roffo.

Después de estos ejemplos podemos decir que el impulso que dirige a la mujer para dedicarse a la Ciencia está dado en ambos mundos.

Para terminar voy a citar esa descripción de los indios de América del Norte: «La mujer es un ser que tiene los cabellos largos y el entendimiento corto». Ahora que nos cortamos el cabello tratemos de tener un entendimiento más largo; creo que la mujer moderna está en vías de adquirirlo.

Conferencia del Señor Luis Acevedo

Señora Presidenta del Club de Señoras:

INTRODUCCIÓN

El honorable Directorio de este círculo social—digno exponente de la cultura de la mujer chilena—se ha dignado conceder al representante del Ejército de Colombia, el altísimo honor de ocupar esta tribuna.

De las muchas personalidades de mi Patria, quienes han conocido muy de cerca el Club de Señoras, he oído conceptos de preocupación por transportar a ella sus estatutos, como elemento provechoso para encauzar las bellas cualidades de que ha sido dotada la mujer, para cumplir las múltiples misiones que la naturaleza y la sociedad le han asignado. Y en verdad que tienen razón mis compatriotas; pues, si en cada una de las ciudades de una República, y a su vez en todas ellas funcionara un centro de esta índole, el conocimiento entre los pueblos sería más fácil, ya que prestarían el papel de estaciones de radio-telefonía, por medio de las cuales estarían en completo contacto.

Instituciones de esta naturaleza, dirigidas por personas de talento y sobre todo de gran espíritu cívico, tengo la seguridad de que serán el complemento de la sublime ocurrencia del delegado de Chile ante la Liga de las Naciones, el señor don Eliodoro Yáñez, de cuyo triunfo participamos todos los que deseamos que el hombre mediante el conocimiento de sus semejantes, «haga el desarme espiritual» y no tenga otra ambición que el perfeccionamiento de la especie.

En la modestia que caracteriza a los chilenos, seguramente, al constituir este Club jamás se tuvo en mira que sus actividades resultaran con trascendencia tal que pudieran traspasar las fronteras de este bello país; y, sin embargo, los hechos están demostrando que el Club de Señoras de Santiago, además de ser un elemento de cultura de su sociedad, se ha convertido en hogar de los extranjeros. Por lo que respecta a Colombia, jamás nos cansaremos de agradecer la cordial acogida que han tenido sus hijos y las facilidades para hacer conocer mejor al país hermano.

I

LAS ESMERALDAS

Es esmeralda, «la piedra fina, cilicato de alúmina y glucina más dura que el cuarzo y teñida de verde por el óxido de cromo»,

Cómo descubrieron los europeos las esmeraldas

En busca del país de la sal, después de una peregrinación que duró un año, por las márgenes fangosas del río Magdalena



pobladas de fieras, de reptiles y de alimañas ponzoñosas, llegó Gonzalo Jiménez de Quesada, el licenciado conquistador, al Nuevo Reino de Granada.

Desde que pisó los fértiles terrenos de la alta altiplanicie andina, atemperados por un permanente clima primaveral, fué sorprendido el licenciado por el sinnúmero de esmeraldas que veía incrustadas en los ídolos de madera de los templos indígenas y en los idolillos de oro que a manera de penates llevaban atados al brazo los guerreros chibchas.

Dicen los cronistas que Tizquezusa, rey de Bacatá, para sacar a los castellanos de sus tierras, se valió de este ardid: envió una docena de indios de toda su confianza, que sudorosos y cubiertos de polvo, cual si vinieran de un largo viaje, se presentaran al jefe de la expedición con un buen lote de esmeraldas y se las entregasen en nombre del cacique de Somondoco. La orden fué cumplida con toda exactitud. Quesada puso su gente en movimiento y salió en busca de las tierras que revelaban la preciosa piedra.

Pedro de Fernández de Valenzuela, que según algunos cronistas, fué uno de los enviados por Jiménez de Quesada, llegó conducido por los indios a una cuchilla alta y pelada, cubierta de una capa de tierra deleznable, que según le dijeron cubría las vetas. Estas no se podían trabajar sino en la época de la lluvia, después de que las aguas, acarreando el manto de la tierra, las ponía al descubierto.

Los indios hacían muchas ceremonias y tomaban ciertos jugos (borrachero «Datura arbórea») diz que para adivinar los sitios en que se ocultaban las gemas. Trabajaban en hondos zanjones con «coas», estacas de aguda punta y de madera muy dura. Pocas piedras sacó el emisario, la mayor parte muy

pálidas de color. Entonces se tenía la creencia de que las esmeraldas en su formación eran blancas y que con el tiempo iban tomando y se les iba acentuando el color verde.

Un año hacía que Quesada había coronado la altura andina. Deseoso de asegurar su conquista en la corte, hizo reparto con sus soldados del botín hasta entonces recogido, que consistía en unos doscientos mil pesos en objetos de oro y mil ochocientas quince esmeraldas de diversos tamaños y calidades, sin contar aquéllos jefes, oficiales y soldados que hubieren recogido por su cuenta.

Mas tarde fueron descubiertas las minas de Muzo, que desde mediados del siglo XVI hasta la fecha han ido inundando el mundo con sus gemas verde oliva, transparentes y de una cristalización perfecta.

Don Alonso Luis de Lugo, adelantado de Canarias, caballero de alta alcurnia y que desgraciadamente lo fué también de industria, entre los despojos que hizo de sus bienes a los primeros conquistadores del Nuevo Reino, tomó al capitán Suárez Rondón cincuenta mil ducados y muchas esmeraldas de valor entre ellas una de buen color y calidad, de tamaño de una espada. De las cajas reales sacó una gran esmeralda llamada espejuelo por su color «y un bracamante de oro y esmeraldas que por bienes de Hernán Pérez estaban adjudicados al rey por lo que aquel le debía».

El padre Fray Benito de Peñaloza mandó hacer una corona para la virgen de Monserrate, (en Bogotá), la cual fué reputada como la obra más bella y perfecta de su clase. Fué avaluada en cincuenta mil ducados. El mismo padre refiere que en sólo limosnas y con el producto de misas y sermones logró recoger

doce libras de oro y dos mil quinientas esmeraldas finísimas algunas muy grandes.

Felipe II recibió tres grandes y hermosas esmeraldas que mandó labrar en forma de tabaqueras. Guardó una para sí, obsequió otra al Santo Padre y la tercera la mandó al rey de Francia.

Personas que conocen estas joyas maravillosas, dicen «que son de primera calidad, y que sus aristas miden diez centímetros de largo».

En la custodia que posee la iglesia de San Ignacio, en Bogotá, hay una esmeralda, quizá de las más puras que han producido las entrañas de la tierra, que fué bautizada con el nombre de «ojo de buey» por su tamaño y forma.

No hace mucho que el cable nos transmitió la noticia del robo que se le hiciera al Santo Padre en sus joyas y entre las cuales figuraba, como una de las más valiosas, una esmeralda colombiana.

El ilustrado historiador Ernesto Restrepo Tirado, actual Cónsul de Colombia en Sevilla, prepara un cuadro estadístico en el cual aparecerá el número de esmeraldas que anualmente se enviaban de la Nueva Granada a los reyes de España. Anticipa él que el valor total pasa de varios millones de pesos, fuera de las cantidades de esmeraldas, imposibles de contar, sacadas por los particulares.

«No es aventurado decir que cuantas esmeraldas figuran en las coronas y diademas de los reyes, en los vasos sagrados y otros objetos de piedad, todas las que realzan la belleza de las mujeres en joyas multiformes, provienen de Colombia».

EXPLOTACIÓN

El Gobierno nacional en la mira de mantener el gran prestigio que la esmeralda conquistó en el mundo artístico, decretó el monopolio en la explotación de esta riqueza. Y así está claramente determinado en el Código de Minas y en el Código fiscal de la nación.

Las principales minas de la preciosa piedra son las de Muzo, Coscues y Somondoco, ubicadas en el departamento de Boyacá, al cual paga el gobierno nacional, anualmente, la cantidad de seiscientos mil dólares, como indemnización.

La explotación está a cargo del Ministerio de Hacienda, y se hace por medio de un administrador, quien con elementos muy científicos, las extrae de las minas.

Para la venta se han establecido agencias en París y en Londres, a las cuales envía el Gobierno periódicas remesas.

Hace 389 años que las minas de Muzo, Coscues y Somondoco están produciendo la preciosa piedra, y seguramente durante toda la prehistoria fueron excavadas, a juzgar por los aderezos que los conquistadores encontraron en los templos y en las personas de los aborígenes. Y para demostrar que esta fuente de riqueza es inagotable, nos bastará consignar los siguientes datos de las últimas remesas enviadas por el Gobierno a Europa: de Julio de 1924 a Abril del presente año, se enviaron cincuenta y un mil novecientos ochenta y siete quilates de primera calidad.

La esmeralda, montada sobre platino, otra riqueza de las tierras colombianas, ha ganado en belleza siéndole más propicio este engaste para continuar caracterizándose como la más modesta de piedras preciosas.

En suma, la esmeralda es un signo colombiano.

Pero ¿qué digo?

¿No son de esmeralda ciertos ojos de mujer?

¿No es de esmeralda que se visten los campos chilenos en la primavera?

¿No es una sola esmeralda el Océano Atlántico?

Y, en fin, ¿cada hombre no lleva en su corazón una mina de eso que se llama la esperanza?

II

LA MUJER AMERICANA

La nacionalidad de casi todos los países de la América latina, fué edificada sobre los despojos de centenares de mujeres, quienes dieron sus vidas para procurar a sus hermanos la libertad civil.

Manuela Beltrán, el día 16 de Marzo de 1781, ejecuta el primer acto de rebelión para con el Gobierno de la Corona; ella volvió pedazos con sus manos un edicto del Visitador Regente, que había sido fijado en la puerta de la casa del alcalde de la ciudad del Socorro, acompañando su acción de gritos de: «Muera el mal Gobierno».

He traído la bandera de guerra de mi patria, para economizar palabras y resumir en ella la acción de la mujer colombiana en la lucha de la Independencia.

Entre las muchas cosas que han conmovido mi espíritu en el corto espacio de tiempo que hace que vivo en vuestro país encantador, sobresale la calidad de la mujer chilena para prestar sus concurso en las diversas ocupaciones de la vida cívica

y social de la nación: la mujer escritora, la mujer maestra, la pensadora, la poetisa, la política, la patriota, la caritativa, la madre, y en fin, la mujer en las demás situaciones de la vida, que, para un individuo especializado en las cuestiones sociales encontraría en cada una de ellas, fuente inagotable de estudios por medio de los cuales puede medirse, en su justo valor, todo lo que puede una raza, física, moral e intelectualmente perfeccionada.

Al ocuparme de la mujer en el período comprendido entre la creación definitiva de la República, y fines del siglo pasado, intento encontrar una, cuya vida sea exponente de las virtudes que adornan a la mujer americana:

JOSEFA ACEBEDO DE GÓMEZ

«Hay personas a quienes la luz de la época en que nacen ilumina y enaltece sus nombres, al paso que hay otras para quienes el oscuro fondo del tiempo en que viven sirven para que, como el diamante sobre el terciopelo negro su genio brille y resplandezca más. Tal sucedió a doña Josefa: nació en Bogotá el 23 de Enero de 1803, y su alta inteligencia despertó, cuando su padre proclamaba la independencia de Colombia.

Creció, pues, en medio de la lucha magna que envolviendo como ola poderosa a toda la familia, lanzó a su padre a morir en las selvas vírgenes de los Andaquies; y a sus hermanos y parientes, unos a los campos de batalla y otros al destierro o al patíbulo, mientras hacía naufragar la antes holgada fortuna del ilustre patricio.»

Ciertamente aquella época terrible tuvo que ser de suyo

tan ajena para el florecimiento de las letras como propicia para exaltar el patriotismo y levantar los caracteres.

Por eso, si bien es natural que doña Josefa tuviese el ardiente amor a la libertad y a la patria que distinguió a toda su familia, también lo es que no pudiese recibir, por falta de medios y oportunidad, la instrucción a que la hacían acreedora sus raras facultades.

No obstante, el talento, que parecía dote natural de los hijos del tribuno, unido a una extremada sensibilidad y a un corazón nobilísimo, hizo que doña Josefa escribiera libros que le dieron distinguido puesto en la literatura.

Su labor literaria consta en las siguientes obras:

Deberes de los casados.—Publicada por primera vez en Bogotá y reimpresa en París en 1853, con grandes elogios del editor.

Poesías de una granadina.—Publicada en 1854.

Economía doméstica.—Valioso libro que debieran tener a la mano todas las madres y del cual se han hecho varias ediciones, entre otras, una en Lima, con nombre ajeno.

Biografía del Doctor Diego Fernández Gómez.—Publicada en 1854.

Oráculo de las flores y de las frutas.—Publicada en 1857.

Recuerdos nacionales.—Publicada en 1860.

Cuadros de la vida de algunos granadinos.—Obra póstuma publicada en 1861 y que, a juicio de los hombres de pensamiento, es la mejor de la producción de esta americana.

Catecismo republicano, inédita, obra destinada a enseñar el amor a la república y a la libertad.

Mis ideas.—Inédita.

Biografías de varios hombres notables.—Publicadas en varias revistas.

Diario.—Inédita. Apuntaciones de la vida de la autora.
La coqueta burlona, comedia en verso en un acto, inédita.

La labor periodística de doña Josefa, por medio de la cual intervino durante toda su vida en los asuntos políticos y sociales de Colombia, es tan grande, como su obra epistolar. De la una y de la otra, se puede tomar noticias en las colecciones de periódicos de la capital y en los archivos de los hombres más notables que produjo la patria de Francisco de Paula Santander, en el siglo pasado.

Voy a mostrar un cuadro histórico de la pluma de doña Josefa que los historiadores contemporáneos han incluido en sus obras, por considerarlo de un alto valor patriótico e histórico.

«Esta ciudad, fundada, hace más de tres siglos por Gonzalo Jiménez de Quesada, se asegura que tenía cerca de cuarenta mil habitantes en el año de 1810. Sus casas, sólidamente construídas, ofrecían espacio y comodidad a los que moraban en ellas, lo que, según la opinión de muchos, puede valer tanto como lo que se llama elegancia y buen gusto modernos. Macizos balcones, en cuya construcción no se había economizado la madera; gruesas ventanas guarnecidas de espesas celosías, que daban escasa entrada a la luz y al aire que circulaba por espaciosas salas colgadas de un papel lustroso, en donde ordinariamente se representaban paisajes y flores; altos y duros carapapees con cerco dorado, forrados en filipichin o damasco, cuyas patas figuraban la mano de un león empuñando una bola; cuadros de santos con anchos marcos labrados y sobredorados, y algunos retratos de familia al óleo, ejecutados por Figueroa, y colocados lo más cerca del techo que era posible; enormes arañas de cristal; mesas pesadas con caprichosos re-

sortes; cómodas barnizadas de negro, con tiraderas doradas; escritorios con cajones embutidos de carey y concha de perlas; enormes camas con espesas cortinas de lana o algodón, que corrían sobre varillas de hierro produciendo un ruido agudo y metálico; espejos ovalados, colgados oblicuamente sobre las paredes, y sillas de brazos altos, forrados en terciopelo o damasco, cuya clavazón hacía comúnmente un dibujo poco variado. Tales eran los adornos comunes en la mayor parte de las casas de los nobles santafereños.

Los santafereños oían misa todos los días, y después se ocupaban de su almuerzo y de sus negocios. Comían de las doce a la una del día, y durante las horas de sus comidas hacían cerrar cuidadosamente las puertas de sus casas. Por la tarde paseaban por la alameda, y a la oración se retiraban a sus casas a «refrescar» dulce y chocolate (orden en que se servía entonces este refresco y que después se ha invertido con escándalo de los amantes de antiguos usos). Luego se rezaba el rosario, se hacía o se recibía alguna visita, o se conversaba en familia hasta las nueve o diez de la noche, hora ordinaria de la cena. Despachada ésta que era siempre abundante, se acostaban los buenos santafereños a dormir con tranquilidad, para recorrer al día siguiente un círculo igual de quehaceres, paseos, comidas y conversaciones. El Domingo era otra cosa: aquel día se almorzaba precisamente «tamales». El padre visitaba y era visitado; la madre se adornaba para ir donde las señoras de la alta aristocracia española, es decir, las esposas de los empleados públicos. Los criados y los niños iban por la tarde al guarrus de las aguas o de gloria y de esplendor, de que Bogotá tiene también su Genlis que la ilustre y moralice.

Algunas piezas dramáticas, casi siempre mal ejecutadas,

uno que otro baile en que figuraban la acompasada contradanza, el grave minuet, la fría alemanda, el elegante y gracioso bolero, y por remate, en casos de buen humor, el alegre sanpianito; una que otra reunión de amigos, en que se jugaba ropilla, y las anuales fiestas de Egipto y San Diego en que se cenaba abundantemente y se jugaba con escándalo al pasadiez y al bisbis; tales eran las diversiones de los hijos de la capital. Mas, en circunstancias notables en los días grandes y de larga recordación había fiestas reales, es decir, una misa solemne con tedeum y asistencia del Virrey y los tribunales, cuadrillas ecuestres a imitación de los juegos árabes, carreras de sortija, corrida de toros, salvas de artillería, besamanos o visita de ceremonia en casa del Virrey, y dos o tres bailes de tono, en que no dejaban de ostentarse lujosos trajes bordados de oro y magníficos uniformes de oficiales reales y coroneles en guarnición... Todas estas funciones nocturnas se terminaban por un suntuoso y abundante ambigú en que hacía sus habilidades de repostero algún liberto de casa grande, que vestía también en estas ocasiones una gran casaca azul forrada con tafetán blanco. Pero, ¿cuáles eran estas ocasiones singulares solemnizadas por tales fiestas? Voy a decirlo: cuando llegaba un nuevo Virrey, cuando se publicaba la bula de la santa cruzada, cuando nacía un príncipe o se casaba una infanta de España. Había también solemne función religiosa y lúgubre cuando moría un pontífice o algún individuo de la casa real de Borbón. Así todas nuestras esperanzas y alegrías, todos nuestros duelos y regocijos, nos venían del otro lado del océano. Nada era nacional para nosotros! Hasta las telas y alimentos se llamaban de Castilla cuando tenían alguna superioridad. De allí nos venían los virreyes, los oidores, los empleados de ha-

cienda, los canónigos, los alcaldes y los soldados. De allá recibíamos las ropas y también los víveres que no produce el país. De allá nos venían las indulgencias, las reliquias, la salvación del alma. Pobres colonos! Nada teníamos! Ni aún el sentimiento del amor patrio, que había dormido trescientos años en nuestros fríos y esclavizados corazones».

CÓMO SE FORMÓ ESCRITORA:

Ella misma nos lo cuenta:

«Leí novelas de amor en mi juventud, y creí en el ridículo amor de las novelas. Deseaba ser heroína; pero mi genio tímido, mis irresoluciones y mi mala figura me preservaron de aquella desgracia. Amaba la poesía y todas las ficciones de la imaginación, y a los doce años, sin saber escribir todavía, componía versos, casi todos lúgubres. Mi padre elogiaba mis poesías porque me amaba con predilección; pero después se burlaba de ellas en mi presencia, lo que necesariamente producía un mal efecto. Mi hermano mayor, joven juicioso, de grandes talentos y poeta, el mismo las parodiaba haciendo entrar en ellas algunos rasgos de mi persona. Esto me humillaba, me causaba mal humor.

La adversidad me separó muy pronto de mi adorado padre, que emigró a las montañas a la aproximación del ejército pacificador. Entonces mi sensibilidad se avivó. Empecé a llorar por él, por las desgracias de la patria y por la muerte de tantos amigos y deudos de mi padre, que diariamente eran arrastrados al patíbulo. Escribí sobre estos sucesos rasgos sentimentales y elegías profundamente tristes; llevaba una especie de diario de las tiranías de los expedicionarios, y las pintaba con todos sus

horrores. A mi madre no le gustaba aquello. Enérgica y positiva en toda la extensión de la palabra, aunque buena y sensible, no aprobaba la ostentación del sentimiento. Sus advertencias eran suaves, pero me mortificaban. Yo busqué, pues, aplausos extraños. Tenía dieciséis años cuando hice la pintura lamentable de una emigración. Estaba contenta de mi obra, y se la mostré a un doctor que entraba a casa con alguna franqueza. La leyó y me dijo al devolvérmela: «Pepita, Ud. va a ser un asombro». Esta frase me llenó de satisfacción y de orgullo y me decidió por la literatura. Yo no podía imaginar que diez años después mi elogiador sería miembro del Congreso y que había de hallarse tan escaso de luces y de ideas, que durante la reunión no se le oyó desplegar los labios una sola vez

Conozcamos el físico de esta americana: ella misma se retrata:

«Fuí pequeña de cuerpo y mal proporcionada; ojos sin expresión; frente blanca y espaciosa; boca desairada; pelo castaño y lacio; tez blanca y rosada; brazos cortos y bien hechos; cuello blanco y de graciosa forma; manos y pies pequeños pero feos; dientes blancos, grandes, desiguales y de mala calidad, pues a los 33 años se habían caído casi todos; talle corto y grueso, y en fin un todo que sin ser muy fea, no llamaba la atención de nadie ni podía procurar a mis oídos las dulzuras de la galantería».

SE PRESENTA EN SU CONDICIÓN DE NOVIA:

«Yo deseaba ser amada y me figuraba que un joven a quien veía por anteojo me era muy querido, pero si él mudaba de vestido, ya yo no le conocía, lo que prueba que mi imaginación

extraviada por la lectura de novelas, era la que me hacía anhelar por sentimientos prematuros. Un joven de talento me habló el lenguaje, para mí tan nuevo de la galantería; pero era muy inconstante, y no se fijó en mí. Sufrí pesares fantásticos y escribí versos desesperados que por fortuna nadie vió. Tal vez hubiera manifestado coquetería sin la humillante idea que tenía de mi figura, que en mi opinión debía resaltar cerca de mi hermana mayor, que era muy bella. . . . Tenía yo diecinueve años cuando volvió a suspirar cerca de mí el joven inconstante de que he hablado. Me agradaba, pero tuvo el capricho de hacerse el celoso, y yo el de no perdonarle jamás una desconfianza que en mi opinión era el mayor de los agravios. En aquella ocasión un primo hermano de mi madre, hombre de talento, conocido mérito y grandes esperanzas me propuso casamiento. Aunque dieciocho años mayor que yo y padre de un chiquillo que debía vivir con nosotros, yo acepté. Ni él ni yo teníamos amor. El me estimaba y deseaba establecerse; yo agradecí su franqueza y correspondí a su estimación, yo quería ser jefe de familia».

VEAMOS A LA ESPOSA:

«No haré el retrato de mi esposo porque he escrito su biografía; sólo diré que cualesquiera que hayan sido sus virtudes y defectos, yo lo amaba de veras dos meses después de casarme. No solamente fuí complaciente sino humilde y sumisa con él, Su superioridad me imponía, y él hacía de ella un noble uso, tratando de instruirme y de hacer de mí una compañera inteligente y juiciosa y de encontrar en mi sociedad y compañía el apoyo, consejo, y lo aprecié con todas las fuerzas del alma.

VEAMOSLA EN SU SITUACIÓN DE DIVORCIO.

«Después de ocho años de unión, cuando habíamos llorado

juntos sobre la tumba de mi primogénita y mecido la cuna de nuestra segunda hija; y cuando la proscripción de un déspota ilustraba la vida pública de mi esposo, el viento devorador de infortunio voló sobre nosotros. Mi corazón se había despedido al separarme de mi esposo.» La calumnia había roto este honorable hogar.

Con la hija mayor, que acababa de contraer matrimonio hizo un viaje a Inglaterra. En esa nación continuó cultivando las letras y a su retorno al país, ocupó una situación, quizás la más brillante de su vida y fué la de maestra de escuela, en donde la sorprende la muerte de su esposo.

VEAMOS CUALES ERAN SUS SENTIMIENTOS RELIGIOSOS:

«No he sido muy buena cristiana, porque el cristianismo que enseñó Jesucristo pide una virtud celestial, y el cristianismo ordinario una virtud humana de que no me lisonjeo, porque he sido muy débil y he cometido mil faltas y errores; pero he hecho por ser buena y tolerante más de lo que se usa comúnmente en el mundo, y jamás he pensado con indiferencia en la desgracia ajena. No obstante, he dejado de dar cuanto podía, y aunque me arrepentía, era ya tarde. No he sido prudente y me reprendo esto amargamente. No sé si al expirar habré sabido perdonar francamente; pero acaso será por un movimiento de rencor por lo que llevo conmigo al sepulcro papeles que miro como puñales con que se me ha herido.

En cuanto a la parte práctica de la religión, no he ejecutado sino lo que manda la iglesia. He confesado y comulgado, he oído misa, he enseñado la doctrina, he explicado el evangelio, he oído pocos sermones, he rezado el rosario con la familia y he procurado extender la devoción a la Madre de los afligidos.

Si esto es poco, yo no tengo la culpa. He pedido a Dios más fe y más devoción».

SE NOS PRESENTA LA CIUDADANA:

En su testamento ella pregunta a su conciencia si lo habrá sido completamente:

«No sé si habré sido buena o mala ciudadana, porque he amado y profesado los principios liberales. Las leyes reformadoras de esta última época no me han gustado todas; y entre las que me desagradaron, unas fué por la forma y otras por la sustancia. Las que me parecieron buenas son en mi concepto deficientes, y esto tal vez consiste en que es más fácil criticar que legislar... En fin como no sé de qué modo me tocaba ser buena ciudadana, me contento con saber que dejo dos hijas que se han casado con hombres honrados y que criarán hijos útiles a la patria.

El ejemplo de mi esposo como magistrado; de mi cuñado Neira como valiente; de mi primo Vargas Tejada como sabio; de mi hermano José como laborioso, honrado y prudente; de mi virtuoso padre como patriota; de mi amado hermano Alfonso como vigilador de la moral y las rentas, pueden formar un buen ciudadano».

En el epistolario de don Rufino Cuervo encontramos una carta fechada en Guadas el 29 de Agosto de 1847, suscrita por la señora Josefa, documento que hace honor al bello sexo, y de la cual extractamos:

«Tres años hace, señor doctor, que bajando yo el Magdalena fuí informada de la suerte infeliz de una larga familia de negros que eran esclavos en una hacienda que se llama «Fierro». La funesta relación de sus miserias, de los robos que les han hecho, con pretexto de hacerles pagar su libertad, de los engaños que han sufrido y del abandono e injusticias de que son víctimas, conmovió mi corazón y les hice una representación dirigida al

poder ejecutivo, con el objeto de implorar la protección del hombre honrado que ocupaba entonces la silla presidencial. Pero sea que los negocios serios del Gobierno no permitiesen a su excelencia ocuparse de una fracción tan pequeña de sus gobernados; sea que, como se cree comúnmente, los males de nuestros semejantes tocan nuestro corazón de una manera superficial; o bien que una solicitud presentada sin empeños, sin padrinos y sin ruido pareciese poco digna de atención al señor General Presidente, decretó que la representación pasase al gobernador de Mariquita para que diese informe. Este paso de rutina enviando la queja al lugar mismo donde existen poderosos relacionados y triunfantes los avaros, los injustos, los ladrones que comen del ímprobo trabajo de aquella familia miserable; esta resolución legal pero fría, egoísta e insignificante produjo el efecto que producen las visitas de cárcel, es decir, ninguno. De Mariquita no informaron; la representación se perdió, y los negros han permanecido en el mismo estado o en peor, pues diariamente se les intima subir a Honda; se hacen de ellos nuevas valuaciones, se les pide el fruto de su trabajo y se les hace sentir la servidumbre con todas sus miserias. Desde que vivo en esta villa cada mes hacen el viaje dos o tres individuos de aquella triste familia, y vienen a buscar en mí una protección y un apoyo que no está en mí prestarles. Porque ¿a quién me habría dirigido yo? Ultimamente se me dijo que era gobernador de Mariquita el señor Coronel Diago, y ocurriría él pidiéndole que se sirviese indagar sobre el paradero de aquella representación y hacer evacuar el informe pedido por el poder ejecutivo. Hasta ahora no he tenido respuesta, y como sé que Ud. ejerce ahora el mando supremo, me atrevo a dirigirla esta carta recomendando a su corazón humano, a sus

sentimientos liberales y a su espíritu ilustrado un negocio oscuro, ignorado, en que no se versan grandes intereses nacionales, ni la fortuna colosal de egoístas millonarios, sino la libertad de una triste familia de pescadores del Magdalena. El asunto, señor, es pequeño y acaso no alcanzará a distinguirse entre los importantes negocios de que Ud. va a ocuparse, pero la felicidad de un solo ser de nuestra especie debe interesar más al verdadero sabio, el hombre de bien ilustrado y sencillo que todas esas sublimes teorías de que ordinariamente se ocupan los gobernantes de nuestro país, y que son como fuegos fatuos que brillan en un instante en los periódicos para extinguirse luego en medio de la realidad aterradora de tantos infortunios públicos y privados. Quéralo Ud. señor doctor, y el bien se hará. Disponga Ud. que esta vez los nombres «libertad y filantropía» no resuenen como palabras vanas y vacías de sentido, y las bendiciones de esta familia agradecida acompañarán para siempre el nombre de Ud. Medite Ud. señor Cuervo y su corazón le dictará algo humano, heroico y honroso. Desvíese Ud. de las rutinas, no siga los caminos tortuosos y dilatados de la jurisprudencia, obre Ud. el bien según los impulsos de la justicia natural, y que la grandeza de su alma para ejecutarlos tome el vuelo atrevido del águila y no el tímido y vacilante giro de una débil mariposa».

VEAMOS AHORA A LA PENSADORA:

«Yo he calificado en el orden siguiente los bienes de la vida. En primer lugar, la paz del alma, procedente de nuestras creaciones religiosas, de la tranquilidad de la conciencia y de un amor, un respeto y una confianza filial e inmensa en nuestro Padre Celestial.

En segundo lugar, la paz doméstica y general con nuestro

prójimo, resultado de nuestro amor a la familia, nuestra indulgencia para las faltas de los demás, nuestra gratitud por los servicios, nuestra magnanimidad para perdonar las injurias, nuestra disposición para servir, complacer y consolar a todos, nuestra benevolencia hacia nuestros semejantes. Huyendo los chismes y la murmuración y no juzgando con ligereza al prójimo se logra en parte este importante bien.

En tercer lugar, la salud fruto casi siempre de la temperancia y la buena conducta.

Encuarto lugar la riqueza, medio para obtener conveniencias, para ejercer actos de beneficencia y para lograr las consideraciones de la sociedad que acata al que tiene dinero y es tolerante con quien puede ser generoso.

Después vienen los otros bienes, como la instrucción, la fuerza física, las habilidades, la hermosura, las gracias, la elocuencia y el arte de hacerse amar o a lo menos de ser agradable.

SUS CONCEPTOS SOBRE LA CARIDAD:

Cuando le habla a su hija Rosa y a su yerno:

«Una advertencia a Uds.: sean dadivosos, caritativos, piadosos con los pobres. Que no llegue un miserable a su casa (aun cuando sea chocante, necio o tal vez de sospechosa conducta) sin salir bendiciendo su nombre y dándoles las gracias. Que nadie salga con hambre de su casa. La limosna consuela al que la recibe y regocija al que la da, y por otra parte, ¿por qué hemos de ser avaros de lo que tenemos sin merecerlo? ¿Qué hiciste, mi Rosita, para lograr la herencia de tu padre? ¿En qué trabajaste para hacerle adquirir a él la fortuna que te dejó? ¿Y Ud. mi Anselmo, ¿con qué título contaba para ser el usufructuario de esa decente y cómoda herencia? Ni uno ni otro trabajaron.

Deben, pues, agradecerla a Dios y repartir una parte de ella entre los hijos de Dios que sin culpa están desheredados.

No escuchen jamás con indiferencia la relación de una desgracia o miseria del prójimo, sin contribuir aunque sea con una migaja para aliviarlas. No se impacienten con las infortunadas del menesteroso, porque esto sería como si se impacientaran con Dios y la naturaleza que el creó. Vuelvan una mirada alrededor de Uds. y su enfado cesará: más de cien cabezas de ganado, yeguas, caballos, ovejas, cabras, cerdos, gallinas, pavos, gansos, una casa grande, una despensa provista, muebles triplicados de los que se necesitan, cama abrigada para Uds., cama sobrante para huéspedes, ropa de uso en abundancia, ropa arrinconada que no usan, libros, servicio de mesa, superfluidades, medicinas, deudores y ni un solo acreedor. En fin, dinero en el bolsillo.

Miren a ese pobre infortunado: su casa es estrechísima, desahogada, llena de goteras, sin luz, sin blanquimiento. No tiene sino dos o tres gallinas, sus víveres se reducen a una libra de sal, unas matas de col, y acaso una panela, una cajeta de maíz y cebollas, todo escaso e insuficiente si lo tiene. La cama es un junco deshecho, una frazada agujereada; o tal vez nada más que su pobre ruana. No posee mas ropa que la que lleva sobre el cuerpo, sucia, remendada, a veces empapada por la lluvia; ni trastos ni remedios ni un real. Nadie le debe para lisonjearse con la esperanza de realizar un cobro, y él tendrá que trabajar cada año en los caminos públicos; tendrá que pagar subvención diezmo, primicias, limosnas para el culto y todos los sacramentos de la iglesia, y tal vez tiene madre anciana y enferma, mujer e hijos hambrientos. ¿No es cierto que Dios les ha dado a Uds. con la condición de que socorran a aquél?

Ahora nos encontramos en frente de la madre y de la suegra. En sus consejos a sus hijos dice ella:

«Tengo, mis queridos hijos, el triste presentimiento de que poco los he de acompañar en el mundo. De aquí nace la necesidad que tengo de dirigirles algunos consejos que Uds. recibirán bien, porque estoy persuadida de que me aman. Es la primera que vivan siempre en paz, siempre unidos y siempre indulgentes el uno para el otro. No hay desgracia que compararse pueda a la de un matrimonio desavenido, y las consecuencias de la separación de dos casados, sobre todo si tienen familia, son inmensas y funestas y sólo dejan en el corazón un germen amargo de eterno remordimiento. Yo lo he probado. Anselmo: comuníqueme sus negocios, proyectos y temores, para que ella se identifique con Ud. y haga causa común con su esposo en todas ocasiones. Tú, mi Rosa amada, no te inquietes y mortifiques a tu marido con desconfianzas injuriosas e infundadas. Soporta su seriedad, porque esto viene de su carácter y de su familia. Recuerda que es juicioso y moderado. Obedécele, complácete y manifiéstale siempre francamente con dulzura tus opiniones. Uno y otro dense recíprocamente razón de sus proceder.

No eduquen a mis adorados nietecitos sin religión y sin inculcarles muchas ideas de respeto a Uds. y a todas las personas que se deben respetar. Jamás le refieran vicios ni escándalos de nadie, menos faltas de sus parientes y allegados. Que los eduquen maestros escogidos y bajo la vigilancia de Uds. Los colegios no les convienen, y el separarlos de sus padres es envenenar sus almas. Que Ernesto y el otro nieto que viene y que creo será varón, aprendan algún oficio mecánico. Acostúmbrenlos a mirar y preguntar cómo se hacen todas las cosas.

Mi hermanita que aprenda bien a leer, a escribir en toda la extensión de la palabra, a coser y a bordar, a cocinar y aplanchar, la música, algo de dibujo, mucho de orden y de economía doméstica, y que se persuada que sin pudor, dulzura y bondad, nada es una mujer con respecto al destino para que Dios la crió».

Y para terminar, veamos a la mujer patriota. En una carta dirigida al general José Hilario López, presidente que fué de la Nueva Granada, encontramos palabras de ella que la acreditan como mujer patriota:

«Dígale Ud. a Lucrecia (la familia López ejecutaba en ese entonces un viaje a Europa) que goce mucho en esos países tan nuevos para ella, pero que no olvide a la Patria. En la Nueva Granada nació y aquí es donde su padre se ha cubierto de gloria y ha asegurado a sus hijos el patrimonio de un nombre ilustre. En fin, que sea siempre granadina, republicana y liberal, para que conserve el honor del nombre de Ud.»

Al finalizar esta conferencia, ruego a los circunstantes que me acompañen al recuerdo que con toda reverencia hago en estos momentos de la señorita Marta Walker—prototipo— a mi juicio—de la mujer americana del siglo XX.

Y cierro mi lectura, en la misma forma como lo hice en una reciente conferencia ante «La Cruz Roja de las mujeres de Chile»

En los relatos de viajes por Chile he encontrado, al ocuparse de la mujer, estos conceptos: «La mujer es la más bella, la más ilustrada e inteligente y la más elegante de Sud-América». Pero a los dichos cronistas se les ha escapado una otra cuali-

dad. y que es la más sublime. Yo la tengo anotada en mi libreta así: Dentro de la belleza, la inteligencia, la ilustración, la simpatía y la elegancia de la mujer chilena, se guarnece un corazón muy femenino—que la induce a hacer el bien a los menesterosos. El que quiera verificarlo, que se acerque a las dependencias del Patronato de la Infancia, al Club de Señoras, a la Cruz Roja, a la Cruz Azul, y a otros tantos templos que ha levantado la virtud de la mujer chilena.

Benditas las naciones que poseen mujeres bellas, ilustradas, inteligentes y elegantes y que, al mismo tiempo, son humanitarias y patriótas!

Santiago, Octubre 15 de 1925.

LUIS ACEVEDO,
(Teniente Coronel.)

Agregado militar a la Legación
de Colombia en Chile.

IMPRESIONES DE UN VIAJE A ITALIA

Conferencia dictada en el Club de Señoras el 18 de Noviembre de 1925, y dedicada al señor Embajador de Italia en Chile, don Alberto Martin Franklin.

Señor Encargado de Negocios de Italia; señoras; señores:

Yo considero que viajar es uno de los placeres más gratos a que es posible alcanzar en la vida.

Conocer las grandes ciudades y las costumbres y la civilización de los pueblos; disfrutar del inmenso placer que produce la vista de las montañas, los ríos, los lagos y los paisajes que en su extrema sabiduría ha creado la naturaleza; admirar los grandes trasatlánticos, los ferrocarriles, los puentes, los gigantes rascacielos, los templos monumentales y todas las maravillosas construcciones que ha realizado el ingenio humano; abismarse en los Museos con las grandes obras de arte que muestran la civilización de los pueblos, y llevan a nuestra alma el goce indefinible que produce la admiración de la be-

lleza; sentirse pequeño como un mosquito en las grandes travesías en que solo se ve la inmensidad del cielo y lo infinito del océano; y más que todo adquirir esa sólida instrucción que proporcionan los viajes, y preparan para muchas cosas útiles en la vida; todo esto constituye un agrado y una satisfacción tan grande que con nada se puede comparar.

Pero si los viajes en general producen ese placer tan intenso, en cualquiera parte del mundo que tengan lugar, este placer se eleva a un grado superlativo cuando se realizan en ese encantador país, en esa península bañada por todos lados por las juguetonas olas del mar con un cielo tan azul como el nuestro, y en que habitan mujeres de ojos negros, grandes y expresivos; país en que el arte se presenta a cada instante en forma que admira y que sorprende; país en que se encuentran repartidos y escalonados monumentos tan enormes como la Basílica de San Pedro; sirenas tan fascinadoras como esa Venecia que deslumbra; antigüedades que sorprenden, como esas ruinas de Pompeya, a nada comparables; o manifestaciones de la naturaleza de tan extrema grandiosidad como ese Vesubio, único en el mundo, que aterra a cuantos le conocen.

Desgraciadamente los viajes no son fáciles para todo el mundo. Sin embargo yo no me canso de repetir, que el esfuerzo que se hace, sin duda mucho menor de lo que uno se imagina, para ir a Europa y Estados Unidos, está sobradamente compensado con las delicias que produce.

Vamos a viajar ahora un momento con la imaginación. Recorreremos en menos de una hora esa encantadora península de la Italia, que tanto atrae a los que dentro de su alma sienten algo de la chispa del arte, y anotaremos algunas de sus impresiones más sobresalientes.

Partimos de París para dirigirnos directamente a Coionia en Alemania; y después de hacer en pequeños vaporcitos esa soñada navegación del Rhin, verdaderamente encantadora, llegamos a la Suiza, país pequeño por su extensión, pero grande por el papel de tanta importancia que ha desempeñado en el mundo, y por su belleza natural incomparable. Atravesamos los Alpes por el túnel de San Gotardo, que tiene 15,000 metros de longitud, y pocas horas después llegamos a la primera ciudad de Italia que vamos a conocer.

¡Milán! — ¡Qué linda población y que movimiento y actividad nota en ella!

Estamos en la plaza del Duomo que es el principal centro de la población. Aquí todo nos sorprende. Por la vida y extraordinaria animación de la gente de a pie, por la enorme circulación de automóviles y toda clase de vehículos, por la colosal estatua de Víctor Manuel que está en el centro de la plaza, por las grandes casas de comercio que la rodean, por la gran Galería que ocupa uno de sus costados, y más que todo por la grandiosa, por la monumental Catedral que ocupa otro de sus costados, comprendemos que estamos en uno de los centros más pintorescos y animados de toda Italia.

La Catedral, la inmensa y majestuosa Catedral, es lo primero que deslumbra al viajero tan pronto como llega a Milán.

Exteriormente es de un aspecto tan maravilloso e imponente, que el viajero se queda atónito y sorprendido en su contemplación. Es un monumento inmenso, erizado de torres, torrecillas contrafuertes, y agujas que por su altura parece

que penetran en el cielo. Este enorme monumento es todo de mármol. Paredes, columnas, estatuas, altares, los adornos de toda especie, y los detalles arquitectónicos que forman el conjunto general, son en su totalidad hechos con este precioso material.

El número de punteagudas torrecillas que forman la mayor elegancia del conjunto, llegan a ciento diez y seis, y la central que remata con una estatua de la Virgen, se eleva a ciento ocho metros de altura, o sea poco menos de una cuadra. Y el número de estatuas, de santos y de grandes personajes de la Iglesia y del antiguo y nuevo Testamento, que adornan interior y exteriormente este gran monumento del arte, algunas de ellas de verdadero mérito artístico, llegan a seis mil. La imaginación llega a confundirse. ¡Seis mil estatuas de mármol, todas como término medio, tres veces más grande que de tamaño natural!

Se explica pues que su construcción haya demorado quinientos años, y que sea incalculable el número de millones que ella demandó.

Mirada la Catedral a la caída del sol, desde esa gran arteria de Milán que se llama el Corso Víctor Manuel, bajo el efecto de los últimos rayos que doran el blanco mármol, y hacen resaltar la filigrana de sus detalles, aparece como una fantasía de las Mil y una Noches, como un verdadero palacio de hadas.

Interiormente el templo está dividido en cinco naves, por una serie de columnas que nos dejan fríos por su elevación y atrevimiento, necesarias para sostener la altura de la bóveda que llega a 57 metros, poco menos de media cuadra.

La imaginación se confunde cuando se piensa que la Cate-

dral de Milán sea obra de los hombres; cuando se mide el esfuerzo que representa tallar seis mil enormes estatuas, y tallar la cantidad infinita de sillares de mármol que se necesitan para formar cada uno de los centenares de torrecillas; cuando se observan todos los maravillosos detalles que forman el conjunto general; y cuando se calculan los millones de millones que han debido desembolsarse para llevar a término una de las obras más portentosas que ha concebido el ingenio humano, cuya construcción duró más de cinco siglos!

¡En realidad la Catedral de Milán es una de las maravillas del mundo!

Al salir de la Catedral, y sorprendernos de nuevo con el gran movimiento de la población, nos llaman la atención los enormes arcos que forman la entrada de la Galería Víctor Manuel. Nos dirigimos hacia ella admirando su grandiosidad y sus proporciones, y quedé sorprendido con el gentío inmenso que ahí se reúne, con los bazares y tiendas de gran lujo, y con las innumerables orquestas de los restaurants. Este es el principal centro en que se juntan todos los artistas líricos, y de ahí se reparten para el mundo entero.

Atravesando la Galería llegamos a la plaza de la Scala, en la cual está el famoso teatro del mismo nombre, que tiene tanta fama en el mundo del arte.

En el centro de esta plaza, que está rodeada totalmente de palacios, se encuentra la estatua de Leonardo de Vinci, el autor de «La Cena» y «La Gioconda», orgullo de Italia y del mundo entero.

Lleno de interés entré al Teatro de la Scala en el cual desgraciadamente no había ópera en esa época, y sufrí una enorme desilución. La Scala es mucho más grande, su acústica es ma-

ravillosa, pero no tiene ni la elegancia ni la finura de nuestro Teatro Municipal.

Después de recorrer admirando sus palacios, las calles principales, como la Vía Dante, el Corso Víctor Manuel y la Avenida Alejandro Manzoni; y después de haber admirado su gran parque, el monumental Arco a La Paz construido por Napoleón I, y el Circo de Las Arenas, me encuentro con una construcción enorme, pesada, con gran torre cuadrangular a la entrada, y cuyas líneas arquitectónicas son la de una gigantesca fortaleza, o más bien las de un castillo de la Edad Media. Ocupa una manzana completa de dos cuadras por costado, y por su aplastante grandiosidad llama profundamente la atención. Es el Castillo Sforza, antigua residencia de los Visconti y después de los Sforza, que ocupaban millares de salones en saraos y diversiones, y por el terror tenían dominada la ciudad. Admirablemente colocado al fondo de la Vía Dante, después de la Catedral es el edificio que más llama la atención en esta progresista población. En él hoy día se han instalado valiosísimos Museos.

Y quiero también recordar antes de salir de Milán, el Palacio Brera que es enorme y que encierra diversos Museos Bibliotecas, Observatorios e Institutos. En el centro del patio de honor se encuentra una magnífica estatua en bronce de Napoleón I, del gran Canova, en traje de romano; y entre las innumerables obras artísticas del Museo de Pinturas, está «El Matrimonio de la Virgen», la obra maestra de Rafael, que es una de las más grandes maravillas de la pintura en todos los tiempos.

Por esta tela cuyas dimensiones no son muy grandes, ofreció el Museo Británico de Londres, la bonita suma de tres

millones de francos, oferta que fué rotundamente rechazada por la ciudad de Milán.

Y no olvidemos que en esta ciudad en el Convento de Santa María de la Gracia, está la famosísima «Cena» de Leonardo de Vinci, pintada sobre una pared, una de las obras clásicas más perfectas que ha producido el ingenio humano, y que desgraciadamente se ha ido destruyendo con los años. La figura de cada uno de los Apóstoles tiene expresión, vida y movimiento incomparable; pero más que todo se admira la dulzura y la sublime majestad de la figura del Salvador.

¡Venecia!

Hemos llegado después de breve travesía a esta bellísima población, la perla del Adriático, la ciudad única en el mundo construída sobre las aguas, la encantadora Sirena que en otros tiempos con su belleza deslumbradora atraía millares de personas y después se entretenía en devorarlas por simples sospechas o falsos denuncios. Estamos en la ciudad de los ensueños, del arte y de la poesía, patria del Ticiano, el Tintoretto y Pablo Veronese; en la ciudad de las ardientes serenatas a la luz de la luna. Estamos en la ciudad reina de la hermosura, de bellísimos palacios de mármol que se reflejan en las transparentes aguas del gran Canal; la ciudad de las cúpula doradas, que dan destellos de oro con las primeras luces del sol; la ciudad que tiene en su seno la Basílica de San Marcos el Campanil y el Palacio Ducal. Estamos en la patria adoptiva de Jorge Byron y de Ricardo Wagner, esos dos grandes genios de la humanidad. Hemos alcanzado a la ciudad de los

Dogas cubiertos de oro y de pedrerías, que con su gigante poder tuvieron en zozobra la Europa entera; del sombrío Consejo de los X y del histórico puente de los Suspiros de tantas horribles tradiciones. Estamos en la ciudad de los millones de palomitas de la Plaza de San Marcos; de los incomparables atardeceres y puestas de sol; estamos en la ciudad silenciosa, sin ruido y sin polvo, única en el mundo!

—¡Tu recuerdo Venecia encantadora trae a mi alma las más intensas emociones!

Venecia es la ciudad más original del mundo entero. Las impresiones de París, de Roma, de Nueva York, despiertan gran admiración. Pero en parte alguna se experimentarán las impresiones de esa ciudad silenciosa, edificada sobre las aguas, cuyos pavimentos son la superficie de los canales, en que a cada momento necesitamos de la góndola para nuestro trabajo, en que solo se siente el ruido de los golpes de remo y el canto de los gondoleros; y en que a pesar de su extrema originalidad, presenta soberbios palacios y bellezas que deslumbran.

Desde la estación vecina de la ciudad, y antes de entrar en el larguísimo puente que internándose en el mar lleva el ferrocarril a la población, se divisa a lo lejos, medio perdida entre la bruma de la tarde, la encantadora población.

¡Qué espectáculo! Aquello es algo divino superior. El aspecto de la ciudad vista desde lejos, teñida por los últimos rayos de un sol poniente, hace pensar en un conjunto de fantásticas Sirenas que nadan en un mar puro y cristalino. Las cúpulas doradas que sobresalen recortando el horizonte, el elegante campanil, las esbeltas torres, todo medio diluído en la bruma de la tarde, semeja una acuarela de tenuísimos colores. Un momento más, y ya se distinguen los detalles del Pa-

lacio Ducal, y de otros mil palacios de la población. El sol se hunde en el mar, que toma un tono gris, un tanto sombrío. Ahora es una ciudad dibujada a la tinta china, rodeada de góndolas que ya se distinguen claramente, para dejar en el alma del viajero una de esas impresiones que jamás desaparecen!

Al día siguiente muy temprano estamos en pie, y para el estudio de la ciudad principiamos por la plaza de San Marcos, centro principal de la población.

Es una plaza sencilla, sin árboles ni jardines, de una cuadra y media de largo, por una de ancho, más o menos. En tres de sus costados se desarrollan espléndidas arquerías, formando portales, ocupados en su totalidad por brillantes joyerías y tiendas de lujo; y en el cuarto costado está la maravillosa, la incomparable Basílica de San Marcos. En las tardes es inmensa la animación de la plaza; y en una noche tuve ocasión de escuchar en ella un espléndido concierto al aire libre, ejecutado por una disciplinada orquesta de 150 profesores.

Del costado poniente de la Plaza de San Marcos, se desprende otra plaza pequeña, la Piazzetta, que está unida a ella y llega hasta el mar. En uno de los costados de la Piazzetta, está el monumental e histórico Palacio Ducal, de que luego hablaremos; y en el otro costado los grandiosos edificios que forman la Biblioteca de San Marcos.

Desde la Piazzetta mirando al mar, se goza del espectáculo incomparablemente maravilloso, formado por la desembocadura del gran Canal, por las grandes Iglesias de San Jorge Mayor en la isla de su nombre, y de Santa María de la Salud; por los jardines del Lydo, que a lo lejos se divisan, por el movimiento de las góndolas y navecillas a la vela, y por los gran-

des trasatlánticos anclados en la cercanía. Y para completar el soberbio espectáculo, al finalizar el día, vienen las puestas de sol, en las cuales el astro rey al hundirse en el mar, cambia de forma, y toma todos los colores brillantes de la paleta, amarillos, rojizos, vermellón y anaranjados, dejándonos impresiones delicadísimas que jamás se olvidan

Y no olvidemos en la Plaza de San Marcos las palomitas de, Venecia que ahí tienen su punto de reunión.

Son tan mansas y están tan familiarizadas con los viajeros que se paran en los hombros, en los sombreros y aún en las manos de cualquiera de ellos. Son millones y tienen sus habitaciones en los aleros de los palacios vecinos. A la una de la tarde, hora en que oficialmente desde una de las ventanas del Palais Royal se les da de comer, se ponen todas en revuelo, y verdaderamente cubren el sol.

Estas palomitas son un encanto y una simpatía. Todo el mundo las quiere, y pobre de aquél que quisiera maltratarlas.

Voy a hacer a la lijera una descripción de la maravillosa Basílica de San Marcos, notable en el mundo entero, no tanto por su extensión que es reducida, sino por el lujo incomparable que en ella se encuentra, superior a cuanto la fantasía puede concebir.

Desde luego, llama la atención que sea del más puro estilo bizantino, el mismo de Santa Sofía de Constantinopla, y que en Santiago podemos ver en el Palacio de la señora Teresa Cazotte de Concha.

Los conquistadores venecianos que en su tiempo tuvieron inmenso poderío, no solamente tomaban nota de todo lo bello que encontraban a su paso. Eran más prácticos, y cargaban con todo lo que estimaban hermoso o de valor, para adornar

su queridísima población. Y de este modo la Basílica de San Marcos y el Palacio Ducal que por su lujo deslumbran al mundo, son formados casi en su totalidad, por columnas, capiteles alabastros, mosaicos y bronce traídos de Constantinopla, de Grecia, de Acre, de Tyro y aún de Jerusalén.

Cinco grandes arcos de medio punto y de enorme altura constituyen el portal de la entrada de la Basílica. Estos arcos están formados por haces de centenares de columnitas de pórfiro, de alabastro, de ónix y de otros preciosos materiales. Cada una de estas columnitas tiene gran mérito artístico, y su número pasa de quinientas.

Coronan los arcos una grandiosa balaustrada de bronce y alabastro, y a continuación se destacan cinco grandes frontones de forma ogival.

Una cantidad enorme de torrecillas de mil formas, columnas, estatuas, pequeños campaniles y motivos arquitectónicos de estilo oriental, adornan la parte superior de la fachada, y dan paso a las grandiosas y arrogantes cúpulas doradas que se elevan en forma majestuosa y se divisan de toda la ciudad.

En la fachada de San Marcos, que ha conservado la pureza del estilo hasta el punto que ni siquiera las cúpulas rematan con la cruz de Cristo, el oro, los mosaicos, las estatuas de bronce y mármol, los capiteles y columnitas de mil colores, y las grandes cúpulas doradas, brillan a la luz del sol, y el efecto que producen es tan fantástico y deslumbrador, que uno llega a pensar que aquello es un ensueño, una fantasía de un país de hadas!

Se penetra al templo por puertas de bronce, plata y oro. La central de estas puertas fué sacada directamente de Santa

Sofía de Constantinopla, y las columnas de cada costado pertenecieron al templo de Jerusalén.

El efecto que produce la contemplación interior de la Basílica es único e impresionante hasta un punto imposible de describir. La imaginación se confunde al observar la riqueza del conjunto y los millones de valiosísimos detalles de este Museo incomparable, todo resplandeciente, todo deslumbrador.

Se calcula en cuatro mil el número de metros cuadrados de mosaico sobre fondo de oro que hay en el templo, y ¡cuidado! que cada uno de esos metros son obras de artífices cuyo precio sube a cantidades fabulosas.

Sería muy largo detallar cada una de las capillas, estatuas, columnas, altares, lámparas de oro y demás motivos de piedad de la Basílica; pero sin duda sobresale la famosísima custodia «La Pala de oro» que tiene cuatro metros, o sea la altura de una casa, de una esplendidez y una sin igual magnificencia. Todo esto visto a la luz misteriosa que tiene el templo, produce un efecto tan fantástico, que uno no puede por menos que sentirse arrastrado por esta maravilla, una de las más grandes que se puede concebir.

Olvidaba los cuatro enormes caballos de bronce, que en otras tantas columnas están sirviendo de adorno a la fachada. Es el mayor de los absurdos que los caballos sirvan de decoración a un templo católico; pero los venecianos querían que se luciesen, y en ese sentido no hubo punto mejor para que fuesen colocados.

Estos caballos, cuyo valor material y artístico es inmenso, tienen una historia muy original que en cuatro líneas paso a referir.

Fueron construídos en Roma por Nerón para adornar el

arco erigido en su honor. Bajo el reinado de Constantino pasaron a Constantinopla. Cuando esta ciudad cayó en poder de Venecia a fines del siglo XIII, juntos con los guerreros que regresaban a su patria, iban también los caballos, y quedaron colocados durante 600 años en el mismo lugar en que están hoy día.

Llega un día a Venecia otro conquistador, conocido en el mundo con el nombre de Napoleón I, que tampoco se andaba con contemplaciones, y tomándolos de las riendas marcha con sus caballos de bronce a París, donde estuvieron durante veinte años.

Y por fin después de la caída del Emperador, en el Congreso de Viena que decidió la suerte de la Europa, entre otros puntos se trató sobre los caballos de bronce, y volvieron a Venecia.

¿Quedarán ahí para siempre, o su sangre ardiente los impulsará a nuevas correrías por el mundo? —Imposible es saberlo.

El Palacio Ducal que todo el mundo conoce, pues no hay vista de Venecia en que no aparezca, es otra de las maravillas de esta ciudad encantadora.

Sus enormes fachadas, todas de mármol de colores, del más puro estilo veneciano, son de un efecto imponente por demás, llamando, sí, la atención que lo elegante, lo liviano que constituye el delicado encaje, esté en los pisos bajos, y la masa enorme, pesada, con simples ventanillas, esté en la parte superior.

Sería imposible, sin alargarse demasiado describir el lujo, el esplendor, y la magnificencia de los cincuenta y dos salones que lo forman, y recordar las infinitas obras de arte que son su principal decoración, casi todas originales de aquellos genios de Venecia que se llamaron El Tintoretto, Pablo Veronese, Palma el joven, El Ticiano y otros.

Pero limitémosnos a recordar la suntuosísima escala de los Gigantes que está a la entrada, en la cual se hacía en su tiempo la proclamación de los Dogas, acompañadas de fantásticas fiestas populares; la misma escalera en que después se cortó por el verdugo la cabeza de uno de ellos, Marino Falliero, que saltó de escalón en escalón hasta llegar al medio de la calle, por el gran delito de haber querido dar al pueblo alguna participación en los derechos del Gobierno.

Recordemos también la Sala del Gran Consejo, que es el salón más grande de todo el mundo. Tiene media cuadra de largo y un ancho en proporción, sin ninguna columna que le sirva de apoyo. En el Parlamento de Londres, que a mi juicio, como suntuosidad, es el primer edificio del mundo, no hay ninguna sala de estas dimensiones; y el mismo salón de Los Espejos del Palacio de Versalles, es cierto que es más largo, pero en cambio es mucho más angosto.

Entre los innumerables objetos de arte, estatuas, bronce y riquísima decoración de este salón incomparable, sobresale una tela del Tintoretto que se llama «La Gloria del Paraíso», estupenda composición en la cual aparecen millares de figuras. Modestamente como dimensiones, es el cuadro más grande que existe. Su largo es de 25 metros, o sea el fondo de una casa, y su alto de 7.80 o sea la altura de una casa de dos pisos; y su mérito artístico es aún superior a sus enormes dimensiones.

Y no olvidemos antes de salir del Palacio Ducal la famosísima «Boca de León», buzón decorado con una linda cabeza de león tallada en mármol. Por este buzón se hacían por los terribles espías del Consejo de los X, los denuncios políticos que hacían temblar al mundo entero, denuncios que generalmente terminaban con la muerte. Nadie en Venecia estaba

seguro ni un instante. En medio del lujo y la galantería de esos tiempos, se sufría la más horrible de las tiranías. Los espías del Consejo de los X desempeñaban su papel a las mil maravillas. El acusado era ilevado a las lóbregas prisiones, húmedas, estrechísimas, oscuras y malsanas; y después de rápido juicio, generalmente caía su cabeza bajo el hacha del verdugo. Especialmente nos fué mostrada una sala apenas alumbrada por un resquicio de luz, donde en el silencio del amanecer de una ciudad silenciosa, se cortaron más cabezas que habitantes tiene la población.

Por el puente de los Suspiros que está al lado, se dejaban caer los cadáveres a las góndolas funerarias, para llevarlos al canal de Orfano o a las proximidades del Lydo.

Una pasada por el gran Canal es un desfile cinematográfico de estupendos palacios de mármol, los cuales dan idea del lujo de la población.

Partiendo del «Molo degli Schiavoni», que está a la entrada, se goza de la vista única, maravillosa, del Palacio Ducal y de la Piazzetta, vistos desde el mar. Y después siguen las grandes iglesias, entre las cuales sobresale Santa María della Salute, y los innumerables palacios como el Contarini, el Fóscari, el Grimani y muchos otros. El puente Rialto nos llama altamente la atención. Y siguen desfilando después de él otra serie de palacios, sobresaliendo la Ca d'Oro, uno de los más lujosos de Venecia, con grandes aplicaciones de oro y bronce en la fachada.

Hemos recorrido de día el gran canal, y vamos ahora a dar una vuelta por él, en una noche calculada desde nuestra salida de París, para que fuese de luna llena.

Una noche, bogando tranquilamente en góndola por el gran Canal, mientras la luz pálida del astro de la noche riela sobre

las tranquilas aguas para quebrarse en mil haces distintos, es la realización del ensueño más delicado que nuestra fantasía puede concebir.

Recostados a medias sobre los negros almohadones de la góndola, se deja al gondolero que canta a media voz con timbre dulce y afinado alguna serenata de la tierra, que nos lleve donde quiera. Por todas partes rayos de luz sobre las aguas, y sirviéndole de marco se divisan los grandes palacios, las cúpulas redondas, o las elegantes torrecillas que recortan el horizonte como dibujos hechos a la tinta china. Y seguimos bogando, bogando en un ambiente que como encanto y fantasía a nada se puede comparar.

De repente, a lo lejos, en el silencio único de esta ciudad, se siente un concierto de violines y mandolinos. Avanzamos y ya se perciben voces de tenor o de soprano; y pocos momentos después distinguimos claramente el «Torna Sorrento» el «Ideal o el «¡Oh sole mío!» o cualquiera otra de esas canciones venecianas o napolitanas, que cantadas en ese ambiente de la más encantadora poesía, llegan hasta el fondo mismo del alma.

Nuestra góndola avanza hasta juntarse con la otra góndola de la cual nace esa música celestial, que desde lejos se divisa empavezada con faroles venecianos de mil colores. Es una pequeña estudiantina de violines y mandolinos, completada con dos tenores, dos sopranos y otros acompañantes, que delante de un palacio conocido de la ciudad dan una serenata a la hermosa hija del dueño de casa por ser el día de su santo. De la ventana se arrojan flores sobre la góndola, y se responde con otra serenata, cuyos ecos se pierden en la lejanía del gran canal.

Otra noche, talvez la siguiente, artistas populares recorren el gran canal con sus góndolas empavezadas, y cantan desde la

sencilla romanza o dulce serenata, hasta actos completos de alguna ópera conocida. Se acumulan las góndolas rodeando a la de los artistas, y un mundo de aplausos corona los esfuerzos de esa bohemia encantadora. Después de una bolsa de terciopelo rojo con galones de oro, el auditorio deposita una moneda cualquiera, y los cantantes quedan completamente satisfechos.

¡Conciertos a la luz de la luna en el gran Canal de la Venecia encantadora, jamás iguales los escuché en los grandes teatros de París, Londres o Nueva York! —¡Jamás en parte alguna llegaron tan al fondo de mi alma, haciéndome sentir tan intensas impresiones y tan inagotables raudales de poesía y sentimiento!

Pasemos ahora a Florencia, la Atenas de los tiempos modernos,

En Florencia una ciudad de extraordinaria belleza en la cual el arte se ha desarrollado en forma no igualada. Ella fué la cuna de Dante Alighieri, el grande, el inmenso poeta, autor de la Divina Comedia; de Miguel Angel Buonarotti, uno de los más grandes genios de la humanidad, escultor, pintor, poeta y arquitecto; de Leonardo de Vinci, el maravilloso pintor que antes he recordado; de Bocaccio, el gran literato; de Machiavelo, autor del famoso «Libro del Príncipe», y de todos esos genios que se llamaron Américo Vespuccio, el insigne navegante que dió su nombre al nuevo mundo; de Galileo, el astrónomo inmortal; de Giotto, pintor sobresaliente; de Rossini, el gran músico; y de los escultores y cinceladores inmortales Donatello y Benvenuto Cellini.

En Florencia todo el mundo es artista. Según datos que per-

sonalmente pude recoger, entre los doscientos mil habitantes que forman la población de la ciudad, hay 4,000 escultores y 3,000 pintores, que armados del martillo, o inclinados sobre sus caballetes, dan vida a infinitas obras de arte que se reparten por todo el mundo.

Y tanto es el ambiente de arte que ahí se respira, que una hija de Chile, cuyo nombre por mil títulos honra a nuestra patria, y cuyas obras en el mármol o en el bronce están repartidas en el Museo de Bellas Artes, en el Cementerio, en la Alameda de las Delicias, y además en la Haya y Río Janeiro, causando la admiración de chilenos y extranjeros, está establecida en Florencia, en un pintoresco lugar de los alrededores, llamado Fiésoli, donde más que en parte alguna recibe la inspiración de esa ciudad en que se siente el arte y se respira el arte por toda partes.

La primera impresión que produce Florencia es que nos encontramos en plena Edad Media.

Partiendo de la Plaza de la Señoría, que es el centro de la ciudad, las calles son estrechas y tortuosas, con edificios de piedra patinados, o más bien carcomidos por efecto de los siglos, que más parecen un castillo, una fortaleza o una prisión. Son construcciones pesadas, de angostos ventanales colocados a mucha altura, y torres cuadradas; de macizas puertas con enormes clavos de bronce, y aleros muy anchos; construcciones imponentes y majestuosas que sorprenden por su grandiosidad y por la patina de los siglos.

Este es el tipo general de la Florencia antigua, que tanto atrae y seduce a los viajeros. Pasando por esas calles, uno se imagina que del interior de una casa van a salir pajes y guerreros armados de lanzas, escudos y cascos, para combatir en

las luchas entre güelfos y gibelinos, y un poco más allá cree sentir los gritos de la multitud que arrastra al suplicio, para ser quemado vivo, al monje Gerónimo de Savonarola, por el delito de heregía.

Pero hay también una buena parte de la ciudad, de edificación moderna, como la Plaza Víctor Manuel, con grandes casas de comercio, vida y mucha animación

Vamos a analizar a la lijera algunos de los monumentos de Florencia.

En la Plaza de la Señoría, está «El Viejo Palacio» que ocupa uno de sus costados, que es el edificio que más llama la atención por su fiereza o imponente majestad. Es un mole alta-cuadrada, de tosca piedra, que tiene siete siglos de existencia, con ventanas redondas y múltiples almenas. Encima de la puerta principal se alza una recta y angosta torre cuadrangular, muy característica, que se eleva a 96 metros de altura.

Este imponente edificio, fué el asiento del Gobierno y de las Cámaras legislativas, durante el período en que Florencia fué la capital del reino de Italia, hasta que en 1870 se trasladó a Roma.

Anotemos de paso en nuestra gira por la ciudad, «La Loggia dei Lanzi», museo de escultura al aire libre, repleto de obras inmortales; la Catedral, conocida con el poético nombre de «Santa María dei Fiori», que es también otro Museo importantísimo, con su cúpula monumental; y el Baustiterio que está al frente, con sus puertas de bronce tan monumentales que inmortalizaron a Ghiberti su autor, y que motivaron a Miguel Angel la siguiente exclamación:

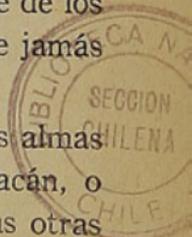
—Estas puertas merecerían ser las puertas del Paraíso.
Y siguiendo nuestro estudio, arrojemos una mirada sobre el

poético Arno, para empaparnos por un instante siquiera en el ambiente del lugar en que el Dante conoció a Beatriz. Para llegar allá tenemos que atravesar por la Plaza de la Santísima Trinidad, y la poesía y el encanto de este barrio en el acto nos detiene. Volvemos a la Edad Media. Los arcos de piedra, mercados, y pórticos, con sus sillares carcomidos, nos producen extraña y atrayente sensación. El espíritu del Dante se siente a cada paso, y sus versos se ven grabados a veces hasta en la piedra de los edificios.

Y no dejaré de recordar con este motivo, entre todas las impresiones de esta lindísima población, el efecto que me produjo la vista de la casa del Dante, el grande, el inmenso poeta, sin duda el primero de todo el mundo y de todos los tiempos.

Me quedé largo tiempo en su contemplación, pensando en que dentro de los muros de esa pequeña casa de tantos recuerdos, había vivido uno de los cerebros más grandes, uno de los genios más portentosos de todo el universo. Y en el acto se vinieron a mi mente los recuerdos de la inmortal «Divina Comedia», su estupendo y maravilloso conjunto, jamás igualado en libro alguno, la belleza incomparable de sus versos de tanta sublimidad, y el poder inmenso de la imaginación incomparable que pudo componerla, para pintarnos en el lenguaje de los dioses, los infinitos detalles de esa obra gigantesca, que jamás se concluye de profundizar!

Y pasaron por mi imaginación los recuerdos de esas almas que corren sin cesar, sacudidas por un inmenso huracán, o que marchan bajo una lluvia de fuego; los de aquellas otras cubiertas con capas de plomo, acostadas en sepulcros ardiendo, o sumidas en estanques de hielo, inmóviles y víctimas del más inmenso de los dolores. Y después la dulce esperanza



del Purgatorio; y la hermosura, celestial belleza y encanto purísimo de Beatriz que se encuentra en el cielo, y que conduce al Poeta delante del Divino triángulo, cuya descripción abisma y eleva hasta un punto en que sólo el genio puede conducir!

Mi imaginación durante largo rato se llena solamente de los recuerdos de su obra inmortal, que he admirado siempre, y con el más vivísimo interés sobre todas las cosas de la vida!

Estas impresiones están vivas permanentemente en Florencia, y renacieron de nuevo en mí, con todo vigor, cuando tenemos la oportunidad de observar la estatua del poeta inmortal, colocada frente a la Iglesia de la Santa Cruz, el panteón de los grandes hombres de esta ciudad maravillosa!

Dos grandes secciones monumentales de Florencia, que contienen obras de arte, sin iguales en el mundo, son dignas de un examen más detenido: la Iglesia de San Lorenzo, en que están las principales esculturas de Miguel Angel, y los grandes Museos Pitti y Degli Uffizi.

La Iglesia de San Lorenzo, por su propio mérito no sería tan importante; pero sus dos anexos, la Tumba de los Médicis, o Capilla de los Príncipes como también se llama, y la Nueva Sacristía, la elevan a la categoría de centros artísticos incomparables.

La Capilla de los Príncipes fué construída a principios del siglo XVII para recibir el Sepulcro de Jesucristo, que los Médicis en su inmenso poderío creyeron poder trasladar desde Jerusalem. Perdidas estas esperanzas, Cosme II la dedicó a la sepultura de los grandes hombres de su familia.

Su forma es redonda, y luego que uno principia a fijarse en los detalles, se abisma hasta el infinito del lujo irremenso que

hay en ellos. El pavimento, las paredes, los zócalos, la bóveda, todo está revestido de trozos de mármol verdes, amarillos, azules, de todos los colores imaginables; de bronces presentados en forma la más artística y atrayente; y de lapizlázuli ónix y otras piedras las más finas y más caras. Frescos admirables completan la bóveda, y en las seis tumbas que hay en la Capilla, se alzan sobre las urnas maravillosas, las estatuas de los Médicis, severos y orgullosos, dentro de sus armaduras de oro y bronce, con la visera levantada y el cetro en la mano, y desprendiéndose de sus hombros los mantos reales que majestuosamente envuelven su figura.

Sea suficiente decir para apreciar su lujo, que esta Capilla, cuyas dimensiones son relativamente pequeñas, costó en aquellos tiempos, veinte y cinco millones de liras florentinas!

Al lado de la Capilla de los Príncipes, está la nueva Sacristía, construída en su totalidad por Miguel Angel—el más grande entre los grandes—cuyo mérito artístico por su importancia es imposible de avaluar y definir.

En un costado está la tumba de Lorenzo II de Médicis, con su estatua en actitud de meditar, lo cual ha hecho que el mundo la llame «El Pensador»—Complementan la tumba dos figuras de mujer, El Crespúsculo y La Aurora.

En frente está el monumento de Julián II de Médicis. Su estatua de soldado tiene la viril belleza del personaje cuyos restos ahí se guardan; y se completa con otras dos figuras de mujer: el Día y la Noche.

Estas cuatro figuras de mujer están a la altura de lo más bello y más perfecto que existe en el mundo. Delante de esas obras inmortales, nos entusiasmos con toda la admiración de que somos capaces, al ver el mármol transformado en vida,

al sentir la palabra que se adivina y el pensamiento que se comprende, al observar la sangre que parece circular y la respiración que apenas se siente, al observar el estudio anatómico perfecto. Es incomprensible como a golpes de cincel el gran genio llegó a producir esas obras perfectas, inmortales.

En la Nueva Sacristía se admira hasta lo infinito la magia incomprensible de su cincel. Ahí se respira el alma de Miguel Angel, y se habla con su espíritu, inmortalizado eternamente con la vida de sus mármoles!

El mundo se quedó atónito delante de estas producciones incomparables, y los poetas buscaron en ellas la inspiración.

Un día en el zócalo de La Noche, estimada como la mejor de las cuatro figuras de mujer, se encontraron unas lindísimas estrofas cuya traducción es la siguiente:

«Esta estatua de La Noche que tu miras en tan graciosa actitud, la esculpió la mano privilegiada de un semidiós. Tu crees que es un mármol. Error. Es una mujer hermosísima que duerme y que respira. Si dudas, despiértala y te hablará».

Miguel Angel que a sus títulos infinitos de gloria aumentó el de ser poeta, contestó a su anónimo interlocutor con una estrofa en que pintaba el estado de su alma abatida por las guerras civiles y la tiranía de que era víctima su patria. La traducción es la siguiente:

«Mientras duren las desgracias y la vergüenza de la Italia, más dulce me es dormir, y más dulce ser de piedra. ¡Qué dicha tan inmensa es no ver ni sentir! Por favor habla bajito... ¡Te lo ruego; no me despiertes!»

Dejemos a San Lorenzo, y para terminar con Florencia vamos a otro punto en que el arte se manifiesta en forma no menos interesante.

La Galería degli Uffizzi que está cerca de la Plaza de la Señoría de que antes he hablado, y el Palacio Pitti que está al otro lado del Arno, y que fué la residencia de los Médicis durante su inmenso poderío, forman reunidos uno de los Museos más importantes de todo el mundo. Cosme I hizo reunir ambas construcciones por extensas galerías talvez de unas cinco cuabras, que pasan por el costado de uno de los puentes de la ciudad.

Tanto en los incontables salones de uno y otro palacio, como en las galerías que los unen, se desarrolla el incomparable Museo, en el cual se han reunido obras maestras de los principales artistas de todos los tiempos, produciendo un efecto tal, que en realidad no se encuentran palabras suficientes para manifestar la admiración que se produce.

Y si después de una primera impresión de conjunto comenzamos a detallar, nos encontramos a cada momento con los nombres de Rubens, el Ticiano, Rafael, Velásquez, Murillo, Rembrant, el Tintoretto, Leonardo de Vinci, Salvator Rosa, Mignard, David, Delacroix, Corot, artistas de todas las escuelas y de todos los tiempos, representados ahí con obras inmortales.

En el ramo de escultura predominan principalmente las antiguas, y son tan numerosas y de tanto mérito, que la imaginación con su estudio llega a confundirse.

Y quedan todavía los mosaicos, los bajo relieves, las piedras preciosas, antigüedades de todo género, y mil otras cosas distintas, todo interesante, todo en extremo admirable.

¿Qué es lo que más llama la atención en los Museos Pitti y Degli Uffizzi?

Difícil, muy difícil es decirlo. La imaginación se tupe y el

entendimiento se confunde delante de tantas obras monumentales. Pero cuando avanzando en los grandes salones nos encontramos con la «Virgen de la Silla» de Rafael, experimentamos talvez la más grande de las sensaciones que el Museo pueda despertarnos. Y sin darnos cuenta pasamos horas enteras contemplando esa obra, quizá la de mayor mérito de uno de los grandes genios de la humanidad.

No hay materialmente tiempo para estudiar a Roma si quiera con algunos detalles en el curso de una Conferencia. Tengo que pasar por ella rápidamente. Por lo demás una biblioteca completa sería talvez insuficiente si se quisiera conocer a fondo sus ruinas, sus templos, sus obras de arte, sus monumentos, y todo lo que tiene importancia en la capital del mundo cristiano.

La primera impresión que produce Roma es del todo desfavorable. La vegetación es pobre, la limpieza brilla por su ausencia, el movimiento no es muy grande, y las calles son estrechas.

¡Y esta es la Roma—exclamamos—capital del mundo durante un período inmenso de la historia de la humanidad, y hoy día asiento del Papado, y centro religioso del mundo entero!

Pero después de un par de días de residencia, cuando uno principia a darse cuenta de la importancia de esas ruinas colosales que traen a la mente los recuerdos de veinte y siete siglos de la historia; cuando ha podido apreciarse en su valor ese grande, ese estupendo monumento, sin duda el primero

del mundo, que se llama la Basílica de San Pedro; cuando nuestra alma se ha sentido profundamente impresionada delante de esa mole inmensa del Coliseo, en el cual quedaban los gladiadores muertos en la arena para satisfacer los gustos del César omnipotente, y la sangre de millares de cristianos, corrió al ser devorados por las fieras, confesando sus creencias hasta el último momento de la vida; cuando se han examinado esos grandes monumentos, el Panteón de Agripa, la Tumba de Adriano, convertida en el Castillo de Santo Angelo, los arcos trinfales de Constantino y de Séptimo Severo, y las Termas de Caracalla, Tito y Diocleciano, con las muestras que les quedan de su antiguo esplendor; cuando se piensa en que Roma fué la patria de Ovidio y de Virgilio, de los Gracos y Cicerón y que por la Vía Appia llegaba el César triunfador, seguido de las incontables legiones que dominaron al mundo entero cuando se recuerda que Roma ha sido la fuente de todas las artes, y en ella más que en parte alguna se pueden estudiar los inmensos monumentos dejados por esos genio sin parangón en el mundo, que se llamaron Rafael Sanzio y Miguel Angel Buonarotti, y se convence uno de que en Roma hay bellezas incomparables propias de Roma, y que solo a Roma el pertenecen; y cuando se piensa por último en que Roma recibió la herencia del Calvario, y luchando sin armas y sin soldados, destruyó junto con la tiranía de sus Emperadores los dolos, del paganismo, y llevó hasta los confines de la tierra la sublime pureza del cristianismo, entonces se ve que Roma es grande, que Roma es inmensa. ¡Cómo uno se siente satisfecho de respirar ese ambiente de tantos recuerdos históricos! ¡Cómo se evocan en el alma los sentimientos más profundos y las más tier-
nas emociones!

Al día siguiente de estar en Roma, y después de orientarme un poco sobre la disposición general de la ciudad, me fuí derecho a San Pedro que tenía verdaderas ansias de conocer.

En realidad, no encuentro palabras para manifestar la impresión que yo sentí. Quedé deslumbrado, maravillado, a la vista de ese templo único en el mundo. Ni ante la Grande Opera, la Torre de Eiffel, los maravillosos jardines, ni otras bellezas de París; ni ante esa página estupenda de la naturaleza que se ve en los panoramas de la Suiza; ni ante los rascacielos y el movimiento incomparable de Nueva York,; ni ante la aterradora majestad del Vesubio, que después me fué dado contemplar en Nápoles solo a unos cuantos metros de distancia; nada de eso me hizo experimentar una impresión semejante a la que me produjo la hermosísima vista de la inmensa, de la monumental Basílica!

¡San Pedro es la mayor de las maravillas del mundo!

Después de atravesar la inmensa Plaza circular que está alrededor de la fachada, rodeada por una cuádruple fila de columnas de clásico estilo, llegamos al portal de la Basílica que tiene de frente mucho más de una cuadra.

Prescindamos del lujo y la grandiosidad que aquí se encuentra, y de las grandes estatuas de Carlos Magno y de Constantino que están situadas en ambas extremidades del portal, y penetremos directamente en el templo. Aquí nuestra admiración crece de punto ante tan inmensa grandiosidad. Su largo es de 211 metros, más de cuadra y media, y llega hasta el punto de que la gente de un extremo a otro apenas se divisa; en su ancho tiene cinco naves, y su altura es enorme. Luego notamos que el templo tiene la forma de una cruz latina, y que otro templo que tiene 137 metros, más de una cuadra, se cruza

con el anterior para formar los brazos de la cruz; y que estos brazos a su vez tienen otras y otras ramificaciones. Todavía además de las cinco naves, hay a cada costado una serie de capillas que aumentan la extensión hasta un punto que confunde.

En el cruzamiento indicado está esa cúpula inmensa, majestuosa, imponente, la obra más grande del genio de Miguel Angel, que se eleva a una cuadra de altura para dominar a Roma entera. Su alto es de 123 metros, y su diámetro de cuarenta y tres. La cúpula de Los Inválidos que cubre los restos de Napoleón I, orgullo de París, tiene 105 metros de altura. La de San Pedro tiene once metros más, y es la más alta que existe.

Son tan grandes las proporciones de todo lo que a San Pedro se refiere, que la cúpula mirada desde la Plaza remata por una bola que no llama la atención por su tamaño; y sin embargo, dentro de ella caben hasta diez y seis personas, que suben ahí para gozar de la vista espléndida de la ciudad y de la hermosa campiña romana.

Avanzamos en el templo y notamos que en esta Basílica se encuentra un lujo desbordante de mármoles, bronce, estatuas, inmensos monumentos, decoraciones, cuadros y mosaicos realmente maravillosos que ha acumulado ahí el mundo católico, la espléndidez de los Soberanos, y la magnificencia de los Pontífices; y que la luz entra a torrentes por los soberbios ventanales, para darle un aspecto fastuoso en extremo, que no convida por cierto a la oración y el recogimiento.

El Papa León X fué el verdadero impulsador de la construcción de San Pedro, que fué iniciada por Julio II. Trabajaron al principio en ella Bramante y Rafael; pero en realidad la mayor parte de la obra y su terminación, corresponde a ese

genio inmortal, cuyas huellas a cada paso encontramos, el insigne Miguel Angel.

Tenía 72 años Miguel Angel cuando se hizo cargo de la dirección de San Pedro. A pesar de su edad trabajó con ardor extraordinario, hasta los 89 años en que bajó a la tumba, dejando para el catolicismo y la posteridad, ese templo tan grande como su nombre, esa cúpula maravillosa tan inmensa como su genio inmortal!

No quiero entrar en estudio detenido de las obras de arte que con infinita profusión están repartidas en el templo, ni tampoco detallar las tumbas de los Papas que se imponen por su grandiosidad. Solo diré que haciendo una recorrida por el templo, nos sorprende la estatua de bronce de San Pedro, talvez un poco dura en sus líneas, pero de un aspecto de mucha magestad; el grupo en mármol de Miguel Angel que está en la primera Capilla, que se llama «La Pietá», que representa a la Virgen con el cuerpo de Jesús en los brazos; el monumental mausoleo de Clemente XIII, obra maestra de Gánova el gran escultor, en el cual llaman la atención la figura del Pontífice arrodillado. La figura tranquila de La Fe de bellísima hermosura, el genio de la muerte simbolizado en un ángel desgarrado por el dolor, y los dos admirables leones que vigilan la entrada, uno llorando, y el otro preocupado de su guardia; el monumento de San León el grande; los maravillosos mosaicos de los altares; el trono de San Pedro en el altar mayor, en medio de una brillantísima legión de ángeles, y sostenido por cuatro doctores de la Iglesia, San Agustín, San Ambrosio, San Atanasio y San Juan Crisóstomo; y mil otros detalles, todos lujosos en extremo, todos de un mérito artístico colosal.

Pero no olvidemos para terminar, la cripta, colocada exac-

tamente debajo de la cúpula, que contiene los restos mortales de San Pedro y de San Pablo. Lujó enorme se ve en las escaleras, en la puerta cincelada de bronce que da entrada al sarcófago, en la balaustrada de alabastro y ónix que rodea la entrada de la escalera, y en las finísimas 112 lámparas de oro y bronce que arden encima de la balaustrada, y que jamás han dejado de estar encendidas desde que el Papa San Silvestre las prendió hace mil seiscientos años.

San Pedro se visita infinitas veces durante nuestra permanencia en Roma, y cada vez más se admira, más sorprende y más atrae. ¡San Pedro es la mayor de las maravillas del mundo entero!

Además de San Pedro hay en Roma muchos, muchísimos templos monumentales.

San Pablo es otro templo inmenso, de cinco naves formadas por columnas arrogantes de mármol, de clásico estilo; de mucha luz y esplendor; y también de una fastuosidad que llega a deslumbrar. Es de un gran aspecto teatral, y una grandiosidad que abisma y que sorprende.

Recordaré también algunos otros templos a los cuales sin inconveniente se les puede dar el calificativo de monumentales. Santa María Mayor, de regia columnata de mármol que fué extraída de las Termas de Caracalla, tiene mucho aire y mucha luz, y es igualmente de un lujo deslumbrador. San Pedro in viculam, que entre otras particularidades tiene el famosísimo Moisés de Miguel Angel, y las cadenas con que San Pedro fué cargado en la prisión. San Juan de Letrán que es otra de las grandes Basílicas de Roma, de cinco naves y una serie de lujosísimas capillas. Llamen la atención en ella las estatuas monumentales de mármol de los Doce Apóstoles, cada una de

ocho metros, o sea la altura de una casa de dos pisos, que están repartidas en la Iglesia. En el baustiterio de esta Iglesia recibió Constantino el agua del Bautismo, y como particularidad especial se encuentran en él dos columnas de piedra azul que pertenecieron al Templo de Salomón, y una puerta de oro plata y bronce descrita especialmente por el Dante en su Divina Comedia, y que al abrirse da notas musicales.

Vecina a esta Basílica, hay otra Iglesia relativamente pequeña, que contiene la escala santa del Palacio de Pilatos en Jerusalén, y que nuestro Señor subió y bajó cuatro veces la noche de su pasión. Los fieles todos los días haciendo oración la suben de rodillas.

Y para terminar recordaré la Iglesia de la Santa Cruz, que en lujosa custodia guarda uno de los clavos y dos espinas de la corona de Jesucristo.

Como lujo y esplendor las Iglesias de Roma llaman mucho la atención. Son innumerables y cada una es sola. Para estudiarlas todas se necesitarían años. Al volver a París encontré pobrísima la Iglesia del Sacre Coeur en Mont Martre, que algunos meses antes había admirado con verdadero interés. ¡Tal es el efecto deslumbrador que producen los templos en la capital del mundo cristiano!

En la imposibilidad material de analizar aunque sea muy a la lijera los diversos monumentos antiguos y modernos que hay en esta enorme población, me limitaré a citarlos, formando de esta suerte una especie de programa interesantísimo, para que otro viajero observador pueda desarrollarlo en una conferencia.

Del mundo antiguo sobresale la masa enorme del Coliseo, construída sobre ochenta arcadas, con cinco cuadras de circuns-

ferencia, y cerca de media cuadra de altura. Es un circo de estupenda grandiosidad, y que en un tiempo fué de lujo incomparable. Dentro de sus muros cabía Roma entera, que concurría loca de entusiasmo, y ebria de sangre humana, a las luchas de los gladiadores, y después al espectáculo incomparable de los primeros cristianos devorados por las fieras.

Recordemos también las termas de Caracalla, en las cuales se bañaban hasta 2,500 personas, centro importantísimo en un tiempo de la aristocracia romana; el Capitolio en el cual muchos siglos después fué coronado Petrarca, el insigne poeta; y el Foro romano, asiento del Senado en aquellos tiempos, el lugar más clásico y más célebre de la Roma antigua, por haberse debatido en él los destinos del mundo.

Y no olvidemos el Monte Palatino que fué la cuna de Roma; y la Vía Appia, en la cual tuvo lugar el encuentro de San Pedro y Jesucristo, que tan brillantemente se describe en «Quo Vadis» y que era la vía obligada por la cual entraban a Roma las águilas victoriosas y las legiones incontables. Y por último citamos también las Catacumbas, cuyo descubrimiento y excavaciones se prosiguen con todo interés, y que muestran cómo los cristianos vivían y ejercían su culto debajo de la tierra durante el período de las persecuciones.

Y de la Roma Moderna recordemos el Corso, con su brillante comercio, la calle más importante y animada de la población; el gran monumento a Víctor Manuel, en la Plaza Venecia, que está aún sin terminarse; el Palacio y la Galería Doria; y los innumerables palacios, museos y plazas, repartidos aquí y allá; el brillante y modernísimo edificio de los Tribunales de Justicia; el Palacio Farnesio y la columna Trajana; y por último el Paseo del Pincio, algo parecido pero inferior a nuestro Santa

Lucía, que está ligado con la Villa Borghese. Todo ésto que sin duda es incomparablemente maravilloso, daría margen para una biblioteca.

Y para terminar con Roma, de la cual puede decirse que he dado solamente un programa, voy a hablar rápidamente de un punto que merece especialísima atención: el Vaticano.

La presentación exterior del Vaticano que queda a la derecha de San Pedro, es pobre y en sí nada tiene de notable. Pero en cambio, por su extensión en la cual se podría construir una ciudad completa, por sus hermosos jardines, por los inmensos tesoros artísticos que se encierran en sus Museos, y por ser la residencia del Papa que ahí se mantiene prisionero durante todo su gobierno, no hay palacio ni residencia alguna de Soberano que se le pueda comparar. Miles de habitaciones, diez grandes patios, numerosos bosques y jardines, anchas avenidas y colinas accidentadas, se desarrollan en su interior.

Pero es en la Capilla Sixtina, y en su famoso Museo, donde se ve lo más grande de esta regia mansión.

Miguel Angel—el gran genio—para no extenderme en otros detalles, trabajó en la Capilla Sixtina el gran cuadro que describe con horror incomparable, y con tétrica sublimidad, las escenas pavorosas del juicio final. Ahí se ven miles de figuras. Arcángeles tocando la trompeta; patriarcas y profetas que rodean el trono celestial; los elegidos que suben al Paraíso, y los condenados envueltos en verdosas serpientes. Hay verdad infinita en el pavoroso cuadro, que seduce y aterra, que produce admiración y despierta escalofríos de terror!

Esta es la grande, la inmensa obra de Miguel Angel como pintor, que además de sus mil otros títulos, habría bastado por sí sola para elevarlo a la cúspide de la inmortalidad!

El Museo de Escultura del Vaticano es uno de los más grandes del mundo, y sin duda el más importante de los numerosos museos que en él se encuentran.

El visitante se pierde y se desorienta en sus salones incontables y en sus galerías que jamás se acaban. En continua sucesión aparecen ahí los filósofos griegos, los conquistadores romanos, los César'es imperiales, divinidades mitológicas. Venus, Apolo, Hércules y Baco, grupos de encantadoras leyendas, mármoles y más mármoles, todos artísticos en grado sumo, colección que representa un trabajo infinito de inspiración, desarrollado desde la antigua Grecia en el espacio de treinta siglos, que por su grandeza y su poder parece aplastar al visitante.

En el Museo del Vaticano está el famosísimo grupo de Laconte envuelto con sus hijos por los anillos de una serpiente, el cual según Miguel Angel es la obra más perfecta de la escultura, y la expresión más completa del dolor humano; y millares de otras obras maestras, entre las cuales sobresalen las del gran Cánova, contemporáneo de Napoleón I, cuyas esculturas tienen el alto honor de estar colocadas a la altura de las más grandes y más célebres de la antigüedad griega y romana.

¡El Museo del Vaticano, asombra y aturde con su inmensa grandiosidad!

Siguiendo nuestro viaje al sur de Italia, llegamos a Nápoles. otra de las bellezas de la península.

Sobresale y deslumbra desde el primer momento su golfo incomparable, con un mar cristalino, y con sus orillas llenas

de exhuberante vegetación; y enseguida llama la atención la encantadora ciudad, que se desarrolla en extensión considerable, descansando a la orilla del Mediterráneo, cual sirena adormecida que deja que a sus pies jueguen tranquilamente las traviesas olas del mar. Al frente la vista de las islas de Capri, Prócida e Ischia, medio perdidas entre la bruma, y de esos pequeños pueblos que se llaman Sorrento, Castellamare, Amalfi y otros, que como bandadas de palomas se divisan en la ribera del Golfo, produce un efecto encantador. El soberbio promontorio de Posilipo cierra el Golfo por el otro costado, y llama la atención por su extraordinaria vegetación, y porque en su tiempo la aristocracia romana se disputaba ahí el terreno palmo a palmo para construir sus villas y chalets, y poder gozar de una de las vistas más maravillosas del mundo entero.

En Posilipo, todavía se conservan como recuerdo, las habitaciones de Virgilio, de Cicerón y de Ponpeyo

Nápoles con sus bosques de esbeltos pinos y jardines que bajan hasta el borde del mar; con la impresión más sobresaliente de luz, belleza y color; con las caricias del sol que da chisporroteos de oro cuando el mar se rompe en continuas ondulaciones; y sobre todo con la guardia permanente de ese gigante tan terrible, poderoso y aterrador, que constantemente lanza sus inmensas y rojizas humaredas en el espacio, el Vesubio, Nápoles es una ciudad única, encantadora, maravillosa.

Prescindamos de la belleza de la ciudad, que tiene muchas y muy dignas de atención, como ser el Teatro San Carlos, las grandes plazas, la Galería Humberto I, el Palacio Real con sus magníficos jardines, el Museo Nacional, el Malecón Santa Lucía, y toda la gran terraza que desde ahí se desarrolla bordada de magníficos hoteles; el Paseo comunal de gran extensión

a la orilla del mar, con preciosos jardines y lindas avenidas; la hermosa Catedral, en la cual está la sangre de San Genaro, patrono de la ciudad; y tantas otras Iglesias, Palacios, Museos, y monumentos que en la población se encuentran repartidos. Hemos visto ya tantas hermosas ciudades en Italia, que una más casi no nos llama la atención.

Pero embriaguémosnos en algo propio, único de Nápoles, su mar, su golfo, sus tardes esplendentes, sus jardines y sus bosques. Aire, luz, color, belleza de la naturaleza, vista soberbia, y grandiosidad en el conjunto, esto es lo que más se admira en esta ciudad. Y luego también se admira un pueblo que canta, que canta siempre esas soberbias napolitanas que corren por el mundo entero; que es artista por naturaleza, y que vende partituras hasta en las vueltas de las esquinas. Y el ambiente musical está tan desarrollado, que aún a media noche, perdidas a lo lejos, se sienten las serenatas de la gente que boga en el tranquilo golfo a la luz de la luna, trayéndonos a la mente esos recuerdos de Venecia que jamás se olvidan. Ese es el Nápoles que debe ver el viajero; ese es el Nápoles que siempre se recuerda; ese es el Nápoles que tan profundamente impresiona!

«Ver el golfo de Nápoles y después morir» exclaman llenos de satisfacción los habitantes de la ciudad.

Y en la noche cuando los restaurants de un islote vecino están llenos de luces y movimiento, y numerosas orquestas dan al ambiente vida y extraordinaria animación; cuando vemos reflejada en el agua los millares de luces de la ciudad, y se siente el aire fresco y perfumado de los jardines; cuando escuchándose a lo lejos las dulces serenatas, se goza de un ambiente de encanto y poesía, si de repente miramos al otro lado encontramos un espectáculo que fuertemente nos impre-

siona. Es el Vesubio que despide llamas, presentándonos el espectáculo más solemne y aterrador. Entonces uno se admira de este pueblo tan feliz y tan tranquilo, que sonríe y está siempre contento, sin pensar ni un instante en que el infierno ruge a su costado!

Al día siguiente de nuestra llegada, temprano, partíamos para el Vesubio. Después de un trayecto de unos pocos kilómetros en ferrocarril, se alcanza al pie del funicular de 800 metros de desarrollo, tres veces el San Cristóbal, que en línea recta nos lleva directamente a la cumbre. Esta ascensión es imponente, y a medida que en ella avanzamos, se domina más y más la vista del golfo que aparece a nuestros pies en toda su grandiosidad.

Llegamos a la estación del término del funicular y sentimos por primera vez un ruido lejano, sordo y aterrador, que provenía del centro de la tierra, acompañado de pequeños movimientos como si fuesen temblores. Los viajeros se miran con cierto temor, y una señora chilena que nos acompaña, quiere bajar inmediatamente. Desgraciadamente el funicular no parte hasta dentro de media hora más.

Desde la estación de término seguimos por un camino suave, que dando vuelta a la cúspide nos llevará hasta la boca misma del volcán. Los ruidos aumentan y el movimiento no cesa. Son como truenos lejanos, imponentes por demás.

Anduvimos una cuadra y media, y a la vuelta de una roca, se nos presenta casi de repente el cráter, dándonos una impresión la más imponente y de más extrema grandiosidad que es posible imaginar.

¡Cómo describir el volcán! ¡Las ideas quedan chicas! ¡El lenguaje se hace pobre!

Figuraos una caldera de asfalto, en que la brea hierve en el fondo en inmensos borbotones. Esta caldera tiene unos mil metros de diámetro, como quien dice desde la Alameda hasta el Mapocho, y el fondo de ella está en continua revolución, con oleajes que levantan inmensos tumbos, fisuras, escapes de gases de todos colores, un verdadero mar tempestuoso en el infierno imponente y aterrador. En el centro de esta caldera se levanta un cono formado de lava hirviendo, que cambia a cada momento de forma, sube y baja, se eleva y se deshace; y del centro de este cono, cuya punta es de fuego permanente, se desprenden, acompañados de ruidos permanentes, espesas humaredas, tan grandes que tapan a veces la luz del sol.

Nosotros estábamos ahí en las rocas, mirando a nuestros pies el inmenso volcán, y contemplando atónitos esas manifestaciones extraordinarias del poder infinito de la naturaleza. Nos sentíamos pequeños como insectos ante tanta grandeza, aterrorizados delante de ese monstruo que hace temblar al mundo. No hablábamos una sola palabra, pero temblábamos de emoción. ¡Espectáculo más grandioso y más aterrador, es imposible concebir!

Cabe recordar ligeramente aquí las grandes catástrofes producidas por el Vesubio.

La principal de todas fué la lluvia de lava y cenizas que sepultó a Herculano y Pompeya el año 79 de nuestra era.

Y para no enumerar sino las principales, citaré la de 1631 en la cual siete corrientes de lava y de barro hirviendo, pasaron a llevar diversas aldeas construídas en la falda del volcán. La de Rosina desapareció totalmente, y después no se ha vuelto a reedificar. En esta catástrofe murieron más de 3,000 personas.

En 1794, la ciudad de Torre del Greco, vecina del Vesubio, fué atravesada por una corriente de lava, que costó la vida a gran parte de la población, y después en 1861, la misma ciudad fué de nuevo casi enteramente destruída. Y sin embargo, sus habitantes viven tranquilos y se acostumbran—cosa increíble—a sentir a cada instante los ruidos aterradores del volcán!

Y después hace muy pocos años, casi puede decirse cosa de ayer, desde 1891 hasta 1899, entró el volcán en un período de suma actividad, estimándose la lava que arrojó y que produjo los perjuicios consiguientes, en ciento treinta millones de metros cúbicos. En una de estas crisis lanzó piedras a inmensa altura hasta de cuatro metros cúbicos de volumen, y se produjo al mismo tiempo junto con la salida de la lava, una horrorosa tempestad eléctrica, cruzada de rayos que serpenteaban en todo sentido, y aumentada con los ruidos extraordinarios, que daban un relieve más intenso a lo imponente y aterrador del espectáculo!

Muchos otros puntos recorrimos en los alrededores de Nápoles. En un viaje agradabilísimo de un día, en un simpático vaporcito, el Reina Elena, conocimos la encantadora Sorrento, la isla de Capri, e hicimos una entrada a la nunca bien ponderada Gruta azul, que nos hizo disfrutar de un espectáculo de luces y colores, que jamás habíamos soñado.

Y en otro viaje por los alrededores recorrimos las ruinas incomparables de Pompeya.

Causa verdadera impresión ver esa ciudad que ha renacido después de diez y siete siglos, en la cual corrían parejas el lujo y la corrupción, con sus lujosos templos a las divinidades paganas, y sus grandes teatros con capacidad hasta para 5,000 especta-

dores. Llama la atención el Foro que es el lugar más importante de Pompeya, rodeado de un pórtico adornado con estatuas de la familia imperial, la escuela de gladiadores, y una cantidad innumerable de casas particulares, en que el lujo, el refinamiento y la comodidad dejan verdaderamente sorprendidos. Los grandes baños de mármol y alabastro tenían siempre lugar preferente. Sus calles rectas, perfectamente bien trazadas, y con pavimento de grandes lozas azules, son un ejemplo que aún hoy día debería imitarse.

Todo en Pompeya era de un lujo desenfrenado. Era un lugar de placer y corrupción para los poderosos de Roma y Nápoles, y no se ve en toda la ciudad una sola casa que pudiera llamarse de segunda clase. Por el contrario, casi todos son palacios de paredes hermoseadas por los frescos, de baños que son una delicia, y de decorados salones que muestran gran lujo y convidan a la molicie y el descanso.

Pero así como hay barrios que causan verdadera admiración, hay otros en que se muestra el grado infinito a que la corrupción había llegado en ese pueblo, en que ante todo se rendía culto al dinero y al amor.

Las excavaciones se continúan, y cada día se ven nuevas cosas que causan el mayor asombro. Parece que todavía queda mucho que descubrir. Y además de los grandes edificios, obras de arte, monumentos y construcciones, otras sorpresas a cada momento se presentan. En los cadáveres que a cada instante se descubren, y que se han conservado admirablemente en la ceniza, se pinta el horror y la desesperación. Se ven madres defendiendo a sus hijos, otras personas fuertemente abrazadas, y otros que han caído en el momento de huir. Algunas esclavas griegas, y otras lindas pompeyanas de los pies desnudos, apa-

recen tan conservadas como en el primer día de la horrible catástrofe; y llama mucho la atención del viajero, un centinela que no abandonó su puesto, a pesar de lo horrible de la catástrofe, apoyado en la lanza, y con la viscera del casco echada sobre los ojos.

Deja la visita de Pompeya una impresión singular en alto grado. Nos sentimos transportados a la época romana, y creemos por momentos vivir esa vida que tantos recuerdos inmortales ha dejado en las páginas de la historia.

De Nápoles partimos directamente a Génova, y después de unos cuantos días en este hermosísimo puerto, de tanto comercio y movimiento, seguimos por la Costa Azul al norte de España, para enseguida volver nuevamente a París.

Al atravesar la frontera que separa la Italia de la Francia, para dirigirnos a Niza y Montecarlo, no pude por menos que exclamar:

—Adiós bello país del arte, que dejas tantas impresiones dentro de mi alma, que talvez nunca desaparecerán. ¡Quizás en toda mi vida no vuelva a verte; pero tu recuerdo jamás se borrará!



KNOCK O EL TRIUNFO DE LA MEDICINA,
DE JULES ROMAINS

Emilio Vaisse (Omer Emeth)

SEÑORAS:

En 1925 el «Triunfo de la Medicina» es un hecho que nadie quede poner en duda. En ninguna época los médicos han desempeñado un papel, no diré igual, pero ni siquiera análogo al que hoy desempeñan en la vida de los individuos, de las familias, de las ciudades y aún de las naciones. Lo que, en otros tiempos, era el confesor, lo es hoy el médico. A tanto llega este predominio que los espíritus verdaderamente celosos de su independencia personal podrían, parodiando a León Gambetta, exclamar: «Le médicalisme, voilà l'ennemi». Yo creo no equivocarme afirmando que hoy por hoy el poderío del «Cuerpo, Médico» sobrepaja en mucho el del clero francés en 1877 fecha en que Gambetta lanzó la frase famosa: «El clericalismo, he ahí el enemigo».

No se crea que, al expresarme así, obedezca a algún impulso de odio hacia la medicina y los médicos. Guárdeme Dios de

tal pecado y de tanta necedad. No! No se trata de odiar y desprestigiar una de las más nobles profesiones, ejercida aún hoy por muchos como un apostolado. Trátase sólo de reivindicar para con los médicos un derecho de crítica análogo al que ellos mismos se atribuyen para con las demás profesiones y vocaciones y en especial para con el Sacerdocio.

Adviértese, por ejemplo, que, desde principios del siglo XX la profesión médica tiende más y más a organizarse comercialmente y a convertirse en una científica explotación del enfermo.

Este hecho, (un médico lo llamaría síntoma) me preocupa hace años. De ahí que, al leer la comedia de Jules Romains sobre la cual versará esta conferencia, haya nacido en mi mente el deseo de analizarla en público. Mi objeto es inducir, Señoras, no a despreciar o aborrecer la profesión médica, sino a distinguir entre el médico propiamente dicho y el explotador de la medicina.

Este es también el objeto que Jules Romains persigue en su comedia (1).

*
* *

Al empezar, estamos al pie de una serranía en cuya cumbre

(1) Sobre Jules Romains (seudónimo del señor Luis Farigoule, ex-alumno de "l'Ecole Normale Supérieure" de París, doctor "és-lettres" y profesor de filosofía en un Liceo de aquella capital, pueden verse los siguientes autores:

Beaunier, en "Revue des Deux-Mondes", 1.º de Febrero de 1924;—*Dubech*, en "Les chefs de file de la jeune génération" (París 1925) pág. 209 y sig;—*Lalou*, en "Histoire de la Littérature Française Contemporaine" pág. 454 456. (Lalou pertenece a la escuela «Unanimista», cuyo jefe es Romains;—*Datos biográficos y bibliográficos* en la "Anthologie de la Nouvelle Poésie Française (Simon Kra, editor) y en la Anthologie Poétique du XX siècle", de Robert de la Vaissière. Ambas antologías son de 1924.

aparece un pueblo: es San Mauricio, cabecera de un distrito o, mejor (como aquí diríamos) de una subdelegación.

Un automóvil, de estructura más que arcáica, antediluviana, está parado a orillas del camino que sube a San Mauricio.

Tres personas, sin contar el chauffeur, se engolfan en aquella enorme máquina: una señora, el marido de ésta que es el doctor Parpalaid, médico del pueblo de San Mauricio y otro caballero que, como vamos a verlo, es el doctor Knock, protagonista de esta comedia.

¿Quién es Konock? Esto lograremos saberlo mientras el auto tosiendo como un octogenario, sube en demanda de San Mauricio.

El doctor Parpalaid y el doctor Knock se han juntado para finiquitar un negocio.

Parpalaid le vende a Knock su clientela, es decir, mediante una compensación, pagadera por Knock, Parpalaid dejará este instalado en San Mauricio como su sucesor y lo recomendará a sus clientes...

Por lo visto, aquella clientela no ha de ser muy valiosa. Si lo fuese ¿la abandonaría Parpalaid para ir a tentar la suerte en un barrio de Lyon?

Por otra parte, el clima de San Mauricio, como el de las regiones alpinas no muy altas, es el más sano que puede desearse. Ahí nadie se enferma y si alguien muere, es por casualidad o de pura vejez. ¡Pobre doctor Knock! Nos parece que su colega Parpalaid le está vendiendo gato por liebre...

Ambos médicos y la señora de Parpalaid charlan sin interrupción dentro del auto o fuera de él. Las «pannes» son numerosas: y cada vez los viajeros tienen que bajarse.

En torno del auto, mientras el chauffeur hace composturas, Parpalaid está sondeando a Knock.

Este ha dicho que acaba de recibirse y ahora agrega que ha ejercido la medicina durante veinte años. Aquella contradicción asombra a Parpalaid.

—«Sí, señor, insiste Knock; sí, señor, y mi tesis,—mi memoria de prueba—consta de treinta y dos páginas en octavo sobre *Los Pretendidos Estados de Salud*, con la siguiente epígrafe que le he colgado a Claudio Bernard: «Les gens bien portants sont des malades qui s'ignorent». (Las gentes de buena salud son enfermos que ignoran su estado)».

Parpalaid insiste y subraya, por decirlo así, el hecho: Knock es un principiante en la profesión...

—«Perdóneme, protesta Kock... Es cierto, eso sí, que mis estudios, acabo de terminarlos a los cuarenta años de edad, pero mi *debut* como médico tiene veinte años de fecha...

«No diga Ud. que ejercí la profesión clandestinamente. Al contrario: La ejercí a la luz del día y no en un rinconcito de provincias, sino sobre una superficie de más o menos siete mil kilómetros».

«¿Le parece esto increíble? ¿No entiende? Y sin embargo es cosa fácil de entender. Hace unos veinte años me recibí de bachiller en humanidades, pero la falta de recursos me obligó a emplearme en los *Cien mil paletós de Marsella*... (1) en la sección «Corbatas». Ese empleo lo perdí... Paseándome por los malecones del puerto, veo que anuncian la partida de un vapor de 1,700 toneladas para la India y que dicho vapor pide

(1) Esos "Cien mil de Paletós" son una adaptación chilena. En el original hay "Aux Dames de France". Me parecieron preferibles los paletós en este caso.

médico... No se necesita que éste tenga título de doctor. En mi lugar, ¿qué habría hecho Ud?

—«¿Nada, probablemente?... Así lo creo. Usted no tiene vocación. Yo me presenté a la compañía dueña del vapor. Les declaré al entrar en la oficina: Caballeros, podría yo decirles que soy doctor, pero no soy doctor... Peor aún, confesaré a ustedes algo que es más grave: no sé todavía cuál habrá de ser el tema de mi memoria de prueba para optar al título de médico cirujano. Me contestan los de la Compañía que poco les significa el título de doctor y que les importa un bledo el tema de mi memoria. A lo cual replico yo: Aunque no sea doctor, deseo por razones de prestigio y disciplina, que a bordo me llamen doctor. Contestan ellos que eso es muy natural. Lo cual no impide que yo siga durante un cuarto de hora exponiéndoles las razones que me inducen a vencer mis escrúpulos y a reclamar esa calificación de doctor a la cual, en conciencia, no tengo derecho. Tanto hablé que apenas si nos quedaron tres minutos para arreglar la cuestión de mi sueldo».

Parpalaid asombrado interrumpe a Knock para preguntarle si tenía entonces algunos conocimientos de medicina...

«Entendámonos!—replica Knock.—Desde niño siempre me ha gustado leer los avisos de medicina y farmacia en los diarios, lo mismo que los prospectos que venían con las cajitas de píldoras y frascos de jarabe que mis padres solían comprar. Desde la edad de nueve años, sabía yo de memoria páginas enteras sobre la exoneración incompleta del estético. Y todavía hoy puedo recitarle a Ud. una carta admirable, dirigida en 1897 por la señora viuda de P., de Bourges a la «Tisana Americana de los Shakers». ¿Quiere Ud. que se la recite?—Gracias, dice Usted. ¿Le basta mi palabra? ¡Muy bien! Esos

impresos me han familiarizado desde temprano con el estilo de la profesión. Pero, más que todo, me han hecho vislumbrar el verdadero espíritu y la verdadera finalidad de la Medicina, que la enseñanza de la Facultad disimula debajo de la hojarasca científica. Puedo decir que a los doce años poseía yo un sentimiento médico correcto».

Parpalaid le pregunta entonces si posee un método propio. Le gustaría conocerlo.

—«No hago propaganda, declara Knock. Por lo demás, lo único importante es el resultado. Hoy, según confesión de Ud., recibo de manos suyas una clientela inexistente.—No proteste; es inexistente, pero vuelva Ud. después de un año y verá lo que yo habré logrado hacer. La prueba será perentoria. Usted me obliga a tomar a cero como punto de partida; pero por lo mismo, acrecienta en gran manera el interés del experimento».

Aquí termina el primer acto. Como acabamos de verlo, el doctor Knock no ha hecho todavía nada que signifique triunfo, pero por su confesión podemos calcular que, cuando se trate de triunfar, no se parará en pelillos. Su doctrina fundamental según la cual la buena salud es una superstición, va a ser el eje en torno del cual todo girará en San Mauricio.

«L'âge médical, (es decir la edad de oro para los médicos) va a empezar», exclama Knock cuando el auto se acerca al pueblo.

*
* *

En el segundo acto el doctor Knock está ya instalado. Es

menester informar de ello al público de San Mauricio. Ahí no hay diario. Las noticias y avisos se dan por medio del «tambour de ville», que así se llama un empleado municipal encargado de pregonar a son de tambor las noticias que el Alcalde o particulares quieren dar a conocer.

Knock llama al «tambour de ville» a su casa y le encarga anunciar al público que, los días de feria y mercado, recetará gratis.

El empleado municipal se entusiasma por lo barato y quiere ser el primer cliente del doctor.

Knock, con un maquiavelismo diabólico, sin decir una palabra y valiéndose sólo de silencios y reticencias le sugiere que adolece de una enfermedad grave y le aconseja ganarse a la cama tan pronto como haya terminado los pregones. Naturalmente el infeliz «tambour de ville» sale del gabinete de Knock enfermo de puro miedo.

En seguida llega Monsieur Bernard, director de la escuela primaria de San Mauricio. El doctor Knock lo halaga y embauca con sus alabanzas... hasta que, por fin, convienen ambos en dar una serie de conferencias sobre higiene.

«Commençons par le commencement,—dice entonces Knock,—Tengo aquí materiales para varias charlas de vulgarización apuntes muy completos, buenos clisés y una linterna mágica para proyectarlos. Esto, usted sabrá muy bien manejarlo. Y mire, para empezar, ahí tiene usted una pequeña conferencia escrita de punta a cabo y realmente muy agradable sobre la fiebre tifoidea, las formas no sospechadas que suele tomar, sus vehículos innumerables: agua, pan, leche, mariscos, legumbres, ensaladas, polvos que flotan en la atmósfera, aiento, etc., las semanas y aún los meses durante los cuales ella está

incubando sin manifestarse, los accidentes mortales que provoca repentinamente, las terribles complicaciones que acarrea... y todo eso adornado con bonitas vistas: bacilos formidablemente agrandados, detalles de excrementos tíficos, gangliones infectados, perforaciones del intestino... y estas vistas, no en negro sobre blanco, sino con los colores más variados: rosa, castaño, amarillos, blancos, verduscos, todo el arco iris que usted puede imaginar».

Monsieur Bernard, mientras habla el doctor, se ha puesto verde de puro miedo. Exclama... «Yo soy muy impresionable... Si me engolfo en eso, perderé el sueño».

«Eso es lo que conviene», replica Knock... quiero decir que ese es el efecto que debemos buscar y que consiste en que el público quede sobrecogido y con emoción hasta en las entrañas. Usted, Monsieur Bernard, se acostumbrará a ello... Lo preciso es que el público se emocione y pierda el sueño... El error de las gentes consiste en dormirse sumidas en una seguridad engañosa de la cual viene demasiado tarde a sacarles el trueno de la enfermedad...».

Ya Bernard está en el mismo estado que el «tambour de ville» cuando llega Mousquet, boticario del pueblo.

Mousquet es un comerciante. Knock no puede temer que este señor vea el más mínimo inconveniente en la aplicación de su famosa doctrina según la cual todo hombre de buena salud es un enfermo que no se da cuenta de su enfermedad.

Con Mousquet, Knock será más franco que con nadie.

—«Doy por sentado,—declara Knock—que todos los habitantes de este distrito son «ipso facto» clientes nuestros designados.

—«¿Todos? ¡Es mucho pedir!»,—observa el boticario.

—«Yo digo que todos, insiste el Doctor; todos han de ser clientes nuestros fijos y fieles...

«Pero ¡será menester, por lo menos que se enfermen!», observa nuevamente Mousquet...

«Enfermarse», replica Knock; caer enfermo, he ahí una idea requetevieja y que los nuevos datos de la ciencia nos obligan a abandonar. La salud es una mera palabra que bien puede, sin perjuicio alguno, desterrarse de nuestro diccionario. Por lo que a mí toca todas las gentes que conozco se hallan, cual más cual menos, atacadas de enfermedades cuya evolución es más o menos rápida. Naturalmente, si a esas gentes les dice usted que están buenas, ellas se manifestarán muy dispuestas a creérselo. Pero usted las engaña. Su única excusa es que usted tiene ya más enfermos que los que puede atender. No cabe admitir más.

—«Sea como fuere, exclama el boticario, es esa una hermosísima teoría».

—«Teoría profundamente moderna,—declara Knock—; reflexione usted, señor Mousquet, y verá que es pariente próxima de la admirable idea de la nación armada, la cual constituye la principal fuerza de nuestros Estados»...

Mousquet se inclina ante aquel pontífice de la medicina.—«Es usted un pensador, doctor Knock... y en vano los materialistas dirán lo contrario: «la pensée méne le monde».—(Es el pensamiento el que gobierna al mundo»).

«Soy tal vez presuntuoso... Puede ser que algún amargo desengaño me esté esperando. Pero, si de hoy en un año,—en un año, fíjese bien: contado exactamente desde esta fecha—usted no ha ganado los veinticinco mil francos a que tiene derecho, si madama Mousquet no tiene los vestidos, sombreros y

medias de seda que su condición exige, yo le permito a usted que venga acá a echármelo en cara. . . Yo le presentaré a usted mis dos mejillas y usted me dará una bofetada en cada una de ellas».

Mousquet se retira entusiasmado y cede su asiento a los primeros clientes que vienen a la consulta gratuita de Knock. La primera es una dame «en noir», campesina rica: de edad de cuarenta y cinco años, avarienta y, a todas luces, «estética». Knock le demuestra que está gravemente enferma a consecuencia de una caída al suelo, la cual no ha dejado ningún rastro en su memoria.

Con una cortesía exquisita el doctor le dice: «Voy a explicarle a usted su enfermedad en la pizarra. Es asunto de un minuto».

Y tomando tiza Knock empieza a dibujar un croquis en la pizarra:

«Aquí tiene usted, señora, su médula espinal, en un corte muy esquemático, ciertamente, pero que basta ¿no es verdad? Aquí reconoce usted el haz de Türck y aquí su columna de Clarke. ¿Me entiende usted? Pues bien, en esa caída que usted no recuerda pero que experimentó ciertamente, su Türck y su Clarke han resbalado en sentido inverso—como lo indican estas flechas de dirección—han resbalado de algunos décimos de milímetro. ¿Poca cosa es esto, dirá usted? Evidentemente. . . es poca cosa, pero se halla en muy mal sitio. . . y además tiene usted aquí un malestar continuo que se produce sobre sus multipolares. . . ».

Al oír la palabra *multipolares*, la campesina rica exclama asustada: *Mon Dièu! Mon Dieu!* ¡Dios mío!

Ya está: el doctor Knock ha aplicado su teoría. . . Es esta su

primera gran victoria. La «dame en noir» se va a su casa a meterse en cama, está enferma de gravedad.

Acontece lo mismo con otra señora: «*la dame en violet*», que siento no tener tiempo de presentar.

Presenciamos la consulta que Knock da a un joven campesino.

Este mozo es un chacotero profesional: ha prometido tomarle el pelo al doctor Knock y va a la consulta gratuita acompañado de muchos campesinos que esperan divertirse con él a costa del doctor.

Pero sucede todo lo contrario. El doctor recibe al joven con una seriedad terrible.

—*¡Entre usted!*—*¡Desvístase!*—El mozo pregunta: ¿Será preciso que me ponga en pelotas?—*¡Sáquese la camisa!*—ordena el doctor.

Knock se le acerca, lo palpa, lo percute, lo ausculta, le tira la piel, le levanta los párpados y los labios... En seguida toma un laringoscópio con reflector, se lo encasqueta y proyecta repentinamente un haz de luz en la cara del mozo; en su garganta y en sus ojos.

El farsante está domeñado. Knock lo hace acostarse en la chaise-longue.—*¡Vamos! doble las rodillas!* Knock le palpa el vientre y aplica en varias partes el estetoscopio:

—*¡Alargue el brazo!*—El doctor examina el pulso y le toma la presión arterial.

«Ya está: vístase... y dígame: ¿vive aún el padre de usted?—Nó; dice el mozo : murió.—¿De muerte repentina?—Sí, señor doctor.—Muy bien: no podía ser de otro modo. No sería viejo...—Nó, doctor: cuarenta y cinco años.—Tanto como eso!

El doctor busca unos cuadros y, con mucha cortesía, dice al joven:

«Voy a mostrarle el estado de sus principales órganos. Aquí tiene usted los riñones de un hombre sano: y aquí están los de usted.—Este es su hígado... este es su corazón... eso sí que el corazón de usted está en peor estado que el del grabado.

—¿Convendría tal vez que yo dejara de beber? pregunta el joven con mucha timidez.

«Haga usted lo que quiera,—declara el doctor... ¿Remedios? dice usted. Casi no vale la pena...»

El farsante recibe su sentencia con verdadero pavor y se va cabizbajo. Knock abre la puerta de su gabinete. Se oye le algazara de la gente que, riendo de antemano, espera al mozo... Este, que había ido lleno de risas, vuelve aterrorizado... La muchedumbre deja inmediatamente de reír... Calla... Es un silencio de entierro. El doctor Knock ha vencido: es el rey de San Mauricio. La edad de la medicina, *l'age médical*, ha empezado...

*
* *

Al abrirse el tercer acto, ya han pasado tres meses. El pueblo de San Mauricio está transformado en un vasto hospital.

En todas las familias que disfrutaban de una renta de mil francos mensuales, hay por lo menos un enfermo en cama.

El hotel de San Mauricio (el único hotel del pueblo) se ha transformado en una clínica provisional con pensionado... Se está edificando uno que será colosal... Pero, mientras tanto, reina ahí con absoluta e inditida tiranía la hiegiene científica con autoclaves, diagramas, análisis y todo.

El doctor Knock ha calculado hasta los más mínimos pormenores. Tiene hecha una estadística del distrito donde están apuntados todos los hechos susceptibles de favorecer la penetración médica.

Knock sabe la cuantía de todas las fortunas y hasta la edad exacta de las señoras. Sabe qué clase de enfermedad ha de tener cada cual, es decir, sabe la enfermedad que al doctor Knock le conviene que cada cual tenga.

En sólo tres meses ha convertido en inagotable fuente de riqueza y poderío un distrito que antes escasamente daba al doctor Parpalaid, su predecesor lo estrictamente necesario para vivir.

La medicina reina en San Mauricio y enriquece al médico.

El contrato entre Knock y Parpalaid estipula que éste, cada tres meses, recibirá de aquél cierta suma de dinero. Parpalaid que gana apenas lo necesario en Lyon, viene a San Mauricio, al final del trimestre, a cobrar lo que se le debe.

Su asombro ante la transformación de San Mauricio por el doctor Knock es inmenso. Knock es verdaderamente el rey del pueblo.

Parpalaid se lo confiesa: «Por más que quisiera callar mi asombro no podría. Querido colega, no cabe negar los resultados que usted ha alcanzado: por todas partes aparecen y se comprueban. Es usted un hombre *«épatani»*, Otros no se lo dirían, lo pensarían... o, entonces, no serían médicos. Pero ¿me permite usted dirigirle una pregunta en voz alta?...

...¿Sí ¡bueno!... Pues bien, si yo poseyera el método de usted, si lo conociera a fondo, si no me quedara más que practicarlo, ¿acaso no me vendrían escrúpulos?... No vaya usted

a creer que estoy cayendo en el rigorismo... Pero, se lo pregunto: ¿acaso, en el método de usted, el interés del enfermo no se halla un tantito subordinado al interés del médico?

La respuesta de Knock es verdaderamente sublime:

— «Doctor Papalaid, Ud. olvida que hay un interés superior al del enfermo y al del médico: es el interés de la medicina...

«Ese interés es el único que me preocupa».

Durante un par de segundos Parpalaid, asombrado, medita, y luego exclama: Oui, oui, oui.

Está convertido: como el «tambour», como el maestro de escuela, como el boticario Mousquet y la dama en negro y la dama en morado y el mozo burlón, como todos y todas en San Mauricio, el doctor Parpalaid es vencido, conquistado y seducido por el doctor Knock.

Pero oigamos a Knock catequizando a Parpalaid:

«Ud. me entrega a mí un distrito poblado por algunos miles de individuos neutrales, indeterminados. Mi papel consiste en determinarlos, en llevarlos a poseer la existencia médica. Los echo a la cama y observo lo que de ahí va a salir. Saldrá un tuberculoso, un neurópata, un arterio-escloroso, lo que Ud. quiera; pero saldrá algo, (sí señor), saldrá alguien... Nada me saca de quicios como ese ser que no es ni carne ni pescado y que se llama un hombre sano y bueno».

— «No puede usted, sin embargo, echar a la cama^a todos los habitantes de un distrito», interrumpe Parpalaid.

— «Esto podría discutirse, contesta Knock. Yo he conocido en una misma familia cinco personas, enfermas todas a la vez y guardando cama a un tiempo, las cuales, sin embargo, salían muy bien de apuros. La objeción de Ud. me recuerda esos famosos economistas que, en 1914, sostenían que una gran guerra

moderna no podría durar más de seis semanas. La verdad es que nos falta a todos audacia . . . que nadie, ni siquiera yo, se atreve a ir hasta el extremo y a obligar a toda una población a guardar cama, por ver, por ver qué cosa saldrá de ese experimento. Pero admitamos la necesidad de que haya gente sana y buena para cuidar a los enfermos o para constituir, a retaguardia de los enfermos, una como reserva. Eso lo admito. Pero lo que no aguanto es que la salud se dé aire de provocación y se insolente. Eso, Ud. lo confesará, es excesivo».

El doctor Knock refiere entonces el caso de un señor Raflalens que quiso insolentársele y estuvo a punto de destruir su trabajo a fuerza de rechazar todo remedio.

—«Ese era un coloso . . . Figúrese que a brazo tendido levantaba del suelo a su suegra . . . (Sí, señor, y la suegra no era de las flacas). Pues bien, ahora lo tengo en cama. Sus baladronadas empezaban a socavar el espíritu médico de la población».

Parpalaid asombrado desde el principio, está a punto de poner en completo relieve y en luz definitiva la fuerza de Knock.

Este lo mira con ese ojo observador que le conocemos. Parpalaid advierte aquella mirada y queda pensativo . . . Se siente cansado . . . El viaje a San Mauricio en pleno invierno será la causa de ese cansancio . . . Sí, pero la mirada que Knock le dió lo deja perplejo.—¿Estará enfermo? Ya la atmósfera médica de San Mauricio se apodera de él . . . Presenciamos el colmo de los colmos: el Dr. Parpalaid se entrega al doctor Knock quien lo examinará, lo declarará enfermo y lo echará a la cama, no en interés del enfermo, ni del médico, sino en interés de la medicina.

La medicina ha triunfado.

*
* *

Antes de emitir juicio alguno sobre esta comedia, apun-
taremos dos hechos:

El primero es que *Knock o el triunfo de la Medicina* ha alcanzado en París, noche tras noche, más de cien representaciones durante el invierno de 1923-1924.

Y el segundo hecho es que aquel triunfo no se debe,—como en la mayoría de los casos cuando se trata de teatro—a ningún recurso erótico o inmoral. En «Knock» no hay amor ni para remedio.

De este hecho se deduce que la habitual inmoralidad de los dramas y comedias no es necesaria ni para la substancia ni para la forma de las mismas.

Las comedias clásicas nos lo tenían enseñado; pero, con todo esto, convenía que un escritor joven y sin el menor rastro de gasmoñería como es Julio Romains, nos hiciera ver que, aún hoy, una obra maestra dramática es realizable y provechosa sin ayuda alguna del amor y la sexualidad.

El primer hecho, o sea el éxito dramático de *Knock*, nos enseña que las gentes del siglo XX no difieren tanto como ellas lo creen de sus antepasados medioevales.

Allá en el siglo XIII, en tiempos del rey San Luis, los franceses, generalmente muy creyentes, eran de lengua muy suelta en lo de opinar sobre frailes y curas. Ahí están en la literatura francesa de entonces, los *Fabliaux* que no me dejarán mentir. De esos cuentos medioevales puede sacarse materia prima para escribir una minuciosa crítica de la vida y milagros del clero secular y regular en aquel siglo. A primera vista, las gentes que fabricaban y difundían esos cuentos y las que se desterni-

llaban de risa oyéndolos parecían,—desde el punto de vista del siglo XX—carecer de fe. Error! Esas mismas gentes edificaban entonces las maravillosas y costosas iglesias góticas que cubren el suelo de Francia. Enriquecían además con sus dádivas cotidianas los conventos que había entonces hasta en los más insignificantes pueblos de aquella tierra.

Pero sucedía que con un poco de crítica se compensaban y por decirlo así, se indemnizaban de la sujeción en que su propia fe, su fe voluntaria, los tenía sumidos.

Igual acontece hoy en día con los médicos. No puede negarse: en ninguna época anterior hubo tanta fe en la medicina. Esa fe, la encontramos en todos los peldaños de la escala social... Y llega a tal extremo que se cree no sólo en los médicos propiamente dichos y especialmente en los doctores que ejercen con nobleza su profesión, sino también en los charlatanes y explotadores, como Knock, y en los «meicos» y hasta... en las «meicas» (1).

«Nunca hubo tanta fe en Israel»... Pero todo se paga: no hay acción sin reacción.

Y la comedia de Jules Romains es una manifestación reaccionaria en contra de la actual medicina, la cual tiende más y más a explotar la enfermedad y subordinar el interés del enfermo al del médico.

Todo esto,—como insinúa Romains—se hace bajo un disfraz de ciencia. En último análisis la medicina, muy lejos de pertenecer, como es fama, a la ciencia biológica, parece pertenecer a la «Economía»: es una rama del comercio.

Esto es lo que Romains quiere dar a entender y es esto lo

(1) En Chile la gente del pueblo llama «meicos» y «meicas» a ciertos hombres y mujeres que ejercen el oficio de curanderos y la brugería médica

que entiende, todas las noches, el público parisiense que asiste al teatro.

Sucedec aquí lo mismo que en materia eclesiástica: de un mal sacerdote, explotador del santuario, se infieren conclusiones adversas al sacerdocio todo. Del mismo modo un Knock perjudica a toda la profesión médica. Clericalismo y medicalismo están alojados en la misma fonda.

No me toca a mí salir en defensa de los médicos. Quien no sabe que así como en el clero y como en todas las profesiones hay entre ellos verdaderos dechados de humana perfección, y también abominables canallas. Bien lo dice Luciano Dubech:

La medicina expone a grandes tentaciones. Es menester un corazón recto para ejercer con honradez aquella noble profesión. El número de los médicos honorables guarda proporción con el número de los corazones rectos en cualquiera otra categoría de hombres. . .

Un médico charlatán es un ser abominable, pero no creo que sean muchos los que se parecen a Knock, El carácter de éste es indeciso y difícil de imaginar. Vagamente dibujado en el primer acto, se nos presenta en el segundo como un bribón vulgar, hábil y consciente de su habilidad. En ese momento la medicina no se halla en tela de juicio: no tiene ella la culpa de lo que hace Knock, quien se vale de ella indignamente. La medicina es un beneficio providencial, un don de Dios, del cual un bellaco puede siempre hacer uso con torcido fin.

En el tercer acto, es otra cosa Knock parece penetrado de una especie de misticismo de la medicina. No es ya un canalla que se está enriqueciendo a costa de los imbéciles: es un iluminado maléfico.

No hay en la comedia de Romains el desarrollo lógico que

podíamos y que aún debíamos esperar de un profesor de filosofía. No comprendemos,—y nada nos prepara para comprender,—cómo ha podido el farsante que domeña y explota a todos los san mauricianos convertirse en iluminado y fanático. El Knock del primer acto se desarrolla lógicamente hasta el fin del segundo, pero un «salto» biológico parecido a los de De Vries lo convierte repentinamente en el tercer acto, de bribón en místico.

Romains debió optar desde el principio por éste o por aquél. Juntándose ambos, el místico con el bribón, en un mismo Knock, la comedia se vuelve farsa.

Pero reconozcámoslo: mucho de ella quedará y Knock me parece destinado a figurar en la galería de los médicos cómicos, al lado del Dr. Sangredo, de Sganarelle y Diafoirus.

Con Diafoirus y Sganarelle evocamos a Molière, y con Sangredo a Lesage, dos de los nombres más famosos de la literatura francesa. En esta evocación forzosa y casi unánime consiste precisamente el triunfo de Jules Romains.

ALGO SOBRE ARGENTINA ARTÍSTICA Y PRÁCTICA,

Conferencia leída en el Club de Señoras el 28 de Octubre de 1925

Hoy me cabe el alto honor de hablaros desde la tribuna de este Club, uno de los centros de mayor difusión artística y científica de la América española, dirigido por una doble dama de talento excepcional; diríase una Mecenaz del Renacimiento, transportada a este encantado país austral para esparcir noble y desinteresadamente la sagrada semilla de la Belleza y la Verdad.

Gracias por los bellos momentos, talvez los pocos de verdadero esplaz espiritual, vividos en este ambiente cultural y cuando

un día ya lejos de aquí, vuelva la vista al pasado recordaré siempre el oasis de luz que este Club brinda al viajero sediento y dolorido.

Hoy, digo, me cabe el honor de hablaros de los poetas de mi Patria tan amada, y tan lejana como las rientes horas de la infancia... y lo hago con el profundo enternecimiento del que lejos de ella comprende el valor precioso que encierra y llora las lágrimas tristísimas de la ausencia.

Al decir: Patria! el corazón se me llena de dulzura, la retina se me puebla de visiones tropicales... grandes trigales áureos resignados al golpe de la guadaña, avispas y abejorros zumbones, poblado el aire perfumado en las largas siestas de enero; las tapias bajas a lo largo de los caminos, por encima de las cuales asoman pintorescos los enormes girasoles, o los tupidos maizales; alternando con los cultivos de caña de azúcar, café, algodón, y más lejos, Pampa adentro, los típicos ranchos de barro y paja, resguardados por el ombú secular su compañero inseparable.

Qué puedo deciros yo de esa tierra potente que al otro lado de la gran mole pétreo germina, se desarrolla y da frutos soberbios, llenando de gloria y orgullo las páginas de la historia con los nombres de: San Martín, Rivadavia, Belgrano Sarmiento... y que después de llorar sangre a torrentes bajo la tiranía se yergue más gloriosa, más fuerte, más vendedora?

¿Qué puedo deciros yo de ese suelo extenso, fértil, próspero—la verdadera de promisión—en que el desarrollo económico ha marchado a la par del desarrollo artístico?

Nada o casi nada, pues ella por sí sola es un canto a la libertad, al trabajo, a la justicia y nadie es capaz de desconocer su honrada grandeza! Por eso me limitaré a hacer una breve

reseña de su actual desarrollo artístico, deteniéndome en la Poesía.

Si los pueblos valen por su desarrollo intelectual ante todo Argentina es uno de los valores más representativos de América.

Tenemos nombres de resonancia en el Viejo Mundo, no solo en literatura; sino en Pintura, Escultura y Música, tales como el del Maestro Fernando Fader, el pintor de arte evocador y sugestivo, el Millet argentino del paisaje; Rodolfo Franco y Alfredo Guido, dos aguafortistas notables, Bermúdez, Gutiérrez y Gramajo, Thibon de Libian, Gregorio López Naguil, Antonio de San Luis y otros cuyos cuadros han ocupado la atención de España y la crítica de firmas ilustres como la de Rafael Marquina, Juan de la Encina...

Entre los escultores figuran en primera fila: Agustín Rigagnelli, temperamento único, formado por sí solo. Sus esculturas asombran atemorizan, están animadas de una vida tan real, eran intensa y son tan armoniosas que se dirían hechas no por la mano de un hombre sino por la de un dios.

José Fioravanti, el otro gran escultor, firme, enérgico, elegante; complejo hasta desconcertar en sus estudios de caracteres, humano y evocador.

Además tenemos a: Lola Mora cuyos desnudos de arte son admirables, Luis Rovati, Luis Falcini, que obtuvo el 2.º premio en el Salón Nacional del año pasado, Félix Pardo de Tavera, Antonio Garguillo, etc...

Pasando ahora a la literatura, la gran poetisa honra de las letras americanas, la Santa Teresa de Jesús, humanizada y dulcificada, nuestra incomparable Gabriela Mistral, me decía:

«en su tierra se escribe mucho y bien». ¡Cuánta razón tiene Gabriela Mistral!

Pero allí no solo se escribe, sino que se hace obra de difusión. El arte y el saber están al alcance de todos. Los diarios traen cada semana un folleto especial dedicado única y exclusivamente al arte y ciencias mundiales. Así uno puede formarse una idea de las letras de cada país, de los cuadros célebres, espuestos en los distintos Museos europeos y se leen artículos de escritores de fama universal, entre ellos los de: Rabindranath Tagore, Ada Negri, Julio Dantas, Sigmund Munz, Lucio D'Ambra, Enrique Diez Canedo, Nicodemi... de vez en cuando también alguno de los chilenos de renombre: Eduardo Barrios, Eugenio Labarca, Armando y Ricardo Donoso, y de los nuestros las notables críticas sobre arte de José León Paganó, artículos de Alberto Gerchunoff y de casi todos los grandes escritores argentinos.

Además hay un gran número de buenas revistas con un nutrido material literario, entre ellas: «Nosotros,» la revista cumbre, premiada con medalla de oro en la Exposición Internacional de San Francisco de California en 1915, que esta bajo la dirección de hombres de un talento excepcional: Alfredo Bianchi y Roberto Giusti.

También hay varios cenáculos de reunión semanal, El más célebre de ellos es el de «Nosotros», llamado el «Cerebro de Buenos Aires». Otro es el de Folco Testena. Allí concurren todos los artistas, de allí salen ungidos, pues todos tratan de ayudarse, de abrirles camino a los principiantes; en una palabra existe una confraternidad libre de mezquindades.

Entre los grandes literatos argentinos, conocidos en todo el mundo de lengua castellana, está Manuel Gálvez, escritor

netamente argentino, complejo y variado. Su mejor obra: Nacha Regules, premiada en un concurso municipal, es profundamente moralizadora, escrita con el noble fin de sacar de la apatía, a los seres felices, dedicada: «A las mujeres de corazón, para que no ignoren cómo es de triste la vida de sus hermanas que cayeron, y les tengan piedad y les ofrezcan sus manos para levantarlas del terrible abismo».

Es un psicólogo penetrante y sutil que conoce todas las modalidades del alma humana: sus tristezas, sus dolores, sus desalientos, en todas las esferas sociales.

Benito Lynch, el autor de: «Los caranchos de la Florida» el escritor criollo por excelencia, compenetrado con el ambiente, pinta con admirable maestría la pampa y el gaucho. Sus personajes sostenidos del principio al fin, nos dan la sensación de realidad, en ningún momento desmentida.

Después tenemos a José María Zuviría, novelista universalmente conocido, que esconde su personalidad, bajo el seudónimo de Hugo Wast; a Ricardo Rojas, el gran crítico y poeta, que estuvo aquí, a José Ingenieros, el escritor científico, a Marcelo Peyret, novelista y cuentista irónico, a Josué Quezada, Mateo Booz, Rodríguez Larreta, el pintor del alma sevillana en su famosa novela: «La gloria de Don Ramiro».

Nuestros cuentistas son únicos. El primero de ellos es: Horacio Quiroga. Ha llegado a la plenitud. Sus cuentos tienen todo el encanto de la tierra nativa; son emocionantes, fuertes, llenos de simplicidad, pero vigorosos y de un estilo bello sin ser florido. Para comprobarlo están sus: «Cuentos de Amor, de Locura, y de Muerte». «El salvaje»; dos obras maestras.

Luego tenemos a: Héctor Olivera Lavié, Juan Carlos Dávalos

y varios otros que yo no os cito para no cansaros demasiado con tantos nombres.

Os diré que la particularidad verdaderamente digna de elogio, de todos nuestros escritores, es su gran patriotismo. Solo se inspiran en las bellezas de su tierra. Sus personajes son siempre caracterizaciones argentinas. No tienen necesidad de buscar en tierras extrañas su fantasía, la descubren en cualquier recodo del propio suelo, única manera de ayudar al progreso, de «servir a la Patria con la pluma», en toda la extensión de la palabra—dando a conocer sus encantos, ya sean naturales o debidos al trabajo de sus hijos, o haciendo resaltar sus deficiencias, para que sean enmendadas—(otra manera de ayudar al progreso).

En Poesía, Argentina ha tocado los acordes triunfales de la lira y sus acentos resonaron en el mundo, continuando, no interrumpidos, ya suaves, dulces, o intensos, atronadores...

Leopoldo Lugones, el padre de la poesía argentina, el gran lírico, de estro magnífico e inimitable, ha sido el iniciador de la actual grandeza lírica.

La emulación se inmensa. Fuera de este glorioso poeta, ya tan conocido y difundido, tenemos otros que también pueden contarse entre los maestros.

Héctor Pedro Blomberg, el soñador inspirado en las bellezas del Oriente, el eterno enamorado del mar, de los cielos lejanos, el errante viajero que no encuentra tregua a la sacra inquietud de su espíritu torturado por la Belleza y los amores que fatalmente tiene que abandonar, como el descrito en:

LA PASAJERA PERDIDA

Siempre la estoy viendo, sentada en el puente,
leyendo novelas de Loti y Karmor,
o si no mirando la espuma que hirviendo
cantaba en la estela del viejo vapor.

O en noches de luna, soñando a mi lado,
borrachos de luna y ensueño los dos,
pensando en lo absurdo de habernos amado,
pensando en el puerto del último adiós.

Blanca pasajera de un viaje lejano
que embarcó en la bruma de aquel puerto gris...
Por qué nos quisimos cruzando el oceano?
Por qué quedaste en aquel país?

Aun guardo la vieja novela que un día
dejaste olvidada sobre mi sillón,
escrito en la tapa tu nombre: María,
después una fecha y un puerto: Tolón.

Los años... Los años... Corrí por el mundo,
en muchos navíos rodé por el mar,
pero tu recuerdo lejano y profundo,
jamás de mis sueños se pudo borrar.

No sé si estás viva, no sé si es que has muerto
pero en mi nostalgia romántica y gris,
espero encontrarte algún día, en un puerto
bajo el claro cielo de un vago país.

Cuántas pasajeras llevó mi navío
de tierras de bruma a puertos de sol.
Tu sombra lejana quedó al lado mío:
un amor de Francia y un verso español...

Blanca pasajera, viajera perdida,
que un día en puerto suspiró, y se fué
dejando una vaga nostalgia en mi vida:
acaso ni sabe que yo la lloré.

Siempre la estoy viendo, sentada en el puente
leyendo novelas de Loti y Karmor

o sino mirando la espuma, que hirviente,
cantaba en la estela del viejo vapor.

También pinta la pampa y sus moradores, en sonetos correctísimos, llenos de añoranzas, como este:

EL GINETE SOLITARIO

Contra el cielo enrojecido del ocaso, parecía
el jinete solitario la simbólica visión
de la raza ruda y triste, que en su fuga se perdía
en los pagos del olvido con su noble tradición.

En la huella polvorienta del camino se sentía
del galope del caballo la sonora vibración,
y en el gran silencio triste, una estrella que nacía
derramó sobre los campos una luz de anunciación...

Oh jinete que en la sombra del crepúsculo te hundiste
galopando hacia el olvido con tu historia ruda y triste
Ven, sofrena mi caballo al umbral del porvenir.

Ya no cantan las calandrias en los nidos del alero,
y arrojando tus pesares y tus sueños al pampero,
ven, y apéate a la sombra del ombú para morir.

Arturo Capdevila, a mi juicio el mejor poeta americano; intenso, dramático, hondo y amargo, con un dolor varonil e inmenso, como sólo puede sentirse ante la muerte devastadora, en «Melpómene», libro que inició su celebridad, arrancando a la crítica unánimes aplausos y que hace poco fué traducido al italiano por uno de los mejores poetas. Dulce, tierno, sentimental, en «Jardines solos». Sencillo, suave, candoroso con un candor infantil puro y noble, un Garcilaso de la Vega moderno en el: Poema de Nenúfar, egloga bellísima, con sabor a selva virgen, a castidad de espíritu:

Y tus flores, Nenúfar, estarán todas buenas?
Qué hacen las margaritas? Qué hacen las azucenas?

.....
Una fatal nostalgia me hace morir. Oh, penas,
oh penas infinitas de estar lejos de tí.
Y tus flores, Nenúfar, estarán todas buenas?
Dales muchos recuerdos si preguntan por mí.

Es toda así: un idilio romántico, que termina con la muerte de la amada, muerte que arranca al poeta estrofas llenas de una resignación, basada en la esperanza de un nuevo despertar. Y la alegría triste de sus versos nos hace vibrar al descubrir su alma sana, atenta solo al latido infinito de la creación:

Ciprés: sé bueno. Luna: sé mansa.

Viento: sé leve, qué más te da.
Nadie la turbe mientras descansa.
Talvez mañana despertará.

Pedro Miguel Obligado, el poeta de tristezas suaves, sin desesperaciones, ni rebeldías, una tristeza de Nazareno predestinado a los dolores de la Vida que solo lo hacen plañir en versos delicados, como suspiros. Es de un estilo preciso, de imágenes originales y de una maestría poco común en la forma.

SONETO

De noche voy en busca de una mágica flor,
a través de la selva profunda del ensueño.
Persigo entre las frondas con fatigado empeño,
una belleza pura, digna de nuestro amor.

Veo, al fin, un capullo de pálido color,
cual loto columpiado por las aguas del sueño;
las otras maravillas fantásticas desdeño,
por esta que de pura parece un resplandor.

Y cuando he conseguido la corola de seda
vuelvo a tí tan ligero que la flor se deshoja,
y solo entre mis manos una fragancia queda...

Tú entonces me preguntas: —Qué me vienes a dar?
Y yo callo mi anhelo que se torna congoja,
pues te quiero dar flores que no puedo alcanzar...

Alfredo Bufano, el poeta de alma delicada y sutil con algo de flor y de ave, Su estilo suavísimo nos evoca al gran ausente: Amado Nervo.

Para él la vida entera es poesía y cualquier objeto puede ser el motivo de su canto.

Entre los nuevos tenemos algunos muy buenos: Alfredo Goldsack Guiñazú, una promesa palpitante, de verso musical y de una sencillez encantadora. Oído en «Nostalgia» lamentarse de la falta que le hizo una hermana:

Qué falta hizo en mi infancia alguna hermana;
cuanto cariño huérfano perdido,
en la azul claridad de mi mañana. . .

Lleno está mi recuerdo de tu ausencia,
madrecita menor, que aguardó en vano
mi sencilla infantil clarovidencia. . .

Un hueco triste hay en la lejanía
de mis primeros juegos inocentes,
un hueco donde nunca ha entrado el día.

Córdova Iturburú cuyos versos enérgicos, elegantes, interesan mucho por su giro nuevo, olvidado de metro y rima.

Además está: Fernán Félix de Amador laureado en uno de los últimos concursos, González Carbalho, Fermín Estrella Gutiérrez poetas que marchan por el camino ascendente del triunfo, pero de los cuales no hablaré para no hacer demasiado extensa esta reseña.

En poesía la mujer ha alcanzado la gloria.

Fuera de Alfonsina Storni, hay toda una pléyade de mujeres de talento y cosa curiosa, casi todas son jóvenes y bellas.

Margarita Abella Caprille, la poetisa elegante y sutil, talvez un poco fría, todavía no ha penetrado al maravilloso jardín de Eros, no ha sentido esa belleza llena de ternura que envuelve los versos, cuando el amor ilumina la senda y por eso tienen la serenidad perfecta de algo inanimado, pero es sincera, sin sentimentalismos afectados, ni amaneramientos. En sus estrofas se nota un fuerte temperamento poético y gran corrección del lenguaje.

Tiene versos consoladoramente puros, diáfanos, inmateriales que transparentan su blanco pensamiento. En cambio a veces el hondo pesimismo de un anhelo imposible anima sus ideas expresadas siempre en una forma cuidada y dulce como en «La Fuente».

Y era una sed inmensa, y el agua ya se había
acabado. En el cielo era de fuego el sol;
un árido desierto el alma recorría,
y el desierto alargaba su implacable extensión.

Ni un árbol ni una brisa; la fuente de agua pura
era el vano espejismo que formaba el dolor.
Anhelante y sin fuerzas, en marcha hacia la altura,
el alma proseguía su peregrinación.

Y su angustia crecía con la sed que aumentaba
su imaginar inquieto era como un fulgor,
manantiales divinos, luminosos creaba.

Y era tal la belleza de su alucinación,
que en tanto que así absorta con la fuente soñaba,
sin verla, al lado mismo de la fuente pasó.

Rosa García Costa, femenina y profunda, diríase que se ruboriza al hacernos la confesión de su mundo interior en estrofas delicadas, sutiles, algo así como aroma de flor o como alada mariposa. Tiene versos tímidos, palpitantes, en que cuenta su amor:

Si a mi lado estaría yo le dijera: «Ven
hoy en tu alma resumes para mí todo el Bien.
Dame la frente triste, dame los ojos sabios,
dame la mano suave. Dame los dulces labios
quiero morir en tí...

Susana Calandrelli, poetisa joven, hermosa, cuyos versos finos, tiernos, escritos en francés, dan la sensación de canto de avecita al amanecer. Lástima que estén escritos en francés, si bien es cierto, lo que dice Eugenio Labarca en un artículo referido a ella: en Argentina toda persona más o menos culta sabe varios idiomas, siendo por lo tanto igual leer en castellano, francés o italiano. Pero nuestro idioma es tan lleno de armonías

tan incomparablemente bello que me parece innecesario recurrir a otro.

Lo mismo puedo decir de Delfina Bunge de Gálvez, juzgada por la crítica europea como la primera poetisa hispano americana de lengua francesa.

Mercedes de Saavedra Zelaya esencialmente emotiva, llena de ansiedades supra terrenas, musical y rítmica, nos dice sus anhelos suavemente, dulcemente y llegan como lágrimas de dicha oídla:

LLUVIA

Martillean mi cabeza
los ingenuos golpecitos de la lluvia
siempre inquieta,
siempre nueva a mi cansancio
de cofrade visionario.
Lluvia... Lluvia...
que congoja la que traes
a mi alma.

A mi alma, flor sedienta
de infinita lontananza,
que quisiera convertirse
en una lágrima.
Una lágrima de infinitas gradaciones,
donde vayan
navegando mis quimeras

hacia el mar desconocido
de la trágica aventura.
Lluvia... Lluvia...
sé más queda, sé más agua,
no desates
con la voz se tu inconsciencia
los corceles de mis ansias.
Sé más queda, sé más agua
lluvia... lluvia
y apacigua la sedienta
flor de mi alma!

Pastora González de Lazcano, muy filosófica, penetrante, profunda, difiere de las anteriores por su pensar y por su estilo. Es cerebral, analizadora; no se detiene en la emoción, sino que profundiza, quiere llegar a la causa misma. Entonces sus términos son precisos, sin lirismos, demasiado áridos talvez, pero llenos de verdad y subyugadores en su misma aridez.

SOLEDAD METAFÍSICA

Y cuando todos nos quedemos solos,
solos como las piedras del desierto
bajo el pasmo espectral de un cielo muerto;
como los astros que se ignoran, sólo,
como las cumbres, como el viento, sólo,
como este cráter de la luna, yerto,
que prodigó su fuego y quedó abierto

frente al abismo . . . todavía más solos.

Cuando el hosco silencio de lo humano
cristalice el dolor y la alegría,
como en total devastación siniestra,
¿surgirá, desde el fondo de lo arcano,
el fiat nuevo de algún nuevo día? . . .
¿El Hacedor extenderá su diestra? . . .

Además tenemos a Raquel Addler, Beatriz Eguia Muñoz. Blanca Hume, Lita Pereira de Caamaño, Emilia Bartolomé más conocida como pintora que como poetisa etc.

Alfonsina Storni es el temperamento lírico más notable de estos últimos tiempos.

En cuanto a su físico transcribiré la descripción hecha por Eugenio Labarca en un artículo sobre esta poetisa en «Atenea»: Por su propia cuenta, la Storni se ha proclamado vieja y fea, Y no, no es lo uno ni lo otro. Tiene silueta de mujer de veinte años y fisonomía de treintona, de mujer en segunda juventud en quien la vida ha dejado honda huella, arrugada y gestera como pocas personas he visto. Lleva echada hacia atrás y con toda coquetería, la cabellera blanca que parece de seda y acenúa bastante el rosa de las mejillas. (Sólo falta a Alfonsina un lunar en la comisura del labio para semejar dama Luis XV) Y agréguese a este conjunto, verdes pupilas felinas. . .

Es la poetisa hermana de Delmira Agustini. Olvidando todos los prejuicios ha cantado sinceramente, libre de hipocresías el sentir hondo y pasional de su alma tormentosa. Pero no solo es la intérprete de sus emociones sino que profunda psicóloga ha llegado hasta el alma del hombre y amargada ante su osadía se

ha vuelto dura cruel, hiriente, más luego su corazón que todo lo disculpa y perdona olvida y entonces tiene gradaciones de infinita dulzura melancólica, un dejarse llevar de mujercita tímida y soñadora como en:

LA CARICIA PERDIDA

Se me va de los dedos la caricia sin causa,
se me va de los dedos... En el viento, al pasar,
La caricia que vaga sin destino ni objeto,
la caricia perdida, ¿quién la recogerá?

Pude amar esta noche con piedad infinita,
pude amar al primero que acertara a llegar.
Nadie llega. Están solos los floridos senderos.
La caricia perdida, rodará... rodará...

Si en los ojos te besan esta noche, viajero,
si estremece las ramas un dulce suspirar,
si te oprime los dedos una mano pequeña
que toma y te deja, que te logra y se va.

Si no ves esa mano, ni pálida boca,
si es el aire quien teje la ilusión de besar,
Oh, viajero que tienes como el cielo los ojos,
en el viento fundida, ¿me reconocerás?

Pero cuando llegan a ella los ecos vulgares de las gentes que no comprenden es mordaz, intransigente, su palabra fustiga las carnes.

O finamente irónica cuando equivocada de vuelo, arriba a un alma inferior:

Hombre pequeñito, hombre pequeñito,
suelta a tu canario que quiere volar...
Yo soy el canario, hombre pequeñito
déjame saltar.

Estuve en tu jaula hombre pequeñito,
hombre pequeñito que jaula me das,
digo pequeñito porque no me entiendes,
ni me entenderás.

Tampoco te entiendo, pero mientras tanto
ábreme la jaula que quiero escapar;
hombre pequeñito, te amé media hora,
no me pidas más.

Mas de repente una visión de paz en lontananza, presentida por su alma sensible la hace sonreír a la realidad tremenda y dolorosa, resignada, exclama:

Mañana bajo el peso de los años,
las buenas gentes me verán pasar,
mas bajo el paño oscuro y la piel mate
algo del muerto fuego asomará,
y oiré decir: «Quién es esa que ahora
pasa?» Y alguna voz contestará:
«Allá en sus buenos tiempos algo loca,
hacía versos. Hace mucho ya».



Y yo tendré mi cabellera blanca
los ojos limpios y en mi boca habrá
una gran palidez, y mi sonrisa,
oyendo aquello, no se apagará.
Seguiré mi camino lentamente,
mi mirada a lo lejos mirará,
irá muy honda la mirada mía,
y alguien en el montón comprenderá.

Ha querido dejarse arrastrar por los sentidos, sin ninguna intervención de la mente, pero no logra su empeño, porque ante todo, Alfonsina Storni es una intelectual que analiza y entonces una mueca de amargura, de desdén hacia la vida palpita en muchas de sus composiciones, pues su alma superior está siempre en desacuerdo con la materia. Caso raro casi único que hace de ella una gran Dolorosa.

Y es esta Sufridora la que está asombrando desde algún tiempo acá a toda la América Española...

CARMEN BRUNER.

— ◆ —
BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

CONFERENCIAS DEL CLUB DE SEÑORAS 1925

CONFERENCIAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN

- 1 Sr. Dn. L. S. Giarda. Maestro Puccini y su música.—
- 2 Profesor Sr. Dn. Jacques Bancelin.—Mme. Curie y el Radium.
- 3 Excmo. Sr. Dn. Emilio Rodríguez Mendoza.—Charlas en el Teatro del Club de Señoras.
- 4 Sra. M. M. Vial de Ugarte.—Algo pasado de Moda.
- 5 Profesor Sr. John A. Wiffsohn.—La Apicultura.
- 6 Teniente Coronel Sr. Dn. A. Benedicto.—La influencia de la mujer en los problemas sociales.
- 7 Excmo Sr. Dn. José Lefevre, Ministro de Panamá.—Panamá y Chile.
- 8 Mme. Lapique.—La mujer y la ciencia.
- 9 Excmo. Señor Dn. William Miller Collier, Embajador de los EE. UU. de A.—Primeras relaciones de Chile con los Estados Unidos.
- 10 Sr. Lorenzo Serra Torre, Canciller de la Legación de España.—La Formación del Espiritu de la Raza
- 11 Sr. Dn. Américo Azevedo, Adicto Naval a la Embajada del Brasil.—Olavo Bilac príncipe de los poetas brasileños.
- 12 Sr. Dn. A. Ossandón de la Peña.—El Oriente Misterioso.
- 13 Sr. Dn. Luis Acevedo, Agregado Militar a la Legación de Colombia.—Una Mujer Americana.
- 14 Señor Dn. Santiago Cruz G.,—Impresiones de un viaje por Italia.
- 15 Señor Dn. Emilio Vaisse (Omer Emeth) Jules Romains y el Unanimismo.—Su comedia «Knock» o El Triunfo de la Medicina.
- 16 Señorita Carmen Bruner.—Poetisas Argentinas.

Librería y Casa Edi-
torial : : : : :
Zamorano y Caperan
Compañía 1015 - 1019
-: Santiago de Chile :-